Remembranzas berzocaniegas

José Luis R. Mera

DIPUTACIÓN DE CÁCERES

A Maribel, mi mujer,
sin cuyo concurso y ánimos
este libro no hubiese sido posible.
Y a mis hijos Belén y José Luis,
por sentirse tan berzocaniegos

Título: **Remembranzas berzocaniegas**
Autor: José Luis R. Mera.
Diseño y maquetación: Departamento de imagen.
Imprime: Imprenta Provincial de la Diputación Cáceres.
Depósito legal: CC-000107-2021.
Berzocana, junio 2021.

Índice

A modo de introito 9
1. Mi pregón festivo 13
2. Aquellos emprendedores. Las bicicletas de tío Eloy 19
3. En los años cincuenta, el invierno tan solo era invierno 23
4. Don Pedro, el camión de la corcha y Coleto 27
5. Un Jueves Santo de campanillas, órgano, esquilón y campanas. 31
6. Nieve de primavera 35
7. Pablo *Chicha* 37
8. Un día de silencios y calor 41
9. Antonio *Cabalito* 43
10. A por agua a las Carretas 45
11. Berzocana ¡Por fin verano! 51
12. El pilón, las remojadas y "la media" 53
13. Un nuevo milenio: La generación de las penurias y el trabajo se nos acaba . 57
14. De mayo a junio*:* Venid y vamos todos 59
15. Fiestas patronales y ausencias 63
16. La Junta y el Día de Difuntos 65
17. Berzocana: la leyenda de la cabeza del moro 71
18. El Corpus de hoy y de ayer: de la solemnidad a las prisas 79
19. Comulgar por Pascua Florida 83
20. El rollino 87
21. Y la Virgen volvió a su ermita envuelta en recuerdos de antaño 91
22. La Plaza Vieja. Remembranzas de la niñez 95
23. Naranjas de ilusión, un balón… y los Reyes Magos 99
24. Recuerdos de sol, palmas y ramos 103

25. Con los dedos de su pie derecho cogió el punzón de madera que le ayudaba a escribir….. y surgió el Himno 107
26. Demetrio: el titán de las Villuercas 109
27. Llueve en Extremadura, llueve en Berzocana 115
28. Miércoles de ceniza. Algunas notas del ayer 117
29. A San Cosme a Solana 119
30. La fiesta de La Aparición de 2013 123
31. Juegos: Del pinchete al abiso 127
32. Pequeñas historias del ayer: la Cruz de los Santos 131
33. Un Domingo de Ramos a finales de los cincuenta 135
34. La Ollita del Cubo, la escapada y las sanguijuelas 139
35. Semana Santa y Misiones. El cumplimento Pascual 143
36. Nada hay nuevo bajo el sol: de Gilipollas a Felipolla 147
37. Tío Fujito, el pregonero de Berzocana 151
38. Entre sol y nubes, alegría y mesas pantagruélicas: un año más San Isidro 155
39. Todo pasa todo permanece 159
40. Ciclistas y las gentes de las Carretas y La Corte 163
41. ¿La media pa la una o las doce y media? 169
42. Inés Mera. 2017 173
43. Mayo, el mes de Las Flores en la escuela 177
44. El olor de las migas de la Plaza 183
45. El acarreo y el origen de mi apodo 185
46. Procesión de Viernes Santo con "Via Crucis" alternativo 191
47. ¡Se llama verano, coño! 195
48. 20 de enero: San Sebastián Ballesteros o *carambanero* 197
49. Isaías, Luis Pastor… y pinceladas de un ayer 201
50. Cuando no había carnaval y el frustrado entierro de la sardina 205
51. Una forma de vivir y una tradición recuperada por su alcaldesa 209
52. Foto Díaz y un helado en las fiestas 213
53. Día 26 de octubre: los primeros cofrades caminan hacia la iglesia de traje y corbata y con su medallón distintivo 219
54. La matanza, fiesta y trabajo 223
55. Los castúos, el pregón festivo de 1969 229
56. Domingo de Pascua, campanas y procesión dividida 233
57. Y acudimos a celebrar Santa Lucía en Solana 237
58. Tío Serafín: Ha dicho mi padre que de usted la luz 241

59. Hoy es San Lorenzo en Berzocana y en Larna 245
60. Mi pueblo se ha llenado de gente y cómo definimos a nuestros patronos 247
61. Se nos fue don Pedro, el cura que fue de Berzocana 251
62. El Corpus cincuenta años después 253
63. Navidades de ayer y hoy 259
64. Comilona poética en Balores 263
65. Orgullosísimo de mi pueblo 265
66. De películas, filmes y mozas guapas 269
67. Un cocido de ida y vuelta 275
68. Pascua Florida, costumbres y el juas 281
69. Paseo mañanero agosteño 285
70. El último cestero: Tío Gregorio Tostao 287
71. El mes de mayo, el rezo de "las flores" y el control de los paseos 293
72. "Papá, ha muerto tu amigo Fujito Pío" 297
73. La matraca y otros casos semanasanteros 299
74. Un día de la Aparición muy especial 303
75. El Acebo y Guadalupe 307
76. Los últimos pastores de Berzocana. Amalio "Zoconino" 309
77. Las últimas procesiones dieron paso al vacío 317
78. Un pregón de sentimientos y nostalgias (Fiestas 2016) 319
79. Aquellos días de radio en común y auge de los eriales 321
80. Romería de San Isidro y cerezas viajeras en 2014 325
81. Ayer no fue un buen día 329
82. De Madrid a Berzocana: Anises de alterne, Navidad y el "cuesco" de Canarias 333
83. En Berzocana, su pueblo y el mío, se nos ha muerto don Florencio 337
84. Y no se fue la luz 343
85. De la docta discusión habida en el Bar de Pedro sobre quién cagaba más 345
86. Los quintos de 1952 llegan a la jubilación 349
87. Volvió a pasar: Miguel González Esquelina 351
88. Migas de fusión en la Corralá de Sotana 353
89. Y en estas que llega Lorenzo 357
90. Los güevos de tía Caridad 359
91. De Cangas a Berzocana. Visitas y sucedidos 367
92. Merendillas y sabores recordados 371
93. Un San Fulgencio distinto 375

94. El baile de tía Anita 379
95. Mañana de Reyes de hoy y de ayer 387
96. 14 de abril de 2020. Martes de Pascua 389
97. Las vacas de La Nava, la capea y Barrizales 397
98. Viernes Santo en el pasillo de un enclaustrado 405
99. La nochebuena del pastor 409

A modo de introito

No nacen ni se forman los pueblos a raíz de grandes batallas o hechos históricos de notable repercusión social o económica. Estoy convencido que todos, absolutamente todos, se conforman a raíz de las pequeñas historias y vidas que en los mismos se desarrollan día a día. En esos pequeños aconteceres, que incluso pasan desapercibidos en el diario quehacer, pero que tras el paso del tiempo se aglutinan como un todo en la impronta de la memoria individual y colectiva, constituyéndose en la esencia, el *miajón,* de cada uno de ellos.

Y ese *miajón* que conforma el ser de Berzocana es el que quiero desgranar en este libro para recuerdos de unos, ya cada vez menos, conocimiento de otros y, especialmente, para que esa memoria de pueblo no se pierda en el polvo de los caminos lejanos de los que vinieron y vienen detrás. Para que colgados en los retazos de vida que conforman estos relatos, nietos, bisnietos y tataranietos, puedan recuperar su personal historia, la de sus mayores, las de sus raíces, las de aquellos hombres y mujeres que vivieron duros tiempos de trabajo, hambres y sufrimientos, pero que supieron sobreponerse a todo. Y esa especial forma de vivir, esa forma de encarar el día a día con espíritu y humor envidiable, son las que quiero plasmar en estas páginas. Y lo hago así porque el berzocaniego es abierto, acogedor, social, dinámico y siempre dispuesto al humor incluso, y así lo hace en muchas ocasiones, riéndose de sí mismo como podréis comprobar en estas páginas.

Los muchos nombres que aquí aparecen vienen a conformar, a representar, el de todos los berzocaniegos que en la época que se

describe recorrieron los campos, caminos, sendas, veredas y calles de Berzocana, llenando de vida y de ilusiones esta zona de las Villuercas en aquel entonces tan aislada. Vea el lector en cada uno de ellos el de sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos, y más adelante, cuando ya nuestra memoria se pierda en las nieblas de los años trascurridos, el de aquellos paisanos, sus antepasados, que conformaron el ser y el sentir de una época de Berzocana, pero que aunada con la que vivieron sus ancestros conforma el todo que nos define y caracteriza.

Notará el lector que dos conceptos, iglesia e Iglesia vienen a ser el eje esencial sobre el que se centran muchas de las historias que aquí se cuentan.

Y es que la iglesia como edificio, y la Iglesia como organización religiosa, eran en aquel entonces el corazón que, de alguna forma, dinamizaban la vida social y se convertía en el eje sobre el que gravitaban todos los actos sociales y marcaban el diario acontecer tal como hacía, y sigue haciendo, con sus campanadas el reloj de la torre. Si a ello unimos la devoción a los Santos y la importancia de su cuatro festividades, comprenderá el lector su repetitiva aparición como centro o lugar donde trascurren muchas de las acciones que aquí se cuentan o describen. Si a ello unen el hecho de que soy hijo y nieto de sacristanes y organistas, y que siempre he vivido junto a los muros del gran edificio religioso, entenderá aún mejor el lector esta circunstancia narrativa.

Eran también tiempos en que la influencia religiosa era determinante en el transcurrir de la vida diaria a la que regulaba y significaba. Las campanas eran la internet de aquellos años señalando con sus diversos toques, que todos entendían, no solo el transcurrir del tiempo, sino las muertes, los incendios, la hora del Ángelus (de la comida), o la de la oración de la tarde (también el Ángelus) que marcaba el fin de la jornada laboral, así como la llegada del granizo o cualquier otra emergencia. Las misas y procesiones, fuera de fe y creencias, determinaban

no solo los distintos oficios religiosos sino, con ellos, los principales actos sociales que tenían lugar, que actuaban de soporte de la vida comunitaria y que marcaban relaciones de todo tipo. Esto es algo que el lector descubrirá en el desarrollo de los diversos artículos que conforman esta obra. Obra que viene a querer ser un relato descriptivo y real de la vida rural no tan solo de Berzocana, sino también de cualquiera de los pueblos de las Villuercas. Y los personajes que en los distintos relatos aparecen con nombres y apellidos bien pueden ser sustituidos en el imaginario de cada lector por el de los suyos más cercanos. Ni la historia ni su esencia cambiarían con ello.

Y notará también el curioso que aquí se asome, que determinados personajes cobran especial protagonismo y aparecen en dos, tres, o más relatos o historias. Es lógico. En la cronología temporal en que los relatos se sitúan, y que van desde la época escolar, la adolescencia y, ya sin continuidad temporal, las siguientes épocas determinadas por mis idas y venida al pueblo en los inicios de la *moceá* y años siguientes, esos personajes estaban siempre presentes por parentesco (mis tíos los Meras); amistad (Pablo *Chichas,* siempre omnipresente; Miguel *Esquelina*, Juan *Chítala);*vecindad (tío *Tostao*, tío *Obispo*, *Orejinas,* las gentes de Las Carretas)*;* la sacristanía de mi padre (los párrocos y sus cosas, los monaguillos, el ir y venir a la iglesia), y la escuela,(el maestro Don Pedro, los compañeros, los rezos y cánticos, las anécdotas…). Sepa también el lector que la narrativa no conlleva necesariamente una realidad lineal temporal, sino que algunos artículos vienen a ser compendio de pequeñas cosas ocurridas aquí y allá, en un año u otro, y que el escribano se ha tomado la licencia de aunar en momentos determinados de tiempo y lugar. Dispénsensele las licencias.

He pretendido, no sé si logrado, mostrarles el cuadro de una época, de unas vivencias, de unos tiempos difíciles y de unos berzocaniegos que aún perviven en mi memoria y que han contribuido a conformarla junto a mi personalidad. No he querido hurgar en los malos

momentos, en el hambre, más o menos ocultada en su vergüenza; en las envidias de aldea o en las enfermedades. He querido mejor recordar y guardar de aquellos hombres y mujeres su forma jocosa y valiente de entender la vida que, en muchos casos, me han hecho establecer paralelismos con momentos de la película "La Vida es Bella". Como el protagonista de la misma, esos mayores que fueron mis coetáneos quizás tan solo pretendían ocultarnos a los niños y jóvenes de entonces una dolorosa realidad mostrándonos solo la cara hermosa de la vida.

Vaya para ellos mi emocionado recuerdo y para ustedes mis paisanos, y para los lectores, la solicitud de compresión hacia los muchos errores que seguro que aquí encuentran.

José Luis Rodríguez Mera

Mi pregón festivo

Pregón festivo leído en la Plaza por el autor en agosto de 2008

Llegadas estas fechas, y al igual que antaño se abrían portalones, trojes y graneros para recibir las mieses, una vez terminado el acarreo y limpiada ya la parva en la era, hoy abrimos el portalón festivo de agosto para iniciar nuestras fiestas patronales.

Unas fiestas que si bien se pierden en la noche de los tiempos tienen también esa impronta activa tanto de la inmediatez de la memoria anual colectiva como en la personal de cada uno de nosotros. Porque las fiestas, como todos y cada uno de los hechos de la vida, no son mejores ni peores en sí mismas, no eran o son mejores en ésta o aquella época. Los hechos vivenciales de cada uno, al igual que los festivos, tienen más bien su referencia en la propia evolución personal. Nuestras mejores fiestas han sido siempre para cada uno de nosotros aquellas en que el empuje juvenil de los años nos hacía vivirlas intensamente, a tumba abierta, sin coacciones de acto u ocupación alguna que hubiera que realizar al día siguiente. Exactamente igual que les ocurre a todos estos jóvenes que hoy se encuentran aquí presentes. Cuando lleguen a nuestra edad éstas de hoy serán sus referencias festivas, éstas serán sus mejores fiestas. Y al igual que nosotros, ahora ellos también dirán: ¡Aquellas sí que eran fiestas!

Los tiempos evolucionan pero las esencias permanecen. Cada vez el resultado de posibilidades de despertar a la vida es más variado y eso es magnífico porque así enriquecemos nuestras vivencias al tiempo

que ensanchamos el horizonte del ser humano. Cada pueblo, y el nuestro no es una excepción, ha de hundir con fuerza sus raíces en el pasado, en sus tradiciones, en todas y cada una de esas pequeñas cosas cotidianas que día a día fueron realizando nuestros mayores y que nos llevaron a forjar nuestra condición de pueblo, nuestra esencia de berzocaniegos. Todo aquel pueblo que no conoce su historia y la valora, aseguran que está condenado a desaparecer. Pero también desaparecerán aquellos que únicamente se dediquen a mirarse el ombligo y a repetir y repetirse a sí mismos lo buenos que han sido y lo buenos que son en esto, en aquello y en lo demás allá. Un pueblo que únicamente mira hacia atrás también está condenado al fracaso. Por eso, abusando de esta especial circunstancia que hoy me permite dirigirme a vosotros, quiero pedir, especialmente a los jóvenes, que sin perder sus raíces, sin olvidar esa pequeña historia, aunque sea con minúscula, de cada una de vuestras familias, desafiéis con optimismo al futuro sea el que sea el lugar geográfico en el que os encontréis. Que con vuestro pueblo, con Berzocana como referencia, sepáis lanzar un órdago a la vida y al futuro como allá por los años 50 y 60 supieron hacer muchos de vuestros padres y abuelos. Estoy convencido que en sus palabras ellos han sabido transmitiros cómo las páginas de las tierras y pueblos de Extremadura se han cuajado a lo largo de años de sueños y frustraciones, de anhelos de hermosos horizontes de prosperidad muchos de los cuales nunca llegaron a cumplirse.

Ahora, cuando esta plaza se llena y alborota tras los profundos silencios invernales, cuando los campos que nos rodean se abren vibrantes y generosos, llegan también hasta nosotros relatos cercanos de su magia y belleza en el horizonte de unas tierras plenas de generosidad en su vida, en su historia, en las aspiraciones de sus gentes que ambicionaron, y aún ambicionan, alcanzar el progreso. Gentes que han entregado el testigo a los más jóvenes, ya sea en esta Extremadura rural cuajada de sensibilidades y, por qué no decirlo, también de adversidades,

ya sea en otras regiones o países donde muchos de vuestros padres y abuelos encontraron, con inmensos sacrificios y nostalgias, el futuro para vosotros.

Y me dirijo de nuevo especialmente a los jóvenes para pedirles que no deben nunca olvidar el duro equilibrio de las circunstancias que hubieron de vivir sus mayores obligados a la emigración, fuera y dentro del propio país, hartos de vivir en una tierras de muchos sudores e incomprensiones a las que fueron abandonando paulatinamente, en una Extremadura que, aunque fecunda, se ha sentido siempre minusvalorada sufriendo durante años los efectos de su patético olvido.

Y pese a las descalificables, absurdas y mezquinas declaraciones de algunos políticos de una próspera región que muchos extremeños, y con ellos muchos berzocaniegos, contribuyeron con su entrega y sacrificio a enriquecer, éstos supieron salir adelante y por ello necesitan, por parte de unos y otros, de los de aquí y de los de allí, un reconocimiento vital de sus gigantescos esfuerzos y capacidad para lograr sus metas y sacar a Extremadura, en los peores tiempos, del fango a que fue condenada por el desarrollo de una aplastante estructura económica desarrollista y de privilegios.

Nada menos que ochocientos mil emigrantes abandonaron estas tierras a lo largo de treinta años dejando un inmenso vacío humano en sus pueblos, muchos de los cuales aún permanecen hundidos en sus silencios y soledades a la espera de esa sabia joven que los revitalice. Sean estas palabras pues mi profundo y sentido homenaje a todos aquellos hombres y mujeres que partieron a abrir nuevos caminos de futuro y muchos de los cuales, tras el deber cumplido, os encontráis hoy de nuevo aquí; y sea también para cuantos por su sacrificio, se quedaron en el camino.

Pero no sería yo un buen pregonero si no aprovechase esta circunstancia para pedir algo a vuestro, a nuestro alcalde. Señor alcalde: le pido que sea usted un pesado, un pelma, un matraca, cada vez que se

acerque a Mérida o a Cáceres, cada vez que hable con los que mandan y deciden, con los que manejan la pasta sea pesado y pida, pida y pida, algo caerá. Permítame: En Asturias hay 78 municipios, muchos de ellos minúsculos y con una población muy dispersa. Nos decía el presidente del Principado que tenía problemas para recordar todas las caras y nombres de los alcaldes, pero que había uno que era conocidísimo por todo el gobierno regional y sus diferentes administraciones. Es pesadísimo, nos contaba a los periodistas, nos aburre pidiendo y pidiendo y, por no aguantarle, tanto los consejeros como yo terminamos cediendo muchas veces y dándole algo. Lo malo, concluyó, es que como mucho logramos quitárnoslo de encima unos quince días, y enseguida vuelve de nuevo a la carga.

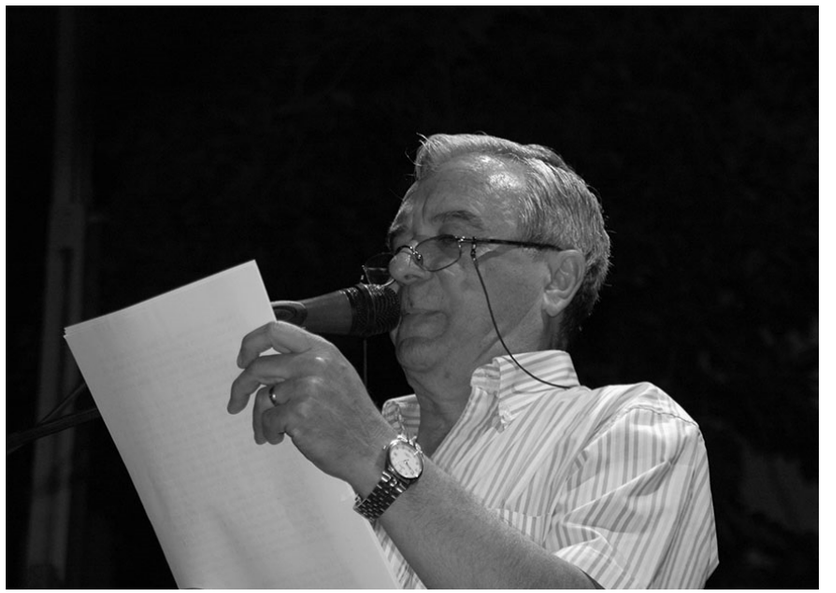
Señor alcalde, sea usted pues un pelma al respecto y aunque es lógico y notorio que conoce las necesidades de este ayuntamiento mejor que nadie, digo yo que podría comenzar dando la matraca con la carretera a Deleitosa y, como en la anécdota, y por no aguantarle, quizás la veamos terminada en Navidades.

Pero dejemos ya las palabras. Dése rienda suelta a la alegría. Destápense botellas y botellones, ya que las *damajuanas* de nuestra época, aquellas con las que hacían, hacíamos botellón los que ya hemos dejado atrás los sesenta, han quedado en el olvido. Suenen los cohetes llamando a la fiesta y que la música inunde calles y plazas. Olvídense rencillas y cotilleos malintencionados; que todo el pueblo sea uno en la alegría festiva y que cuando mañana llegue la hora de los toros surjan entre los mozos nuevas figuras del toreo como ya lo fueron en sus años mozos José Luis *Sotana* y Andrés *Balores* que nada tuvieron que envidiar a los actuales José Tomás o a Morante de la Puebla, aunque por causas que aún no entendemos no se les dio el trato que merecían ni en la plaza ni en las revistas del corazón y los programas de cotilleo. Y que así conste. Porque ligar, ligaron lo suyo, pero eso sí, a distancia,

porque acercarse mucho a las mozas era pecado y pecado gravísimo si era la moza la que osaba acercarse al mozo

Y ahora, con el permiso de la autoridad competente, y con la delegación que me ha sido concedida al efecto, declaro iniciadas las Fiestas de Nuestros Santos de este año de 2008. Queda totalmente prohibido aburrirse y apoltronarse en las sillas de las terrazas.

Muchas gracias, felices fiestas y ¡VIVA BERZOCANA!



Aquellos emprendedores. Las bicicletas de tío Eloy

El tener una bicicleta es algo, hoy en día, más o menos normal. Y el montar en ellas más aún. Si uno no tiene acceso directo siempre hay algún amigo cerca que te deja dar una vuelta.

Cuando quien esto escribe andaba por los trece/catorce años, allá cuando agonizaba la década de los cincuenta, lo de tener una bici era algo prácticamente imposible, y lo de montar aún peor. En Berzocana, al menos hasta donde yo llego, tan solo había una persona con bicicleta, una BH azul. Era Demetrio Fernández, *Salero*, singular y muy querido personaje del que nos hemos hecho eco en el artículo "El titán de las Villuercas".

Así las cosas, aquella muchachada veíamos lo de montar en bici como una quimera lejana. Sabíamos de la existencia del Tour de Francia por los recortes del ABC que nos daba mi padre. Recortábamos los ciclistas que venían en las fotos y los pegábamos en un cartón que también se recortaba. Detrás se colocaba una sujeción, también de cartón, que permitía tenerse en pie al ciclista y proceder a celebrar competiciones en los poyos de la Audiencia (soportales del Ayuntamiento). Muchas de ellas realizamos entre Juan *Chítala*, Rafa Díaz, Pablo *Chichas,* Miguel *Esquelina,* Juan Pino y algunos más.

Hasta que un buen día, un berzocaniego, un emprendedor de entonces aunque el término no se conociera aún en el país, tuvo la feliz idea de traer unas bicicletas y ponerlas en alquiler. Los tiempos

eran malos y el ingenio se agudizaba. Nadie pensaba en una empresa ni algo parecido a eso que luego se llamó muchos años después una *Pyme*. Era sencillamente agudizar el ingenio para seguir sobreviviendo. Tío Eloy Diez estaba casado con mi tía Crisanta, que aún vive y que ya coquetea con los cien años. Era un hombre, enjuto, inquieto, de bigote fino y orejas de soplillo. Un *dandy* en el decir de la época, algo que motivó que mi abuelo Juan Luis le pusiese muchísimas pegas a la hora de salir con la que sería su mujer.

Tenían un bar en su casa, en la Calle Honda, enfrente de la que era entonces Bodega de don Bernardo y Don Matías, el de Cañamero, que era también el administrador de la finca de La Nava y que, olvidada y ruinosa, aún se conserva. Junto al bar, a su izquierda, y tras una gran cocina, se abría un corral espacioso donde depositó las bicicletas que, no piensen en grande, creo recordar no eran más de tres: dos Orbeas y una BH

Eran años en que en la villa abundaban los bares y los ingresos eran también más bien menguados. Quizás por ello tío Eloy tuvo la para nosotros felicísima idea de traer las bicicletas.

Y allí aprendí a montar. Había verdaderos especialistas en hacer virguerías y en velocidad. El campo de operaciones solía ser la carretera de Cañamero. Los más osados, que solían ser los mayores que nosotros, Quico Obispo, Nicanor *Sopina*, Ángel del practicante, Pedro *Ramono*… llegaban hasta el cruce de Solana y desde allí se lanzaban carreta abajo a toda pastilla.

Antes de seguir habrán de saber mis lectores que la carretera estaba aún de tierra y que, por ello, abundaban las piedras, cuando no pedruscos, en la misma, lo que añadía aún mayor riesgo a la aventura.

Y allí, con la ayuda de tío Eloy, comencé mis primeros pinitos en una bici. En concreto en la BH. Aquellas bicicletas no tenías nada que ver con las de ahora. Eran pesadas, con frenos de barra, fundas que se ponían y quitaban en el manillar, guardabarros grandes y unidos a

las mariposas traseras con barras metálicas. Con aquellas carreteras, el conjunto montaba un ruido del demonio, lo cual aumenta aún más la idea de velocidad que cogíamos.

Los aprendices subíamos como podíamos hasta la curva de San Miguel y desde allí nos lanzábamos hacia abajo hasta frenar una vez pasado el Rehoyo que entonces formaba un todo con la carretera, también de tierra y sin delimitar.

Es de justicia que signe aquí que nunca llegué a pagar el alquiler de la bici. Eso sí, tenía que soltarla en cuanto llegase alguien demandando una o hubiese que cambiarla cuando alguna de ellas requiriese atención mecánica como solía suceder muy a menudo con los pinchazos, cuyo arreglo era también todo un galimatías: montar y desmontar la rueda, limado de la goma, pegamento, parche, pegado, secado… todo un habilidoso proyecto tan difícil o más que el montar la cadena que se salía bastantes más veces de lo debido y que te ponía las manos perdidas de grasa.

No recuerdo exactamente lo que se pagaba por hora o fracción, creo que una peseta. Pero el negocio no debió de ir muy bien por cuanto un buen día, no mucho tiempo después, nos encontramos con que las bicicletas habían desaparecido y tío Eloy volvió a sus quehaceres habituales en el bar o en lo que cayese, como habitual solía ser en aquellos difíciles años.

Un especial recuerdo para él.

En los años cincuenta, el invierno tan solo era invierno

Unas latas con brasas eran "las calefacciones individuales portátiles" con las que acudíamos a la escuela

En aquel entonces no existían alertas meteorológicas, ni colores para distinguirlas, ni previsiones de llegadas de unos u otros frentes de acá o acullá y mucho menos ciclogénesis explosivas. Entonces simplemente era invierno.

Estábamos en febrero y era el día de San Blas, tres del citado mes. Lo sabía porque el día anterior habíamos estado en la procesión de las candelas, la Virgen de la Candelaria, que llegaba hasta el campo de las Carretas, donde hoy se encuentra el cuartel de la Guardia Civil, y en la que se había pedido por la lluvia con el monocorde cántico de las letanías, en latín como era entonces preceptivo: Cristo áudi nos…, Cristo exaudi nos… Mater file Dei…, mientras las mujeres intentaban proteger la llama de las velas del frío aire que soplaba desde la sierra. El otoño y lo que se llevaba de invierno habían sido demasiado secos y se temía por las cosechas.

De otra parte, mi madre siempre nos repetía la misma cantinela referida al citado mes: "El primero Santa Brígida, el segundo Candelaria, el tercero San Blas, arrea que te queas atrás". Yo cumplía el ritual señalado: el día uno felicitábamos a tía Brígida

"Cotrina" en su caserón de la calle Tiendas y a la que siempre conocí muy vieja y envuelta en eternos lutos. El día dos asistíamos a la misa de las candelas y a la procesión y el día tres nos lo pasábamos mirando hacia la torre para ver si las cigüeñas llegaban o no llegaban, aunque casi siempre lo hacían antes.

Y decían que era invierno. Tras la procesión, con las manos heladas y las rodillas doloridas, ya que con las calzonas quedaban al aire, acudí corriendo a casa para coger el *cabal* y salir pitando a la escuela. Mi abuela Juana ya me tenía preparada la lata con la "calefacción portátil e individualizada" que entonces utilizábamos. Consistía en latas redondas, generalmente de sardina arenque, o algo parecido, en las que, haciéndolas dos agujeros, se colocaba una especie de asa de alambre que te permitía llevarla de casa a la escuela. En la mayoría de los casos cada uno se las apañaba para disponer de unas brasas que te calentasen en los fríos edificios escolares. De la calefacción aún no había comenzado a hablarse. Con paja y palos pequeños, y a base de soplar y toser con el humo, se iniciaba el fuego. Seguidamente se agregaban palos más gruesos hasta lograr la brasa deseada; el que lograba un poco de picón era el rey. Esto había que conseguirlo antes de entrar en la escuela ya que si humeaba o daba mucho olor te mandaban sacarla y adiós calefacción.

Salía yo de casa con mis brasas cuando pasó delante de mí a todo correr Martín *"La Pardilla*" haciendo girar la lata con matemática precisión en un amplio arco a su alrededor, sujeta por una cuerda, mientras que, simultáneamente, corría a toda velocidad. Esta era una especial manera de avivar el fuego o llegar a la escuela sin que aquello se apagara. Martín y otros como él eran verdaderos expertos en esto aun cuando no habían oído hablar ni por asomo de las fuerza centrípetas y centrífugas No sé muy bien de dónde venía lo de "la Pardilla", quizá en alusión a la hembra del pardillo, pájaro escurridizo con el plumaje pardo rojizo, negruzco en las alas y la cola, encarnado

en la cabeza y el pecho, y blanco en el vientre. Lo de "escurridizo" cuadraba perfectamente. Martín lo había heredado de su padre, Julio, y éste a su vez, del suyo, también Martín. Era ágil como un conejo y rápido de acción y reflejos. Abultaba muy poca cosa y tenía una cara alargada, marcada por surcos de alguna enfermedad, quemadura o por el frío y la intemperie, sobre la que destacaban unos ojos un tanto saltones y siempre avizor. Nunca le vi un momento quieto. Era la actividad permanente, "como el azogue" decía tía Berenguela que, como él, vivía en la calle Las Cortes. Su casa tenía un enorme portalón y unos poyos a cubierto en los que los muchachos del barrio nos refugiábamos a jugar cuando el agua o el frío apretaban. Pasó Martín, como digo, a toda velocidad y detrás fuimos bajando por la calle Honda (léase con la h muy aspirada) unos y otros. En la plaza me encontré con Miguel González, *Esquelina*. En eso de las calefacciones portátiles era el que más suerte tenía. Disponía de virutas y trozos de madera, provenientes de una especie de carpintería que tenía su padre, que hacían unas brasas buenísimas, y que duraban mucho. Nuestros palos apenas alcanzaban la primera hora de clase.

Las manos se quedaban como témpanos y había que frotarlas mucho unas contra otras para poder coger con algo de fuerza el lápiz o el pizarrín. No recuerdo haber visto nunca a nadie con guantes, tan solo en alguna foto de algún recorte del ABC que tenía mi padre en casa. Pero el frío del invierno no podía con nosotros. Y tampoco nos obligaban a encerrarnos en casa como sucedería en estos tiempos. Con pantalones cortos (las célebres calzonas), algunos de los cuales, sobre todo las de los más pequeños, tenían un abertura en el lugar donde la espalda pierde su honroso nombre, que se abría al agacharse y les permitía cagar en cualquier lugar sin mayores problemas. Pues bien con estas calzonas, las rodillas llenas de heridas y costra de otras anteriores y, al igual que los muslos, rojas por el frío, corríamos tras una pelota, muchas veces de trapo, y excepcionalmente de goma, por una

plaza entonces de tierra y totalmente inclinada desde el Ayuntamiento hacia la carretera de Logrosán. Incluso había verdaderos héroes, como *Sananes* y Samuel, que jugaban con unas sandalias de goma que dejaban el pie prácticamente al descubierto o incluso, si necesitaban más velocidad, prescindían de ellas. Los charcos y el barro nunca habían sido impedimento para nada.

¿Catarros?. Muy pocos, no teníamos tiempo. La única forma de combatir el frío era corriendo y jugando.Y a fe que lo hacíamos, aún en pleno invierno.

Don Pedro, el camión de la corcha y Coleto

D. Pedro Mejías Álvarez era mi padrino. Fue también mi maestro. El único que tuve ya que en aquel entonces con la Enciclopedia Álvarez, la pizarra, el pizarrín, el lápiz y el cuaderno nos bastaba. Eso de las etapas, los cambios continuos de profesores, los PA , NM y demás zarandajas actuales nos quedaban aún muy lejos.

Creo que cualquiera de los muchos alumnos que tuvo lo primero que recordará de él es su calva. No he vuelto a encontrarme nunca más calva como aquella: brillante, reluciente, atrevida y, a la vez, venerable. Algunos lunares aquí y allá y unos pocos pelos que, bordeando los lóbulos, iban a morir blanquecinos en la nuca. Un sombrero ligeramente doblado de ala en la parte frontal era el encargado de cobijar aquella calva que para nosotros representaba la autoridad y la sapiencia.

Dicha calva, y su voz, definían a D. Pedro más que ningún otro dato físico. Una voz profunda, grave, medida. Una vocalización pausada, simétrica, de curvas fónicas regulares y perfectas.

"¡Oh cariñosa Madre mía María! Ha llegado para nosotros la hora de separarnos y nuestros corazones se ven precisados a daros la despedida llenos de pena y sentimiento…". Rítmicamente pronunciado, este inicio de oración era la señal que, en el mes de mayo, nos precipitaba a recoger nuestros bártulos y a disponernos a rezar "Las Flores".

Los *Ave María* de D. Pedro eran rítmicos y sosegados. Al terminar, nosotros nos lanzábamos impetuosos sobre el *Santa María* a toda velocidad en medio de un total embarullamiento. Teníamos prisa por salir.

Pero ya, ya. Con D. Pedro esos trucos no valían. En cuanto percibía el descarrilamiento oratorio nos hacía repetir hasta conseguir la cadencia adecuada.

Una tarde, Lorenzo *Sananes* y yo fuimos con él a atender las colmenas que tenía en *El Prao Sordo*. ¡Cualquiera le seguía! Carretera de Logrosán abajo, ni al tope de nuestra piernas en trotunos saltos conseguíamos mantener el ritmo de su rápida y medida zancada. *Tarra,* el hermano de Pablo *"Chichas",* definía aquella forma de andar como *`paso lobero´*. Llegamos derrengados.

Era todo un espectáculo verle manipular en las colmenas. ¡Parecía programado! Movimientos justos, manos seguras, adusto el semblante y fija la mirada de sus ojos claros y transparentes. Las abejas debían conocerlo como nosotros y andaban al hilo. A la vuelta, otra vez a correr.

Sus manos, blancas y cuidadas, eran hábiles con el compás, el tiralíneas, regla, escuadra y cartabón. Sobre su mesa había muchas veces intrincados planos de los que nosotros no entendíamos ni un pimiento pero que nos imponían mucho respeto. Meticuloso en todo, el verlo rotular era una delicia. Pero nuestro maestro era además ebanista. Y al decir de los entendidos, muy bueno. Yo tardé tiempo en saberlo.

Debía de ser por primavera. La mayoría de los muchachos aguardábamos la hora de entrar en clase jugando en la carretera. Era por la tarde. Un camión cargado de corcho, (los camiones *de la corcha* decíamos nosotros) hizo su aparición. Sin dudarlo un momento salimos a su caza y alcance. Dado el pésimo estado de la carretera de Logrosán, entonces de tierra, ésto no era difícil. Su velocidad era mínima. Un numeroso grupo le dimos rápido alcance y nos *arrecolgamos* de las maromas traseras que sujetaban la carga. Al llegar a la altura de los molinos se bajaron unos cuantos. Alguien gritó: ¡Hasta la última revuelta que allí frena! Seguimos colgados y con toda comodidad nos bajamos en la curva así llamada y que toma su nombre de ser la última que se divisa desde el pueblo. Ahora había que volver andando.

Cuando llegamos a la escuela hacía ya rato que nuestros compañeros habían entrado. D. Pedro nos puso en fila, tomó la vara reluciente y pulida, y uno a uno fuimos alargando la mano ante él. Los varazos

escocían que era un gusto. ¡Menos mal que entonces no existía lo de las frustraciones que ahora tanto se lleva! Ninguno de los intrépidos de aquel día nos hemos sentido nunca frustrados por el varazo que nos costó aquella aventura. Quizás fuese porque no era invierno ya que con las manos frías el varazo dolía mucho más. Terminamos todos de rodillas contra la pared.

Llegó la hora de salir y lo hicieron los demás, nosotros seguíamos mirando somnolientos y con la desnudas rodillas doloridas los cuadros de Franco, José Antonio y la Purísima que teníamos sobre nuestras cabezas. D. Pedro se marchó y entonces me lo explicaron. Tenía el taller de carpintería en unos almacenes cercanos de tío Diego Álvarez y a los que se accedía desde los patios de la escuela. Allí trabajaba una vez que terminaba la jornada escolar. Volvió a soltarnos ya anochecido.

Un buen día nos hallábamos leyendo en corro alrededor de la mesa del maestro en los libros *Vida de Españoles Ilustres.* Habíamos terminado la biografía de Pizarro y estábamos con Goya. Al terminar la lectura comenzaron las preguntas. Recuerdo perfectamente el diálogo:

— A ver, Lorenzo. (Este Lorenzo era *Coleto)* ¿Dónde nació Goya?.

— En Trujillo, contestó aquel resuelto.

D. Pedro le miró fijamente.

— ¿Dónde nació Goya?

Calló Lorenzo inquieto ante la inquisitorial mirada.

— Lee de nuevo.

— *Francisco de Goya y Lucientes nació en Fuente de Todos, provincia de Zaragoza…..*, Lorenzo siguió durante poco menos de un minuto.

— Contesta ahora, Lorenzo, ¿Dónde nació Goya?

Lorenzo se embarulló y comenzó a soltar nombres a bulto.

— ¡Coño, Lorenzo! ¿Sabes siquiera donde naciste tú?. A ver, ¿dónde nació Lorenzo Fernández Escobar?

La respuesta llegó rápida y rotunda: En Fuente de Todos, D. Pedro.

Con la misma rapidez le llegó un sonoro tortazo.

Yo me sentaba en la misma mesa que Miguel González, *Esquelina*. ¿Te acuerda Miguel de la lechera y las latas con brasas en el invierno?. En la de delante estaban Luis *Guarrino* y Antonio *Zamarrita*. En la

primera Nicanor *Sopinas*. Era el mayor de la clase. Algún día tendremos que explicar de dónde demonios salían tantos motes o sobrenombres.

Desde la perspectiva del tiempo puedo decir que aquello era una escuela heroica. Una escuela de leche en polvo, frío y queso americano. Una escuela de sandalias rotas y calzones caídos.

Jugábamos en la Plaza. Si D. Pedro pasaba por allí corríamos hacia él: ¡Buenas tardes!, y volvíamos corriendo a nuestros juegos. Hoy soy maestro, pero D. Pedro sigue siendo El Maestro, mi maestro. ¿ Cuántos años en Berzocana?

Por la carretera de Logrosán, camino de la escuela, baja D. Pedro. Su paso es el de siempre: zancada larga y rítmica. El sombrero ligeramente inclinado hacia delante. Los chiquillos corren a darle los buenos días...

Ya no hay camiones de la corcha...ni los molinos. Hay evaluaciones y libros, muchos libros y pocos niños. El tiempo se ha detenido en el recuerdo.

Camino de la escuela baja D. Pedro Mejías Álvarez. Mi Maestro.



Un Jueves Santo de campanillas, órgano, esquilón y campanas.

Introibo ad altare Dei

Era Jueves Santo. Don José Álvarez, el párroco, acababa de acceder al altar e iniciaba la misa. En aquel entonces, el oficiante daba la espalda a los fieles. La iglesia estaba llena. Las mujeres, cubiertas con velos la mayoría negros, ocupaban los bancos de la nave central que conformaban dos filas con un gran pasillo en el centro. Atrás, en unos pocos bancos longitudinalmente colocados, o agrupados bajo el coro, se apelotonaban los hombres vestidos de domingo y entre los que predominaban las chaquetas de pana negra. En las naves laterales, a uno y otro lado, se hallaban colocados los escolares. En la cabecera de cada una de ellas las niñas con sus maestras y junto a las últimas columnas, los niños con sus maestros.

Pero ese día, junto al altar había algo distinto que rompía la cotidianeidad. Cuatro monaguillos, dos a cada lado del altar y revestidos con sotana negra y roquete blanco se arrodillaban en los peldaños de acceso a cada lado del mismo. Otros dos, con sotanas rojas, cerraban el cuadro colocados en el frente. Junto a la sacristía, vestidos de calle, otros dos. Todos sujetaban en sus manos campanillas de diversos tamaños y tonos.

Arriba, en el coro, otros dos se encontraban junto a la soga que trepando bóveda arriba y a través de un agujero llegaba hasta el esquilón, en la torre. Dos más junto al fuelle del órgano esperaban la indicación

de Juan Luis, el organista, para comenzar a darle aire. En la torre, dos monagos más: uno sujetaba la cuerda que manejaba el badajo de la campana gorda, otro la que unía la mediana y la chica que se tocaban simultáneamente.

Todos esperaban el momento en tensión: Don José se volvió hacia los fieles, alzó los brazos al cielo y entonó con gran solemnidad:

— *Gloria in excelsis Deo*

Y entonces se armó: los monagos comenzaron a agitar con fuerza y rapidez sus campanillas, el coro de mozas y el órgano entonaron el *gloria,* la cuerda del esquilón se tensó y lo hizo sonar; esa fue la señal para que se iniciase el golpeo de campanas.Y todo sonó y sonó sin que nadie desmayase en el empeño hasta que finalizó el *Gloria*. Y pareció que hasta las cosas respiraron aliviadas liberando tensión.

Terminada la misa, y mientras los fieles abandonaban el templo llenando el mismo de comentarios de todo tipo, diversas mujeres se afanaban en tapar con cortinas, negras o moradas, las imágenes de todos y cada uno de los santos. La *Mariquina* fue la primera en dejar cubierta la de San José. Luces, candelabros, flores, todo se retiraba, los altares quedaban desnudos. Seguidamente los monagos quitaban también el agua bendita de las pilas de entrada. Tan solo el monumento, con el Santísimo en la custodia, quedaba adornado e iluminado.

En las escaleras del atrio, unos niños gritaban y jugaban, dos niñas cantaban moviendo brazos y manos rítmicamente

— ¡Eh!, vosotros, ¿no sabéis que no se puede cantar ni gritar?

— ¿Y por qué tía Inés?

— Porque se ha muerto el Señor, respondió rotunda y convencida Inés que, del brazo de tía Teresa, salían de misa

— ¿Y venís vosotras del entierro?, preguntó curioso uno de ellos.

— Pues claro. Se ha quedao ya muerto ahí dentro de la iglesia

— Pues nosotros no hemos visto el entierro, afirmó el otro algo incrédulo.

— Porque estabais jugando, y además ha sido dentro de la iglesia.

— Vale, respondieron marchando corriendo calle abajo sin más comentario, algo impensable hoy en día. Seguro que hubiesen mandado a Inés al carajo y hubiesen seguido a lo suyo. En aquel entonces a nadie se le ocurría replicar a una persona mayor.

Pues muerto el Señor, como decía Inés, se iniciaban unos días largos y pesados: nada de música, nada de baile, nada de vestidos de colores ni de canciones. La radio solo emitía música clásica y a la televisión aún le quedaba tiempo para llegar a los pueblos. Los más pequeños lo notaban menos porque la plaza y las calles continuaban abiertas a sus juegos sin cortapisa alguna. Para los mozos y mayores era distinto, paroladas en la plaza para los segundos y paseos hasta el Peral de las Mozas o la Concepción para los primeros.

Todo volvería a la normalidad cuando a última hora del Sábado Santo, en la misa Don José volviese a entonar el *Gloria* y campanillas, órganos, coro, esquilón, campanas, y ahora también las dos matracas, volviesen a sonar con estrépito.

Nieve de primavera

La nieve de primavera ha llegado a las tierras de La Charca del Puerto, en Berzocana. Allá junto a la carretera que lleva a Logrosán. Y no lo ha hecho llegando desde la sierra cabalgando sobre el aire frío. Esta vez ha subido con la savia desde los nutrientes suelos, tronco arriba, hasta abrirse sobre las ramas cual si hubiesen llegado hasta ellas cientos de miles de mariposas blancas que se han posado delicadamente sobre las ramas de los cerezos.

Tras la tristeza invernal de los campos, los cerezales de Berzocana estallan. Se abren al sol y a las largas tardes de luz. De alguna forma, invitan a unos y otros a compartir sus nieves del tiempo, a acercarse a ellos y acompañarlos día a día en su camino hacia un incendio sin fuego, hacia un rojo encendido que cubre los espectaculares atardeceres de las Villuercas en un arco iris de tonalidades rojizas en que cerezos y rayos solares, surgiendo desde las dehesas del oeste, se funden en la paleta de rojos de un gigantesco e imaginario pintor de los campos extremeños.

Pero eso será más tarde. Allá cuando el sol comience a apretar en los campos y en las calles de la villa y junio haya doblado ya su mitad. Cuando Berzocana engalane sus calles para la festividad del Corpus Christi.

¡Campos de cerezos peinados de blanco! En mi retina revive el solitario cerezo de La Umbría del Cura, en el Cogorro. Apenas conocíamos alguno más. Ahora han cambiado el paisaje del concejo y han abierto nuevos caminos a la producción agrícola.

Pablo *Chicha*

He querido detener, revertir el tiempo. He querido volver al blanco y negro de nuestra infancia. Pablo y yo llegando a la Plaza. Ahora de forma sosegada, de charla tranquila, de comentario de aconteceres. Antaño a carreras, a gritos. Bajando por la Calle del Arco (Ahora San Fulgencio) cual si la Plaza fuese a desaparecer de un momento a otro. En esto no han cambiado muchos las cosas. Así lo hacen mis nietos. Por cierto me llama la atención que aún sean muchos los paisanos que dicen el nombre en plural: **Pablos**, y hasta a mí se me escapa a veces pues así lo hacíamos de niños y ,quizás por ello así lo encuentren también en estas páginas.

Nos acuden a ambos recuerdos de travesuras, de las aventuras de la *monaguillería* de entonces, de la férrea disciplina de Don Delfín, del que Pablo echa pestes, no sin razón. De la cachaza de Don José.Y con pícara sonrisa me recuerda cuando estaba en Solana de párroco, y a la señora Juana.

—Sí, la criada, pero que dormía con él, apunta Pablo picarón.Y sigue

— La otra era la señora Vicenta, pero esa era su hermana de verdad. Lo que no se es cómo nunca dijo nada, ni el obispo ni ningún cura de la zona. Era *mu raro* aquello.

Y Pablo me da disimuladamente con el codo insinuando enredos clericales de una época en la que eran el todo y más en los pueblos.

No he podido dar a la foto el blanco y negro realista que pretendía. Pero Pablo y yo si lo hacemos con notable facilidad cabalgando sobre los recuerdos de nuestra infancia de alpargatas de goma, sabañones

y calzonas (pantalones cortos) con las que terminabas tiritando en invierno.

Y le tiro de la lengua para que me recuerde, una vez más, sus avatares de vida.

Allá en los inicio de su *moceá* emigró a Alcoy a trabajar cerca de su hermano Manuel, que allí vivía. Terminó de *sacristán de sacristanes*

—Era una parroquia grande, con muchas gentes y que agrupaba a unas cuantas iglesias. Yo controlaba a los sacristanes de unas y otras. Y me decía el cura:

—Pablo, tú eres el que mandas, hay que hacer lo que tú digas. Eso decía, pero luego él hacía lo que le daba la gana, no lo que decía Pablo.

En uno de sus viajes a Berzocana desde Alcoy, en autocar de línea, paró en Talavera y compró lotería de Navidad. Allí la tuvo. Le tocaron unos milloncejos (nunca me dijo cuántos) y mandó al carajo Alcoy; aunque hemos de reseñar que trabajó un tanto en una gasolinera de Navalmoral y hasta ejerció con los testigos de Jehová, lo que no sé es explicaros el orden en que estos acontecimientos sucedieron.

Pasó el tiempo y Pablo decidió asentarse en Berzocana y volver a la *sacristanería* oficio éste al que siempre se había sentido más unido y en el que se encontraba a gusto y realizado.

A ello agregó el oficio de guía turístico, limitado a la iglesia, su historia y características, y a la vida y milagros de los Santos Patronos Fulgencio y Florentina de los que es declarado devoto.

Con unas y otros cosas, Pablo se ha construido una vida sencilla y desprovista de necesidades superfluas que le permiten el paseo diario, el atender su pequeña casa en la Calle Carretas y la charla sosegada con los vecinos durante los largos inviernos berzocaniegos cuando el aire de las Villuercas invita al recogimiento y a contar historias junto a la lumbre. Aunque la verdad, Pablo cada vez encuentra menos coetáneos con los que contar historias pues la tele y los móviles "han acabao con to, Pepe", me dice.

Ha sabido Pablo hacerse querer y, de alguna manera, pasar a ser patrimonio de todos los berzocaniegos. El verano es su época más

ajetreada. Hay más gente, llegan turistas y se acumulan "Cabos de año" y "Misas con los Santos abiertos", amén de la Novena y las Fiestas.

Pablo no es de alternar por los bares, o por terrazas veraniegas, pero en esta ocasión hizo una excepción—

— ¿Oye Pablo, por qué te llaman Pablo *Chicha* si eres pequeño y más bien delgado?

—Parece mentira que no lo sepas. ¿Te acuerdas de mi abuela tía Juana *Parrá*?

—Sí hombre sí. Vivía unas puertas más arriba de mi casa en las Carretas.

—Eran aquellos años malos en que había poco que comer. Yo prácticamente vivía con ella. Y ella me preguntaba:

—Pablo: ¿qué quieres comer hoy?

Y yo inevitablemente respondía: ¡Chicha! (carne). Y algún gracioso, que aquí hay muchos, empezó a llamarme así y hasta hoy.

¡Que sea hasta siempre Pablo! Por nuestra ya larga amistad.



Un día de silencios y calor

Miércoles 12 de octubre de 2017. Hoy es festivo. Extraña la falta de la misa y la de los uniformes de gala de la Guardia Civil. Aunque está el Cuartel, los guardias solo acuden al mismo esporádicamente.

Sigue el calor. Esta mañana me he encontrado con cinco personas en el paseo. Tres eran vecinos habituales, el otro un forastero con su perro. Ha llegado gente para pasar el puente. No mucha, al menos no se ven problemas de aparcamiento en ninguna calle aunque si se ha llenado la Plaza.

—¡Pedro, un botellín!

—¡Como las balas!

Son las dos de la tarde de ayer y soy el único cliente en la terraza. Bueno, también está Maribel, pero ella está haciendo fotos. Es una sensación extraña, y más aún por cuanto el tiempo es totalmente veraniego, como si fuesen las vísperas de las Fiestas de Agosto. Dentro de un rato llegarán al banco que está a mis espaldas tres o cuatro berzocaniegos que trabajan en las obras. Entran a las tres. Otros dos llegan cada tarde puntuales donde Pedro al café. Es la hora de que yo emprenda la retirada. Lo de bajar por las noches es algo que ha quedado ya en el olvido, por los achaques, no por las ganas.

En un momento pasarán tres o cuatro chiquillos con sus carteras al hombro. Son tan pocos que ni siquiera gritan, o los ves venir o pasan desapercibidos. La algarabía veraniega ha quedado colgada en el silencio de las hojas de los álamos hasta que agosto las despierte nuevamente. Quizás por ello, el kiosco lleva ya tiempo cerrado. No tenemos

niños. Eso sí, antes de ayer hubo dos entierros y mañana habrá otro. Es el signo de los tiempos. Los pueblos se quedan vacíos. Y el nuestro también. Calle tras calle solo ves casas cerradas, persianas bajadas y plantas mustias y secas en alguna que otra ventana.

Pronto bajaré de nuevo a la plaza, seguro que hoy hay algo más de ambiente.

Antonio *Cabalito*

Un año más. El sembrador va echando
la semilla en los surcos de la tierra.
Dos lentas yuntas aran,
mientras pasan la nubes cenicientas
ensombreciendo el campo,
las pardas sementeras,
los grises olivares.

A. Machado



Cerca del Rehoyo, inclinado sobre el estevón doble de la vertedera, Antonio fija la mirada en el surco recto que va cortando la tierra. Una tierra mil veces labrada y mil veces regenerada a lo largo de los tiempos por otros tantos Antonios. La gorra roja y los vaqueros ponen el toque actual a una imagen mil veces repetida que fija en el tiempo el trabajo campesino.

La dureza de la vida en pueblos y aldeas que Antonio como otros tantos berzocaniegos vivieron entre la amargura y la felicidad durante años difíciles, vuelve a la mente de cuantos dejaron ya atrás los sesenta y se han adentrado más allá de los setenta. Para los más jóvenes quizá tan solo sea una postal de un tiempo ido. No importa la edad, ni haber alcanzado ya la del merecido descanso. En Antonio, como tantos otros agricultores de su edad, aún vive el gen del labrador de lluvias y soles en los que la palabra trabajo se dignifica.

A por agua a las Carretas

Aunque los más jóvenes no lo crean hace tan solo unos sesenta años, y quizás también bastante menos en algunos casos, no había agua en las casas, ni cuarto de baño, ni tan siquiera luz eléctrica durante el día. No creo que hubiese ni media docena de aparatos de radio y la televisión era aún una utopía. ¿Los móviles?. Algo impensable cuando ni siquiera los había fijos y tardarían aún bastante en llegar. Lo más avanzado era el telegrama y la Guardia Civil disponía de una estación telegráfica donde luego vivió siempre tío Miguel González. También tío Serafín, el electricista, tenía algo así como un teléfono con el que llamaba a Guadalupe, donde estaba la central eléctrica. Cada vez que llamaba eran tal las voces que daba que parecía que sobraba el teléfono y en Guadalupe le oían a él directamente, amén de que se enteraba todo el pueblo de lo que ocurría. Pero volvamos al agua.

El aprovisionar de agua las casas era tarea de las mujeres y, en muy pocos casos de los hombres ocupados en las tareas del campo y los animales. De entre ellas destacaban las mozas, donde las había, que con la edad tomaban el relevo de las madres. Y lo hacían con gusto pues ese momento, el de ir a por agua, implicaba una hora de libertad que en muchos casos era aprovechada para el cortejo y el dejarse ver de ellas y ellos.

Una de las fuentes de que guardo un mayor recuerdo es la de las Carretas. El hecho de que viviésemos en la calle del mismo nombre nos permitía, especialmente en verano, ver pasar y volver a todos los que a ella acudían a llenar cántaros, cubos y barriles. Entonces niños y

mayores, especialmente los primeros, hacíamos vida en la calle y ello permitía conversaciones de uno y otro lado.

Mi madre aún relata cuando las hijas de tío Paco Cuadrado, comerciante a la sazón, Pilar y Fefa, pasaban camino de la fuente luciendo palmito

— Las mozas más guapas de Berzocana, las piropeaban al pasar.

— Ni se os ocurra echaros novio hasta que mi Pepe no se haga mayor y se case con una de vosotras, decía convencida

A la sazón Pepe se encontraba a su lado pero apenas se tenía en pie dentro de un artilugio de madera que llamábamos "castillo" que era el equivalente a los actuales y sofisticados "parques infantiles".

No ocurrió así pues Pilar se casó con Florencio Álvarez y Fefa con un gaditano sandunguero. Lo que sí ha permanecido ha sido el recuerdo de aquel entonces.

El acarreo del agua cobraba especial protagonismo a finales de primavera y en el verano. Con los primeros calores, al atardecer, las calles se llenaban del griterío de los chiquillos y hombres y mujeres se dejaban ver en puertas y esquinas acabada ya la jornada. Era entonces cuando el trasiego de las aguadoras aumentaba y con él conversaciones, insinuaciones y chascarrillos.

De entre las que acudían a las Carretas las había especialmente hábiles y capaces de llevar un cántaro a la cabeza, apoyado en un rodillo de tela para protegerla, otro al cuadril y un barril o un cubo en una mano. La otra la utilizaba para guardar el equilibrio. Aun así eran capaces de pararse a parlar con esta o aquella vecina.

No sé por qué extraño mecanismo selectivo de la memoria retengo en la misma una imagen de dos vecinos de la calle, tío Gregorio *Tostao* y tío *Metralla,* de vuelta de la fuente con sendos botijos de agua, en un atardecer agosteño. Bajaban con una pausada lentitud acompasando charla y paradas. La última, muy larga la hicieron junto a la puerta de tío Metralla. Imagino que para entonces, el agua de los

botijos ya habría calentado. Entonces la prisa solo se utilizaban en la siega o la era si el cielo amenazaba tormenta.

Pero no crea el lector que solo se acudía a por agua a las Carretas, no. Estaba también la Fuente Nueva, al otro extremo del pueblo, o la Trasoná, junto a la ermita de la Concepción. Los menos acudían con los botijos a buscar el agua más fría al Venero y los más al Pilón, que permanece en el mismo sitio, en el arranque de la carretera de Logrosán.

En aquel entonces, en los atardeceres del estío, se llenaba de un especial bullicio. Las mozas se concentraban con sus recipientes en las colas de los dos caños y los mozos paraban un tanto indolentes para que bebiesen las bestias. Era un especial momento del día. Ellas coqueteaban y ellos bromeaban o les pedían un baile para la tarde del domingo en el salón de tía Anita donde tocaba el saxo su hijo Fujino (Fulgencio). Había risas, decires campesinos e insinuaciones más o menos veladas.

No éramos nosotros ajenos al barullo cuando dejando nuestras carreras y juegos en la plaza acudíamos a beber. Los caños eran más largos que ahora, lo que nos permitía subirnos al pretil de cada lado y lanzarnos con las manos por delante para apoyarnos en los citados y beber a *galro* girando la cabeza de una forma un tanto forzada para poder colocar la boca bajo el chorro de agua. Si al lanzarte fallabas y no te sujetabas en el caño mojado terminabas en la pila del agua con gran regocijo de todos. (Véase mi artículo "El pilón").

Una vez que los cántaros llenos se encontraban en casa se procedía a llenar la tinaja. Era este un especial recipiente, generalmente de barro, al igual que cántaros y botijos, que se encontraba en cada casa y que guardaba el agua para el consumo. La dedicada a otros menesteres se guardaba en cubos, barreños u otros recipientes. Me acuerdo especialmente de la que se hallaba en casa de mi abuelo Juan Luis, sastre, organista y sacristán. Estaba en la cocina, justo junto a la puerta que

daba acceso a las trojes (*atrojes* dicen mis paisanos) donde se guardaban los cereales y otros productos del campo que acarreaba mi tío Manolo *Portales*. Se hallaba cubierta por una tapadera de madera y de una de sus asas colgaba un vaso de porcelana un tanto desportillado por los golpes que recibía al sacar el agua para beber tras volcarla en otro vaso al efecto preparado. Mi primo Juan y su hermano Manolo, junto a mi hermano Miguel, solíamos colarnos en las trojes para experimentar el especial placer que nos producía saltar sobre los montones de trigo, cebada o centeno. Llenos del polvo de los cereales acudíamos sedientos a la tinaja y sin más bebíamos del vaso destinado a sacar el agua. Esa trasgresión de las reglas nos acarreó muchas broncas, especialmente de mi abuela Encarna especial vigilanta de aquella tinaja.

Cuando a los catorce años más o menos dejé el pueblo, aún no había llegado el agua corriente a las casas y las mujeres seguían acudiendo a por agua a las Carretas.



BERZOCANA
¡Por fin verano!

15 de agosto. Hoy es un día festivo por excelencia. Uno de esos días en que España, ciudad a ciudad, pueblo a pueblo, y aldea a aldea, se convierte en una inmensa y variada fiesta.

He cambiado las nieblas y el orbayo del suroccidente astur por los amaneceres esplendorosos de sol de las dehesas extremeñas. Aquí, a las faldas de la Villuercas, me he puesto por primera vez este verano el pantalón corto. No es que yo sea muy partidario (a ciertas edades el pudor llega hasta las piernas), pero es el signo de los tiempos y, especialmente, de los veraneantes de ciudad en los pueblos.

Esta noche, también por primera vez, he dormido sin mantas, ni tan siquiera tapado con una sábana, y el asmático reloj de la torre ha vuelto a marcar el trascurrir del tiempo. Y otra vez, como siempre desde que era niño, uno se despierta cuando marca las medias. Y uno nunca sabe en qué momento de la noche se encuentra exactamente. Pero no importa, no hay prisa, ya llegará la luz y con ella se abrirá la mañana y llegará el momento del desayuno, de efectuar el matinal paseo, y contemplar a los *aviones* con sus vuelos rasante, rápidos y sinuosos, elevarse y picar de nuevo hacia el suelo en maniobras inverosímiles y cruces imposibles,

Pablo ha abierto la iglesia muy de mañana, Son ya las diez y pronto repicarán las campanas llamando a los fieles a celebrar la solemnidad del día.

—¡Melones y sandías! ¡Mujeres!: ¡a los buenos melones!

A través de los altavoces de su coche, el melonero pregona su género arriesgándose a que le apliquen la Ley de Igualdad de Género. Solo llama a salir y comprar a las mujeres. Es un arriesgado inconsciente que no domina el lenguaje inclusivo y no integra a los hombres como portadores de la misma obligación de salir a comprar melones si ello es necesario. Seguro que repite la misma cantinela que aprendió de sus abuelos y padres.

—¡Melones! ¡Mujeres": que vus traigo melones

Y sigue su camino despertando a los más trasnochadores que, desperezándose malhumorados, se acuerdan de toda la familia del melonero.

Es ésta otra imagen veraniega que se repite desde que la mayoría de los huertos donde se cultivaban en abundancia y que abastecían la villa quedaron a hermo tras la emigración iniciada en los sesenta.

Asciende el sol esplendoroso y el calor se hace notar allá por la era de la Mocara. Un hombre pasa con su perro y dos mujeres, cogidas del brazo, caminan hacia la ermita de la Concepción. Al cruzarnos me da la impresión de que van rezando el Rosario.

Hoy es la festividad de la Virgen de Agosto. Suenan las campanas en miles de pueblos y, bajo muy diversas advocaciones, se procesionan miles de imágenes.

No me consta que ningún partido, ni siquiera Podemos, haya pedido la anulación de esta fiesta por "su notables connotaciones religiosas".

El pilón, las remojadas y "la media"

Está ahí, a la salida del pueblo, o a la entrada, según como se mire, de la carretera a Logrosán. Pero éste ya no es nuestro pilón. Hoy les voy a hablar del otro que, con ser el mismo, era distinto.

En aquel entonces Berzocana no tenía agua corriente y era éste, el pilón, uno de los lugares, junto a la Fuente de las Carretas, o la Fuente Nueva, donde las mozas y mozos acudían a llenar cántaros y barriles fabricados en Talavera o en La Serena.

Al caer las tardes de la otoñada, lleno el cielo de amarillentos reflejos y calles y caminos preñados de ruidos y sones de esquilas y campanillos; mulos, burros y caballos que habían laborado las besanas de "Las Cañás", "La Dehesa". "El Campillo", "Miguelpérez", "El Prao Sordo" o "Navarreonda", entre otros, bebían pacientes en la gran pila mientras que los enjutos jinetes, con el pie puesto en el estevón de arado, hablaban con las aguadoras en el lacónico y pardo decir de la tierra.

Por allí, rondando como moscones de verano, andábamos la chiquillería. El beber agua de alguno de los caños, la mayoría de las veces sin ganas, era toda un habilidad que había que ir adquiriendo a base de práctica y ¡cómo no! de algún que otro remojón. Subidos en la baranda de la pila central había que dejar caer el cuerpo con la mano derecha o izquierda extendida (según el caño que fuese) y cogerse al resbaladizo tubo de metal. Después, inclinando fuertemente la cabeza a un lado u otro se podía beber con relativa seguridad. Si se fallaba en

el lanzamiento del cuerpo hacia delante o resbalaba la mano, el remojón era seguro con la algarabía y contento de los presentes en general.

Claro que aquí no acababa la cosa. Una vez que se había sacado a la "víctima" del agua se le rodeaba entre gritos y guasas y así, en procesión, se le llevaba a su casa mientras que las vecinas de las diversas calles por las que se pasaba salían a enterarse de lo ocurrido, el motivo de la algarabía infantil y a reñir a unos y otros. Un par de muchachos, de los más rápidos, se adelantaban a todo correr para dar la noticia en casa del caído y aumentarla o ridiculizarla con mil y un detalles. La aventura solía terminar con algún sonoro tortazo (entonces no nos traumatizábamos con tanta facilidad como ahora) y el consabido arresto. Una vez que la víctima era dejada en casa aguantando el chaparrón materno, el resto volvíamos de nuevo a La Plaza o El Pilón a seguir nuestros juegos.

Había verdaderos artistas en la cosa del beber a "galro"(*Poniendo la boca bajo el chorro de agua, del pilón, fuente, botijo o bota)*: Así, a bote pronto, me vienen a la memoria: Chelines, los hermanos Quico y Manolo Obispo; Matías, el de la Rosa Hidalgo (Era también un artista jugando a las perras con el peón), Pedro *Tarata*, Escobar y otros.

En cuanto a los remojados, el primero que me viene a la memoria es el de mi primo Juan *Cotrineja*. Por aquello del parentesco iba yo de los primeros en la consabida procesión hacia su casa y, curiosamente, esta vez no hubo tortazo. A su madre, tía Nicolasa, le dio por reír, imagino que por la pinta que presentaba Juan, y nosotros nos volvimos un tanto cariacontecidos por la falta de la ya clásica bronca. ¡Otra vez sería!.

Pero nuestro pilón, aquel pilón de entonces, tenía también otras misiones. ¿Os acordáis?. Seguro que sí. Era el verdugo pasivo de los forasteros que rondaban a nuestras mozas y no se mostraban muy dispuestos a entrar por el aro de la tradición.

Cuando un forastero se echaba novia en Berzocana tenía que pagar una convidada general llamada "la media" a los mozos del

pueblo. Entonces los más viejos de éstos (Tarra, Antonio Berenguelo, Quinceño, El Pintao….) fijaban la tasa que solía establecerse en una arroba de vino. Una vez acordado el pago se nombraba una comisión que hablaba con el candidato a novio oficial de la berzocaniega de turno. Si éste se ponía en plan flamenco o se negaba a pagar, o le parecía mucho… al pilón sin remedio. Más de un cañamerano o almorranero fueron así al agua por aquel entonces. Si el mozo pagaba adquiría los mismos derechos que cualquier berzocaniego para rondar libremente.

Y así, en una época en la que televisión aún no había hecho su presencia haciéndonos entrar a casi todos por el aro de la memez igualitaria y uniforme, era el pilón como un símbolo, como un juguete público de la abundante chavalería berzocaniega de los años cincuenta y posteriores. De aquellos chavales de alpargata de goma y pantalón corto que tras correr y jugar sin desmayo por la entonces polvorienta, empinada y pedregosa Plaza, o tras perseguir a los camiones de la corcha hasta la última revuelta de la carretera de Logrosán, terminábamos indefectiblemente bebiendo en el Pilón.

Un nuevo milenio: La generación de las penurias y el trabajo se nos acaba

He pasado unos días en mi tierruca, en Berzocana, dejándome acariciar por la brisa de las Villuercas y calentando mi cuerpo con el sol de la dehesa tras el largo invierno de nieblas del suroccidente asturiano. He paseado por sus calles y caminos polvorientos dejando libre el divagar de mi mente por tiempos y recuerdos semiperdidos o presentes aún, aunque difusos en mi memoria.

Y he notado las ausencias. He notado que no solo se han ido momentos y lugares, y que de estos algunos han cambiado tanto que son ya irreconocibles, que ya no son lo mismo. Se han ido también muchos berzocaniegos. De todos aquellos que fueron testigos de mi niñez y el inicio de mi adolescencia apenas queda una media docena. Y en ellos, la dureza del tiempo ha puesto rigidez en la mente que se pierde en divagaciones irreales que cabalgan entre huecos enormes de horas y años mezclando nombres, hombres, años, realidad y elucubraciones. Quizá por ello algunos están pero no están.

Y me doy cuenta de que con ellos se ha ido también toda una época: la de los supervivientes de la Guerra Civil y los duros años de la posguerra. La generación de los abuelos y padres de todos aquellos que ya hemos dejado atrás los sesenta. Y con ellos se han ido también toda una serie de relatos, de historias vividas u oídas sobre penurias, dolores, miedos, e incluso venganza y muerte. Historias cercanas y en

primera persona que quizás en nuestra niñez nos parecían aburridas, pero que han sido el testimonio vivo de toda una generación. Una generación que vivió y nos inculcó valores que ahora nos parecen un tanto olvidados, o al menos diluidos, entre la vorágine de la inmediatez de las cosas y el afán por el triunfo económico personal a toda costa y caiga quien caiga.

Prácticamente se nos ha ido la generación que nos enseñó el valor del trabajo, del esfuerzo, el sufrimiento, la camaradería el valor de la amistad y la importancia fundamental de la familia como núcleo básico y vital de la existencia del ser humano. Del hombre de pueblo y del pueblo.

Quizás los últimos de esta generación no sepan, o no supieron, mucho de nuevas tecnologías, de la economía, de la globalización, de primas de riesgo o de los bodrios de Telecinco. Ellos chateaban en el bar y tenían amigos reales con quienes compartían haceres y memorias en la plaza del pueblo en los atardeceres o en las esquinas de cada barrio en los anocheceres veraniegos. De aquello nos queda la impronta de una lejana realidad que llega a nuestra mente como la sombra de las banderolas festivas en la soledad de la plaza.

Ya nadie nos podrá contar aquellas experiencias ni aconsejarnos aceptemos la fuerza de aquellos principios que rigieron sus vidas y las dieron contenido: la familia, el trabajo, la amistad, el sacrificio, la humildad, el ahorro y el hacernos ver que la felicidad se puede encontrar también en las pequeñas cosas.

Se está apagando definitivamente la palabra de una sufrida generación que trabajó de sol a sol en los campos o en la dura emigración con el único objetivo de que sus hijos no pasaran nunca las penurias que ellos pasaron. A fe que lo lograron.

Sírvanos de ejemplo para que nosotros y nuestros hijos podamos hacer lo mismo que las generaciones que nos dejan. Y que sean estas líneas mi pequeño homenaje de agradecimiento

De mayo a junio: Venid y vamos todos

Por su especial interés en lo que a tradiciones y costumbres del pueblo se refiere, incorporo aquí un artículo escrito por mi hermano Fulgencio en mayo del 2015

Rebuscado en mi memoria de la infancia aparee la imagen del mes de mayo de hace 60 o 50 años. Los días eran largos, el sol empezaba a calentar, las calles de nuestra querida Berzocana estaban llenas de gentes que bullían sin parar, parecían despertar del letargo del crudo y duro invierno. Las mujeres cosían en las calles y los niño corrían alegres y libres, sin ningún peligro, entre otra cosas porque no había coches, solo alguna que otra vez pasaba el camión de Sandalio Merino, provocando el levantamiento del campamento de las mujeres que le echaban la bronca por pasar o causar algún que otro desollón en las fachadas.

Eran años de pobreza, años de cocido diario, años en los que las gallinas y los cerdos campaban a sus anchas por las calle buscando una mierda de caballo, mulo, burro, o de algún niño, pues no tenían escrúpulo de hacerlo en medio de la calle; a algunos hasta se le facilitaba el trabajo de tener que bajarse los pantalones dejando la costura de atrás abierta, a esta apertura se le daba el nombre de culeras

En la iglesia se ponía el pabellón, un telón grandísimo, de color azul celeste, que colgaba de una corona de metal cubriendo desde la

bóveda al suelo todo el presbiterio, delante, con cajones, mesas y tablones, todos cubiertos con paños blancos y azules se hacía un altar en la que se subía la imagen de la Inmaculada que hoy está debajo del coro, velas, flores y macetas eran los demás adornos.

Como abundaba la pobreza, las flores se traían del campo, siendo las más usadas la flor de espino, tan bien llamada Santa María, o las de azas, que algún alma devota plantaba en su huerto y daba el debido permiso para cortarlas, así es como se llenaba la iglesia de la fragancia que desprendían.

Todos los días del mes de mayo, al atardecer, y a un repique de campanas, el templo se llenaba de chicas jóvenes, todas ellas luciendo en su pecho una gran medalla, pendiente de una cinta azul, que las acreditaba como Hijas de María; esta medalla podía ser centenaria, ya que pasaba de madres a hijas.

Desde el día de la primera comunión hasta el día de la boda se podía pertenecer a esta asociación, ya que la norma primera del estatuto era que todas fueran solteras.

Los que lo pasaban mal eran los chicos, por aquello de la flor espiritual del día, que no era otra cosa que hacer un pequeño sacrificio en honor a la Virgen, no hace falta ser muy listos para adivinar de qué se trataba.

Paralelo al mes de mayo oficial, que era el de la Iglesia, había otro más libre y espontáneo, que era ir a la ermita de la Concepción. Esto no era bien visto por el párroco, a la sazón Don José Álvarez Luis, que cuando oía tocar el esquilón de la ermita decía con la voz solemne que le caracterizaba.

—Ya suena la oración profana, tocan el esquilón para que el pueblo sepa que están allí rezando.

Otra de las cosas que se hacían, y según mi hermana Inés María se sigue haciendo, era la novena de Santa Rita. No haría mención a ella si no fuera por la peculiar hora que las devotas tienen de reunirse para

honrar a la santa: las cuatro de la tarde. Entonces tenía explicación ya que era la hora que mejor vagaba a las mujeres, hoy se hace por no romper la tradición.

Mayo daba paso a junio, y con él, la asociación de hijas de María dejaba el protagonismo a otro organismo similar: la del Corazón de Jesús. Para ello se cambiaba el gran telón azul por otro de idénticas dimensiones, aunque ahora era rojo. La imagen de la Virgen era sustituida por la del Sagrado Corazón de Jesús, las flores eran ahora yucas y azucenas.

Si en la primera asociación citada las mujeres debían de ser solteras, en esta la mayoría eran casadas, o solteras mayores. Otra de las cosas que cambiaba era el emblema; si entonces era la medalla, ahora sería el escapulario: dos cintas rojas colgaban de los hombros hasta el pecho y la espalda, en los extremos dos estampas bordadas en tela con algún detalle eucarístico, algunos eran verdaderas obras de arte, éstos no eran transferibles ya que cuando se amortajaba a la dueña se lo ponían y se enterraban con él.

Así pasábamos los días interminables de primavera en aquellos años 50 y 60 del pasado siglo, años en los que una dictadura nos tenía amordazados, pero aquellos niños, sin nada, lo teníamos todo, porque teníamos eso: la ilusión de niños.

Fiestas patronales y ausencias

En alguna ocasión oí decir a mi abuelo Juan Luis, a la sazón sacristán y organista amén de sastre, que llegados a cierta edad a la procesión de los Santos del Domingo de las Fiestas eran más los que veías que no estaban realmente que los que de verdad estaban. Ahora que ya dejé atrás los setenta, llegada esta fecha, y mirando desde la distancia física y temporal, comprendo perfectamente el sentir de mi abuelo.

Y lo mismo se repetirá en la tarde cuando al son de los panderos llegue la ofrenda del ramo a los Santos. Una vuelta y otra vuelta

—¡Otros devotos y devotas!

Y llegan las familias y se acercan al ramo cogiéndose de sus hojas de hiedra, hojas que muchos se llevan a casa. Y con ellos, al igual que sucedió en la procesión mañanera, llegan aquellos que definitivamente se fueron, y los que se encuentran temporalmente fuera, en otras ciudades y territorios.

Y llega la música del Ofertorio en la Plaza. Y se llenan de bullicio joven las escaleras. Y otra vez se sientan en las mismas las ausencias….

Pero no pretendo llenaros precisamente hoy de nostalgias. Habréis de saber que dentro de no muchos años, los momentos volverán a repetirse y los que nos siguen notarán las ausencias de los que ya nos hemos ido como nosotros las de los que nos precedieron repitiéndose el ciclo eternamente.

Tan solo las esencias inmutables del espíritu y el sentir, de la fe, y también la realidad de piedra tangibles del pueblo, de sus calles y plazas, permanecerán; aunque éstas ni son ni serán siempre inmutables.

La Junta y el Día de Difuntos

—Dale a *la gorda* que ya la toca

Juan *Cotrineja* agarró la soga y tiró haciendo que el badajo chocase con fuerza contra la campana más grande de la iglesia de Berzocana. Alternando con *la chica*, sus golpes componían el toque a muerto que en esos momentos, tarde del día uno de noviembre, sobrevolaba sobre los tejados de la villa.

Hacía frío, aunque el pequeño grupo de chavales que se encontraban en la torre apenas lo notaban. En medio del espacio cuasi cuadrado de la misma ardía un buen fuego y unos cuantos leños apilados aseguraban su continuidad. Los troncos, de variados tamaños, habían sido subidos por ellos mismo sin problema alguno por las empinadas y oscuras escaleras de la torre a lo largo de la mañana. Los habían pedido por unas y otras casas al igual que continuaban haciendo por la tarde.

—¿Nos da usted algo pa la Junta de la torre?

LA JUNTA. Seguro que a los berzocaniegos que ya peinan canas esta palabra les trae a la memoria múltiples remembranzas de antaño, de su niñez y de su juventud. La que los monaguillos celebraban en la torre se iniciaba hacia las tres de la tarde y alcanzaba las doce de la noche. Durante todo este tiempo no cesaban de hacer sonar las campanas en su toque de muertos.

Pero no era ésta la única que se celebraba. Grupos de chavales y de mozos se reunían en alguna casa, según amistades o afinidades, en la tarde del día de Todos los Santos y festejaban la Junta, una reunión festiva que se realizaba justamente cuando la iglesia (cuyo tiempo del día

no coincide con el civil) iniciaba la celebración del día de Difuntos (dos de noviembre) y de ahí el que las campanas *doblasen*.

Esta división de los días entraba dentro de la lógica .Desde la creación y a través de los tiempos de la Biblia, los días no comienzan y terminan a medianoche, como lo hacen hoy en día. En el Génesis 1: 5 se dice, "la noche y la mañana fueron el primer día". Un día comenzaba cuando terminaba el día anterior, al atardecer. La parte oscura del día llegaba primero y después la parte de la luz.

En nuestro pedir por las casas para la Junta no teníamos mucho éxito, al menos no el que nosotros pretendíamos que era el de conseguir algunas perrillas. Lo más que lográbamos eran castañas, bellotas, algún dulce y ya en el colmo, una morcilla de patata. Cuando nos daban una perra gorda era un triunfo y no digamos si caía un real (25 céntimos de peseta). Pero de todas formas nos lo pasábamos en grande.

Elías Rebollo, uno de los monaguillos más veteranos, llevaba el control del campaneo cuyo conteo perdíamos más veces de la cuenta. Era también el más serio, aunque tenía su retranca. Por el contrario, otros de los veteranos, Lorenzo *Canete,* era un rebelde (lo sigue siendo). Completaba la tripleta Juan *Sopina*, un cachondo de tomo y lomo capaz de organizarla en todo momento.

Habían preparado una sartén de calbotes y estábamos dando buena cuenta de ellos cuando nos dimos cuenta de que *Canete* sacaba una pequeña botella de vino, daba un trago y se la pasaba a los otros veteranos.

—Y vosotros a callar, dijo llevándose el dedo a los labios y mirando hacia nosotros, los más pequeños

No sabíamos de dónde la podrían haber sacado pero seguro que lo habían hecho en alguna pedida en algún bar. Como tampoco sabíamos como *Sopina* tenía un paquete de cigarrillos Celtas que compartía con los dos citados. De los aprendices en el arte de la monaguillería tan

solo Pablo *Chichas* logró dar unas caladas a uno, pero ello fue después de lo que a continuación les relato.

En aquel entonces en la iglesia no había prácticamente luz, apenas un par de bombillas cuyas llaves había que buscar a tientas en las columnas de la entrada por el atrio, lograban romper un tanto las profundas tinieblas que la envolvían en cuando apuraba la tarde. Por el día no había luz en el pueblo.

Como correspondía al día de Difuntos, en la nave central, justo debajo de las escaleras del altar mayor se levantaba el catafalco.

El catafalco era una plataforma elevada o tarima alargada en la que se colocaban, muchos años antes de la época que relato, los restos mortales de una persona ya fuera directamente sobre él, o bien, dentro de un sarcófago, ataúd o similar, pero en cuyo caso se dejan abiertos para que los restos fuesen visibles a los concurrentes a la ceremonia. Era ésta la previa al enterramiento para rendir honras fúnebres al finado.

En el catafalco de que les hablo no había muerto alguno pero si un andamiaje que simulaba un ataúd vació cubierto por colgaduras negras con dorados. En las esquinas había cuatro enormes cirios y alrededor de la caja simulada múltiples velas. Se colocaba justo delante de las escaleras que dan acceso al altar mayor.

En las naves laterales, las familias con difuntos colocaban los llamados candeleros detrás de los cuales colocaban sillas o reclinatorios para colocarse los deudos del finado. En los mismos colocaban hachones o velas cuyo número dependía de las posibilidades económicas de la familia.

A lo largo del día de Difuntos y en la tarde del día uno, el cura, entonces don José Álvarez Luis, iba recorriendo los candeleros responseando. Al llegar a cada uno de ellos, el monaguillo que le acompañaba echaba un vistazo y calculaba la cantidad de dinero que había colocado en una de las tablas del mismo que generalmente no era mucho. Solía colocarse en montoncitos de un real lo que permitía efectuar un rápido cálculo de los responsos a recitar a real el responso.

Don José llegaba ante cada candelero revestido de capa pluvial, cruzaba las manos, semicerraba los ojos y comenzaba a recitar con determinado toniquete alternando con el monaguillo:

–*Requiem aeternam dona ei domine.*

–*Et lux perpetua luceat ei.*

–*Kyrie eleison*

–*Christe eleison;*

–*Kyrie eleison.*

–*Pater noster, qui es in cælis……..*

–*Requiescat in pace*

–*Amén*

Y así hasta completar los reales calculados, momento en que el monaguillo advertía: *vale*; suspendiéndose los rezos y pasando al siguiente candelero en el que se iniciaba de nuevo la cantinela

Pues este era el ambiente de la iglesia y lo que en ella sucedía en el día de la Junta. Pero volvamos a la torre.

Habían ya terminado los responsos de la tarde y Elías había terminado de preparar unos calvotes que comenzó a repartir. En esas cogió un pequeño plato y echó unos cuantos en el mismo se levantó y dirigiéndose a Pablo le espetó

—Baja ahora mismo, y sin rechistar, estos calvotes a San José

Pablo le miró un tanto incrédulo

—¿Cómo que a San José?

—Pues sí a San José, replicó Elías con gesto totalmente serio

—Y no te rías cuando estés abajo porque se cabrea, terció *Sopina* dibujando una mueca socarrona bajo las gafas.

Pablo cogió el plato, se giró en dirección a las escaleras, paró, dio un paso atrás e inquirió de nuevo

—¿Pero tu sabes si a San José le gustan los calbotes?

—Tú los bajas y ya te lo dirá él.

Pablo se armó de valor y enfiló la larga bajada hacia el coro por las oscuras escaleras. Lo hacía tanteando los escalones y muy despacio. Al rato, sigilosos, iniciaron también el descenso Elías y *Canete.*

Pablo llegó al coro. Abajo, las mariposas colocadas en las lámparas de algunos de los altares dejaban una luz tenue y múltiples sombras que se movían con oscilaciones de la propia llama. Para colmo se dejaba oír el soplar de una lechuza que se colaba por la ventana del coro. Dejó atrás éste e inició el descenso de las escaleras, también totalmente oscuras pero más fáciles al ser mucho más anchas y no tan empinadas.

Como sus ojos ya se habían habituado a la oscuridad inició el camino hacia el altar de San José, situado en el lateral contrario al que daban las escaleras. A medio camino se paró, miró hacia atrás y hacia arriba. Le pareció oír ruidos. Y así era. *Canete* y Elías,y yo con ellos, habíamos bajado hasta el coro para ver que sucedía y desde allí espiábamos.

De nuevo se armó Pablo de valor y continuó hasta el altar. Se empinó un poco, dejó el plato sobre el mismo y levantó la mirada hacia el santo:

—A mi no me mires. Si quieres pide explicaciones a los de arriba, yo soy un *mandao*

Aguardó unos segundos y, empinándose de nuevo, cogió el plato y comenzó a desandar el camino escaleras del coro arriba y después las de la torre. *Canete,* Elías y yo, al ver que regresaba subimos a toda la velocidad que la oscuridad nos permitía y nos sentamos junto al fuego. Llegó Pablo.

—¿Pero por qué te traes otra vez los calvotes?, preguntó Elías con cara de pocos amigos.

—Me dijo San José que está hasta lo huevos de calvotes, que os los trajese de nuevo y que *Canete,* tú, *y* el cabrón de *Sopinas* os los metáis por el culo.

Las carcajadas y aplausos debieron de sentirse por todo el pueblo.

Y así fue como Pablo se ganó el derecho a dar unas caladas al Celta que los mayores se estaban fumando. No volvió a hacerlo nunca más.



BERZOCANA: LA LEYENDA DE LA CABEZA DEL MORO

(Las localizaciones geográficas e históricas de este relato son reales)

Allá hacia el año 1010, dejados ya atrás los terrores desatados en torno al fin del mundo con la llegada del año 1000, la vida seguía monótona en la pequeña aldea de Berzocana, asentada en las estribaciones de las Villuercas.

Aquella mañana de junio, el sol comenzaba a desperezarse tras la sierra iluminando los contornos de los canchos que guardaban la villa por el Este. La luz aún era muy tenue y sin embargo las chimeneas de algunas casas y chozas ya habían comenzado a humear. En aquellos años la vida humana estaba íntimamente unida a los ciclos de la naturaleza. El trabajo se iniciaba y finalizaba con la luz solar; estaba prohibida la actividad laboral nocturna para evitar eventuales incendios producidos por las velas o candiles de mecha. La existencia estaba sujeta a las oscilaciones climáticas: una mala cosecha debida a la sequía causaba inmediatamente carestía y hambre, y la debilidad física facilitaba la propagación de enfermedades como la lepra y la peste. La esperanza de vida no iba mucho más allá de los cuarenta años. No había más metas que trabajar, tener hijos y seguir trabajando.

Los escasos medios de alimentación se ceñían a vino, aceite y carne de cabra. La producción la conformaban trigo, cebada, centeno, aceite, garbanzos, cebollas, lino, castañas, bellotas y poco más. Se pastoreaban

pequeños rebaños de cabras y chivos así como de ovejas con abundancia de corderos negros.

Aquellos berzocaniegos poseían una concepción concreta del tiempo y el espacio. El devenir estaba marcado no solo por la meteorología, sino por la división de las horas canónicas que regían a toque de campana de la un tanto abandonada iglesia visigoda que se levantaba en la parte más alta del cerro sobre el que se asentaba la aldea. El territorio conocido por cualquier campesino era materialmente escaso: muchos casi no salían de su aldea. Las distancias se medían según lo que se podía recorrer en rudimentarios carros desde el alba a la puesta del sol. Solo conocían a los que vivían allí, a su lado.

Las dos calles que delimitaban la aldea de este a oeste y de norte a sur, no tenían aún forma de tales, estaban situadas sobre la peña viva y unidas por caminos más o menos cortos de travesía entre ellas.

No muy lejos de la iglesia, a la puerta de una de las viviendas asentadas sobre unas peñas, una joven se desperezaba sin complejos a la vez que se sacudía con las manos una larga y frondosa cabellera negra. Negros como el azabache eran también sus ojos, grandes y luminosos, llenos de vida y curiosidad. Todo en ella era proporcionalidad y belleza, belleza que no lograba disimular su harapienta vestimenta.

La casa, como muchas de la aldea, tenía dos niveles: el inferior servía de establo, en el medio estaba la vivienda y en algunas ocasiones un rústico bajo cubierta (que después se llamó *sobrao)* se utilizaba como granero. En las chozas, generalmente redondeadas y cubiertas con escobas o jaras, el espacio era único para personas y animales.

Tanto su nombre, Ederata, como su color y perfil, denotaban el origen ibero de la joven. Pese al paso por la aldea de grupos de visigodos y de bereberes (éstos incluso se habían aposentado en la misma unos años), los rasgos distintivos se habían mantenido en su familia. De la estancia de los bereberes quedó también la costumbre en las mujeres de cubrirse la cabeza con un pañuelo.

Un ruido lejano puso en alerta a la muchacha y sus ojos dejaron traslucir preocupación y miedo. Parecían cascos de caballo. No pasó nada.

El origen de su miedo provenía del asedio a que la tenía sometida un apuesto moro, el joven Yaqub Yusuf perteneciente a la guarnición almorávide asentada en el castillo de Cañamero desde donde efectuaban incursiones guerreras o de saqueo por la comarca. Estos grupos también mantenían una fortaleza islámica en Cabañas y guerreaban tanto contra los cristianos como contra los árabes. Es pues entendible la preocupación en el poblado en general y en nuestra Ederata en particular.

Todo había comenzado hacia casi un año. Aquella mañana nuestra ibera se encontraba ladera arriba de la aldea, entre desniveles de terreno cercanos a la zona conocida como Serranita, retirando las malas hierbas que crecían entre el lino que habría de recogerse en agosto. Fue en ese momento cuando unos hombres a caballo aparecieron frente a ella. Eran moros. Sintió un miedo profundo por lo que pudiera pasar; en la aldea se hablaba mucho de sus correrías. Al frente de ellos, un apuesto galán que, nada más parar, se bajó del caballo dirigiéndose a Ederata tratando de calmarla. Al mirarla directamente a los ojos sintió un calor extraño y un profundo cosquilleo nervioso en el estómago. Aquellos ojos negros acababan de cautivar al moro. Los suyos, almendrados y llenos de curiosidad y admiración, recorrieron de arriba abajo y de abajo arriba el cuerpo de la joven.

Desde aquel día, Yaqub se dejaba caer muy a menudo por la aldea. Se había enamorado profundamente de Ederata e intentaba conquistarla por todos los medios. Pero el corazón de la berzocaniega estaba ya ocupado. El objeto de sus desvelos era un alegre molinero que vivía en una cabaña ladera abajo, un poco antes de llegar al río donde se encontraba el único molino del contorno que trabajaba su familia.

Los jóvenes se amaban y se veían un tanto a escondidas a medio camino entre la aldea y el molino, a la sombra en verano de unas

encinas, junto al camino que llevaba a otra aldea un tanto lejana cuyo nombre Ederata desconocía. En invierno buscaban el abrigo de la aldea y la cercanía del ganado en busca de calor.

Los intentos del moro por conquistar a la joven se estrellaban una y otra vez en los desdenes de la misma. Y a más desprecio de la joven más fuerte se desarrollaba el amor del moro hacia la ibera.

Intentó llegar a la misma a través de sus padres y, sabedor de que sus miserias eran muchas y sus bienes pocos, se atrevió a regalarles una cabra, negra y joven, un tanto de carne ahumada y una medida de cereal. Recibió el agradecimiento de sus padres y una profunda mirada de Edereta que acabó de incendiar el corazón del moro. No hubo más.

Y los días siguieron desgranándose lentos y monótonos. Y a la par que la belleza de Ederata se serenaba en profunda placidez; la congoja de Yaqub se acrecentaba en profunda tristeza. De lejos, escondido entre jaras o brezos, miraba con profunda tristeza la felicidad de Ederata y el molinero en sus juegos, ya inocentes ya pícaros, en los que se enzarzaban cuando aquella salía a los campos con sus cabras y aquel abandonaba la molienda sabiendo la cercanía de la moza.

Habían pasado ya dos veranos y un nuevo invierno se acercaba. Yaqub cada vez se alejaba más de Berzocana, cada vez se mostraba más huidizo. Ni bromeaba con sus compañeros ni sonreía cuando lanzando su caballo monte arriba coronaba la base de los canchos lanzando cuesta abajo cientos de guijarros. Un rictus de amargura se había asentado en su semblante y cada vez se encerraba más en su soledad y en sus ensoñaciones amorosas. Dentro, en su corazón, y ocupando todo su ser y sentir, solo un nombre, solo un cuerpo: Ederata.

Aquel año el invierno se presentó terriblemente frío. Las nieves cubrieron primero las sierras y después fueron bajando hasta llegar a la aldea encerrándola con un manto de frío al que no podían frenar las míseras chimeneas faltas de leña. Pasaba un día y otro día y los habitantes

de Berzocana no se dejaban ver. El frío era tremendo. Hombres y animales compartían estancias y comida en busca de calor y vida.

Mediaba enero y el día se abrió con ventiscas y rachas de nieve helada azotando los campos. Yaqub se dejaba ir a lomos de su caballo envuelto en una capa. Su turbante, apretado sobre su cabeza, se completaba con la pieza blanca que embozaba su cara. Tan solo se veían sus ojos almendrados perdidos en un camino que no veían, en el buscar de un infinito que no tejía horizonte alguno. El caballo subía lentamente. Cuando llegó a los primeros riscos se paró. Allá al fondo, hacia su derecha, se adivinaba entre la bruma el humo de las casas de la aldea. El moro se bajó de su caballo y ascendió entre las rocas. Se sentó en una de ellas y dejó que su mirada se fuese hacia Berzocana, hacía sus caminos entre las dos calles, hasta la casa de Ederata asentada entre unas peñas sobre las que permanecería aún muchísimos años después. Pensó en la ibera, se apretó el turbante y se envolvió en su capa. Inconscientemente dejó escarpar dos largos suspiros. Lentas y sentidas las lágrimas comenzaron a fluir de sus ojos. La nieve seguía cayendo. Mezcladas lágrimas y nieve comenzaron a formar un pequeño charco allá un poco más abajo de los pies de Yaqub. La inmovilidad se hizo tiempo y roca.

Pasaron el invierno y el verano, y otro invierno y otro verano y otro y otro. Y otro año y otros más. En la antigua Iberia ya no estaban los moros. Aguas, vientos y soles fueron petrificando aquella figura inmóvil entre las rocas hasta que pasó a ser una más, a integrarse totalmente con las mismas en el paisaje. Un pequeño arroyuelo iniciaba allí mismo su andadura camino del valle.

Se iniciaba la década de los cuarenta del pasado siglo xx. Aquella pequeña aldea visigoda de los inicios de nuestro relato había dado paso a un pequeño pueblo, con categoría de Real Villa, dotado de una mag-

nífica iglesia catedralicia que guardaba un preciado tesoro: las reliquias de los santos Fulgencio y Florentina, hermanos de San Leandro y San Isidoro, que desde el sur de la Península habían llegado a la Villuercas huyendo de la posible profanación árabe tras las invasiones del 711. Quizás sus huesos estaban ya enterrados en las cercanías de la aldea cuando ocurrieron los hechos aquí narrados.

En plena sementera, un 26 de octubre del año 1223, un labrador encontró "un cofre de mármol basto" que contenía las citadas reliquias. Los hermanos santos eran muy conocidos en la Lusitania de la época visigótica y la aparición de sus restos en esta zona tan apartada se explica en el contexto de la invasión musulmana del citado 711: en su huida hacia el norte los cristianos del sur esconderían sus reliquias objeto de culto en estas sierras. La historia de Berzocana cambió totalmente desde aquel octubre y la aldea creció en torno a su templo.

Declarado Monumento Histórico-Artístico Nacional en 1977, la iglesia destaca por su gran tamaño sobre el resto de la villa. De construcción mudéjar en sus inicios (siglo XV) fue después derruida prácticamente en su totalidad, a excepción de la torre. En el siglo XVI fue reconstruida por el Obispado de Plasencia merced al fervor devocional de los habitantes de la localidad a San Fulgencio y Santa Florentina. Es una extraordinaria fábrica del gótico renacentista. Su majestuoso espacio interno se organiza en tres naves dispuestas a la misma altura y separadas por elegantes pilares fasciculados que soportan bellas bóvedas de crucería. Esta iglesia parroquial tiene empaque catedralicio. Su eje mayor alcanza unos 35 metros de largo y el menor 18.

Pese a ello y a que el trazado de sus calles había aumentado considerablemente entrelazándose en torno a las dos originarias, en las fechas que señalamos muchas de las casas de Berzocana habían sufrido muy pocas modificaciones. Allí, muy cerca de la nueva iglesia, en el lugar conocido como "*Las Peñas*", aún se asentaban unas viejas edificaciones levantadas sobre la que fuera casa de Ederata.

La vida discurría apacible en la aldea a medida que cicatrizaban las heridas abiertas por la recién terminada Guerra Civil. El hambre y las necesidades todavía existían entre sus habitantes que se afanaban en las duras labores de lograr de las tierras lo necesario para paliar aquellas.

Aquella mañana de abril, las hermanas Inés y Sole Mera habían partido temprano camino del arroyo de la peña conocida como *Cabeza del Moro*. Ambas portaban al cuadril dos grandes cestos de ropa para lavar. La mañana estaba fresca y arriba, entre los canchos, aún permanecían enganchados jirones de niebla. Jóvenes y bulliciosas, les gustaba acudir allí a lavar a pesar de que la distancia era mayor que a otros arroyos o ríos más cercanos. Entre las peñas abundaba la hierba que invitaba a tender en la misma "al verde" sábanas y camisas de sus cuatro hermanos.

Cuando llegaron, la niebla no se había disipado del todo y una ligera brisa soplaba fresca sobre los brazos desnudos de las jóvenes. No les importaba, su lozana juventud podía con todo. Tras bromas y charloteos ambas iniciaron con entusiasmo su tarea.

De pronto algo llamó su atención. Se miraron. Se había oído un ruido raro. Ninguna dijo nada. Pronto les llegó un nuevo sonido, parecía un suspiro, pero un suspiro largo, fuerte y profundo. Nunca habían oído nada igual. Se miraron de nuevo preocupadas. No entendían que nadie pudiera suspirar allí y no le pudiesen ver. El sonido parecía venir de la peña situada sobre ellas y a su derecha. Escucharon. Y de nuevo lo oyeron claro y nítido. Un suspiro largo y melancólico, un suspiro de centurias que con la brisa se perdió monte abajo camino de la villa. A lomos de la misma llegó hasta las casas de *Las Peñas* donde quedó enredado entre las chimeneas.

Aún hoy se cuenta en Berzocana como en determinados atardeceres es posible escuchar el largo suspiro de Yaqub, allá por la peña conocida como ***La cabeza del moro***.





El Corpus de hoy y de ayer: de la solemnidad a las prisas

"En el momento en que, alzando la custodia por encima de sus hombros, el sacerdote se volvía para impartir la bendición, los guardias "rendían armas", algo que a los monagos de entonces nos entusiasmaba". Junio 2012

El pequeño objetivo de la cámara web instalada en la Plaza de Berzocana me permitió, como a tantos otros paisanos, asomarme a la celebración de la festividad del Corpus Christi.

La procesión pasó muy deprisa y tal me dio la impresión que, más que procesionar a la custodia, la llevaban a carreras como si amenazasen abrirse los cielos con tormentas de agua o granizo. Rápidamente me vinieron a la mente aquellas solemnes procesiones de mi niñez oficiando de monaguillo incensario en ristre mientras Lorenzo *Canete* y Elías Rebollo mantenían en la torre un trepidante duelo de repiques, algo que por cierto repetían en todas las grandes celebraciones religiosas. Ahora la mecánica ha sustituido a los campaneros y lo mismo suenan aquellas en un domingo de Pentecostés, en las Fiestas de Agosto, o el Día de los Difuntos.

Me alegra que se siga manteniendo la tradición de los altares. Desde el objetivo de Paulino Muñoz, al que pido prestadas las fotos, me llega el instalado en la parte de atrás de la iglesia, en el arranque de la calle Carretas, en mi barrio. Y desfilan por mi mente personas

y personajes que junto al mismo se concentraban en tal festividad. Ya han desaparecido prácticamente casi todos. Otros se asoman a la festividad desde la nostalgia y el recuerdo. Los lazos con Berzocana se han ido aflojando con el paso de los años y en algunos casos tan solo se recuerda aquello de "de aquí eran mis abuelos".

El altar de la plaza se colocaba entonces en el mismo lugar que ahora, "en la Audiencia", bajo el arco que delimitaba la entrada en el ayuntamiento y que en aquellos años era tan solo el ahora central; los laterales estaban cerrados y dentro había oficinas. En la de la derecha estaba el Juzgado de Paz en el que durante algunos años trabajó mi padre siendo Juez de Paz Nicanor Diez "tío Sopinas".

Pero volvamos a la procesión. La custodia llegaba bajo palio y escoltada por dos números de la Guardia Civil con uniforme de gala en el que destacaban los correajes amarillos. Primero don Delfín Martín Recio, y posterior, y especialmente, don José Álvarez Luis, entonaba solemnemente con Juan Luis el sacristán:

"Tantum ergo Sacraméntum",y seguidamente se incorporaba el pueblo, principalmente las mujeres: *"Venerémur cérnui: Et antíquum documentum /Novo cedat rítui;/Præstet fides suppleméntum/ Sénsuum defféctui.*

/Genitori Genitóque, /Laus et iubilátio; Salus, honor, virtus quoque,/ Sit et benedíctio;/ Procedénti ab utróque/ Compar sit laudátio. /Amen.

En el momento en que, alzando la custodia por encima de sus hombros, el sacerdote se volvía para impartir la bendición, los guardias "rendían armas", algo que a los monagos de entonces nos entusiasmaba. Con una rodilla en tierra bajaban el fusil con sonar de culatas y correajes formando un ángulo de unos 45ª con su cuerpo y así permanecían hasta que la bendición terminaba. Los repiques de campanas rodaban por todas las calles del pueblo.

Otro altar que despierta en mi especiales recuerdos era el que tía Pura montaba en la entrada de su casa, en la calle Balcones (creo que entonces era calle Nueva). Nada más pasar el bar de tío Emilino ya comenzaba a oírse las notas de su pequeño acordeón de botonera entonando el Himno del Congreso Eucarístico de Barcelona de 1.952 sobre un poema de José Mª Pemán y música de Luis Aramburu: "De rodillas, Señor, ante el sagrario que guarda cuanto queda de amor y de humildad…..". Al llegar la bendición entonaba con brío la entonces llamada "Marcha Real", el Himno Nacional.Y mientras la procesión se alejaba la música se iba diluyendo al igual que ahora lo hacen mis recuerdos.

Comulgar por Pascua Florida

Se acercan los días de Semana Santa y muchos de vosotros los aprovechareis para volver al pueblo de vuestra infancia y juventud. Ante esta proximidad festiva yo lo he hecho en el tiempo de la memoria y no se por qué extraño misterio me vinieron a la mente las imágenes de grupos de hombres con sus mejores galas de aquel entonces, -donde predominaba la pana- sus sombreros y sus boinas, agrupados en el atrio de la iglesia de Berzocana. Esperaban para cumplir el precepto de confesar y comulgar por Pascua Florida.

Consciente de que muchos de mis lectores más jóvenes no saben qué encierra este concepto permítanme que les sitúe.

Según el catecismo del Padre Ripalda, vigente en aquellas fechas y que los de mi generación (años cuarenta, cincuenta e inicio de los sesenta) y otras anteriores y posteriores estudiábamos en la escuela y la catequesis hasta el punto de que aún hoy somos capaces de repetir de carretilla muchas de sus enseñanzas.

Decía el citado catecismo:

Los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia son cinco:

- El primero, oír Misa entera todos los domingos y fiestas de guardar.
- El segundo, confesar a lo menos una vez al año, en peligro de muerte, o si se ha de comulgar.
- El tercero, comulgar por Pascua Florida.
- El cuarto, ayunar cuando lo manda la santa Madre Iglesia.
- El quinto, pagar diezmos y primicias.

Aquí, en el tercero, aparecía Pascua Florida. El concepto de "florida" hacía referencia a la primavera para señalar que la Pascua a la que se señalaba era la de Resurrección y no otras, como la de Navidad, que la iglesia también celebra.

Esa obligación se llevaba a rajatabla, hasta el punto de que después de comulgar se pasaba por la sacristía donde el párroco extendía un justificante que te podía ser exigido en alguna circunstancia posterior.

El sacerdote debía procurar que todos lo cumplieran y era obligado llevar el registro del citado cumplimiento pascual donde figuraban todos y cada uno de sus fieles y se daba testimonio de haberlo cumplido o se certificaba la falta que estaba castigada con la excomunión.

Gracias a estos registros conocemos muchos de los censos de diversas poblaciones de los siglos XVI al XVIII.

No se libraba ni el tato ya que el carecer del citado justificante te podía acarrear múltiples problemas en unos años en que la Iglesia (el párroco de cada pueblo) y el Estado (Guardia Civil) venían a ser, si es que no lo eran, una misma cosa. Pero no se crea el lector que lo de la Pascua Florida era cosa de Franco y de su Régimen. Ni mucho menos. En España, desde 1.526, el Cumplimiento Pascual podía realizarse desde el Miércoles de Ceniza hasta el domingo de la Santísima Trinidad.

Pero aún podemos ir más atrás ya que el canon 21 del IV concilio Lateranense de 1.215 decía así:

"Todos los fieles de uno y otro sexo, después de que hayan llegado al uso de razón, deben confesar sinceramente todos sus pecados, al menos una vez al año, a su propio confesor. Debe procurar cumplir la penitencia que les fuera impuesta en la medida de sus fuerzas recibiendo, con devoción, al menos en Pascua, el sacramento de la Eucaristía, a no ser que, por alguna causa razonable, y según el consejo de su propio confesor, en su momento, juzgara que debe abstenerse de ello. Si no

fuera así, que en vida sea apartado de la entrada de la Iglesia y, muerto, sea privado de sepultura…."

Como verán la cosa venía de lejos.

Pero volvamos al atrio de la iglesia. Por aquel entonces, la población de Berzocana era bastante mayor que la de ahora, pasaba de los dos mil habitantes, y el número de obligados penitentes era grande. Únase a ello la solemnidad que se daba al acto y tendrán definidas las largas colas y esperas. No era pues de extrañar que las escapadas a los bares de tío Salero y tía Flor (la madre de Antonio Cabalito) situados en el mismo entorno, fueran frecuentes.

Pero no solo los hombres cumplían con el precepto, también tenían que hacerlo las mujeres, pero éstas no paraban en el atrio (el cementerio decíamos entonces como recuerdo en el imaginario público de la función que como tal había ejercido muchos años atrás). Siempre llegaba algún otro cura a reforzar al párroco.

Los hombres acudían al confesionario y se arrodillaban frente al sacerdote, abriendo el portón del confesionario. Había que auto animarse bastante antes de acudir ya que tenías que soltar tus maldades a la cara del cura de turno, de ahí que se buscase hacerlo con el forastero en vez que con el de casa. Daba menos corte. Más fácil lo tenían las mujeres que iban por los laterales y lo hacían a través de una tupida rejilla

Creo recordar que era mediodía de un Sábado Santo. Yo por entonces andaba por Navalmoral y había acudido por las vacaciones. En compañía de Florencio y su primo Nino, el del Parador, llegamos al bar de Vicente desde la iglesia donde habíamos estado preparando algo para los Oficios de la tarde.

En la esquina de la barra, a la derecha según entrabas, se encontraban mi padre, Juan Luis, tío Ufo, Pardilla y un amigo más cuyo nombre me reservo, pero que tampoco es tan difícil adivinar para quienes les conocían.

—Y digo yo Juan Luis que habrá que irse yendo para ir a confesarse esta tarde, dijo el señalado.

—¿Pero tu tienes algún pecao?, preguntó con sorna Juan Luis que era el sacristán de la parroquia.

—Los mismos, exactamente los mismos que el año pasado. Yo llego y lo digo to de seguido: Ave María Purísima. Padre hace un año justo que me confesé, traigo hecho el examen de conciencia, dolor de corazón y propósito de enmienda. (Se sabía el Ripalda de carretilla) .Y don Delfín también me dice siempre lo mismo

—¿Hijo, qué pecados has cometido?. Y digo yo:

—Pues mire usted, los mismos del año pasado, los de las mujeres

—¿Cómo los de las mujeres?, dice él

—Pues ya ve. Que me gustan las mujeres y como querer la del prójimo es *pecao* pues eso. Y es que normalmente siempre me gustan las del prójimo.

Y se reía con una mirada pícara mientras encendía de nuevo el cigarro liado que llevaba ya apagado un buen rato.

Y así entre bromas, cigarros y vasos de vino, se sobrellevaban aquellas Semanas Santas sin música, sin fiestas, sin cine y con mujeres de luto. ¡Ah! y con el cumplimento Pascual.

El rollino

Pocas gentes deben quedar ya que recuerden "el rollino" de la Plaza berzocaniega cuya foto nos hizo llegar en su día la fenecida Pilar *Polina*.

La foto debe estar tomada a finales de los cuarenta o inicio de los cincuenta por cuanto el yugo y las flechas del mismo aparecen bastante olvidados y deteriorados, algo impensable en años anteriores. También se aprecia la presencia de una palma de las que se portaban en la procesión del Domingo de Ramos por el párroco o las autoridades. Sufrió muchas modificaciones hasta su total desaparición. Fue centro de atracción en las tardes de niños y jóvenes durante muchos años y lugar de concentración de los mozos al anochecer cuando en el mismo se producía el cambio generacional. Allí se concentraban para ver pasar a las mozas o como plataforma de la que salir cuando pasaba alguna que interesaba y con la que se quería "hablar".

Yo lo recuerdo ya sin el yugo y las flechas, y tampoco tengo muy claro tan siquiera si ya tenía la cruz de madera. Allí nos concentrábamos para jugar a "*civilicera" (¿o es cibilicera?*), al escondite, el *burroarrengao*, pídola, el zurriago, *jurria,* la taba, o cualquier animalada que pudiese ocurrírsenos a unos niños que no teníamos ni idea de lo de traumatizarnos, acatarrarnos, cuidar de no mojarnos, no estar mucho al sol, tener cuidado con las picaduras, no tirar piedras, no jugar con palos o escaparnos al río de los Molinos… niños felices en las limitaciones de nuestra época. No sé cómo pudimos serlo sin móvil, sin Internet, ni tan siquiera con tele.

Una fuente sin agua ocupa hoy el lugar del rollino desaparecido ya de la memoria de muchos berzocaniegos y casi olvidado en las de otros. Sirva la foto de recordatorio.

Nota histórica

Nuestro *rollino* es un diminutivo de "rollo". Un **rollo** es una columna generalmente hecha de piedra y normalmente rematada por una cruz o una bola. Representaba la categoría administrativa del lugar, levantándose sólo en los villazgos que tenían plena jurisdicción, indicando el régimen al que estaba sometido: señorío real, concejil, eclesiástico o monástico. En ciertos casos era un monumento conmemorativo de la concesión del villazgo. Compartían con las picotas las funciones de ajusticiamientos. Estos ajusticiamientos fueron suspendidos por decreto de las Cortes de Cádiz en 1812.

Los hay en aquellos pueblos que tenían alcalde y, por lo tanto, jurisdicción para juzgar y condenar a muerte. Servía además para castigar y pagar las penas menores de los delincuentes comunes, que tras ser azotados, eran expuestos a pública vergüenza. También en los mismos se colgaban las alimañas cazadas para justificar el cobro de las indemnizaciones señaladas. Esto sí lo conocí sobradamente en nuestro rollino

Cáceres es una de las provincias de España donde se han conservado más rollos jurisdiccionales gracias a la desobediencia de sus pueblos a la orden dada por las Cortes de Cádiz, que instaba a derribarlos cuando se abolieron los señoríos jurisdiccionales.

El nuestro cayó por desidia y abandono



Y la Virgen volvió a su ermita envuelta en recuerdos de antaño

Día 8 de diciembre. La mañana se abre con brillos de rocío en las paredes de las fincas, en la hierba y en las hojas de los olivos. Luce el sol y el cielo se muestra límpido e inmaculado como al día corresponde. Una ligera brisa del norte nos recuerda que el invierno está ya en puertas.

Vuelvo de mi paseo matinal a la era de la Mocara, aunque esta vez lo prolongué un poco más hasta dar vista al caserío de la Dehesilla. A lo lejos, la cadena de las Villuercas se perdía en el horizonte marcando serranías y valles. El núcleo de Cabañas destacaba en la lejanía con sus diminutas casas arracimadas bajo las ruinas del castillo.

Enfilé la dura rampa que desde la fuente de La Trasoná nos acerca a la pista que, irónicamente, los berzocaniegos han bautizado como la B-30, en alusión a la célebre M-30 de Madrid. Unos hombres se afanan en el vareado de los olivos. También aquí ha llegado la técnica y uno de ellos maneja un vibrador mecánico que sacude fuertemente las ramas.

—No pegues tanto a las aceitunas que se van a cabrear, le digo a uno de ellos a modo de saludo.

—Ya hay algunas que lo están, me contesta parando en su tarea. ¿Qué, de dar un paseo?

—Sí, de ver a la Virgen, le contesto utilizando la fórmula al uso entre los que van y vienen a la ermita de la Concepción.

—Pues no está. Se ha ido de puente.

No puedo por menos que reír con la salida de mi paisano.

Efectivamente, la imagen de la Virgen no está en su ermita. Como la tradición señala se la trasladó a la iglesia para efectuar en ella la novena que lleva al día de la Inmaculada. Día que es precisamente éste. Y será esta tarde cuando vuelva en procesión a su residencia habitual.

Me chocó el horario tempranero señalado para ello. A las cuatro y media de la tarde. Y así, cuando algunos apenas nos habíamos levantado de la mesa, las campanas anunciaban el acto. El día seguía siendo espléndido, aunque el aire frío se dejaba notar aún más que en la mañana.

La procesión salió de la iglesia no por donde lo hace habitualmente, sino por la puerta de la torre, la que da a la Cruz de Piedra. El sol se acuesta silencioso sobre el lejano horizonte de las dehesas perfilando las siluetas de las encinas. Sus rayos apenas calientan y Pepe Comunes y yo aguardamos la salida del cortejo buscando el calorín del sol junto a la pared de la ermita del Niño.

-Poca gente, ¿eh?. ¿Te acuerdas Pepe de cuando, tal día como hoy, cuando los últimos de la procesión llegaban a la salida del pueblo ya estaban los primeros en la Concepción? Entonces sí que había gente en el pueblo. Ahora desde aquí mismo a mi casa solo hay puertas cerradas.

Sale la procesión enfilando la bajada hacia la Plaza Vieja. La mayoría son mujeres. Muy poquitos jóvenes. Don José Manuel, el párroco, que pese a sus setenta y cuatro años se mantiene joven y dinámico, especialmente en lo que a su voz se refiere, inicia el cántico del rosario. Las mujeres le acompañan.

Dejo a la procesión camino de la ermita y vuelvo a casa. Lo comento con mi madre que, desde sus 93 años, me cuenta:

—Ahora todo son rosas y flores. Antaño, cuando solo era un camino de tierra, casi todos los años se armaban unos grandes barrizales y muchos charcos. No se podía pasar. Ya por la mañana iban los

hombres, los cofrades de la Virgen, pues entonces la Inmaculada tenía cofradía, a poner piedras bien gordas por el camino de modo que la gente pudiera pasar pisando en las piedras. Los más jóvenes se subían por las paredes e iban caminando por ellas.

Se apaga la tarde y los primeros grupos de fieles vuelven de la ermita tras haber celebrado el día degustando chocolate con churros y dejar a la Virgen en su altar.

Es la Inés Cachana quien me recuerda otra pequeña historia.

—Hoy empiezan oficialmente las Navidades. Hace años cuando volvíamos de la procesión, los grupos de los más jóvenes parábamos en el bar de tío Emilino para quitarnos el frío, y allí, con Don Pedro el cura, cantábamos los primeros villancicos. También tu padre se quedaba muchas veces.

Pues pese a que el bar ya no existe, ni don Pedro, ni mi padre, ni tío Emilino, cantemos un villancico con su memoria presente y demos por comenzado el período navideño.

La noche ha caído sobre Berzocana. El frío se cuela por las esquinas y se mezcla con el olor de los calbotes.

La Plaza Vieja.
Remembranzas de la niñez



La Plaza Vieja era entonces otra plaza muy distinta de la actual. Empedrada y limpia se mostraba bulliciosa y alegre en los atardeceres y solariega y didáctica en las nocturnas calmas veraniegas. Tan solo era vieja como contraposición a la del Ayuntamiento diseñada muy posteriormente Tráfico de caballerías, reatas de acarreo en ida y vuelta a la era de La Mocara. Voces de chiquillos en sandalias de goma y mocos

en la nariz; gallinas picoteando aquí y acullá; mujeres cosiendo y remendando en puertas y soportales… voces. No, no era una plaza vieja, era una plaza viva.

A los que entonces hacíamos "incursiones de guerra" por el callejón de tía Julia no nos es muy difícil recordar todo aquello aunque caras, perfiles y actitudes se desvanezcan en la pátina del tiempo, no así el regruñir de *tío Pedro Parao* al que sentaban a demonios nuestras batallas en el citado callejón: menos mal que Horacio "Varenes", con su eterno pitillo entre índice y pulgar, solía avisarnos en numerosas ocasiones de la llegada de aquel. En otras… en otras nos tomaba el pelo con múltiple regocijo por su parte. Tío Horacio fue hasta su muerte un verdadero cachondo de la vida. ¡Cómo le gustaban los chavales y sus pillerías! Muchas veces era él peor que ellos. Tanto es así que en otras tantas ocasiones muchas veces su mujer, tía Julia, tenia que llamarle al orden por intervenir en nuestros juegos.

Años después habría de enterarme de que se hicieron novios interpretando el papel de tales en una obra de teatro. Tratándose de *Varenes* ello tenía que haber sucedido de una forma original. ¡Faltaría más¡.

En época veraniega, cuando la somnolencia aletargaba a los mayores y las escapadas por las calles vacías del pueblo eran toda una aventura, solíamos bajar hacia la citada plaza entrando por la calle de La Corte y doblando después por la estrecha calle donde vivía tío Marchena dejarnos caer en rápida carrera por la pendiente tras pegar algún aldabonazo que otro en las cerradas puertas del vecindario.

A esas horas la plaza se presentaba silenciosa y asolanada. Por el camino de la Concepción, las chicharras desgranaban su monótona cantinela de siega y trilla. Las puertas cerradas. Las sombras, inexistentes salvo en algún que otro soportal. Los langostos (saltamontes) huyendo aterrorizados de nuestras manos que los sometían a no muy ortodoxas operaciones quirúrgicas aún cuando no existiese rotura o enfermedad alguna. Luis *Guarrino* acababa de descubrir un

hormiguero cerca de la puerta de *Las Chivinas* y toda nuestra actividad se centró alrededor de él. Con pajas desviábamos a las hormigas de su ruta y las hacíamos perder su carga una y mil veces. Con nuestro bullicio no dejábamos dormir a los vecinos y pronto, desde una ventana, nos echaron a cajas destempladas.

Los viejos eran los primeros en comenzar a moverse tras la siesta. Salían con parsimonia, cerraban el portón, buscaban un cachín de sombra y, tirando de petaca y librito, liaban calmosos un cigarro entre carraspeos.

Por aquella época vivía en la plaza una moza pequeña, morena, salerosa y de nariz respingona. No se porqué me acuerdo tan bien de ella. Se llamaba, y se sigue llamando, Aurora. Su padre, si la memoria no me falla, era tío Quiquino. Tenía otra hermana y unos cuantos hermanos. Ellas, las Penachas, las Chivinas y algunas otras eran las culpables del ir y venir de los mozos en los anocheceres. Ellos rondaban y nosotros curioseábamos.

¿Se seguirá rondando ahora?.

Muchas caras me vienen a la memoria, pero los nombres se han ido perdiendo por pueblos y carreteras entre más nombres y nombres, entre el polvo del camino y los cambios del trabajo y el vivir.

La Plaza Vieja ya no es la misma. Apenas un par de fachadas recuerdan aquella otra. Hay una fuente en el medio, y flores, pero está más triste y solitaria. Los niños han desaparecido y nadie, ni siquiera el ruido de animales, perturba la paz de la siesta. Y no es la nostalgia de la niñez la que me hace notar esta tristeza: Muchas casas permanecen cerradas durante casi todo el año. La emigración se llevó a casi todos los mozos y niños de entonces. Tras las puertas unos pocos viejos y muchas nostalgias.

El camino de La Mocara es un recuerdo perdido en la mente de muchos. Hasta el camino de la Concepción ha quedado reducido a paseo de los mayores con algún que otro desgranar de rosarios

silenciosos de algunas mujeres. Tan solo como fantasmas diluidos en la bruma de un tiempo perdido, pasan por la mente la reatas de mulos y burros… el bronco cantar de la trilla y el croar de las ranas en las charcas de Los Cercaos. Ni éstos tienen ya trigo ni los mozos rondan. La plaza ha ido languideciendo poco a poco, como el pueblo, como tantos y tantos pueblos extremeños.

Algún que otro viejo fumaba este verano en silencio en un rincón con nostalgias de besanas y sueños de estudiantina: la plaza ya no es vieja, la han remozado, pero, ¡ah!, ahora la Plaza Vieja es una plaza de verano muerta en invierno.

Naranjas de ilusión, un balón… y los Reyes Magos

—¡Pepe, Pepe!, ¿Qué te han traído los Reyes

Miguel *Esquelina* bajaba lanzado calle abajo a mi encuentro. Yo desembocaba en la Plaza desde la calle Honda y paré sonriente. Miguel estaba eufórico. Era el día 6 de enero, no recuerdo bien si del 57 o el 58, pero por ahí le andaba.

—Este año me han traído dos.

—¿Pero dos qué?, interrogué preocupado.

—Dos naranjas Pepe, Me han traído dos naranjas. Siempre me traían una, este año……. dos

—¡A mí también!, contesté jubiloso dándole una palmada en la espalda.

—¡Dos naranjas a cada uno! Los Reyes se han pasado este año.

—Yo me la comeré esta tarde en la merendilla, la otra ya veremos, Explicó Miguel

—Yo haré lo mismo, contesté entusiasmado. Y nos la comeremos en el Pilón

—En ese momento, por la calle del Arco hizo su aparición Matías, *el de la Rosa Hidalgo.* No es que fuera su hijo, que no tenía. Creo recordar que era austriaco y muy raro a nuestro entender. Le tenía acogido como exiliado de la Guerra que había habido en Europa y apenas farfullaba cuatro palabras en castellano. Bueno, las palabrotas y los tacos se los aprendió en un par de días. Lo extraordinario es que llegaba con un balón en las manos. ¡Un balón de verdad! De cuero, como los de los futbolistas que venían en los cromos.

Tanto nosotros como un montón de niños que por allí correteaban y gritaban corrimos hacia él:

—¿Nos dejas jugar?, repetíamos una y otra vez gritando al unísono e intentando hacernos con el balón

Matías farfullaba en su idioma y apretaba el balón contra su pecho. Al final, ante nuestra insistencia, le dio una gran patada hacia el centro de la Plaza, entonces de tierra, y todos corrimos tras él gritando.

Nuestros partidos tenían reglas no muy ortodoxas, sobre todo, como en este caso, cuando era multitudinario y todos queríamos golpear a aquel fantástico balón. Seríamos unos veinte o más ya que, al contrario de lo que ahora ocurre, lo importante del Día de Reyes era correr a la calle a compartir vivencias con los demás. No había portería y todos perseguíamos el balón para darle nuestra patada, daba igual el sentido o la dirección, corríamos en manada sin orden ni concierto. No se habían formado equipos. ¡Vaya balón! Era como si nos lo hubiesen traído los Reyes a todos los niños del pueblo.

Y habré de señalar aquí a los más jóvenes de mis lectores que nuestra idea de los Reyes era absoluta y romántica. Y lo era hasta que nos comenzaban a "malear" los mayores cuando dejábamos atrás los diez años. Nuestros Reyes eran todo imaginación. No teníamos referencias de imágenes, tan solo de alguna foto en blanco y negro recortada de alguno de los tres o cuatro diarios de prensa que entonces llegaban a Berzocana. No había teles, y menos aún móviles. Y sabíamos de las cabalgatas de las grandes ciudades por la radio, las imágenes las ponía siempre nuestra imaginación.

Pero, pese a su austeridad, la festividad de Reyes era uno de los días más felices del año. Allá, allá con el Domingo de las Fiestas. Un camión de madera al final de una cuerda con la que tirar de él era un regalo de los gordos. Aunque también era una mañana de muchas desilusiones, más de las que vosotros, los que no vivisteis aquellos años, podréis imaginaros ahora. Hasta una camisa, o un jersey, podrían ser motivo de gran contento. Sí lo era si los Reyes te traían "una anguila".

Un dulce entre mazapán y bollo suizo, con fruta escarchada y una especie de azúcar blanca y brillante, con forma de pez enrollado sobre sí mismo, y metido en una colorida caja redonda de cartón; la cerraba un papel transparente y sonoro que al manipularlo emitía curiosos ruidos y que, por tanto, también servía parara jugar. La anguila era siempre un regalo para compartir.

Ahora, hojeando periódicos y canales de televisión, me pregunto: ¿Qué fue de los Reyes Magos? ¿Dónde quedaron aquellos magos únicos y universales a los que tan solo se llegaba, o incluso tan solo se adivinaban, un día al año?

En estos nuestros días, desde mediados de diciembre, la publicidad arrolla todo y sepulta gran parte de las ilusiones y de la capacidad de sorpresa de los niños. Y comienzan a aparecer "reyes" aquí y acullá; y pajes, y pregoneros y enviados, y más Reyes que llegan a almacenes comerciales, a colegios o a instituciones…

Pero su imagen se debilita en la aglomeración festiva y consumista. Y de un lugar y otro, por unos u otros intereses, han comenzado a aparecer figuras más o menos navideñas, incluso que nada tienen que ver con nuestras costumbres y tradiciones, que han comenzado a hacer sombra a los clásicos Reyes Magos.

Y así, a bote pronto, me vienen a la mente Santa Claus, Papá Noel, San Nicolás, y otros que desde cada región o comarca anuncian su llegada compitiendo con los Reyes y con gran cobertura oportunista:

El Olentzero (carbonero vasco); el Angulero asturiano; el Guirria. Los catalanes Caga Tió y Caganer; el O Apalpador gallego y otros.

Pero son los primeros, Santa Claus y Papá Noel, lo que están poco poco, arrinconando a nuestros Reyes y si no, al menos comprometiendo a las familias en el doble de gastos. Y además, el creer y vivir los Reyes Magos no es nada progresista (En el sentido manipulador lingüístico del término).

Quizás por todo ello, esta mañana he mirado con nostalgia una naranja que relucía en un frutero en casa de mis nietos.

Recuerdos de sol, palmas y ramos

La memoria es selectiva, pero esta selectividad se vuelve caprichosa a medida que pasan los años. De alguna manera, los malos momentos se diluyen y se potencian los buenos. Quizás por ello, los que acuden a mi memoria en determinadas fechas lo hacen siempre envueltos en días luminosos y con el sol brillando entre canchos y dehesas. Tal sucede con el Domingo de Ramos que hoy celebramos. Siempre aparece primaveral y lleno de luz, de ilusiones, de estrenos y de juegos y paseos a la Concepción.

El canto latino del Domingo de Ramos me llega envuelto en revuelos de ramos de olivo y el tono agudo de la voz de don José al que ponía contrapunto mi padre, Juan Luis el sacristán. No recuerdo Domingo de Ramos alguno con lluvia, que seguro que los había. Todos me llegan plenos de sol y luminosidad.

*Pueri Hebraeorum, portantes ramos olivarum, obviaverunt Dominus, clamantes et dicentes: Hosanna in excelsis. (*Los niños de los judíos, llevando ramos de olivos, salieron al encuentro del Señor; gritaban y decían: ¡Alegría en el cielo!)

El de Ramos era de los denominados entonces *domingo gordo.* Aquellos que destacaban entre el resto de los domingos del año y que se plasmaba en la solemnidad de los ritos religiosos, ritos que concentraban toda la actividad del pueblo pues, en realidad, era el único programa de actividades en las celebraciones de aquellos tiempos y otros tantos que les siguieron.

Era también domingo de estrenos. No de películas, eso quedaba para las capitales. Era domingo de estreno para el pueblo en general y para los niños y jóvenes en particular. Tampoco hacía falta gran cosa, a veces un pañuelo o unos calcetines bastaban. En otros casos ya más *rimbombantes* (como decía las mujeres para definirlo cuando el regalo subía un escalón o dos) era un jersey, una camisa o unas calzonas. El caso era estrenar algo y eso lo hacían niños y mayores.

Recuerdo que en una ocasión lo pasamos en grande en la pandilla. A una de ellas, no recuerdo muy bien quién en concreto, pero creo que fue Candela (*la de tío Paco el Manco)* le regalaron un velo (tela de encaje con la que las mujeres se cubrían la cabeza para ir a la iglesia) que ella mostraba orgullosa porque era "muy bonito" mientras nosotros lo tomábamos a pitorreo porque "vaya un regalo más tonto", hasta que logramos cabrearla a ella y al resto de amigas que defendían la bondad del regalo. Hoy nos acusarían de machistas redomados.

En la procesión de aquellos domingos, las filas marchaban rectas y disciplinadas: niños de las escuelas escoltados por los maestros; las niñas con sus maestras, los niños con sus maestros. Detrás, las mujeres más jóvenes, las mayores, el cura y, detrás, en tropel, todos los hombres. Todo muy disciplinado, muy recto, como correspondía a la forma de pensar (obligatoria) o de ser de aquellos años, aunque la verdad es que los niños no nos enterábamos de ello, tan solo supimos lo que ocurría cuando nos lo explicaron años después ya creciditos. Y aun así no lo veíamos muy claro, nosotros lo pasábamos en grande y teníamos toda la libertad del mundo, mil veces más de la que ahora tienen los niños siempre vigilados, siempre sobreprotegidos, siempre teledirigidos.

Abundaban los ramos de olivo aunque había algunas palmas. Eran verdes y redondeadas, nada que ver con las trabajadas de ahora. Me causaban envidia las que llevaban don José el cura; el cabo comandante de puesto de la Guardia Civil; el alcalde, don Bernardo, y mi padre

en su calidad de sacristán. Eran largas, grandes y amarillentas y lucían muchísimo.

Tras recorrer el pueblo, cuando el cura iba a llegar a las puertas de la iglesia, un monaguillo cerraba éstas. Mi padre se metía dentro y el cura se quedaba fuera. No entendía (ni aún lo he averiguado) que significaba aquello. Don José entonaba una estrofa desde fuera y mi padre contestaba desde dentro. Como todo era en latín nos quedábamos a oscuras del diálogo.

En un momento determinado el párroco daba con el tronco de la palmera en las puertas y estas se abrían. Entonces entraban todos en la iglesia.

Recuerdo que algunos años, al salir de misa, marchábamos mis primos Juan y Manolo *Portales,* y la *Nena* de nuestra tía Crisanta, a los *cercaos* de la Concepción, por aquel entonces todos sembrados. Clavábamos en el suelo, entre los campos de trigo, los ramos ya bendecidos para que "alejasen las tormentas y el granizo" y no se estropeasen las cosechas. Otra gran parte de ellos, al igual que las palmas, se colocaban en balcones y ventanas y allí permanecían "para ahuyentar los males" casi todo el año.

Hoy las cosas ya no son así, aunque los ramos siguen protagonizando el día especialmente entre los creyentes. Otros berzocaniegos llegan en estas fechas al pueblo en busca de un merecido descanso laboral. Que para todos ellos luzca hoy el sol como sigue luciendo en mis recuerdos de ramos y palmas.

Con los dedos de su pie derecho cogió el punzón de madera que le ayudaba a escribir….. y surgió el Himno

Fulgencio se puso frente al ordenador. El día estaba nuboso y frío y no tenía muy claro qué iba a hacer. Con los dedos de su pie derecho cogió el punzón de madera que le ayudaba a escribir y se quedó con él en el aire, en suspenso acción y mente.

Un destello le recordó que estaba a tres días de la festividad de San Fulgencio, patrón de la diócesis de Plasencia y de su pueblo, Berzocana. Una pequeña ráfaga de nostalgia pasó por su mente.

Despacio, letra a letra, formó la primera palabra. Como siempre le sucedía, la mente iba mucho más rápida que el punzón de su pie. Tenía que esforzarse para que la nueva idea no sepultara a la anterior antes de haberla plasmado en la pantalla.

Al rato se completó el folio con el escribir electrónico. El punzón pulsó la última tecla: guardar.

Ful dejó escapar la tensión acumulada por el gran esfuerzo que le suponía plasmar sus ideas en la pantalla y leyó:

HIMNO A SAN FULGENCIO

Santo pastor y Obispo de la Iglesia,
sacerdote de Cristo,
luz, sabiduría y bondad.
Gloria a ti Fulgencio bendito
que brillas hoy con nueva claridad
con tus hermanos Leandro e Isidoro.
Dejasteis a la Iglesia un buen legado
despejando las dudas que dejaba
la secta Arriana tras su paso.
Fuisteis luz en medio de la noche,
pastor entre los lobos que acechan al rebaño.
Fuiste paz en medio de la guerra,
la calma después de la tormenta.
Defiende a tu pueblo del peligro,
defiende a la Iglesia de Plasencia
y a Berzocana, tu humilde sepultura,
dale el deseo de servir y amar a Cristo
que reina con el Padre en la mansión eterna.
Amén.

Fulgencio Rodríguez Mera
13 de enero de 2015

Mandó el escrito a su hermano Miguel, a Berzocana, para que se lo leyese a su madre. Una copia llegó al párroco, José Manuel, el mismo día de San Fulgencio.Y este decidió que la misa festiva del día era el lugar idóneo para dar a conocer el Himno de Fulgencio. Así lo hizo.

En el Centro de discapacitados de Alcuéscar, Fulgencio se durmió esa noche con una sonrisa en los labios.

DEMETRIO:
El titán de las Villuercas

Si por los pardos campos extremeños el aire y el sol han tallado tipos definitorios del ser castúo, el aire de la sierra berzocaniega, la dureza de sus besanas y las sombras de sus encinares también les ha conformado como hombres curtidos y duros.



Era entonces Demetrio un mocetón recio y fuerte que manejaba el saxo como si estevón de arado se tratase. Él y sus hermanos José, Andrés y Luisa, conformaban la orquesta que amenizaba los bailes del domingo. El salón estaba sobre el bar de su padre, en la parte alta de la casa que tenían junto a la iglesia, en el *"Colaíllo el rio",* allí donde el aire *"le zumba el perrengue*" al decir de algún paisano.

Por nuestra edad aún no podíamos entrar pero hasta el atrio de la iglesia llegaban soplidos y resoplidos que entonaban las canciones de la época: "La ovejita Lucera", "El negro zumbón", múltiples pasodobles y algún que otro *vascorrío* (original traslación al berzocaniego del *vals corrido o ligero*) que era demandado a voces por los danzantes. A veces también llegaba la voz de José que golpeando con la mano sobre su muslo marcaba el ritmo y tonos del comienzo de la pieza a sus hermanos: *"Fa, fa, sol, mi, mi…"*

Los mozos y mozas, muchos por aquel entonces, subían y bajaban las escaleras del bar al salón y del salón al bar donde "tío Salero", el padre de los músicos, con sus estrambóticos decires y sentencias, servía los vasos de vino llamados *"peseteros*" (su precio era una peseta) de una desportillada jarra de zinc.

Las mozas formaban corrillos en la entrada esperándose unas a otras para subir. Había bullicio y alegría. La *moceá* se asomaba a los balcones y bromeaba. Qué pena no fuésemos mayores como ellos, pensábamos nosotros que no perdíamos detalle de todo cuanto ocurría jugando en el *cementerio* como llamábamos entonces al atrio de la iglesia que antaño había desempeñado precisamente esa función.

No recuerdo bien cuando ocurrió aquello, pero Demetrio dejó la música y abrió un bar en la Plaza Mayor. Encima estaba el cine. Sí amigos, entonces había cine en Berzocana.

Como el bar dejaba muchas horas libres y poca caja, Demetrio decidió comprar una furgoneta. Bueno, no se si éste sería exactamente el término adecuado para definir tal artefacto. Aquello era un artilugio

con ruedas, tablas y chapas extrañamente unidas capaz de andar, mugir, estornudar y …. hasta hacer volatines.¡ Milagros de Demetrio y su navaja! Con aquel armatoste cargado de huevos, gallinas, y cualquier cosa que pueda venírseles a la imaginación, iba y venía a dónde y de dónde hiciese falta.

Desmontaba el motor y lo volvía a montar una y mil veces. Cuerdas, alambres, latas, palos, hierros, cuñas y abrazaderas de todo tipo servían para que aquel gran *chirimbolo* funcionase. Aún no me explico cómo no se mató con aquel prehistórico *carroceto* que venía a dejar en la modernidad al *troncomóvil* de los Picapiedra. Sus arrancadas eran al salto, y el frenar, si la cosa apuraba, arrimando contra la pared. Un buen día, no recuerdo como, aquel armatoste desapareció de la plaza de Berzocana, aunque siempre surgía otro casi igual para sustituir al anterior.

De la misma forma, o sea sin que se sepa cómo, apareció una magnífica bicicleta BH. ¡Un artista sobre la bici, Demetrio! No hubo cabriola que no intentara ni forma de montar que no cumpliere. Cuando se construyó el primer muro que separaba la pista de cemento de delante de su bar de la plaza de tierra, que estaba rematado con azulejos, se lanzaba a toda velocidad desde la Calle del Arco o Calle Honda (pronúnciese la *h* aspirada), subía por la rampa inicial del muro, lo cruzaba como una flecha, bajaba por el otro extremo y frenaba junto a la puerta de la casa de tío Eugenio *Palrapoco* quedando de nuevo enfilado hacia el muro y lanzándose hacia él de nuevo a toda velocidad. Y así hasta que se cansaba ante la atónita mirada de los más pequeños que, como yo, abríamos ojos como platos, y alguna que otra recriminación de los más mayores que le advertían de la peligrosidad del "ejercicio circense" sin dejar por ello de alabar su habilidad. A la bicicleta la sustituyó una moto, creo que una Ducati, con la que Demetrio efectuaba exactamente las mismas filigranas que con la bicicleta incluido el paso del muro a todo escape.

¿Que el mechero no funcionaba? Allí estaba Demetrio. ¿Que era el reloj? Demetrio. No había aparato que se le resistiera. Su principal y casi única herramienta de trabajo: una navaja de regulares dimensiones y cachas de madera (cabritera, decía él).

El bar que regentaba, con un gastado y alto mostrador de madera, era todo un muestrario. Allí se podía encontrar de todo: muelles, tornillos, tuercas, navajas, mecheros, piedras para los mismos, mechas, frascos con gasolina para los mecheros, botellas del año pum, telarañas, copas microscópicas para el aguardiente hermanas de las que tenía tío Zumbona, en Solana, y que ataba con un bramante al mostrador para que los clientes no se las llevasen (tío Zumbona, no Demetrio que las tenía libres).

En las noches de invierno, Demetrio se sentaba detrás del mostrador, se colocaba el brasero entre las piernas, cogía la badila en la mano y se quedaba roque. Lo de la badila tenía su aquel. Explicaba que si en el sueño se quedaba algo más allá de *calambuco,* entonces se le caía la badila y despertaba. O sea el uso de la badila como precaución de cualquier accidente con el brasero.

Pienso yo que Demetrio debió ser el inventor del autoservicio, y mucho antes que lo hicieran los americanos. Miren. Como la clientela no era mucha había veces que estaba solo. Entonces el cliente llegaba, y si Demetrio estaba *calambuco,* se servía el vino de la botella allí preparada (solo había un tipo de vino), llenaba el vaso y después de más o menos rato dejaba el dinero en el mostrador y se marchaba sin decir ni mú. Claro que los clientes habituales también se las traían, así, al pronto, recuerdo a Tarra, El Pintao, el Mudo, Colorín, Comunes, Simón el barbero (que pedía un tanque en lugar de un vaso) Quinceño, Antonio la Picarona, Velaero, Rafael, y otros más jóvenes como Isaías, Paco Sotana, Nicanor Sopinas, Pepe Merino, Pedro Ramono, Tejero…o los más mayores, entre ellos un cuarteto de la

calle Carretas que hizo historia: Tio Orejinas, Tio Tostao, Tio Obispo y tío Felipe.

¡Y la de cosas que le habrán pasado a nuestro Demetrio!

Creo que todo tipo de accidentes imaginables le han ocurrido a él. Cortes, hachazos, fracturas, magulladuras, raspones y todo cuanto el lector quiera imaginar. Pero él era él y nunca quiso ir al médico se pusiese el personal como se pusiese. En la mayoría de los casos sus autotratamientos eran poco más o menos los mismos que se aplicaban al ganado sin que en el botiquín faltase el zotal, el *moreno* con el que se cicatrizaban las heridas de las ovejas en la esquila y otros remedios de la misma o parecida guisa

En una ocasión le salió un gran bulto en un hombro. No aceptó que le viese el médico e ¿imagináis cómo se lo curaba?. Cada mañana levantaba por un extremo una viga y la colocaba sobre el bulto aguantándola un gran rato y así logró que le fuera bajando el bulto poco a poco.

Debía de beber cuatro o cinco litros de agua al día y los refrescos los mezclaba con agua… ¡caliente!

Oírle hablar era todo un espectáculo por la cantidad de decires y giros originales que utilizaba. Le recuerdo también un seiscientos al que en aquel entonces tan solo debían de quedarle dos piezas originales, chapistería incluida, y cuyo motor era capaz de armar y desarmar con la sola ayuda de su navaja. Había veces que quedaban piezas sueltas por el suelo. Era igual. Demetrio se subía, daba a la llave de contacto y el chisme aquel arrancaba y rodaba.

Conocido era también por su clientela su problema de estreñimiento y, como no, su peculiar forma de combatirlo. El lo achacaba en parte a ese invento de los váteres, "donde no hay manera de cagar a gusto", aseveraba. Cuando pasaba un largo puñado de días y no había logrado hacer de vientre marchaba al campo y de allí no volvía hasta que no lo había logrado. Original hasta en eso.

Autodidacta al máximo, continuó sirviendo café de puchero, y tirando los cacahuetes de aperitivo a todo lo largo y ancho del mostrador para que cada cliente se sirviese, hasta el cierre del negocio.

Me cuentan que, pese a su edad, no ha perdido ni una de sus habilidades mecánicas y continúa cuidando las ovejas, arreglando mecheros a los vecinos y a los viejos clientes, cargando y descargando palos, desmontando transistores, construyendo estalanqueras, pintando una puerta al coche, construyendo una silla, un dornajo, o ayudando a parir a una oveja. ¡Ah!. Y un vehículo que no tiene mucho que envidiar a los aquí descritos y que continua manejando con especial pericia. Tan solo se llevaba –espero que ya no- mal con la sierra. ¿Cuántos cortes Demetrio?

"¡Estoy jodido!", solía y suele decir cuando se le pregunta por la salud. El trabajo, el duro trabajo ha dejado en el cuerpo de Demetrio múltiples cicatrices, pero él nunca, nunca, ha perdido el humor. Bajo su perenne bigote, se ríe, se encoje de hombros, bebe un vaso de agua caliente y te dice: "¡A ver que vas a hacer, así es la vida!"

Increíble Demetrio. Todo un gran hombre

Llueve en Extremadura, llueve en Berzocana

Llueve en Extremadura. Llueve a mares y las perspectivas son todas distantes y distintas. Ha comenzado la Semana Santa aunque aquí, en mi pueblo, en Berzocana, en el corazón de las Villuercas, los hijos del exilio aún no han llegado. Apenas unos cuantos que miran el caer de la lluvia tras los cristales, al abrigo de braseros y calefacciones, acumulando sensaciones de desconcierto. Corren las canales, corren los regatos, los riachuelos y los ríos parecen mayores. Qué raro, una Semana Santa sin sol.

Pasó el Domingo de Ramos. Atrás quedó un domingo pasado por agua, sin palmas y sin sol. Una procesión muy corta, a carreras, sin solemnidades. Sin las puertas cerradas de la iglesia esperando la llegada del sacerdote y los fieles entonando el *"Pueri hebreorum portantent ramus olivarum…."* y a que unos golpes dados sobre aquellas por la gran palma que portaba el sacerdote diera la señal a los monaguillos para que estos procediesen a su apertura y entrase en el templo la procesión.

Pero sí hubo estrenos, especialmente entre los más pequeños, y ramos de olivos, ramos de todos los tamaños verdes de lluvia acumulada en el campo y sobre los paraguas.

Corre el agua por las calles y caminos. Hace más de cincuenta años que no estaba en el pueblo por estas fechas. Había perdido la referencia de la lluvia en los campos, en las fuentes rebosantes, en los cercados y olivares encharcados pletóricos de verdes y en los que las ovejas ponen manchas de blanco algodón. Tan solo se escucha el

golpear del agua en mi paraguas y el gorgotear de la misma al golpear contra alguna piedra del camino; algún balido y algún que otro trino de pájaro lejano. Mi perra, *Rais*a, que ya ha dejado atrás el otoño de su vida, corretea feliz entre hierbas y regatillos. Al contrario que en el verano en este viaje ha encontrado en los caminos berzocaniegos los verdes de su Asturias natal.

Hoy es miércoles. Llovió todo el día de ayer, toda la noche y casi todo el día de hoy. De vez en cuando, los negros nubarrones se abren y quieren dejar pasar algún rayo de sol, pero enseguida se cierran y vuelve la lluvia, fuerte, abierta, incluso ventosa.

No importa. Maribel, Raisa yo decidimos ir hasta la ermita de la Concepción por la pista de tierra que bordea el pueblo. A la altura de la Fuente de las Carretas debemos meternos hasta el tobillo en el agua para poder pasar, el regato cercano salta sobre la pared con fuerza en un gran chorro inundando todo el camino. Más adelante, paredes caídas, grandes charcos, regatos, fuentes, regatillos, escorrentías…. y verdes, muchos verdes por doquier.

Bajamos hasta la Puente Mohea (pronúnciese la *h* profundamente aspirada). Los pretiles están renovados y firmes. El agua baja turbia, con fuerza. Curiosamente, una alambrada bajo el arco central colocada por la ingenuidad del hombre, o su malicia, traza una imaginaria barrera a la libertad de las aguas. Desde lo más profundo de los encinares, negros nubarrones avanzan amenazantes.

Iniciamos la vuelta resoplando cuesta arriba. Nos alcanza la lluvia. No importa. Para Maribel nuevas sensaciones en unas tierras que nunca ha visto tan ubérrimas de aguas y verdes. Para mí, nostalgias, olores y sensaciones perdidas.

Atardece. Los hijos de la emigración comienzan a llegar. Mañana es Jueves Santo. En estos días dejaré el teclado y me sumergiré en mí mismo, en mi hoy y en mi ayer berzocaniego.

Miércoles de ceniza. Algunas notas del ayer

Tras el martes de carnaval, hoy en día trasladado a sábado en muchos lugares por cuestiones mercantilistas, se celebra el miércoles de ceniza.

Salvo en aquellos lugares que aún guardan la tradición y hoy celebran el entierro de la sardina, puede que tal festividad pase prácticamente desapercibida. Para otros muchos puede llegar impregnada de nostalgias de la niñez o la adolescencia cuando el miércoles de ceniza figuraba, no sé si por derecho propio o por imposición, en el calendario. Desde que tengo memoria y hasta ya iniciados los setenta, los escolares acudíamos desde los centros, escoltados por los maestros y en filas ordenadamente dispuestas, a la iglesia del lugar para recibir la ceniza. Se acababa un prohibido carnaval y se iniciaba la impuesta cuaresma.

Sin romper las filas y dentro de una disciplina cuasi militarizada nos acercábamos al altar donde nos esperaba el sacerdote con el recipiente que contenía la ceniza en una mano. Tomando una pizca con sus dedos, con la otra mano nos trazaba una cruz en la frente mientras repetía: *"Memento, homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris"*. Es decir: Acuérdate, hombre, que polvo eres y en polvo te has de convertir.

Viene a mi mente lo que al respecto señalaba la Enciclopedia Álvarez, Tercer Grado, y que el maestro escribía en el encerado, con el correspondiente dibujo, para que el alumnado lo copiásemos en el cuaderno y memorizásemos: "La cuaresma nos recuerda los cuarenta

días que Jesús pasó en el desierto haciendo oración y penitencia. Así se preparó para comenzar su vida pública. Imitando su ejemplo, hagamos también nosotros oración y penitencia. Meditemos durante estos cuarenta días sobre las verdades eternas: muerte, juicio, infierno y gloria; hagamos firme propósito de ser más buenos cada día y preparemos el camino del Cielo, confesando y comulgando con fervor".

Los que andábamos en el mundillo de la *monaguillería* sabíamos que la ceniza se había preparado quemando las palmas y ramos utilizados por sacerdotes y sacristán en el Domingo de Ramos.

El simbolismo de esta ceniza se relaciona con el hecho de ser el residuo frío y pulverulento de la combustión, lo que persiste luego de la extinción del fuego. La ceniza simboliza la muerte, la conciencia de la nada y de la vanidad de las cosas.

Hoy en día, la Iglesia Católica sigue celebrando esta liturgia de miércoles de ceniza e imponiendo la ceniza a los fieles que con tal fin acuden a los templos. Por cierto, para los católicos es día de ayuno y abstinencia.

En el siglo IV se fijó la duración de la Cuaresma en 40 días. Ésta comenzaba seis semanas antes de la Pascua, en domingo, el llamado domingo de "cuadragésima". Pero en los siglos VI-VII cobró gran importancia el ayuno como práctica cuaresmal. Entonces surgió un inconveniente: desde los orígenes de la liturgia cristiana nunca se ayunó en día de domingo por ser "día de fiesta", la celebración del día del Señor. Fue cuando se movió el comienzo de la Cuaresma al miércoles previo al primer sábado del mes.

A San Cosme a Solana

He despertado hoy en una pequeña aldea del suroccidente asturiano entre nieblas veraniegas que tapaban un montañoso paisaje que comienza a abrirse al otoño.

La habitación estaba más que fresca y ello me llevó a encender la radio de la mesilla y a arrebujarme de nuevo entre las sábanas. Tiré un poco de la cimera hacia arriba y cerré de nuevo los ojos.

La voz del locutor de turno me llegó nítida:

— Hoy celebramos la festividad de los santos Cosme y Damián.

— ¡San Cosme! Hoy es San Cosme

No sé por qué extraño mecanismo me desperté por completo. Un tropel de imágenes inconexas comenzaron a atropellarse en mi mente retrocediendo embarulladas en el tiempo.

Decidí levantarme. Me asomé a la ventana. No se veía mucho más allá del prado más cercano cuyos perales y manzanos aún conservaban frutos en sus ramas.

Tomé un café rápido y salí al camino a dar mi paseo matutino.

La niebla se mostraba límpida y traslúcida. Comenzaba a clarearse y dejaba adivinar el sol allá en lo alto tras los bosques y montañas. Acariciaba suave la cara y dejaba pequeñas gotas pegadas a las cejas y pestañas.

El silencio era total, ni siquiera se escuchaban las chuecas (cencerros) de las vacas. Y es que ya casi tampoco quedan vacas en las aldeas.

— Hoy celebramos la festividad de los santos Cosme y Damián.

Camino del regato de la Cueta, se abrió en mi mente un día luminoso pleno de sol. Era San Cosme y en la calle de las Carretas, en Berzocana, mujeres y hombres se asomaban a las puertas y charlaban y bromeaban. Algunas fingían barrer atareadas el trozo de calle cercano a sus viviendas, como es tradición; pero en realidad con ello tan solo justificaban su presencia en la calle. Lo que en verdad querían era ver y curiosear con el consabido cotilleo el paso de los berzocaniegos que iniciaban su camino hacia Solana, lugar donde se celebraba la citada festividad.

El ambiente era festivo, como si la tal celebración fuese también en Berzocana.

En mis recuerdos pasaron un grupo de mozos y mozas saludando y riendo. Uno de los mozos colgaba de su hombro unas alforjas de fiesta llenas de colorido. Otros dejaban colgar una bota de vino. Al rato pasaron tres a caballo, trotando y saludando a unos y otros.

Pero aquel año (hace tanto que no recuerdo ni siquiera cual sería, pero allá por los sesenta) yo también iba a San Cosme. No sé cómo se las había apañado mi madre para conseguir un burro, pero el caso es que allí estábamos un nutrido grupo de chavales y chavalas, que quizá ninguno pasase de los dieciséis años dispuestos a iniciar la aventura de ir a San Cosme con todo lo que ello significaba en aquella época.

Las caras se entremezclan y no se definen. No sabría relatar con exactitud quiénes íbamos. Creo que por allí andaban Pablo *Chicha,* Luis *Guarrino,*la Carmen *Grilla*, Manolo *Mecalientas,* la Maruja *Chocera,* Juan *Chítala,* mi primo Juan *Cotrineja* ,la Madaglena *Orejinas,* una sobrina de Rosa Hidalgo que pasaba allí el verano…

De repente apareció nítida la imagen de Juan *Sopinas* jinete en un bonito caballo con montura y todo. Me acuerdo que llevaba el mando del grupo ya que era el mayor.

(Nota: Habrá notado el lector la profusión de apodos, algo entonces muy normal para conocernos. Diga aquí el escribano que él era Pepe *Lutrera* y así me siguen llamando los de mi generación).

Para montar arrimábamos las caballerías a los altos poyos situados junto a la casa de tío *Tostao y* que daban entrada a la calleja donde vivía tío Joaquín Peña y tío Augusto. Algunos no los necesitaban y se encaramaban encima del burro con suma facilidad. Yo hube de recurrir al poyo. A la grupa llevaba a la citada sobrina de la Rosa Hidalgo de la cual no recuerdo ni su nombre ni cara. Sé que era forastera y que debía de ser muy importante pues tanto mi madre como las vecinas no paraban de recordarnos que la cuidáramos muy bien.

Una vez todo listo, Juan se puso al frente de la expedición y enfilamos el camino por la fuente de las Carretas arriba para seguidamente bajar hasta el arroyo de la Serranita y de nuevo la subida hasta la cuerda del monte que nos llevaría hasta el puerto donde se halla la vieja ermita de San Isidro. Desde allí una nueva subida y después iniciar la bajada hasta desembocar directamente en la calle principal de Solana. Bueno, "la única", como solíamos recordar con un tanto de guasa a los solaniegos para chincharlos.

Me recuerda mi amigo Miguel *Esquelina* que año tras año, mientras los mayores marchaban a San Cosmen, los niños se arremolinaban en la Plaza esperando el camión que los guasones de turno habían prometido que llevaría a todos los muchachos a San Cosme. Ningún año llegó el camión, pero nosotros siempre lo esperábamos, afirmaba. Al final, dice Miguel, cada uno se las arreglaba como podía, si es que podía, para ir a Solana.

Llegados a Solana, justo cuando las campanas llamaban a misa y procesión, nos dirigíamos raudos a los corrales de la Rosa Hidalgo, entre la rectoral y la iglesia, siempre dispuestos para acoger las caballerías de cuantos llegaban a la festividad.

Nuestro día en Solana no iba más allá de caminar calle arriba, calle abajo, comprar un helado y una granada con la que volvíamos orgullosos al pueblo.

La fiesta de La Aparición de 2013

La víspera

Veinticinco de octubre. Llueve intensamente. La cadena de las Villuercas aparece y desaparece entre las capas de agua que dejan caer las nubes. A ratos, las nubes bajas hacen desaparecer todos los contornos y la carretera se difumina ante el cristal del coche batido por los limpias.

Pese a que son las cinco de la tarde aparenta estar anocheciendo. Llegamos a Berzocana y continúa lloviendo. No se si mañana, día de La Aparición de los Santos Fulgencio y Florentina, podrá celebrarse la preceptiva procesión.

Hace al menos medio siglo, cincuenta años, que no estoy en Berzocana por esta festividad. Mi mujer, Maribel, no ha estado nunca. Una pequeña corrección. Acudí a Berzocana el día 26 de octubre en dos ocasiones: la apertura y clausura del Año Santo. Por esas especiales circunstancias que llenaron pueblo y calles de fieles no puedo considerar esas fechas como celebración del Día de la Aparición en su pleno y verdadero sentido berzocaniego, en la intimidad de sus gentes

Entro en el pueblo por la Cruz de los Santos. Tan solo hay un coche aparcado junto a la iglesia en la Cruz de Piedra. Las calles están oscuras y solitarias. Inexplicablemente aparco junto a la puerta de casa. Llueve.

Hacia las nueve de la noche el agua comienza a remitir. Como es víspera de festivo y viernes decidimos salir a ver el ambiente. Las calles están con muy poca luz y totalmente solitarias. Cruzamos la plaza sin

ver a nadie; ni rastro de las terrazas y el bullicio veraniego. Ni siquiera el de Semana Santa. Está casi llena de coches y oscura. Esta oscuridad repetitiva es lo que más llama la atención de Maribel acostumbrada a la luminosidad veraniega.

En el Bar de Juanito *Balores*, apenas media docena de parroquianos. Los de diario, los que viven en el pueblo todo el año, siguen el telediario. En algún momento se alcanzó la docena, pero rápidamente bajó de nuevo el personal. Cuando salimos quedan cuatro.

La plaza continúa silenciosa y solitaria. No hay un solo ruido. No nos encontramos con nadie. El bar que fue "Los Faroles", cerrado. En la puerta del bar, Pedro fuma un cigarro. Dentro no hay nadie, tan solo Loli limpia y coloca tras el mostrador. Paramos a saludarlos y decidimos tomar una cerveza. Como tres son fumadores, terminamos en la puerta. Tampoco hubiese sucedido nada si hubiesen fumado dentro, ni había nadie si se esperaba

—¡Es lo que hay. Esto es una ruina!, dice Pedro en una de sus expresiones habituales y características.

Espera que con el puente de Todos los Santos se anime algo el personal y la parada economía hostelera se mueva.

—Mañana habrá algo, pero no te creas que mucho, y eso si el tiempo acompaña.

Cuando nos marchamos llegan tres clientes. Dos de ellos estaban antes en *Balores.*

La festividad

Salgo a las nueve de la mañana con mi perra Raisa. El tiempo ha cambiado radicalmente. Por el oeste, el cielo aparece limpio y azul. Tan solo por el puerto de Cañamero se ven unas nubes negras y bajas. Hace fresquito, pero no frío. Por la Fuente de las Carretas cojo la pista

que lleva a la Concepción en la que se han efectuado algunas obras de arreglo del piso y contención de muros. No me encuentro con nadie hasta de vuelta, ya para el pueblo, por el camino de siempre. El estallido de un par de cohetes anuncia a los berzocaniegos que hoy es fiesta.

Hay que ponerse guapo para la festividad. Chaqueta y corbata. Luce el sol y mi madre, como otros berzocaniegos, lo tiene clarísimo:

—Ya sabía yo que Nuestros Santos Benditos no nos iban a fallar. Habrá procesión.

Repican las campanas y vuelven a sonar los cohetes. Primera sorpresa: en el atrio apenas hay una media docena de hombres. Segunda: todos lucen impecables trajes y corbatas.

Este detalle es el que llama más mi atención. Gran parte de los hombres que acuden a la iglesia lo hacen con traje y corbata, algo que contrasta con lo que sucede en las Fiestas donde abunda las mangas cortas y las camisas de colorines.

Se inicia la procesión. Me da la impresión de que va muy poca gente. La referencia veraniega vuelve a distorsionar mi perspectiva. No hay tanto saludeteo, ni tantas cámaras fotográficas, ni tanta charlatanería en las filas.

Seguro que a muchos de ustedes, los que me leen les hubiese pasado igual: el Arca no iba en la procesión, tan solo las imágenes de San Fulgencio y Florentina y los relicarios. La sensación era extraña. Una procesión sin el Arca era algo que se había difuminado en la memoria de los años.

Bajo hasta la plaza para esperar la llegada de la procesión y tirar algunas fotos. Apenas un par de paisanos en la misma. Las calles están solitarias y tan solo se oye el repicar de las campanas. El hecho de que la plaza esté llena de coches vuelve a llamar mi atención.

Las imágenes llegan prácticamente juntas, arropadas por las gentes que viven todo el año en el pueblo. La intimidad de la vivencia se plasma en el momento. Los cánticos de siempre, con el característico

arrastrar de sílabas y especialmente de las vocales en los finales de estrofa, suenan de otra forma. Por un momento me parece ver la figura de mi padre en el medio de las filas dirigiendo los cánticos. Junto al cura, los cofrades de aquellos años, entonces jóvenes, y la mayor parte de ellos ya desaparecidos.

No hay carreras para coger sitio. En los bancos de la iglesia hay lugar para todos y la misa transcurre sin los alborotos de los veranos. Tan solo un cámara de la televisión regional extremeña va y viene distrayendo la atención de los fieles.

Don José Manuel cierra las puertas del sarcófago que guarda las reliquias de los Santos y que siempre, sea la festividad que sea, conforma un momento emotivo para los berzocaniegos. No se volverá a abrir hasta el 16 de enero, día de San Fulgencio, patrón de la diócesis de Plasencia.

De nuevo una contradicción. Da gusto recorrer los tres bares abiertos. Hay sitio en todos y se charla sin mayor problema. El tiempo permite la aparición de algunas mesas en las terrazas de la plaza. Hacia las tres de la tarde apenas quedamos un puñado de fieles recalcitrantes en el bar de Pedro.

La tarde la dedicamos a pasear y a charlar en casa. Decidimos no salir por la noche. Mi hermano Miguel, ante mi perplejidad, llega apenas pasadas las once y media de la noche. Ya no queda nadie, me dice.

Después de medio siglo viví de nuevo el Día de la Aparición como antes, como cuando era niño. Y las caras y calles de entonces acudieron de nuevo a mi memoria.

Juegos: Del pinchete al abiso

Oí la palabra "pinchete", fórmula asturiana para expresar que se ha pinchado a alguien en tiempo pasado, y el vocablo despertó en mí nuevas remembranzas que aparecen y desaparecen entre las calles del pueblo perdiéndose y apareciendo de nuevo entre esa niebla invernal que, ahora más que antes, envuelve sus calles en añoranzas y misterios.

En aquel entonces acudíamos a jugar a la Plaza o al descampado de Las Carretas, donde ahora se halla el cuartel de la Guardia Civil. Si se decidía jugar al *pinchete* se acordaba antes pues había que acudir provistos del *pinchete*: palos, más bien estacas, profundamente afilados unas veces por cada quién y otras por el padre o el tío de turno que con la azuela los quedaba *niquelaos* (que se dice ahora).

Dibujado el círculo, o algo parecido, se sorteaba el orden de intervención. Si el terreno estaba seco, los servicios técnicos de entonces entraban en funcionamiento y siempre aparecía una lata con la que acudir a por agua al pilón o la fuente de las Carretas según el lugar de ubicación de los artistas, y regar abundantemente la zona. El primero clavaba la estaca lanzándola contra el suelo con todas sus fuerzas y procurando penetrase lo más posible para asegurar su fijeza. El siguiente repetía la operación, pero intentando tumbar la anterior. El mecanismo se iba repitiendo buscando cada uno la estaca más floja para poder tumbarla más fácilmente. El que lograba tirar una la lanzaba a lo lejos

golpeándola con la suya. El dueño corría para traerla antes de que el lanzador contase diez; si no lo conseguía quedaba fuera del juego, juego que continuaba hasta que quedase un solo ganador, aunque la verdad es que, si éramos muchos, el personal se iba aburriendo y se largaba antes, sobre todo los que eran eliminados a las primeras de cambio.

Al juego también llegaron las nuevas tecnologías. Un buen día alguien apareció con un *pinchete* de hierro afilado y aquello fue ya el acabose. Imposible competir con nuestras estacas de madera. Seguro que había más pero a la memoria me viene cómo acudió con uno de ellos uno de los ases en el citado juego: Manolo "Quiste", el de tío Augusto, que vivían *en la corralá* de las Carretas. Aquello sí que era un *pinchete* en condiciones. Quizás por aquello de la vecindad se lo había afilado Martín, el hijo de tío Martín que tenía una fragua donde se ubicó luego la discoteca de los Peromingo ahora también cerrada. Para más envidia, al final tenía una argolla en espiral colgando que tintineaba que no me veas al clavarlo o lanzarlo. Toda una pasada de *pinchete.* Nos contó que era del mango de una badila del brasero que se había roto; le habían cortado un trozo y la habían afilado. No tardaron en ir apareciendo más. Hubo que modernizarse a toda prisa.

El abiso

El citado juego del *pinchete* guarda muchas similitudes con el del *"abiso"* que, la verdad, no sé muy bien ni dónde viene el nombre ni qué quiere decir, ni tan siquiera cómo se escribe. Lo voy a dejar con b, aunque bien pudiera ser también con v.

Aunque no lo recuerdo con precisión el juego era así más o menos:

Había que disponer de un palo de unos 20 centímetros, o medidas un poco más arriba o abajo, afilado por las dos puntas. Una estaca

más o menos limpia y derecha, no muy larga, que servía para golpear. Dibujado el círculo (había veces en que ni siquiera era necesario) el jugador se colocaba en el centro y con la estaca golpeaba en una de las puntas del *abiso* procurando que se levantase lo necesario como para permitir que pudiese ser golpeado por la estaca y lanzado lo más lejos posible. Desde ese lugar, el otro jugador intentaba colocar el citado *abiso* dentro del circulo a lo que se oponía el lanzador intentando volver a darlo para que no entrase. Ni que decir tiene que las heridas en la cabeza (*las escalabrauras o pitaeras*) venían a ser normales sin que por ello hubiese ninguna tragedia ni de ello se hiciese un mundo, algo que seguro que pasaría hoy en día, e incluso me atrevo a decir que con denuncias de padres e incluso con reclamación de indemnizaciones a quien fuese, lo que llevaría a la prohibición del juego. Aquellos eran otros tiempos.



Pequeñas historias del ayer: La Cruz de los Santos

Muchos de vosotros, sobre todo los más jóvenes, quizá penséis que la Cruz de los Santos ha estado ahí siempre. Ni mucho menos.

Sin mucha precisión de fechas voy a contaros someramente como se llegó a ello basándome en la tradición oral conseguida, que no es mucha. Como comprenderéis, el que se colocase un monolito con una cruz en las afueras del pueblo no era precisamente un dato para ser recogido en los cronicones de la historia y mucho menos en la prensa regional que quizás, o sin quizás, no tendría ni referencia de lo que ocurría en Berzocana o cualquier otro pueblo de la comarca.

La actual estructura del pequeño monumento que nos apunta el lugar en que teóricamente se encontraron los restos de los hermanos Fulgencio y Florentina es totalmente moderna. Se ha estructurado sobre otra anterior inaugurada en agosto de 1959. Anteriormente solo existía la columna, de unos tres metros de altura, coronada por la cruz con el escudo papal y la fecha de 1223, y situada unos metros más arriba de donde se halla actualmente. No se encontraba en muy buen estado y casi siempre, al menos hasta su mitad, estaba cubierta por la maleza. El malestar por esta situación comenzó a dejarse sentir entre la Cofradía de los Santos y fue su entonces mayordomo, D. Fernando Collado, el maestro, quien comenzó la campaña para colocar la columna en un lugar digno. Aunque ahora lo parezca no era tarea fácil. Eran unos años económicamente muy difíciles y la moneda no es

que fuese abundante. Si mal llegaba para comer y malvestir, pocos dispendios podían hacerse para monumentos. Don Fernando no cejó en su empeño y pronto se vio respaldado por el entonces párroco D. José Álvarez Luis y el resto de la Cofradía de los Santos. Se hizo una pequeña base escalonada para la columna unos metros más abajo de donde se encontraba, se despejaron los alrededores, y se cerró el espacio con un pequeño muro de ladrillo posteriormente encalado, el recinto se cerró con una pequeña verja de hierro.

El humilde monumento fue inaugurado con toda solemnidad y todos los que en el mismo participaron se fotografiaron para dejar testimonio de lo que se hizo.

En la foto que aquí se publica aparecen, entre otros, el párroco D. José Álvarez Luis; el coadjutor, D. Matías Alonso Hurtado; el mayordomo D. Fernando Collado Cortijo; Juan Luis Rodríguez Sánchez, sacristán, y los cofrades: Miguel González, Quico Obispo, Florián, Vicente *Beltoldo* y otros.

Sin embargo, la primera señalización del lugar de la que tengo constancia es de una pequeña cruz de hierro que se encontraba también más arriba de la actual, cerca de la pared que aparece detrás del recinto cerrado, a la derecha, camino arriba. Un buen día faltó la cruz y entonces, allá por los años treinta, se comentó mucho por el pueblo que se encontraba en el cementerio. Los dimes y diretes aseguraban que *tío Fanegas* la había llevado allí y la había colocado en la sepultura de un hijo mozo que se le había muerto. No podía costearse cruz alguna y optó por coger la que creyó abandonada en el campo.

Como suele suceder en estos casos, y pasados ya tantos años, no he podido comprobar la veracidad del hecho. Desde sus 90 años, mi madre asegura que no sabe si fue así o no, ni si se devolvió la cruz, pero que mucho después, siendo ella moza, aún se hablaba de ello en el pueblo.

También apuntan las crónicas recogidas en 1.592 que incluso se quiso llevar la ubicación del pueblo un poco más arriba de donde se halla y se hallaba pero se encontraron con que: "cuando hallaron las dichas reliquias quisieron edificar esta villa un poco más arriba que es un lugar fragoso donde las dichas reliquias aparecieron y por temor de víboras... poblada de sabandijas ponzoñosas... situaron la dicha villa más abajo en la iglesia parroquial en la cual están las dichas reliquias". Al año siguiente también se señala que el hallazgo tuvo lugar "en una braña y montaña espesa, ¿al sopié? de estos Berruecos en una parte que... desde entonces se llama los pastos de la Cofradía... a esta parte de la Villuerca y Berruecos...".

Precisamente en el lugar que se llama el "Olivar de Los Santos", al lado de donde se halla ubicada la cruz, se halla la comúnmente conocida como la "Oliva de Los Santos", de fecundo vitalismo, donde la tradición señala que fue hallado el sarcófago.



Un Domingo de Ramos a finales de los cincuenta

Domingo de Ramos. Mediaba mayo y el sol lucía con todo su esplendor iluminando las lejanas encinas y dando brillo al empedrado de las calles de Berzocana.

Desde la oscuridad del fondo del templo, con paso lento y especial solemnidad, salía a la luz del atrio la procesión. El párroco, con capa pluvial y bonete, portaba una larga palmera dorada. A uno y otro lado, el alcalde, Don Bernardo, y el cabo de la Guardia Civil llevaban otras iguales, al igual que Juan Luis, el sacristán, que organizaba las filas. Los monaguillos, revestidos, llevaban palmas verdes redondeadas. Entre los fieles predominaban esencialmente los ramos de olivo.

Delante, mi amigo Pablo *Chicha, (*que ahí sigue de monaguillo eterno muchos años después) escoltado por dos monagos con los ciriales, portaba la cruz procesional alrededor de la cual se había colocado un ramo de olivo. *PueriHebraeorum, portantes ramos olivarum*… cantaban solemnemente sacerdote, sacristán y las mozas que integraban el coro. A medida que la procesión avanzaba hacia la Cruz de Piedra, los hombres, que aguardaban en el atrio, se agolpaban en tropel tras el sacerdote y las autoridades, ellos también portaban ramos aunque de una manera un tanto desordenada y a la *remanguillé* que diría alguna vecina. No cantaban, pero tampoco callaban.

Con el sonar de las campanas de fondo, la procesión se va moviendo con lentitud mientras el sol, subiendo en busca de la vertical, hace

notar su presencia entre los endomingados vecinos. Y a propósito, era y aún sigue siendo costumbre estrenar algo el citado domingo y así lo cumplíamos todos.

Algo ya olvidado, o al menos yo llevo tiempo sin verlo, es "la representación" que se producía en la puerta de la iglesia a la vuelta de la procesión. Un monaguillo se encargaba de cerrar las puertas una vez que la procesión se había alejado. Cuando, de vuelta, llegaban fieles y sacerdotes se la encontraban cerrada, tan solo el sacristán había entrado. En ese momento se iniciaban una serie de cánticos de dentro a afuera (el sacristán) y de fuera a adentro (el sacerdote) que terminaban cuando éste, con el tronco de la palma, daba tres golpes en la puerta. Entonces éstas se abrían de par en par y todos entraban jubilosos:

Pueri Hebraeorum,
portantes ramos olivarum,
obviaverunt Domino,
clamantes et dicentes:
Hosanna in excelsis

Amén de la ya citada de estrenar algo, había otra tradición que cumplíamos a rajatabla: el llevar los ramos bendecidos a los campos para que protegieran las cosechas de tormentas y pedriscos.

Con mis primos Juan *Cotrineja* y su hermano Manolo, una vez acabada la misa, partimos decididos hacia los cercaos de la Concepción y allá, cerca de la era de la Mocara, entre los sembrados de trigo que trabajaban algunos de sus tíos *Portales* y su padre, plantamos nuestros ramos, no sin antes habernos asomado a la Trasoná, a ver si estaba muy llena de agua y tirar dentro un par de piedras, aunque sabíamos que a los mayores no les gustaba nada que hiciéramos ésto ya que, decían y con razón, que si lo hiciésemos todos terminaríamos cegándola.

Antes, a la altura de la Plaza Vieja, se nos había unido corriendo nuestra prima Nena, la de tía Crisanta, que llegó orgullosa presumiendo de una pequeña palmera verde cuyas ramas había entretejido su tía Rosa Juliana. Ni que decir tiene que se negó en redondo a dejarla entre los trigales. Ya a la vuelta nos encontramos con tío Miguel *Portales* que, con un pequeño ramo en la mano, con el que se golpeaba una y otra vez la pernera del pantalón, se dirigía también a los *cercaos.*

— ¿Qué, de llevar el ramo?, nos preguntó sonriente

— Sí, pero la Nena no ha querido dejar el suyo, saltó como un resorte Juan, dice que se le ha regalado su tía.

— Bueno, es que la Nena va a poner su palma en el balcón de su casa como yo he hecho con el otro trozo de mi ramo, explicó tío Miguel.

— ¡Claro! Había que poner un ramo en cada balcón de cada casa para que las protegiese igual que a las cosechas. Por eso en mi casa colocaban la palma de mi padre entretejiéndola con las rejas del balcón y allí permanecía hasta el siguiente año en que era sustituida. En otras casas se guardaba parte de los ramos para echarlos en la lumbre durante las tormentas cuando los rayos iluminaban la sierra y los truenos bajaban golpeando desde la misma hasta perderse entre las encinas allá por el oeste:

Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita
en el aro de la cruz
Paternoster, amén Jesús

Rezaban de monótona carretilla las abuelas invocando a Santa Bárbara mientras quemaban el ramo. Ni antes ni ahora he logrado

entender la oración ni encontrarle significado alguno, tan solo el de la fe con el que se ejecutaba el rito.

— Bueno, ¿y que habéis estrenado?, volvió a la carga tío *Portales*

Como resortes, los tres levantamos una pierna (no los pantalones porque entonces utilizábamos calzonas) enseñándole orgullosos los calcetines que cada uno llevábamos. La Nena sacó un pequeño pañuelo blanco con ribetes verdes que también mostró orgullosa. Juan comenzó a reírse del pañuelo y, como en él era habitual cuando se aceleraba, comenzó a encasquillarse en el decir. Nena se agarró un rebote de cuidado. Manolo y yo nos unimos a las risas y nuestra prima, con un enfurruñado gesto muy suyo y que aún conserva, dio media vuelta y salió disparada. Detrás y gritando ¡presumida, presumida!, corrimos nosotros.

Ya en la plaza, entre tierra y polvo, nos agregamos a un grupo que jugaba un partido con una desinflada pelota de goma. Nuestros calcetines de estreno no tardaron en quedar marrones de tierra y polvo.

La Ollita del Cubo, la escapada y las sanguijuelas

Hay un bochorno de siesta. Tan solo las *chicharras* (cigarras) rompen el pesado silencio de agosto. Son las cuatro de la tarde. El empedrado de la Calle Carretas refleja calores que evaporarían el agua de arrojarse sobre ellas.

Paco *Pilón,* con unas sandalias de goma en la mano, llega hasta el poyo de la esquina de la casa de tío *Tostao* y lanza un fuerte silbido que rompe la somnolencia del vecindario. Raudo y cauto como una ardilla llega desde la calle Cortes Martín *Pardilla;* cuchichean muy bajito. El sopor se apodera de nuevo de las casas.

La pareja baja en dirección a la iglesia. Mi hermano Miguel y yo, encerrados en casa por mor de que hay que dormir la siesta, miramos desde el balcón. Manolo *Quiste* se une a la pareja. Siguen los cuchicheos. El sol parece que se ha cabreado contra el mundo y pretende pegarle fuego.

El trío se para frente a la casa de tío Obispo y a ellos se unen Manolo *Obispo* y su hermano Luis. Por la Calle Honda aparece Luis *Gordura*, y a carreras, desde La Corte, llegan Bernardo *Chocero y* Fujito Pío.

Algo estaban tramando. Les chisteo repetidamente y logro que se acerque *Pardilla*

— ¿Dónde vais?

— A la Ollita el Cubo, a bañarnos. ¡Vente!

— No puedo salir, la puerta está cerrada.

Pardilla, más joven que nosotros, pero intrépido como él solo, me dice: ¡Bájate por el balcón!

Marchena, que llegaba entonces, comenzó también a animarme. "Nosotros te sujetamos", me decían una y otra vez alzando los brazos hacia el balcón.

Éste no era muy alto y comenzaron a entrarme las dudas. La aventura de ir hasta la Ollita era tentadora y el hecho de saltar del balcón y escaparme aún más. Lo difícil era salvar la barandilla. Intenté pasar entre dos barrotes. ¡Imposible! Mi hermano no quería ir pero me ayudó a encaramarme en la barandilla y desde allí descolgarme fácilmente. ¡La suerte estaba echada!

Enfilamos calle Honda abajo hacia la Plaza y creo que por el camino se nos unieron algunos intrépidos más, entre ellos Samuel que vivía por el barrio de la Fuente Nueva y era un bala de cuidado. Ya en camino se une Pedro *Tarata*.

Unos ratos andando y otros a carrereras desafiamos el calor carretera de Logrosán abajo cortando enseguida por la estrecha calle (de la que aún se conservan tramos) que comenzaba en la primera gran curva a la salida del pueblo, por donde ahora vive José *Salero*, e iba a salir más o menos a la altura de donde se encuentran las piscinas.

La primera parada la hicimos en el molino de tío Gregorio donde algunos ya querían liarla con las ranas y otros con las culebras. Samuel aseguraba que lo mejor era ir a lagartos. Tras arrojar piedras aquí y allá y unas luchas con palos trasformados en las espadas del Capitán Trueno y Crispín continuamos hasta llegar a la Ollita. Para nuestra sorpresa estaba al completo. Otro grupos de muchachos, capitaneados por Juan *Sopinas* se lanzaban de arriba hacia abajo, los más, o de abajo hacia arriba, los menos.

Nunca he llegado a entender por qué aquel charco de pequeñas dimensiones que se cruzaba solo con el impulso, sin necesidad de nadar nada, se llamaba *la ollita*, y menos lo *del cubo*. Tirando de imaginación se podía presumir que la forma redondeada del mismo podría semejarse a una olla pequeña, y lo del cubo porque, al profundizar, se

estrechaba adquiriendo forma de cubo. Alguien decidió unir ambos conceptos y … nombre asignado.

Estaba aislado, entre unas peñas que lo ocultaban de la carretera, lo que permitía que el personal se bañase en calzoncillos o en pelotas (los bañadores eran entonces una entelequia). Reseñar que el río no corría en época veraniega por lo que el agua estaba estancada. Junto a la Ollita, y por debajo, un pequeño charco que apenas cubría los tobillos servía para que se mojasen los que no se atrevían a lanzarse a la Ollita y entre los que me encontraba.

El chapoteo en uno y otro charco se inició de inmediato. Unos arriba y otro abajo. Unos entusiastas lanzándose con ímpetu y corriendo el riesgo de salirse del charco sin dar una sola brazada; otros chapoteando y tendiéndose en el charco pequeño con el fin de que el agua mojase al menos el culo, libre de bañadores ni calzoncillos. Y predominando sobre todo, los gritos y las palabrotas.

Llevábamos ya un rato en faena cuando alguien gritó señalando a Samuel:

— ¡Sanguijuelas!, ¡Sanguijuelas! Samuel tiene sanguijuelas en los güevos.

Todas las miradas enfocaron a Samuel. Bueno, más que a Samuel a sus güevos a los que, efectivamente, se habían agarrado tres o cuatro sanguijuelas. Cosa lógica visto los charcos y el poco nivel de agua.

Samuel saltaba muy nervioso de un lado a otro. Intentaba coger a las sanguijuelas con los dedos y tirar de ellas. Imposible. Era imposible tan siquiera agarrarlas.

— ¡Quitádmelas!, ¡quitádmelas!, gritaba braceando y saltando

— ¡Que alguien me las quite que me van comer los güevos!

Las risas aumentaban y los comentarios eran cada vez más procaces y subidos de tono. Algunos intentaron quitarselas, pero no había manera.

En esas estábamos cuando, quizás atraído por los gritos, Nicanor *Sopinas*, hermano de Juan y mayor que todos nosotros, dejó el caballo al borde de la carretera y bajó a ver qué pasaba.

Una vez informado, con toda naturalidad y tranquilidad, sacó un paquete de "Celtas", encendió un cigarro y tras darle una par de chupadas se acercó decidido a Samuel con él en la mano.

— ¡Ven p´acá!, verás que pronto las quitamos.

Al ver que acercaba el cigarro a sus partes, Samuel dio un brinco retrocediendo.

— ¡Una mierda! Tú lo que quieres es quemarme la minga, Nicanor le tranquilizó. Hizo que se sentase en unas peñas y, despacio, procedió a acercar el cigarro con la brasa al máximo a las sanguijuelas. Una a una éstas saltaban al contacto del calor. Cuando terminó, Samuel respiró aliviado entre los aplausos de los demás.

— A ver: miraros unos a otros a ver si tenéis sanguijuelas en algún sitio, dijo Nicanor.

Comenzamos la inspección con gran jolgorio. Efectivamente, raro era el que no tenía alguna, principalmente en las piernas. Nicanor hubo de encender al menos dos cigarros más para poder aplicar su terapia a todos y cada uno de los que teníamos sanguijuelas. Lo que no perdimos en ningún momento fue el humor y el pitorreo que Samuel aguantó estoicamente.

Mediaba ya la tarde cuando iniciamos el camino de vuelta con paradas aquí y allí. Luchas con palos, búsqueda de lagartijas y alguna que otra pedrada a cualquier cosa, se moviese ésta o no.

Sé que tardamos muchísimo en llegar a la Plaza donde la cuadrilla se fue disolviendo poco a poco, no sin antes contar la aventura de Samuel a todo cuanto estuviese dispuesto a escucharla.

Ni que decir tiene que en mi casa se enteraron de mi escapada y hube de cumplir el arresto preceptivo, amén de la correspondiente bronca de mi madre que, como todas las madres de entonces, se mostraban preocupadísimas por el baño, las digestiones, el agua y los ahogamientos.

Semana Santa y Misiones. El cumplimento Pascual

La Semana Santa que ahora vivimos no se parece en nada a las que nos tocó vivir a los que ya hemos dejado largamente atrás los sesenta. Era tiempo penitencial, de grises, de silencios y de ayunos y abstinencias. De visitas a la iglesia en la tarde del Jueves Santo y en la mañana de Viernes, procesiones silenciosas y Vía Crucis cargados de misterio y temor. De silencios de las campanas, incluida la del reloj de la iglesia, y de altares cubiertos por cortinajes morados o negros. Olor a incienso y romero No había agua bendita en las pilas, ni luces, ni velas, y los templos quedaban oscuros y tremendamente silenciosos.

Aún retumban en mis oídos las voces graves y potentes de los hombres de mi Berzocana natal en aquel solemne Vía Crucis del Viernes Santo que dirigía el párroco don Delfín Martín Recio:

"Caí en la estación tercera/y todos aquí gritaron:/muera el embustero, muera. /Y con indignación fiera/ del suelo me levantaron. / Una soga a mi garganta/echaron para tirar; /pero con violencia tanta/ que, para asentar la planta,/ aun no me daba lugar".

Callaban los hombres y contestaban las mujeres:

Lágrimas de compasión/de puro dolor lloremos/para que todos logremos/ los frutos de la Pasión.

No había cine, se suspendían las fiestas y los cánticos y curas y Guardia Civil se encargaban de que todos cumpliésemos las normas a rajatabla.

Era el tiempo de misiones. A cada pueblo llegaba algún predicador foráneo que, con encendido y tronante lenguaje, amenazaba con todas las penas del infierno a los pecadores: ¿Y si murieras esta noche?, repetían desde el púlpito. Y los adolescentes y jovencitos de entonces nos acostábamos con un miedo tremendo a morirnos así, de improviso, y arder para siempre en el fuego eterno. Ello llevaba a recitar una retahíla de oraciones, para por si acaso, mientras el sueño se resistía a llegar.

Misiones y ejercicios espirituales. Sermón tras sermón, frailes y predicadores instaban al arrepentimiento y la penitencia. Y luego venía el denominado "cumplimiento pascual"

El segundo mandamiento de la Santa Madre Iglesia instaba, según señalaba el Catecismo del P. Ripalda, a "confesar los pecados mortales al menos una vez al año, y en peligro de muerte, y si se ha de comulgar" y el tercero ordenaba comulgar por Pascua de Resurrección.

Era pues este el tiempo indicado para cumplir con estos mandatos y a ello obligaban párrocos y autoridades civiles. Aún recuerdo, entre las neblinas del tiempo pasado, a los paisanos de mi pueblo, Berzocana, durante la tarde del Viernes y el Sábado Santo dando vueltas y fumando por el atrio de la iglesia. Hacían tiempo para entrar a confesarse, "cumplir con la Pascua". Las mujeres pasaban directamente mucho más decididas a ello. Dentro, el párroco y algún otro sacerdote de apoyo realizaban tal tarea. Las mujeres acudían al confesionario y se colocaban en uno de los laterales confesándose a través de la rejilla. Los hombres lo hacían de frente, arrodillados y mirando al cura a la cara. La rutina de la entrada la sabíamos todos:

— Ave María Purísima

— Sin pecado concebida; contestaba el sacerdote.

— Padre. Me acuso de haber cometido los siguientes pecados…

Y comenzaba la retahíla de "pecados", entre los que abundaban esencialmente los malos pensamientos, las miradas impuras y los deseos sobre la mujer del prójimo; todos ellos debidamente señalados en el sexto y noveno Mandamientos de la Ley de Dios que los predicadores explicaban y matizaban sobradamente en estas fechas haciéndonos ver que había más pecados que setas en umbría. A ello se unía la masturbación que causaba estragos entre los adolescentes y acarreaba un montón de Credos y Padrenuestros de penitencia.

Una vez que comulgaba, el penitente pasaba a la sacristía donde se le expedía el correspondiente "certificado" de haber cumplido con el "precepto Pascual", documento que te podía ser exigido en cualquier momento incluso para poder ser contratado como segador o pastor. Lo que nunca nos dijeron es si a la hora de partir hacia el más allá estos documentos habrían de viajar con nosotros para ser presentados ante el tribunal de Dios o quedaban aquí como un trasto más porque allí son innecesarios ya que Dios lo ve y sabe todo.

Las misiones, amén de sus largos sermones, viacrucis, rosarios y demás, tenían luego un compromiso de acción posterior que había que cumplir. Ha caído en mis manos la estampa de unas misiones realizadas en 1949, en el pueblo de Larna, concejo de Cangas del Narcea, en Asturias, del que son oriundos mis suegros y que dice así:

— Jamás blasfemaré

— Oiré reverente la Misa todos los días festivos

— Rezaré todos los días el Santo Rosario

— Confesaré y comulgaré todos los años

Con estos y parecidos compromisos terminaban todas las misiones hasta las últimas décadas de los años cincuenta.

Contaba mi suegro, Manuel, que por estas fechas, o por aquellas anteriores en que se les obligaba a asistir al Rosario de la Aurora, había noches que se le aparecía la Virgen. No me extraña en aquella Asturias aislada y doliente de los años cuarenta, cuando la voz amenazante de

los misioneros hablaba de duras penas, de fuego eterno, de llanto y crujir de dientes. En aquellas aldeas de nieblas, lluvias, hambres, nieves, fríos y oscuridades en los campos y las almas; cuando tras los apocalípticos sermones de los predicadores, las gentes habían de regresar a sus hogares por caminos estrechos y embarrados, no me extraña, digo, que mientras el orballo calaba sus cuerpos, el miedo lo hiciera en sus almas. Y los más jóvenes, al rebujo de las mantas y oyendo el protestar de sus tripas, tuvieran visiones y la Virgen, la de Fátima, decía mi suegro, se le apareciese una y otra vez. La de Fátima, justo la que aparece, en la estampa de las misiones del año 49 que aquí señalamos.

Hoy la Semana Santa ha perdido prácticamente toda aquella parafernalia. Y aunque los creyentes siguen conmemorando la Pasión y Muerte de Jesús, hay otros muchos que en estos días llenan Berzocana y Larna gozando de unos días de asueto laboral.

El eterno ayer y hoy del tiempo girando sobre sí mismo y sus contradicciones.

Nada hay nuevo bajo el sol: De Gilipollas a Felipolla

A finales de julio, paseando por el distrito de Moncloa, mi curiosidad me hizo detenerme ante uno de los múltiples quioscos que se ubican en sus calles. Allí, entre múltiples revistas de todo tipo, se encontraba "Madrid Histórico". No la conocía. Cogí un ejemplar y ojeé sus páginas de buen papel, magníficamente impreso y con unas fotos de gran calidad. La compré.

En una de sus páginas, entre magníficos e históricos reportajes sobre la capital del Reino encontré uno titulado "De dónde viene…". Pues bien, no he podido resistirme a compartir uno de estos "de dónde.." con vosotros. Y lo hago en la creencia de que, quizás con demasiada frecuencia, estamos convencidos de que una expresión, un dicho o una forma de hacer que acabamos de descubrir son muy modernos, y no, no es así.

¿De dónde viene la palabra "gilipollas"?.

Cuenta Pedro Sala Ballester en el citado artículo que el término nació en Madrid y terminó colándose con todo derecho en el Diccionario de la Lengua. Tiene su origen, dice, en don Baltasar Gil Imón de la Mota, fiscal del Consejo Supremo de Castilla y gobernador de Hacienda en la época de Felipe III.

En aquella época, los ricos cortesanos eran muy dados a hacer ostentación pública de sus riquezas y esto no gustaba mucho al rey. Tanto que decidió castigar con multas a los que así actuaban y que el pueblo conocía como *lindos, pisaverdes o pollas*. Mas o menos lo que hoy conocemos como *pijos*, asegura Sala.

Las tres hijas y la esposa del citado Baltasar Gil eran muy dadas a esta ostentación, para cabreo del fiscal y gobernador, y se sintieron muy ultrajadas por la orden del rey decidiendo saltársela a la torera saliendo a pasear en coche por el Paseo del Prado luciendo sus mejores galas y joyas. Los alguaciles reales intentaron llamarlas al orden, pero dado su mal carácter y su posición nada pudieron hacer más allá de enviarlas a su palacete sin castigo alguno.

La situación se prestaba al pitorreo del personal y esto cabreó a Gil quien prohibió a sus mujeres salir a la calle si no era vestidas de monjas, cosa que cumplieron. Imagínese, amigo lector, el pitorreito de los madrileños de la época al llegar aquellas mujeres vestidas de monjas a todos los actos a los que, por razón de su cargo, Gil Imón se veía obligado a concurrir. Añadan a ello el carácter cursi y ñoño de madre e hijas y tendrán el cuadro completo.

Por todo ello era común que al ver llegar a la familia se comentara por lo bajo: "Ahí llega Gil acompañado de sus pollas". De ahí se pasó a algo así como: "Mira, Gil y pollas"; para, como ya habrá adivinado el avispado lector, pasar a "Gilipollas" y quedar acuñado el término para designar "el carácter inconsciente de un tonto que no sabe que lo es y que presume de ser así".

Felipolla

Estoy casi seguro de que a mis paisanos de Berzocana les ha venido a la mente otro apodo de parecida sonoridad pero que en nada se

corresponde con la aplicación del anteriormente descrito. Un vecino, de carácter bonachón y que daba por bueno cuanto acontecía, era conocido por el mote de "Felipolla". Queda claro que el tal se llamaba Felipe, aunque el que esto escribe no tiene la menor idea de donde vendría lo de "polla" aunque colige que no precisamente del calificativo de las mozas de la época de Carlos III sino que más bien vendría a corresponderse con alguna precisa parte de la anatomía masculina a la que debía hacer constante referencia.

Cuéntoles el caso que le ocurrió y que le hicimos relatar más de una vez al propio Felipe que se reía tanto con el chascarrillo como nosotros.

Un buen día, mi hermano Miguel y unos cuantos se hallaban en el bar cuando entró un hombre que resultó ser tratante de ganado. Tras pedir un vino se dirigió a ellos preguntando:

— Ustedes perdonen: Es que no se muy bien si decirlo o cómo preguntarlo, pero no sé otro ningún nombre. ¿Ustedes conocen al señor Gilipollas?

— Los clientes se miraron con cara de asombro y tardaron en reaccionar. Al final, conteniendo la risa como podían orientaron al tratante.

— Mire, suba usted esa calle arriba hasta a la iglesia, luego verá una cruz y una ermita, allí al lado vive.

Los muy tunantes adivinando lo que ocurriría orientaron bien al tratante pero se guardaron muy mucho de sacarle de su error con el nombre.

Llegado aquel a la casa llamó y salió a recibirle el mismo Felipe.

— Buenos días, dijo el hombre

— Buenos días tenga usted, contestó Felipe ateniéndose a la vieja fórmula de la cortesía. —¿Qué desea?

— Pues verá, es que… pues que…. no se como decirlo… pero... ¿es usted el señor Gilipollas?, es que vengo por lo de las ovejas.

Al llegar aquí, los tunantes del bar siempre decían a Felipe

— ¿Y tu que le dijiste?

— ¡Coño! Le dije: Pues mire usted, sí, soy el de las ovejas, pero soy Felipolla, no Gilipollas, se ha confundido usted.

Cuentan que el sucedido lo contaron ellos dos de vuelta al bar para cerrar el trato de venta de las ovejas entre grandes risas de unos y otros. Después a Felipe se lo hicieron contar muchas veces.

Tío Fujito, el pregonero de Berzocana

Estábamos jugando en el descampado de Las Carretas, al final de la calle del mismo nombre, donde ahora se ubica el Cuartel de la Guardia Civil.

— ¡Tío Fujito! ¡Que viene tío Fujito!, gritaba alguien apuntando con el dedo calle abajo.

Interrumpimos nuestro juego y salimos disparados hacia allá corriendo como si nos fuese en ello la vida.

Efectivamente, tío Fujito llegó justo al cruce de La Corte y Carretas, frente al poyo colocado al lado de la puerta de tío *Tostao,* y aguardaba sonriente a que llegásemos los muchachos e hiciésemos corro a su alrededor.

Era tío Fujito, Fulgencio Carretero García en su carné, un hombre de hablar pausado, tranquilo, afable y con la voz un tanto aflautada. Lo recuerdo siempre con un chaqueta de pana negra y un cigarrillo de aquellos de liar en la mano o colgando de la comisura del labio inferior. Tenía muy mal la dentadura y ese sigue siendo uno de los detalles que, aún con el tiempo pasado, le definen. Era soltero, y ese estado, según el mujerío de aquella época de penurias y deseos incumplidos, le definía en su forma de vestir, y quizás también en la de hacer.

Tío Fujito se quitó la boina ceremoniosamente, se llevó el dedo a los labios requiriéndonos silencio, y mientras hacía rotar la boina entre los dedos comenzó:

— Connnnpermiiiso; señoralcaaalde; sehacesabeeeer; seveeeenden; sardiiiinas; encaaasa; de CruzRiveeero.

Y es que tío Fujito era el pregonero del pueblo.Y así, de esquina en esquina, iba pregonando aquello que se consideraba necesario debían saber los vecinos de la villa.

Había dos tipos de pregones: uno, que comenzaba con **"**De orden del señor alcalde**"** y por medio del cual se trasmitían bandos municipales o normas de obligado cumplimiento y otro que comenzaba con: **"**Con permiso del señor alcalde" y hacía referencia a ventas o noticias que los particulares querían que el pueblo conociese, como las citadas ventas, pérdidas, tratos y otros.

— De ooorden; del señoralcaaaalde, sehacesabeeeer, quesobligatoooorio, llevaaar; lasleeenguas; delosguarrooooos; al veterinaaaario; en el ayuntamieeeento; para suinspecciónnnnn.

Pero si en Carretas nos juntábamos un montón de chiquillos, mayor era aún este número en la Plaza. Aún no estaba remodelada y por tanto no existían las escaleras. Estaba toda de tierra y las calles que la circunvalaban empedradas. Al final de la Calle del Arco (ahora San Fulgencio), y mirando hacia abajo, hacia la casa de Don Aurelio el médico, se colocaba tío Fujito; los muchachos corrían desde todos los puntos de la Plaza interrumpiendo sus juegos para, como habíamos hecho nosotros, colocarse delante del pregonero con especial atención. Tío Fujito esperaba que reinase un poco de orden, comenzaba a dar vuelta a su bilba (de boina bilbaína) y comenzaba:

— Conpermiiiisso; señoralcaaaalde; sehacesabeeeer; sehaperdiiiiido; unguaaaaarro; eeeeentre; laPlazaVieeeeeja; ylaConcepcióoooon. El que lo encuentreeeee; aviiiiiise; encaaaaaasa, tíoPeeeeeedro; Paraaaaao.

En este tipo de pregones siempre había alguno que imitando a Fujto remataba:

— El que le encuentreeeee; paeeeeeel pasieeeempre

Lo que provocaba un amago del pregonero y la desbandada general.

Después de la muerte de tío Fujito no ha vuelto a haber pregonero en Berzocana. El aguacil, Juan *Trincao,* hizo a veces estas funciones,

pero fue poco tiempo y sin el ceremonial de Fujito. Tiempo después se instaló un sistema de megafonía en el Ayuntamiento y es éste el que actualmente se utiliza para trasmitir aquellos hechos y causas que durante años fueron competencia del pregonero.

Creo que tío Fujito fue uno de los últimos pregoneros. A mediados de los años ochenta acudí a Berzocana con unos amigos asturianos, Jose Avello y su mujer Mari Luz, y aún hoy es el día en que ella, me recuerda una y otra vez su sorpresa al encontrarse de frente con Fujito dando un pregón en la Plaza

— Lo veo y me acuerdo como si fuese hoy. Era un pregón para que retirasen todos los coches de la Plaza pues tenían que cerrarla para los toros.

Ya cada vez somos menos los que recordamos a Fujito, por eso quiero que estos recuerdos sean un homenaje a su persona y a la época que representó.



Entre sol y nubes, alegría y mesas pantagruélicas: un año más San Isidro

San Isidro Labrador
pájaro que nunca `nía´
déjate de tanto cuento
y agárrate al `arao'

El dicho irreverente que señalo solía repetirlo por estas fechas Isaías Granizo, aprendiz y oficial que fue en la sastrería de mi abuelo, Juan Luis Rodríguez, y alrededor del cual nos criamos tanto mis hermanos y yo como mis primos los Pastor Rodríguez.

Salvada la entradilla, voy al fondo de lo que quiero contaros y que no es otra cosa que lo acontecido alrededor de la festividad de San Isidro celebrada en estos lares el pasado sábado, día 13, por el aquel que ahora se lleva el trasladar las fiestas laborables a festivos para su mayor goce y disfrute "por la ciudadanía" que diría algún político, o "por el pueblo" que se decía en la Transición.

Fue el santo pródigo en agua en los días anteriores a su festividad, cosa que vino bien a los campos resecos y curtidos por la larga falta del citado elemento. Pero al fin y al cabo, y conocedor de sus gentes, permitió que el día de su celebración, que amaneció cerrado de nubes y un tanto fresco, fuese abriendo a la vez que el termómetro subía. Todo ello animó a los romeros que, rápida y entusiásticamente, cargaron

bártulos y meriendas en los coches y se dirigieron a la pradera berzocaniega a honrar al santo patrón de labradores y ganaderos y también a sí mismos en un día de campo y confraternización.

Allá acudimos también Maribel y yo dispuestos a cumplir con la tradición y acogiéndonos a la invitación de las gentes de la Charca del Puerto que ya se encontraban bajo la encina correspondiente cuando llegamos. Y digo lo de la encina, porque he observado que familias y grupos tienden a colocarse año tras año bajo una determinada (cual si hubiese una querencia especial) alrededor de la cual, y protegidos por su copa, amplias y frondosas todas, instalan mesas y sillas, pues aquello de sentarse en el suelo como antaño ha quedado ya en el olvido.

Como habíamos llegado apurados de tiempo hubimos de incorporarnos a todo trapo a la procesión. Se efectuó alrededor de la capilla aunque fueron más los que se quedaron en sus lugares de acampada que los que acudieron a la misma. Por un momento me preocupé. Los feligreses, más bien feligresas en este caso, comenzaron a cantar con entusiasmo el himno que en sus comienzos reza. *"Glorioso San Isidro/ del labrador patrón/ protege nuestros campos/ y condúcenos a Dios/…..* Que me perdonen mis paisanas pero pensé que en cualquier momento el santo se bajaba de la peana y se encerraba en su ermita o enviaba un mensaje a su jefe para que comenzaran a caer chuzos de punta en la dehesa. Y no tanto por haberlo cambiado el compás y el tempo de un 3/4 a un 4x4 y del *allegro* a un *lento,* sino por el desafine y arrastre de sílabas al que se dedicaron con entusiasmo. Porque, lo reconozco, la entrega de los participantes fue totalmente loable.

He de destacar el remozado y adecuación de la moderna ermita hasta el punto de que tal parecía contar con años de acogida al culto. Mi felicitación a todos cuantos en ello intervinieron.

Acabada la procesión (nunca hay misa y debe ser por la falta de curas en las zonas rurales que no en Roma y en Plasencia) la gente se arremolinó en el lugar donde se celebraba una rifa de los objetos más

insólitos que permite recaudar fondos para mejorar la ermita y seguir organizando la fiesta. Por un euro, una papeleta y a buscar la suerte. Las risas y el jolgorio seguían a cada premio y en torno al afortunado que debía de aguantar puyas y bromas.

Eché en falta una barra de bar, pero Pepe Tejero se encargó de hacerme llegar una cerveza de las cuales había aprovisionado una nevera de viaje. Ello me lleva a contarles lo preparados que al respecto llegan los grupos. No falta de nada, ni un detalle ni un bocado. Ni café, ni chupitos, ni agua, ni vino, ni postres, ni *galguerías.*

Humeaban las fogatas y paellas y barbacoas llevaban sus olores entre las encinas, aunque no sé si éstos también llegaban a vacas, ovejas, gamos, ciervos o jabalíes. Sí lo hacían a los que por allí nos encontrábamos, que no tardamos en comenzar a hacer los honores a los productos que llenaban las pantagruélicas mesas. No me pongo a relacionarlos porque me llevaría un par de días, así que se lo dejo a su imaginación que seguro que los colocan todos en la mesa muy acertadamente.

Llenas las panzas, y con el espíritu en paz, procedía un paseo entre las encinas gozando de un campo verde y oloroso. Y así lo hicimos Maribel y yo mientras gentes de unos y otros grupos procedían a visitarse entre sí recibiendo invitaciones y agasajos de aquellos a los que se acercaban sin que faltasen la alegría y las bromas a las que son muy dados mis paisanos.

A medida que caía la tarde se produjo un fenómeno un tanto curioso. Como perduraban los fuegos de barbacoas y paellas se atizaron de nuevo y la gente sin acuerdo previo alguno, y ni tan siquiera primarias, se fueron sentando alrededor del fuego llegando a crearse un ambiente más de matanzas o cocinas de invierno que de fiesta de primavera.

Tal nos ocurrió a nosotros que montamos una gran y amena tertulia en torno al fuego lo que llevó a Juan Hidalgo a decir que tan

solo faltaban la sartén y las castañas o, como apuntó Juan Luis Torres, unas migas con pimientos y torreznos. Charlamos largo rato y nos reímos un montón contando anécdotas, dichos y aconteceres, de gran número de nuestros paisanos que, por unos u otros menesteres, habían dejado huella en la historia del pueblo a lo largo de los años. Nuestras aventuras juveniles también tuvieron su hueco como era de razón y momento.

Y así se fue yendo la tarde entre bromas, cuentos y cuentiquinos; cafés, dulces y visitas de unos a otros grupos con gran camaradería y sentimiento de pertenencia a una "ilustre villa" y a una historia que, aunque con minúsculas, ha venido confirmando un ser y un sentimiento a lo largo de generaciones. Nosotros, en San Isidro, en este año de 2017, no éramos sino un eslabón más en esta cadena histórica y de sentimientos y vivencias que se trasmiten de generación en generación.

Todo pasa todo permanece

Sesenta y seis años separan estas fotos. Permanecen el momento y el espacio.

El Domingo de las Fiestas, San Fulgencio llega procesionando a la entrada de la Plaza a hombros de los berzocaniegos. Nada ha cambiado en las imágenes y muy poco en el espacio. La ventana y el balcón de la casa de los Hidalgo permanecen. La Pedrilla inmutable, llena de espectadores en la de 1948 y vacía en la del 2014. En la primera se aprecian claramente las vigas y tablones que se utilizaban para cerrar la plaza para los toros y levantar los mozos *"los tablaos"* en los que colocaban sillas para la familia y muy especialmente para las novias y amigas. Eso quedó en el tiempo. Predominan las chaquetas y velos en las mujeres. Juan Luis Rodríguez, el sacristán, en el centro cantando, luce corbata y traje cruzado. Era el encargado de mantener el orden en las filas y el ritmo de paso. Al fondo aparece el Arca también inmutable.

Mucha menos expectación en la de 2014. Y más barullo. La vestimenta es bastante más informal y el desorden se aprecia en la procesión en la que cada uno camina un poco a su manera. También aparecen niños. En el 48, y hasta bastantes años después, éstos procesionaban tras la manga, al principio de la procesión, alineados en filas según las escuelas, primero los niños y detrás las niñas, todos controlados por los maestros.

Los Santos, la fe, y las tradiciones siguen en lo permanente del pueblo mientras cambian las formas, las modas y las costumbres.

Berzocana sigue cumpliendo su promesa cantada y repetida cada año: "Os prometemos Santos Benditos no abandonaros nunca jamás, porque vosotros también quisisteis en este pueblo siempre morar".





Ciclistas y las gentes de las Carretas y La Corte

Es verdad. Cuando uno llega a determinada edad, cualquier cosa, cualquier acto, tiende inevitablemente a retrotraer al sujeto al pasado e incardinar en aquel el presente que contempla.

Tal sucedió a este junta letras ante la foto de Manolo Cano. Los ciclistas suben esforzados empujando sus máquinas y sus cuerpos calle arriba camino de la Cruz de los Santos. Mas, lentamente, todo comenzó a cambiar y la foto se fue al blanco y negro. Y los ciclistas no dejaban atrás el pueblo sino que enfilaban la Calle Carretas llegando desde la Cruz de Piedra. Sonaban fuertes los aplausos y la perplejidad se mostraba en todos los rostros, incluso más aún en los de los mayores que en los de los niños. De un balcón a otro, de una ventana a otra, y de una puerta a las demás, los gritos avisaban del acontecimiento.

— ¡Padre! ,¡ padre! ¡Asómese!, ¡mire! ¡mire!

Tía Ángeles salió apresurada limpiándose las manos en el mandil

— ¡Ay Santos Benditos! ¿Pero qué es esto Dios mío?

Su marido, tío Felipe, salió detrás y, quitándose el cigarrillo de la boca aclaró contundente:

— ¡Coño!¡ Qué van a ser!¡ Ciclistas!

— Estos se han perdido, seguro, precisaba José Justo socarrón y sonriente mientras tiraba de su padre, tío Quico *Tararira,* para que se pusiese en primera fila.

Desde la casa de al lado, de la mano de su madre, aparecieron dos niños, Daniel *Sangregorda* y un hermano cuyo nombre se ha diluido en la memoria del tiempo. Tan solo sé que los muchachos sabíamos que teníamos que tener mucho cuidado al jugar con ellos pues, si les salía sangre por mor de alguna herida, luego no se les podía cortar y podían morirse. De ahí la crueldad del mote. Años después sabría que aquello se llamaba hemofilia

Desde la Calle Honda, *Gorín* llegó a toda velocidad sin escuchar los gritos de su madre, tía Rosa *Capaora* que intentaba retenerlo.

La calle se iba llenando. Los vecinos comenzaban a gritar y a aplaudir. Tía Sofía salió un tanto aturdida

— ¿Qué pasa?, ¿qué pasa?, preguntaba inquieta

— ¡Los ciclistas!, ¡los ciclistas!, gritaban los niños intentando correr tras ellos

— Tío Gerardo, que había salido tras su mujer Sofía, logró enganchar por un brazo a su hijo, Juan *Cabañas* le llamábamos, que ya se desmarcaba a toda velocidad. No tuvo la misma suerte tía Manuela *Obispa* a la que se le escaparon Quico y Manolo arrancando como flechas gritando tras los corredores

— ¡Déjalos que corran!, señaló tío Quico *Obispo* al que rodeaban sus hijas Julia y Tere que sostenía de la mano al pequeño Luis.

— ¡*Cagoenlamal* tío Quico! ¡Qué cosas pasan ya en el pueblo!

Cruzando la calle, Antonio *La Picarona,* se dirigía a su vecino, a la vez que echaba la chaqueta de pana hacia atrás y se metía las manos en los bolsillos del pantalón. Miraba con cara de total asombro.

Una puerta más allá, tío Juan *Repóntigo* observaba un tanto incrédulo mientras se sentaba cachazudo en el poyo. Su mujer, tía Virtudes, aplaudía con moderación. Mi abuela Juana, con mi hermano Miguel de la mano, y mi madre, también estaban ya en la puerta. No me atrevía a echar a correr y me quedé quieto mirando con la boca abierta

y tratando de averiguar de dónde salía aquel gran ruido metálico que acompañaba el paso de los corredores.

De la calle de Las Cortes salía con urgencia mi tía Berenguela, con su enhiesto moño repicando al viento y secándose las manos en el mandil. Detrás de ella, su hijo Antonio

— Esto sí que es un sucedido, comentaba dirigiéndose a tío Gregorio, el molinero, que se asomaba inquieto tras el portón

¡Quítate de ahí que veamos qué pasa!, le riñó su mujer, tía Jerónima, saliendo. Detrás de ella su hija Nati, con su hermana Antonia de la mano. Como una exhalación pasó entre ellos a toda carrera Martín *Pardilla*. Más parsimoniosos aparecieron detrás su padre, Julio, y su abuelo Martín. Más atrás aún las dos Marujas, la *Chocera* y la de Madrid, aquella guapa y pizpireta, ésta seria, escueta y que tan solo estaba en el pueblo algún que otro verano. Bernardo *Chocero* tiraba de ellas.

Se le unió Pedrín, que tiraba de la mano de su madre, tía Visita, para que ésta agilizase su paso hacia Carretas. Detrás caminaba Florentino, de cara ancha y circunspecta, que nos llamaba mucho la atención a la chavalería. Era un niño grande que dependía de su madre para todo y era ésta la que hacía y deshacía por él hasta el punto, cuentan, que se fue a Cáceres para estar con él todo el tiempo en que estuvo en el servicio militar. Tomándole el pelo se unió Marchena saliendo de la travesía de la Corte en la que vivía. También lo hizo un hombre, aún joven, lector empedernido de novelas a la luz de un velón, y cuyo nombre se ha quedado prendido en la maraña de los tiempos pasados

Enfrente, desde la Corralá, tío Augusto llamaba a voces a su hijo Manolo, (*Quiste* que llamábamos por tener tal protuberancia sobre un ojo) que corría hacia Carretas a ver de cerca el sucedido. Tras él Rosalía, su hermana. De la casa de enfrente salió tío Joaquín Peña, que creo recordar era uno de los más viejos del barrio.

— ¿Se *pue* saber qué coños pasa?

La Palmira, una guapa moza y su vecina de enfrente, que salía con su hermana Sagrario, se lo explicó.

— ¡Paparruchas y más paparruchas!, exclamó dándose la vuelta y pasando olímpicamente del acontecimiento.

No lo hacía así tío Gregorio *Tostao* que, en la esquina de la citada Corralá y Carretas, junto al poyo centro de las tertulias nocturnas veraniegas, con el cigarrillo entre los labios y su siempre pícara sonrisa en la cara, se subía y bajaba la boina en señal de incredulidad. A su lado, su mujer, tía Flor Mena, aplaudía complacida sujetando a sus hijos Diego y Felipe.

— Quico,¿ has visto que modernos semos ya?, preguntó sabiendo la respuesta, a tío Quico *Metralla* que, un par de metros más arriba, contemplaba la comitiva rodante

— Pero mu modernos, le contestó la mujer de aquel, tía Teodora

Enfrente, mi amigo Pablo *Chichas,* se escondía detrás de su abuela, Juana *Parrá,* un tanto asustado y temiéndose que aquel barullo se lo llevase por delante. No sintió miedo alguno Paco *Pilón,* también de nuestra edad, que no tardó en unirse al grupo que corría entre las bicicletas exponiéndose a que los arrollasen o a tirar ellos a algún corredor. Se acababa la calle. Del caserón siguiente, que no estaba alineado con la calle, sino un tanto hundido más abajo, salieron la Irene y Josefa, que no tardaron mucho en unirse a los que aplaudían.

En la izquierda, tío Miguel *Portales,* que había sido Guardia Civil, explicaba lo de la carrera de "biciclistas" a Emilio *la Gallinota,* un mozo alto, de habla un tanto difícil, y al que el citado *Portales* tomaba el pelo a todas horas. Su mujer,(la de Miguel, no la de Emilio que era soltero), Juana, cogida del brazo de su hermana Florentina, reñían al marido de ésta, tío Andrés *Orejinas* que, como los muchachos, amagaba ante su hija Magdalena, *Nena,* con irse corriendo tras los ciclistas, mientras que la pequeña, Teodora, lloraba a todo trapo

Se perdía ya el ruido por el descampado de las Carretas, aquel que servía de evacuatorio de los vecinos y donde ahora se levanta el Cuartel de la Guardia Civil.

Poco a poco, la foto que sostenía en mis manos fue adquiriendo de nuevo color hasta iluminarse plenamente. Los ciclistas ya estaban de nuevo subiendo hacia la Cruz de los Santos. La calle, sus casas de aquellos años, y las caras de mis entonces vecinos, comenzaron a diluirse de nuevo en el tiempo, ese tiempo de nostalgias en el que nos sentimos especialmente reconfortados los que, desde aquellos años, hemos recorrido ya gran parte de nuestro camino en la vida.

Es grato volver de vez en cuando a la niñez, a la infancia, y recordar todos aquellos nombres y caras junto a los que distes tus primeros pasos en la vida.Y lo es también el recrear de nuevo una sociedad, un ambiente y unas relaciones de vecindad que ya no volverán nunca. Como yo, muchos berzocaniegos perdidos en la diáspora de la emigración, sentirán una punzada de emoción y nostalgia de aquella que fue su Berzocana y cuyas esencias continúan en el fondo de su alma.

Sea esta remembranza, en este agosto de fiestas y calores, mi especial recuerdo para mis vecinos y con él el de todos aquellos que les conocieron y les apreciaron.

Agosto de 2018

¿La media pa la una o las doce y media?

Bien pudiera ser que más de un lector no avezado, o ajeno al medir el tiempo en días ya idos, piense al leer el titular en la prenda femenina que tal nombre recibe. No, no es eso.

Las vivencias de nuestra niñez y adolescencia quedan impresas en nosotros de forma indeleble y nos acompañan hasta el fin de nuestros días. Es más, a medida que uno cumple más años, más fuertes se muestran éstas en nuestros recuerdos.

A mediados de agosto pasé unos días en Berzocana, mi pueblo. La casa de mi madre se encuentra frente a la entrada principal de la iglesia. La otra en la que vivimos también lo estaba, pero en la puerta lateral norte, en la calle Carretas. Así pues, es fácilmente entendible que el sonido de las campanas haya formado parte de mi crecimiento y se halle impreso en mi propio ser. Si a ello unimos que tanto mi abuelo como mi padre ejercieron de organistas y sacristanes y yo de monaguillo comprenderán que todas las formas de toque me fueran familiares y conocidas. Y entre ellas se encontraban las campanadas del reloj.

El reloj de la torre ha venido marcando desde siempre la vida cotidiana de mis paisanos. No tengo constancia de que nunca haya existido reloj de tipo alguno en mi habitación, ni en la de mis padres. Las rotundas campanadas del de la torre bastaban para contar el tiempo ya fuese de día o de noche. E igual ocurría en la mayoría de las casas. Pero había un problema, un problema que ha vuelto a ponerse delante de

mis noches ya que en el pueblo sigo sin reloj alguno, ni siquiera el de pulsera, en la mesilla de noche.

Desperté un tanto despistado. Por la ventana abierta entraba el reflejo de luz de los focos de la calle. Sonó una rotunda campanada.

— La media, me dije. ¿Pero qué media? No había respuesta.

Antes de seguir adelante he de aclarar, para los más jóvenes, y especialmente a los de la era digital, que no cantábamos igual las horas que marcaba el reloj. Lo de las tres cuarenta y cinco o la una y veintitrés llegaría bastantes años después. El reloj marcaba, y marca, solo horas y medias horas. Lo de identificar las horas era muy fácil, se contaban las campanadas y listo. Lo de las medias era más complicado. Unos decían: las cinco y media. Otros: la media *pa* las seis. Creo que ello quizás dependiese del pesimismo (el tiempo pasaba) u optimismo (aún quedaba para la hora siguiente) de cada uno; o quizás fuese al revés.

El caso es que estaba despierto y no tenía ni idea de la hora que era. Esperaría que el reloj sonase de nuevo. Me fui quedando adormilado. Sonó un campanazo. Una...conté dispuesto a saber la hora. Pero no sonó ni una más, no repitió como a cada hora correspondía. De nuevo otra media.

Debí de quedarme completamente dormido. Me despertó de nuevo la claridad entrando por la ventana. Y sonó el reloj. Me temí otra media, pero no, esta vez conté seis campanadas. Sonreí para mis adentros y decidí dormir al menos dos horas más. El reloj debió de seguir su rutina pero ya no le oí hasta que de nuevo conté ocho rotundas campanadas.

A lo largo del día el desconcierto de las medias era el mismo, pero siempre había alguien que te lo solucionaba.

— ¿Qué hora ha *dao*?

— La media *pa* las doce

Ahora hay un problema con la una. Se confunde con las medias y no hay manera de saber por dónde andamos. Hasta hace unos años, el

reloj repetía las horas, las marcaba dos veces, y eso te hacía saber que era la una y no una media. Esto de las repeticiones terminó cuando el alguacil, encargado de dar cuerda al reloj y de subir las pesas que le mantenían en marcha (la redonda pequeña) y permitían el martilleo (la cilíndrica grande), convenció al alcalde para quitar las repeticiones que obligaban a subir las pesas en espacios temporales más cortos.

Porque habréis de saber que el reloj no es parroquial sino municipal. Mi abuelo Juan Luis, primero, y después mi padre, con el mismo nombre, y en su calidad de sacristanes, fueron los encargados de las cuerdas, y ello nos llevó a que tanto mi primo, Juan Pastor, como yo, subiésemos muchas veces a cumplir con este menester. Mi padre cobraba diez pesetas al trimestre por tal trabajo. Le daban un vale en el ayuntamiento y él lo hacía efectivo en casa de *tío* Nicolás *Vaquina,* a la sazón tesorero del citado organismo.

Cuando se electrificaron las campanas (con el Padre Ventana) no hace muchos años, el reloj quedó desconectado. El párroco pidió una ayuda al Ayuntamiento para aplicar el proyecto e incluir el reloj, pero se la negaron. Como quiera que el pueblo había respondido con generosidad a sufragar el cambio, el cura decidió incluir en el sistema eléctrico un nuevo reloj y este es el que ahora oímos aunque sin las repeticiones. La maquinaria del viejo está desconectada y las pesas inactivas, al igual que la gran esfera de la torre, por cuya ventanilla, situada en las mismas doce, hemos sacado la cabeza muchas veces.

Me dispongo a cerrar este artículo y suena una campanada en el reloj

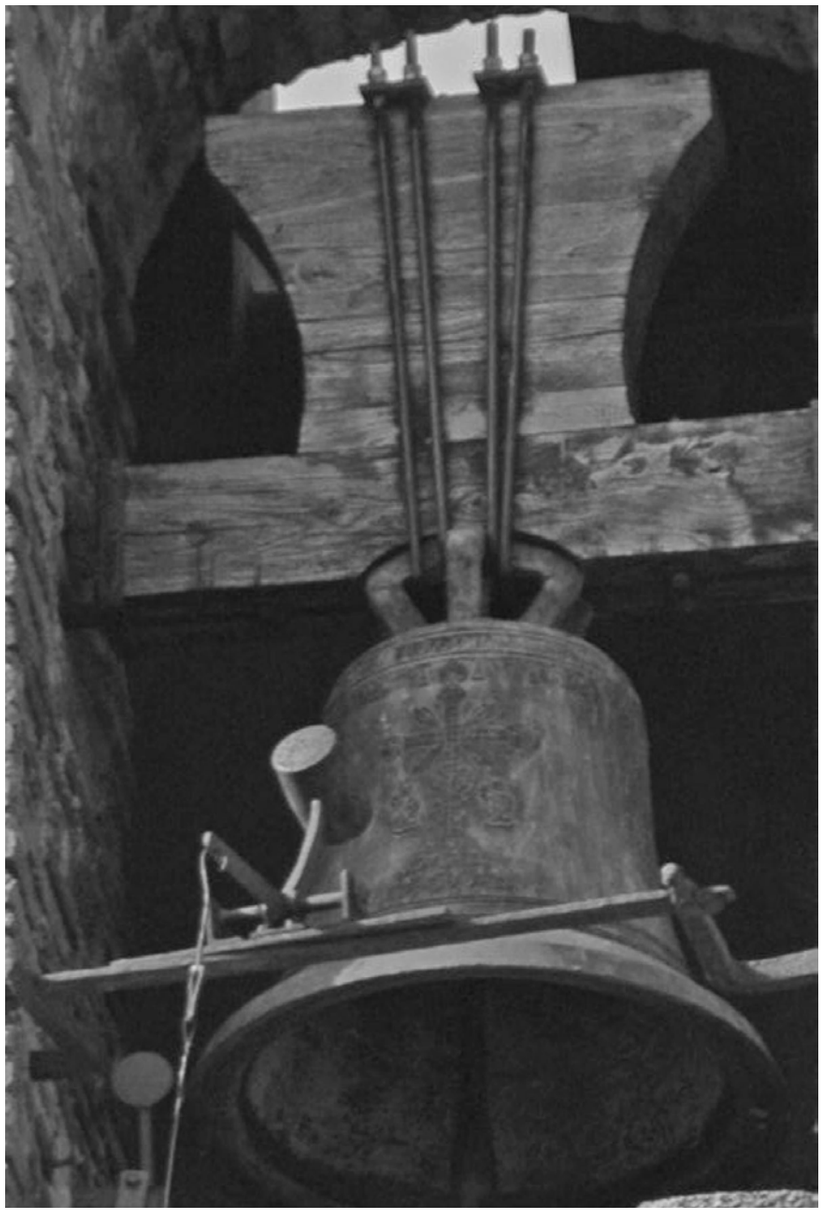
— Miguel, ¿qué hora es?

— La doce y media, contesta aquel

Y mi madre contesta de seguido:

— La media *pa* la una

Esbozo una sonrisa y pongo el punto final.



Inés Mera. 2017

Se deslizan suaves y monótonos los hilos entre los dedos. Suaves también, ligeros y cadenciosos, lo hacen los recuerdos en la mente. Confecciona un paño de altar.

Profundamente religiosa y devota de los Santos Fulgencio y Florentina, Inés Mera ha visto pasar ocho Papas (Pío XI, nombrado en su mismo año de nacimiento, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II, Benedicto XVI y ahora Francisco). Su memoria no flaquea en ningún momento y es un archivo viviente de la historia de Berzocana, de su devenir diario, de sus gentes

Vino al mundo en el reinado de Alfonso XIII, bajo el brevísimo gobierno de José Sánchez Guerra, en la finca de Romilano, cerca del puerto de Cañamero, en una casa aislada de pastores.

Tras el gobierno de García Prieto vivió la dictadura de Primo de Rivera; la Segunda República de Alcalá Zamora, con sus dos gobiernos constituyentes, y seguidamente vio pasar nada menos que otros diez a lo largo de la citada segunda República más otros diez del Frente Popular. La guerra (en la que llegó a tener tres hermanos con uno a cada lado del frente), los ecos de la Segunda Guerra Mundial y los 15 gobiernos de Franco más los habidos con Juan Carlos.

En el mismo año de su nacimiento es nombrado Papa el cardenal Ratti con el nombre de Pio XI. En Francia es guillotinado Landrú acusado del asesinato de diez mujeres. Nacen Pier Paolo Pasolini, Piru Gaínza, Ava Gardner, Vittorio Gassman o José Saramago y por primera vez se inyecta insulina a un paciente. En 1923, De la Cierva inventa

el autogiro, abuelo del helicóptero, y se descubre la congelación de alimentos. En 1927 se realiza la primera película sonora y se inicia la Gran Depresión. En el 30 se descubre Plutón y se desarrolla el nailon. Vivió la llegada de la electricidad, el desarrollo del teléfono, la radio y hace casi un par de días la televisión, los móviles e Internet.

Fluyen los recuerdos como agua limpia de la fuente del Venero, donde acudía los domingos en su mocedad. Se mueven ágiles las manos marcando compases de melodías idas en el pentagrama no dibujado en el espacio de su cocina.Y claros, armónicos, sonoros y con aires festivos, los acordes del órgano de la iglesia a cuyas teclas daban vida las manos de su marido, Juan Luis, que tantas veces lo hizo también en el armonio de casa, especialmente en aquellas Nochebuenas rodeada de sus hijos y después de sus nietos.

— Fulgencio ¿quieres un *sorbino* de champán?

Siempre Fulgencio en sus preocupaciones y afanes. Un Fulgencio que desde su eterna silla de ruedas siempre ha tenido y tiene para ella, no más de doce años, aunque ya haya dejado atrás los sesenta.

Blanco brilla su pelo firmando años de apuros, de hambres, de trabajos, de sudores y de llantos de impotencia escondidos. Pero más allá de todo ello su tenacidad inquebrantable y su humor, quizá la mejor arma que sus Santos la dieron para luchar contra la adversidad que la Naturaleza vino a poner en su casa. El humor y su Fe inquebrantable que comparte con su hijo Fulgencio.

Se deslizan suaves y monótonos los hilos entre los dedos. Suaves también, ligeros y cadenciosos, lo hacen los recuerdos en la mente.

Inés cumple hoy noventa y cinco años.Y es mi madre. Felicidades



Mayo, el mes de Las Flores en la escuela

Mayo. El sol comenzaba a calentar y, aunque alternaba con lluvias, ya permitía que nos desembarazásemos de la engorrosa ropa de abrigo y nos encontrásemos mucho más ligeros para desarrollar nuestros juegos y aventuras. El ir a la escuela, ya sin frío, no era tan duro y el sol, picando en la piel de brazos y piernas, hacía que la sangre corriese más deprisa y, unos y otros, nos sintiésemos más primaverales, al igual que sucedía con los campos donde el verde de los sembrados y el blanco y amarillo de las flores de las retamas se hacían dueños y señores del entorno de Berzocana.

Pero mayo era esencialmente el Mes de las Flores con todo lo que ello conllevaba. Corrían los años cincuenta y gobierno e Iglesia dominaban todas las esferas de la vida pese a que nosotros, por nuestra edad, no éramos muy conscientes de ello inmersos en nuestros juegos y en recorrer una y otra vez las calles de la villa sin cortapisa alguna. Entonces ni el tiempo impedía nuestros juegos al aire libre. Es más, casi ni nos constipábamos y no teníamos ni idea de qué era eso de las ahora tan abundantes alergias. Sí éramos expertos en *escalabrauras* o *pitaeras* (consecuencias de las peleas a pedradas*),* raspones, rozaduras y heridas de todo tipo, así como por el contrario éramos expertos en el tratamiento con *meaos* de las picaduras de avispas y otros e incluso de las ortigas. También lo éramos para que ni *pitaeras* ni picaduras nos las detectasen en casa y evitar el castigo que incluía el no salir de la

misma. Informaremos a los más jóvenes que no teníamos televisión, ni móviles, tabletas, nintendos o *plays* y esos tipo de artilugios actuales no existían ni siquiera en la imaginación de las gentes de aquellos años.

Llegada la tarde y agonizando ya el horario escolar, don Pedro, el maestro, se levantaba de repente, tomaba un palo corto y brillante del grosor del dedo índice que le servía de batuta y se arrancaba sin más preámbulos:

"Venid y vamos todos, con flores a María, con flores a porfía, que madre nuestra es…"

Como impulsados por un resorte, los alrededor de cuarenta alumnos de clase nos levantábamos con gran ruido de carteras y material escolar que recogíamos alborotadamente mientras los asientos abatibles de aquellas mesas dobles golpeaban fuerte contra los respaldos (hecho que más de una vez nos costó algún que otro mamporro) y a voz en grito nos incorporábamos al canto arrastrando las vocales a más no poder:

De nueeevo aquí nos tieeeenes puríísima donceeella, más que la luna beeella, postraaados a tus pieees…"

Lo de llevar flores a María lo teníamos claro, pero lo de llevárselas a Porfía no lo entendíamos muy bien ya que ninguno sabíamos quién era la tal. Miguel González *Esquelina,* que debía de estar mostrando ya su vena de abogado, preguntaba una y otra vez quien era esa Porfía a la que nosotros, sin saber en absoluto por qué, otorgábamos mayúscula de nombre propio en lugar del sustantivo común que hace referencia a algo que se mantiene con insistencia y tenacidad.

Claro que no era ésta tan solo la duda metódica que mantenía ya que también solía interrogarnos sobre quién era un tal Rivera que tenía primos en todos los pueblos ya que en todos los del entorno,

y en el nuestro también, había una calle destinada precisamente a un Primo de Rivera. En este caso, y por las mismas razones inexplicables de nuestra lógica infantil, quitábamos la mayúscula y el apellido *Primo* pasaba a ser el sustantivo de parentesco *primo*

Pero volvamos a Las Flores escolares. Terminado el canto inicial y ya con pesadez y en un relativo silencio iniciábamos, con ritmo cansino y canturreante, la siguiente oración:

"Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María! que jamás se oyó decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestro auxilio, haya sido desamparado. Animado por esta confianza, a Vos acudo, Madre, Virgen de las vírgenes, y gimiendo bajo el peso de mis pecados me atrevo a comparecer ante Vos. Madre de Dios, no desechéis mis súplicas, antes bien, escuchadlas y acogedlas benignamente. Amén".

Los puntos y comas los coloco aquí para su comprensión. Entonces iba todo seguido y recitado, de ahí que dijésemos o entendiésemos muchas barbaridades.

El rezo del rosario era una pesadez y lo llevábamos muy mal. Los "Ave María" de D. Pedro eran rítmicos y sosegados. Al terminar, nosotros nos lanzábamos impetuosos sobre el "Santa María" a toda velocidad en medio de un total embarullamiento. Teníamos prisa por salir.

Pero ya, ya. Con D. Pedro esos trucos no valían. En cuanto percibía el descarrilamiento oratorio nos hacía repetir hasta conseguir la cadencia adecuada.

Tal volvía a suceder con las letanías que rezábamos en latín:

Kyrie, eléison. *(*Ésta y las siguientes se repetían*)*
Christe, eléison.
Kyrie, eléison.
Christe, áudi nos.
Christe, exáudi nos.

Como habrán adivinado los avispados lectores nosotros las convertíamos en *kririeleison y cristiáudinos*

También nos pasábamos de frenada a cada cambio. Tras la larga lista que iba de "Sancta María" a "Regína Pacis", a las que contestábamos "ora pro nobis", (todo junto) cuando llegaba el "Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi", en lugar del "Parce nobis, Dómine", (también todo junto) nosotros seguíamos disparados con nuestro orapronobis. Ello llevaba a volver un tanto atrás para que nos mostrásemos atentos. Don Pedro no pasaba una.

La última oración no la recuerdo entera, pero si este trozo:

"Oh cariñosa Madre mía María! Ha llegado para nosotros la hora de separarnos y nuestros corazones se ven precisados a daros la despedida llenos de pena y sentimiento. Por eso, y con la misma naturalidad con que el agua busca el nivel y la piedra desprendida de la cima del monte busca el fondo del valle donde encontrar reposo, así nuestros inquietos corazones buscan la sombra de vuestros altares para descansar……"

Se acercaba el fin de la jornada y se palpaba en el ambiente. Cuando la oración se acercaba a su final, los más inquietos comenzaban a coger las carteras exponiéndose a recibir algún mamporro por su precipitación.

Pero la modorra creada por la rutina monocorde del rosario desaparecía como por ensalmo cuando don Pedro cerraba el libro y entonaba:

"Tomad Virgen Pura….

Nos poníamos en pie como si tuviésemos muelles en las rodillas y a la vez que comenzábamos a cargar las carteras y nos alineábamos cada uno al lado que le correspondía de la mesa gritábamos como posesos siguiendo el inicio de don Pedro:

"*….nuestros corazooones, nooo nos abandooones, ¡jamáaaas!, ¡jamáaaas!*

Y aquí llegábamos al éxtasis de entrega y entusiasmo.

"¡¡¡¡NOOOOO NOS ABANDOOOOOONES!!!!,
¡JAMÁAAAAAAS!, ¡JAAAAAMAS!

La mayoría de las veces con el último "jamàs", los primeros de mis compañeros ya habían alcanzado la puerta y salían disparados como balas para intentar cada uno ser el primero en llegar a la carretera de Logrosán e iniciar toda una serie de juegos, carreras y maldades. Todavía quedaba mucha tarde que aprovechar.

El olor de la migas de la Plaza

Hasta este apartado rincón del asturiano Parque de Fuentes del Narcea llega el olor a migas que desde la Plaza, el corazón de Berzocana, se expande en todas direcciones.Y al igual que llega aquí, estoy seguro llega también a barrios de Madrid, y de Barcelona, y de Bilbao, y de Andalucía…. y a todos y cada uno de aquellos lugares en los que hay un berzocaniego.

2019, agosto. La noche está plácida y convivencial. Los berzocaniegos, de origen o de adopción, se colocan disciplinados en esta o aquella cola. Lo hacen según afinidades o confidencias de aquel o el otro que hablan de la calidad de unas u otras migas o de la habilidad del *manijero*

—Las de La Duche, las de La Duche están magníficas

—Me parece que yo prefiero las de Las Cortes

Y así, plenamente convencidos, se colocan en una y otra cola bromeando, intercambiando interjecciones y saludos plato en mano y con la cuchara a punto. Algunos llevan un vaso en la otra para la sangría y hasta son capaces de llevar simultáneamente un bebé en brazos. El buen humor reina en las filas que se conforman en dirección a cada uno de los calderos que estratégicamente situados reparten los vecinos de este o aquel barrio.Y encima de cada plato los pimientos fritos. ¡Y los torreznos!. Que no falten los torreznos.

Son estas migas solidarias y altruistas. Los vecinos de cada barrio, agrupados según su libre albedrío, aportan trabajo y productos, así, de buena fe; con gusto y de muy buena gana como ellos mismo afirman.

Una vez avituallados, familias, grupos de amigos, de compañeros o simplemente parejas o individuos, se dirigen plato en mano en busca del lugar más adecuado para degustarlas. Las escaleras son el destino más general, aunque son muchos los que se dirigen también a las mesas de las terrazas que, previamente ya estaban guardando desde bastante antes otros familiares o amigos.

—Yo no quiero sangría.Voy a por una cerveza

—Pues yo prefiero un vino

Y así se van conformando gustos y grupos. Los de Cañamero se han integrado en este acto desde hace ya unos años y son muchos los que acuden a compartir las migas, pimientos y torreznos con los berzocaniegos. Pero no crea el lector que es esto tradición de siglos. Ni mucho menos. Se creó no ha muchos años como un acto de cierre de las fiestas, del último día. Pero no se contaba con su enorme éxito.

Ahora es un acto más de aquellas. Un acto solidario y de buena vecindad de los berzocaniegos.

Que sea para bien y para muchos años.

El acarreo y el origen de mi apodo

La tarde comenzaba a declinar, allá, tras los montes de la *Desa,* (dehesa*)* el disco rojo del sol bañaba en sangre las encinas. Sobre el cielo de la Plaza bandadas de golondrinas y vencejos hendían el aire en piruetas de circo y gritos de payasos. La mecedora de don Fulgencio Hidalgo (mayor) se había parado en su monótono balanceo. El lápiz se había deslizado de su mano inmóvil y había quedado dormido sobre el crucigrama del ABC.

Sentados en los escalones de granito de la puerta de don Fulgencio, Juan Hidalgo, Rafa Díez, Antonio Huete, Felipe Rodríguez y yo, esperábamos Dios sabe qué momento. Acabábamos de llegar de las escaleras de la Audiencia donde habíamos celebrado una vuelta ciclista en la que un Charles Gaul de papel había pulverizado todos los *récords*. Indolentemente tumbados, en agosteña galbana, esperábamos.

Una jaca parda y prestosa desembocó en la Plaza. Sobre silla de cruceta, la cabeza erguida y a la jineta montada su amazona marcaba el paso con brío. Rosa Hidalgo volvía de sus propiedades tras supervisar las últimas tareas de trilla y venteo. Sobre las paredes del bar de Demetrio, el sol ponía sus últimos tintes azafranados.

La época de la siega había terminado y los trillos efectuaban sus últimos giros sobre el gran pan de la parva. La recolección tocaba a su fin. Quizás lo que nosotros esperábamos sin saberlo era el paso de las primeras reatas con el acarreo. Dentro de poco, la Plaza sería un

hervidero de burros, mulos, caballos y hombres en un incesante ir y venir de hormigas hacendosas.

La salida de la carretera de Cañamero dio la señal. Detrás de dos caballos y una mula cargados de bamboleantes haldas de paja, Julio Pardilla, semidescamisado y polvoriento, gritó al caballo de cabeza

— ¡Soooo caballo!

La corta reata se paró cansina. Julio dio unas voces y Manolo Mariscal salió del corralón de la casa de su madre.

Desde nuestra distancia no podíamos oír lo que hablaban. Algún trato. Pardilla, cargando su peso sobre una larga vara se inclinaba hacia delante y se rascaba la cabeza echando la *bilba* (boina*)* adelante y atrás en sincronizado e inconsciente vaivén. Al lado de Manolo parecía aún más pequeño. ¡A saber qué intríngulis comercial se traerían entre manos!

— ¡Buenas tardes!

Alto y estirado, dando aire al manteo, don Delfín, el cura, pasó ligero junto a nosotros. Instintivamente nos encogimos. Aquel cura soltaba unos coscorrones de órdago. Serio y autoritario nos tenía a todos, muchachos, jóvenes y mayores, en un puño. Cuando le vimos desaparecer tras la esquina del ayuntamiento, enfilando la calle del Arco camino de la iglesia, respiramos.

— ¡Vamos a la Pedrilla!, gritó Rafa poniéndose rápidamente en pie.

Le seguimos y nos encaramamos a horcajadas sobre el muro.

Atravesando la plaza, con paso cansino y moscas en las orejas, cuatro burros en cordel venían en nuestra dirección. Detrás de ellos, bajo un sombrero de fieltro que fue negro antes de que lo blanqueasen los polvos de la era, tío Ufo caminaba al paso de los pollinos. Sobre éstos, el trigo- pan de mañana. De entre sus labios colgaba un enorme porro de los de entonces: tabaco picado comprado por cuarterones y liado con papel del Bambú.

— ¡Los carros!, grité.

Salimos disparados como cohetes trastabillando unos con otros y llenos de euforia.

Fujino, guiada al hombro, había asomado tras la esquina de la casa de Don Aurelio, el médico. Ajustándose su descolorida gorra de visera de pana que había sido marrón en sus orígenes, se paró, giró sobre sus talones y alargó la guiada hacia atrás. Dos enormes vacas, inclinada la testuz, aparecieron tirando del primer carro. Detrás otro y otro, hasta cuatro, todos con sus correspondientes conductores. Venían cargados de sacos de trigo y al llegar todos a la Plaza pararon. Las vacas acusaban el esfuerzo de la cuesta de la carretera de Logrosán, con una gran pendiente desde el río de Los Molinos hasta la citada Plaza, y necesitaban un descanso para después poder enfilar la calle Honda (de nuevo aspírese la h) con nuevos bríos. Nos encaramamos en los sacos del que guiaba Fujino mientras éste bromeaba con nosotros.

Era Fujino un mozo muy singular: alto, delgado, de nariz un tanto aguileña y rasgos acusados, tenía las mejillas hundidas, los pómulos angulosos y destacados, y los ojos, bajo unas cejas densamente pobladas, negras y brillantes. Destacaba su barba cerrada y negra..

Pese al bochorno de agosto, llevaba sobre los hombros una chaqueta de pana gruesa cuyos bolsillos parecía iban a reventar en cualquier momento. ¡A saber qué ocultos tesoros guardaba allí! La manga izquierda estaba atada en su extremo por un cordel y colgaba tiesa. Seguramente un almacén portátil de cosas imprescindibles en la siega y el acarreo. Colgadas de una de las varas del carro, en una esquina, unas bamboleantes alforjas de tiras.

Los carros reemprendieron la marcha cargados de esfuerzos, sudores, sementeras y esperanzas. Tumbados en los sacos dejábamos vagar nuestra fantasía por mil mundos de aventuras. Al llegar a la gran puerta de entrada a los corrales y almacenes de la Rosa Hidalgo que da a la calle Honda, la Máxima, con azul uniforme de rayitas blancas terminaba de abrirlas. Enfrente, desde la esquina de su casa,

tío Juan Luis "*Pelaílla"* nos largaba una monumental bronca por bromear unos con otros encaramados en los sacos. Saltamos al suelo y salimos corriendo. Nos sentamos en las desgastadas y desconchadas escaleras del Rollino junto a otros muchachos más o menos de nuestra edad que allí se encontraban.

Los últimos rayos del sol se perdían ya entre los lejanos encinares y teñían la Plaza de rojizos reflejos. La tarde se tornaba plácida y el olor a mies impregnaba el aire. Nicanor "*Sopinas"* pasó al galope de su caballo llevando otro de la brida. Aquí y allá se iban formando corrillos de hombres que charlaban y fumaban sosegadamente, sin prisas, dejando que el tiempo pasara junto a ellos sin apenas rozarlos ni inquietarlos, con esa tranquila rutina de lo cotidiano e inevitable de las plazas de los pueblos extremeños.

Sonó el esquilón de la iglesia y las hermanas Sánchez, Maruja y Loli, "*las Sánchez"*, pasaron apresuradas y cogidas del brazo, debía ser el último toque…

Continuaban pasando caballerías cargadas camino de casa. Tío Juan Pedro *"Canelo",* caballero en su burra, marchaba a regar al Pero. Su turno empezaba a las diez y la tierra estaba sedienta. Volvería de madrugada con el serón lleno de sabrosas frutas y hortalizas con los esféricos y pletóricos tomates haciendo brillar sus rojos a los primeros rayos del sol que cada mañana veraniega aparecían tímidos y como avergonzados por detrás de los canchos de la Sierra.

Muy cerca de nosotros, don Bernardo (el alcalde) y Ángel Cerro, el secretario municipal, charlaban animadamente. Pronto se les unió don Lorenzo, don *Lorencito*, padre de mi amigo Rafa y de desconocida profesión que me había rebautizado. La cosa fue así:

Por aquel entonces se jugaba mucho a los toros en la plaza y los muchachos improvisábamos cada tarde veraniega un montón de corridas de toros cuyos papeles se repartían según gustos. A mí me entusiasmaba hacer de torero y por coincidir con mi nombre, *don Lorencito*

comenzó a llamarme con el de un torero que triunfaba por entonces: José Luis *"el de Utrera*". Pronto la inclinación popular, sobre todo de la chavalería, a la economía del lenguaje convertiría aquello en José Luís *Lutrera*, en principio, y seguidamente en *Pepe Lutrera*, apodo por el que me siguen conociendo muchos de mi generación.

Tío Serafín pasó apresurado y voceante como en él solía ser habitual. Era la hora de *dar la luz*. Tal operación consistía en accionar el mecanismo que permitía el paso de la corriente eléctrica desde el transformador, situado junto a la fábrica de harinas, en la calle Pizarro, a la red local. Durante el día no había corriente.

Un grupo de muchachos corrimos junto a él para presenciar en directo tan "mágico prodigio". Sabíamos que tras el mismo llegaba el momento de que cada uno hiciese acto de presencia en su casa. A partir de ese momento, los juegos eran en cada barrio, en cada calle, bajo la vigilancia de los mayores que tomaban el fresco en animadas tertulias.

Un grupo de muchachos mayores capitaneados por Quico "*Obispo"* había comenzado a jugar a la *"húrria"* (aspírese la h profundamente). Más allá Juan Pedro Tejero, Daniel (el *del Guardamontes*), *Coleto,* Fulgencio *Colorín*, Manolo *Quiste* y otros cuantos organizaban un "*burro arrengao"* con grandes voces y aspavientos. Sandalio Merino, que andaba por allí de espectador, se encargaba de azuzar a unos y otros para que el barullo fuese mayor.

Para nosotros había llegado la hora de marchar a casa. La luz del día acabó de extinguirse. Por las calles pasaban silenciosas las últimas caballerías haciendo sonar sus cascos en el empedrado. Las clásicas tertulias veraniegas comenzaban a formarse.

Nos cruzamos con Fujino que había terminados sus tareas. Le saludamos alegres. Él entró a su vez a saludar a Demetrio en el bar de la Plaza.

Procesión de Viernes Santo con "Via Crucis" alternativo

El Nazareno de mi juventud tenía un manto un tanto avejentado y llevaba una cruz diminuta que bailaba de un lado a otro, era tan ridícula que tenían que atarla a las manos de la imagen para que no cayese.

Era Jueves Santo y ya había quedado atrás la hora del Ángelus. Un tibio sol abría las calles de Berzocana a una luz que comenzaba a antojarse primaveral.

Sin pensarlo me dirigí a la iglesia cuyas puertas se encontraban abiertas. Sin motivo alguno, dejándome ir. Algunas personas ocupaban los bancos o rezaban frente al Monumento en cuatro reclinatorios colocados al efecto. Algunas cosas permanecían inmutables en el tiempo. Delante, dos de la cofradía del Corazón de Jesús; detrás, dos de las Hijas de María. Volví la vista hacia atrás, bajo el coro. Allí, en sendas andas, se encontraban dos imágenes. Con intencionada parsimonia me dirigí hacia ellas. Eran Jesús Nazareno y la Virgen de la Soledad. Mis recuerdos se fueron hacia la llamada entonces "Casa de Dios", un edificio grande, hueco y frío, que tan solo se abría en contadas ocasiones y cuya entrada a la iglesia o ermita estaba precedida de una especie de corral amplio y destartalado, con plantas y algún árbol, al que se accedía por un portalón, y con ocultos rincones que a los más pequeños causaban, si no miedo, al menos prevención. Allí vivía la familia de tío Isidro, un hombre unido totalmente al paisaje del edificio en mi

memoria. Aunque tengo dudas y puedo confundirme, creo que tenía dos hijos apodados: Canarias y Patafrita

De allí eran mis recuerdos de las imágenes que ahora tenía delante de mí. Pero no me parecía el mismo Nazareno. Frente al que permanecía en mi memoria, éste lucía un nuevo manto con especiales bordados y en un folio colgado en el frente de las andas podía leerse: "Manto donado por la familia Tena Zuil". La cruz que portaba sobre su hombro era proporcionada a su tamaño. El Nazareno de mi juventud tenía un manto un tanto avejentado y llevaba una cruz diminuta que bailaba de un lado a otro en la Procesión del Silencio del Viernes Santo. Era una cruz tan ridícula que tenían que atarla a las manos de la imagen para que no cayese. Fue precisamente el apellido Zuil el que me retrotrajo en el tiempo de la memoria.

Si en aquel entonces, el Cristo portaba una cruz desproporcionada en su pequeñez, tío Ángel Zuil cargaba una grande. Con ella entre las manos se situaba en el centro de las filas que formaban las mujeres en la procesión del Silencio, que entonces sí lo era. Los hombres avanzaban en apretado pelotón tras el cura que, a su vez, caminaba tras el Nazareno. La entrada de las imágenes a la Casa de Dios estaba precedida de la subasta de los brazos de las andas. De ello se encargaba con peculiar estilo tío Ángel Zuil. El final era glorioso. Cuando la subasta se cerraba a la voz de "y tres" añadía con entusiasmo: "Cada uno que se agarre a la suya y adentro".

Cuando yo comenzaba a gallear, allá por los inicios de los sesenta, decidí apartarme del monaguilleo y colocarme en la procesión, atrás del todo, como los mayores. No muy cumplidores de lo del silencio, allí procesionaban Isaías Granizo, Pepe Merino y Paco *Sotana,* entre otros conspicuos feligreses de ocasión. Caminaban unos pasos detrás del grueso del pelotón y allí llegaban ya un tanto diluidos en la distancia los cantos de la mujeres, acompañados por el de una media docena de hombres, los que caminaban más cerca del sacerdote que, creo

recordar, entonces lo era don José Álvarez Luis que durante muchos años lo había sido en Solana.

Llegado el momento, los citados decidieron comenzar su especial "Vía Crucis" pese a que en aquellos años la procesión no tenía tal carácter como ahora sucede. Sin cruzar una sola palabra entre ellos entraron en el bar de Emilino dispuestos a efectuar la primera estación

— Danos tres vasos de Viernes Santo, dijo Pepe Merino

José Antonio se quedó con la botella en el aire con gesto de suspense

— ¿Grandes?, preguntó.

— Chapirancos, aclaró Paco al tabernero que lo entendió al momento

Les sirvieron tres vasos más grandes de los normales a los que también llamaban "peseteros" ya que al ser más grandes costaban nada menos que una peseta. Pronto me di cuenta de que no eran solo ellos los que hacían el "Vía Crucis" ya que otros hombres entraron también en aquel momento

— ¡Que se os escapa el Nazareno!, dijo tío Gaspar, único paisano que se encontraba sentado en una mesa.

¡Humo!, apuntó Isaías dando a la "h" un acusado acento aspirado eminentemente extremeño.

Pese a su cojera, agarró el bastón y fue el primero en salir. No se veía ya la procesión pero sí llegaban apagados los cánticos: *Perdooona a tu pueeeblo Señorr, perdoooona a tuu pueeblo, perdóooonalo Señorrr*…. Lo hacían arrastrando largamente las notas y las vocales en un peculiar chirrido que se repetía siempre en todos los cánticos eclesiásticos fuese cual fuese la festividad.

No habían dado cuatro pasos cuando Merino giró a la derecha saliéndose del trazado procesional

— Habrá que atajar algo ¿no?

Así lo hicieron para parar de inmediato en el bar de Sena donde efectuaron su "segunda estación penitencial" con otros chapirancos.

Se incorporaron a la procesión cuando la última imagen ya había pasado frente a la casa de tío Juan Portales. Nuevas estaciones en casa de Julián y de la Flor ….*Perdóoonalo Señorrr*…continuaban los cánticos.

— ¿Pero es que este hombre no va a perdonar nunca al pueblo ese? llevamos un montón de años con lo mismo. ¿De dónde era?, preguntó Merino

— De allá p´alante, del extranjero; aclaró Paco, siempre con su parco y rotundo decir

— Pues podía perdonarlos ya de una vez, digo yo, ¿no?, siguió Merino en su argumento.

— No nos joas, contestó Paco. Si los perdona a ver qué hacemos al año que viene el Viernes Santo; así con la procesión y las cosas de la iglesia, al menos se entretienen las mujeres y nos dejan tranquilos; cerró Paco la argumentación en lo que para él venía a ser un largo discurso.

Con algo de disimulo abandonaron la cola procesional y se dirigieron hacia el bar de Demetrio dispuestos a seguir con su particular y mojado "Vía Crucis", mientras procuraban pasar desapercibidos a las miradas de Las Titas (Las Pelonas), dos solteronas que arrodilladas en sendos reclinatorios, colocados en el altillo semicircular que daba paso a la entrada de su casa, en la Plaza, donde ahora está el bar de Pedro, cantaban con gran entusiasmo manteniendo en sus manos cruzadas sendos rosarios y unas velas con unas rodelas de papel que protegían aquellas de la caída de la cera ….*nooo estés eternameeeente enojaaado, perdooonalo Señor*…..

Me dirigí lentamente hacia la salida de la iglesia. Los pensamientos se habían sucedido agolpándose o diluyéndose en cada uno de sus momentos mezclando escenas que seguro se habían producido también en distintos años y procesiones. Mañana, Viernes Santo, unos cincuenta años después de la aquí relatada, habrá de nuevo Procesión del Silencio. Lo que no haremos Isaías, Paco, Merino y yo serán los "Vía Crucis" de antaño. Con una disimulada sonrisa en la boca salí al sol radiante de la ya avanzada mañana berzocaniega.

¡Se llama verano, coño!

—Viene cabrón el verano, ¿eh?

Tío Tomasino, sentado en el poyo corrido que existía en la Plaza, frente al bar de Demetrio, a la sombra de los viejos álamos ya desaparecidos, saludaba así a tío Juan *Repóntigo* que cargando un cesto al hombro llegaba a su altura desde la entrada de la carretera de Cañamero

—Va a joernos bien. Fíjate tú las fechas y ya están las huertas secas y sin agua para regar ni en el Pero, ni en el Mellao, ni en la Serranita….

—Va a ser lo que Dios quiera, el verano es el verano y la canícula es la canícula

Y tío Juan siguió su camino y tío Tomasino, sacando un gran pañuelo de cuadros azules del bolsillo del chaleco, que pese al calor llevaba, procedió a secarse el sudor y, seguidamente, a liar un cigarro con toda la parsimonia del mundo.

Acude esta escena a mi mente al oír en estos días en la calle, radios y televisiones que se abate sobre nosotros una ola de calor, que el verano será caluroso, que habrá sequía…., que si patatín, que si patatán… Y con la psicosis que la tal situación produce parece que aún es más el calor real del momento.

También otro paisano, tío Diego Paterno, en una situación semejante, en agosto, y ante las mismas quejas, nos espetó un día en la Plaza, en la terraza de Pedro:

— ¡Que ola de calor ni que niño muerto! ¡Pos no mos jodas!, esto se llamó siempre verano y no olas de calor ni puñetas. ¡Esto se llama

y se ha llamado siempre verano!¡Segando os quería yo haber visto a vosotros!, ¡quejicas! .

Y volviéndose requirió de Pedro una nueva ronda para él y los familiares que en la mesa le acompañaban mientras seguía remungando su desacuerdo.

— ¡Cómo para preguntar a estos qué es la canícula!; ¡y eso que estamos en ella!

Y acentuando al máximo la "h" aspirada extremeña acercándola así a la "j" seguía discurseando tanto a nosotros como a los de la mesa cercana.

— *¡Pos te hode!*; cuando no es ola de calor, es de frío; cuando llueve un poco más en invierno son las cineclesis esas de los cohones, y si calienta el sol como siempre lo ha hecho en julio y agosto son las olas esas de calor y los calentamientos de los hielos. ¡Caliente me tienen a mí con tantas hilipolleces! Too son inventos de la televisión.

— Oye Pedro ¿Tu crees que esos y esas de los pantaloncinos cortos que andan por ahí saben que estamos en plena canícula?

Pedro, el "camarero de terraza" como él mismo se define, paró un momento en su agitado ir y y venir.

— ¡Tas tu bueno! ¡Esos qué rayos van a saber! Ni de canículas, ni de na de na. Andar por ahí por las noches y pedir perras en casa, eso lo saben mucho mejor que tú y que yo. ¡Pos no son listos ni ná!

— Eso mesmito digo yo

Y Diego se repantingó en la silla y dio un largo trago directamente de su botellín de cerveza con un expresivo gesto de satisfacción.

El sol pegaba fuerte en la plaza y se agradecía la sombra de los álamos.

Estábamos en agosto, en plena canícula.

20 de enero: San Sebastián Ballesteros o *carambanero*

Hace apenas cuatro días mis paisanos de Berzocana celebraban la festividad de San Fulgencio, patrón de la Real Villa y de la diócesis placentina.

Llueve desde ayer en Cangas del Narcea y sin embargo, esta mañana, mientras veía la lluvia chocar contra los cristales de la ventana, vino a mi mente una mañana soleada y fría, y oía la campana gorda de la de facto concatedral berzocaniega tocar de aquella manera tan peculiar de golpes secos y seguidos con que lo hacía en aquellas mañanas como las de hoy. Era el único día en que sonaba así.

El aluvión de recuerdos vino provocado por una voz en la radio que señalaba:

— San Sebastián celebra hoy su especial fiesta y las tamborradas ya están en las calles.

— ¡Claro! Hoy es 20 de enero, San Sebastián Ballesteros o carambanero que decíamos en aquellos ayeres en referencia a las flechas que dispararon las ballestas que le dieron muerte o el apelativo de las gentes de aldea que se referían al intenso frío que solía hacer en estas fechas y que convertía el agua en carámbanos.

Allá a mediados de los cincuenta, el Santo tenía muchos seguidores y hasta una Cofradía con su nombre que se encargaba de organizar las actividades del día. Precisamente uno de estos cofrades, cuyo nombre no logro que me acuda a la mente, un mozo ya entrado en años, soltero y que vivía allá por entre la Casa de Dios y la Altura, era

el encargado de tocar la campana, tarea que en este día no realizaban los monaguillos con algún que otro cabreo de Elías Rebollo o *Canete* que no les gustaba nada que les quitasen tal prerrogativa inherente a su especial cargo y responsabilidad. Ni que decir tiene que los tales cofrades escoltaban al Santo en su procesión portando sus distintivos bastones identificativos de los cuales aún queda alguno. Hasta es posible que allá, pasada ya largamente la media mañana, Juanito Balores (la b no es un error) lo saque para recordar a los más jóvenes lo que aquí cuento.

Pero a las dos personas relacionadas con este día que más recuerdo son a mi abuelo Juan Luis, sacristán y sastre de profesión, y a tío Pedro *Parao*, zapatero. Estos habían decidido por su propia cuenta y sin más expedientes que su real voluntad que San Sebastián era el patrón de los sastres y zapateros, y que por ello, había que celebrarlo "*como es debío"*, o sea, dedicando toda la actividad del día a tal menester.

Y a fe que lo cumplieron a lo largo de los años que su salud se lo permitió. Ambos amigos y propagandistas entusiastas del vino (sobre todo del de pitarra), una vez cumplidas con sus obligaciones religiosas hacia el Santo, se lanzaban a homenajearle y homenajearse, haciendo la primera parada en cá tío Salero, allí casi pegado a la iglesia, para continuar con recorrido de todas y cada una de las tabernas de la villa que a la sazón andaban más cerca de las quince que de las diez, y en cada una de las cuales rezaban al menos tres padrenuestros en honor del Santo. Si había que hacer dos veces el recorrido, se hacía. En éste dedicaban especial atención y tiempo a la estación de tía Turura, lugar donde se encontraban especialmente a gusto y del que se retiraban ya cuando el día agonizaba y se encendían las luces de las calles de la mano, o la palanca del transformador, de tío Serafín.

La otra persona especialmente recordada en este día es mi abuela paterna, Encarna, la mujer del citado Juan Luis. Era la encargada de hacer que, de alguna manera la grey infantil de la casa festejáramos al Santo.

La noche del 19 preparaba en una jarra una especie de limonada con vino, algo de zumo de limón o naranja (estos eran muy escasos en aquella época), mezcla a la que añadía agua y bastante azúcar.

Ya anochecido colocaba la jarra en uno de los pequeños balcones de la sastrería que hoy dan a la Calle San Fulgencio y la dejaba allí toda la noche. A la mañana siguiente todo aquello era un sólido carámbano de un color naranja atrayente.

Terminadas misa y procesión, mis primos, mi hermano y yo nos congregábamos allí a la espera del especial regalo del día de San Sebastián. La abuela Encarna golpeaba el trozo de hielo con un *machote* (pequeño martillo de madera) rompiendo aquel en un montón de irregulares pedazos que repartía entre nosotros. Esto era al terminar los oficios religiosos y, pese a que aún hacia un frio de mil carajos, nosotros chupábamos con fricción aquellos *polos* (así llamábamos también a los que vendía Ángel el heladero en los veranos) de invierno confeccionado en honor de San Sebastián.

Imagino que a más de uno le habrá llamado la atención que se hicieran con vino y se diese a los niños. Hoy en día seguro que algún (o alguna, seamos políticamente correctos) vigilante o *vigilanta* de la corrección en el hacer y el decir del pensamiento único habría denunciado a la abuela Encarna y a los padres de unos y otros y les habrían retirado la patria y la *matria* potestad y decretado el alejamiento del pueblo a no menos de cien kilómetros.

Se les pasará el detalle de que hay muchas, muchísimas acciones, que determinan el tiempo y las circunstancias en que ocurren.Y allá a mediados de los cincuenta, cuando la pobreza y el hambre de la posguerra aún campaban por estos lares, estas nimiedades de la corrección política le hubiesen costado a más de uno cuanto menos un solemne puntapié en sus posaderas.

Celebremos hoy San Sebastián aunque sea sin *polos* y sin campanas.

Isaías, Luis Pastor… y pinceladas de un ayer

— ¡Saías, Saías, vamoscer un corranveas!

— Ahora mismo.

Isaías soltó la plancha de carbón en su plataforma y abriendo un cajón de la gran mesa sobre la que trabajaba sacó un puñado de carretes de hilo vacíos que dio a Luis Pastor que andaba ya tumbado ya *garamballeando* por el suelo de la sastrería de mi abuelo Juan Luis.

Isaías, que a la sazón debía de andar por los veinte años, era el único que entendía el especial lenguaje de Luis y, por tanto, el único que supo que lo que quería era hacer "un corral para las ovejas".

Este tipo de conversación entre los dos podía alargarse en el tiempo sin que ninguno de los presentes, incluida mi tía Nicolasa, la madre de Luis, lograra enterarse de qué iba la conversación.

La sastrería era un lugar muy animado, especialmente en verano, la época de más trabajo, ya que al estar abiertos los balcones que daban a la calle, y ser muy baja la altura de éstos con respecto al suelo, propiciaba los saludos y parrafadas de los de dentro (mi abuelo Juan Luis, mi padre, mi madre, mi tía Nicolasa, Isaías y nosotros que siempre andábamos por allí danzando) con los que iban y venían por la calle que, en el Berzocana de aquel entonces, solían ser bastantes más que los de ahora. Para los más jóvenes recordaré que la sastrería estaba situada en la casa que fue luego de mis padres y en la que ahora vive mi hermano Miguel, en la primera planta del antiguo edificio. Aún se conserva en

el suelo de la puerta de entrada, en la calle Santa Florentina, número 1, una gran piedra de pizarra con la inscripción grabada de "Sastrería de Juan Luis Rodríguez". Por cierto que mi abuelo aprendió el oficio en Argentina, en Rosario, donde vivió algunos años.

Por otra parte, las relaciones laborales también tenían un sesgo muy especial y, de alguna forma, desde entonces, Isaías pasó a formar parte de la familia y la relación con él ha sido siempre fluida y cariñosa llegando, en mi caso, hasta mis hijos pese a las ausencias y distancias.

En uno de aquello años, Isaías con una notable cojera desde niño, se operó de una pierna, por lo que debía de andar con muletas y con bastante trabajo en aquellas empedradas y empinadas calles. Tanto mis primos Juan y Manolo, como mi hermano Miguel y yo, estábamos pendientes de cuándo intuíamos que venía por la Cruz de Piedra para correr gritando ¡Isaías!, ¡Isaías!, ¡que viene Isaías!, a abrir las puertas de la calle y posteriormente a acompañarlo desde la puerta de *tío Salero,* en el llamado *Colaíllo´el* río hasta casa subiendo con él las escaleras hasta el taller. También corría Luis con su ¡*Saías!,* ¡*Saías!*

Estuvo integrado en una pandilla de amigos muy "guerrera" y que no se perdía una sola fiesta o semifiesta tuviesen éstas el carácter que tuviesen. Señalaré entre ellos a Pacorrro, Pepe Merino o Pedro *Ramono,* de algunas de cuyas aventuras ya nos hemos hecho eco en estas páginas, logrando gran predicamento la de la procesión del Viernes Santo.

Siempre ejerció la soltería y tan solo me consta que una vez estuvo enamorisqueado de una pelirroja bastante más joven que él que terminó dándole calabazas. No le conocí ningún amorío más, pese a que tanto él como la cuadrilla eran clientes asiduos del baile de tía Anita, en el que su hijo Fujo, hacía las delicias del mocerío con su saxofón. Bueno, aclararé que más bien eran asiduos del llamado *ambigú,* barra en la que se servían las bebidas, porque no creo, o al menos yo no lo vi, que nunca, salvo Pedro, bailase ninguno.

Supo superar graves problemas familiares y era, y es, muy difícil que perdiese el humor.

Años después se instaló por su cuenta, abriendo taller en la salida de la carretera de Cañamero, más o menos enfrente del comercio de Cipriano Pastor; lugar en el que también vivía con su madre y, tras la muerte de ésta, solo. Innovó la confección en la zona y lo mismo te hacía una sotana que un uniforme para la Guardia Civil, una chaqueta de pana o una falda de raso.

Con el paso de los años su dolencia en las piernas se fue agravando y fue perdiendo movilidad. Adquirió una silla con motor con la que hacia el recorrido por los bares, los pocos ya, que iban quedando. Pero la cosa se complicaba y, muy a su pesar, decidió ingresar en una residencia en la que, mira por donde, encontró el amor y sigue cosiendo.

Cuando no había carnaval y el frustrado entierro de la sardina

Terminaba la década de los cincuenta. Aunque lucía el sol estaba fresca la mañana. En fila de dos desembocamos en la Plaza camino de la iglesia. Delante íbamos nosotros, los niños, bajo la férrea vigilancia de Don Pedro; detrás las chicas bajo el mando de Doña Amparo. Era el miércoles de ceniza.

Un especial revuelo de risas y llantos llamó de pronto nuestra atención y curiosidad. En la puerta del bar de Demetrio, detrás del pequeño muro que lo separaba de la plaza, se arremolinaba un grupo de hombres y creímos distinguir alguna mujer, más por el eco de sus risas que por verlas.

Una voz surgió de entre los mayores que caminaban en cabeza.

— ¡El entierro de la sardina!, creo que es el entierro de la sardina.

Y así era. En unas angarillas, un grupo de hombres portaban una recortada sardina, creo que de cartón, medio tapada con una manta junto a la que unos y otros gemían y lloraban por su muerte. Se distinguían especialmente los llantos de *tío Obispo* que, al decir de los vecinos, era un experto como plañidero. Unos lloraban, otros reían y José Justo repartía aguardiente de una botella sin marca vertiéndolo en una pequeña copa.

Vista la situación, Don Pedro nos hizo aligerar el paso dejándonos con las ganas de ver el final del entierro o la llegada de la Guardia Civil para terminar con él sin necesidad de abrir sepultura alguna.

Porque habrán de saber mis más jóvenes lectores que tanto el entierro de la sardina como el carnaval estaban totalmente prohibidos y había que andarse con mucho ojo para que ni la Guardia Civil ni el cura pillasen al osado (que los había) que quisiera desafiar la orden y taparse tan siquiera un poco la cara.

La prohibición del carnaval en el franquismo comenzó ya en plena Guerra Civil y se mantuvo al terminar la contienda hasta el final de la dictadura. En la disposición no parecía establecerse ningún argumento religioso ni moral, pero estaba claro que una fiesta con un alto contenido pagano no casaba mucho con el espíritu de "cruzada" de los que se habían alzado contra la República con el apoyo entusiasta de la Iglesia, contraria tradicionalmente a estas manifestaciones lúdicas.

Y era tal la influencia de la iglesia que, el Miércoles de Ceniza, día de inicio de la Cuaresma, a los escolares nos llevaban a la iglesia a recibir la ceniza *(polvo eres, polvo reverteris)* como signo penitencial del tiempo eclesiástico que se iniciaba. La verdad es que a nosotros nos venía bien, pues nos sacaba de la rutina escolar y disfrutábamos yendo y viniendo.

Al respecto de las prohibiciones carnavaleras , el gobierno fue muy exigente con los alcaldes para que estuvieran muy atentos a la hora de hacer cumplir la prohibición. En este sentido, se multiplicaron los bandos municipales avisando a los vecinos sobre la prohibición de festejar el carnaval, de fuerte raigambre en casi toda la geografía española.

A veces, el alcalde se mostraba benévolo y terminaba chocando con el cabo de la Guardia Civil del cuartelillo del pueblo, en su mayoría verdaderos déspotas, reyezuelos que no dudaban en aplicar mano dura directa (y no es un eufemismo) con los infractores.

Es evidente que, pasado el tiempo y sin autorizarlo nunca, sí fueron siendo más permisivos. En el ámbito rural se fue condescendiendo con algunas manifestaciones con cánticos populares, sin dejar por ello de ser atentamente controladas y vigiladas por las autoridades. También

se empezaron a autorizar algunas fiestas privadas o bailes en Casinos y Sociedades, porque era más fácil controlar un recinto cerrado, pero como es lógico esto en Berzocana no sucedió nunca. Sí lo conocí en Navalmoral a cuyo Centro Moralo me llevó en una ocasión mi tío Demetrio Calvo para que lo conociese

En este contexto aparecieron las llamadas *Estudiantinas,* conjunto con algunos instrumentos reales de cuerda y otros figurados que recorrían las calles cantando y requiriendo ser invitados por los vecinos, aunque de disfraces nada de nada siendo las letras fiscalizadas por el cura y la Guardia Civil. Ello no evitaba que se colase más de una crítica. De éstas sí llegué a conocer al menos una en Berzocana.

Entre otras letrillas cantaban ésta que después he conocido en una serie más larga que cantaban por la Vera y que hoy por hoy solivantarían y muy mucho a las formaciones feministas:

Ya llegan los carnavales
la feria de las mujeres,
la que no la salga novio
que espere al año que viene.

La prohibición de los carnavales incluía la del entierro de la sardina que en la mañana del Miércoles de Ceniza ponía fin a los mismos y que yo creo que se recuperó antes que el propio martes de carnaval.

Nosotros, aquel año, nos quedamos sin saber cómo acabó la cosa pues al volver de misa ya no había nada en la plaza.

Una forma de vivir y una tradición recuperada por su alcaldesa



Hay muchos pueblos en España en los que las creencias religiosas, la fe, se mezcla y amalgama con el hecho social, e incluso con el diario vivir, de tal forma que llegan a conformar un todo indisoluble que determina el ser del propio pueblo y sus vecinos.

Tal ocurre en el mío, Berzocana, situado en las estribaciones de las Villuercas, en la provincia de Cáceres.

Los santos hermanos Fulgencio y Florentina determinan el ser y sentir de este pueblo cuya historia está totalmente mediatizada y determinada por la reliquias de estos santos, halladas en las cercanías del mismo, y cuya historia, aderezada también de leyendas, se recuerda cada año con el monocorde cántico de *Las coplas del Ramo,* a las puertas de su magnífica iglesia, durante el novenario a los citados que se celebra a finales de agosto.

De Berzocana se sabe muy poco hasta que en 1.223 se data la aparición de las reliquias del obispo Fulgencio y la abadesa Florentina, hermanos de los también santos Isidoro y Leandro cuya vida transcurrió durante el reinado visigodo de España en tiempos de Leovigildo. Desde ese momento, Berzocana entra en la historia escrita existiendo desde esos años abundante y detallada documentación y prolijas descripciones de sus gentes y formas de vida especialmente propiciadas, tres siglos después, por el pleito que sobre la pertenencia y custodia de las citadas reliquias entablan el propio pueblo de Berzocana, Cartagena y Guadalupe, y que es resuelto por el monarca Felipe II que da la razón a Berzocana aunque ordene mandar algunos de los huesos encontrados a los otros litigantes y al Monasterio del Escorial.

Desde esta pequeña sinopsis podrá el lector colegir la importancia que el hecho histórico adquiere para la desde entonces RealVilla y sus vecinos. Berzocana y sus Santos, sus Santos y Berzocana, forman un todo indisoluble que se hace visible en su día a día y en la expresión *"Nuestros Santos Benditos"* habitualmente utilizada por los berzocaniegos que ponen especial énfasis en el *"nuestros"*.

Como ocurre también en otros lugares, el hecho de la fe en Dios, necesaria para creer en sus santos, no guarda una lógica relación. Muchos berzocaniegos, vivan donde vivan, y salvo funeral o boda, no pasan mucho por la iglesia hasta que llega agosto y se acercan las fiestas. Sin haber ido a misa en todo el año ni haber cumplido ni uno solo de los preceptos que la Iglesia fija para los católicos encargan una misa

con exposición de las reliquias (*con los "Santos abiertos", dicen ellos)* por tal o cual intención o agradecimiento.

Como comprenderán todo ello ha creado un cúmulo de tradiciones que se mantienen, se pierden y, algunas veces, reaparecen. Y es en este punto donde llego al hecho que ha motivado este artículo.

Sucedió el pasado año. La alcaldesa, la socialista María Ángeles Díaz Benito, acudió a la procesión del domingo grande de agosto portando el bastón de mando del ayuntamiento y caminando detrás del arca con las reliquias de los ya citados santos y asistiendo a la misa. De esta forma, Nines, como es conocida entre sus amigos y casi todos sus paisanos, recuperaba una vieja tradición que se había dado por perdida y que, si mal no recuerdo no había vuelto a ver desde los tiempos del alcalde Fernando Peralta.

Por las circunstancias que fueren no hablé entonces de ello. Este año se ha vuelto a repetir y quiero reflejar aquí el hecho tanto por lo que como acto institucional representa como por la recuperación de una vieja tradición. El alcalde, la alcaldesa, representa al pueblo y su sentir y en esos momentos estaba donde, como representante de todos, debía estar, independientemente de sus creencias religiosas o afiliación política. El pueblo así lo entendió y reconoció.

Recordaremos aquí que antaño no era posible abrir el mausoleo donde se encuentra el arca con las reliquias sin la presencia del alcalde o un delegado suyo. Aquel estaba provisto de dos llaves. De una era responsable la Iglesia, de otra el Ayuntamiento como representación del pueblo. Quedaba así también patente que en cualquier cosa relacionada con las Reliquias debía contarse con la voluntad de éste.

Mis felicitaciones a Nines

Foto Díaz y un helado en las fiestas

A mi amigo Miguel González "Esquelina" que provocó el recuerdo y activó el teclado

Debía de ser el lunes de las fiestas cuando ya se agotaba la década de los cincuenta. Entonces se celebraban el último domingo de agosto y el calor había apretado de lo lindo durante todo el día. Había pasado lenta la hora de la siesta, el sol comenzaba ya enrojecer por las dehesas y la grey infantil y juvenil comenzaba a concentrase en el rollino a la espera de lo que aconteciese una vez que ya se habían acabado "los toros" y los mayores se distribuían por el contorno de la plaza o volvían a sus barrios comentando los avatares taurinos acontecidos con las vacas "de la Viuda" (en referencia a Doña Inés que las traía de La Nava) o con el toro llamado "de los Santos".

El rollino era el punto central de concentración. Desde allí, y ante cualquier acontecimiento, los grupos de chavales salían disparados chillando como vencejos a uno u otro lugar según el punto señalado como referencia por cualquiera de los allí congregados.

— ¡Mirad! ¡Ha llegado el fotógrafo! gritó Miguel *Esquelina* apuntando con el dedo hacia la otra punta de la Plaza.

Efectivamente, "FOTOS DÍAZ" instalaba su retablo/estudio junto a la pilita, a la puerta de tío Eugenio *Palrapoco*. Y hacia allí corrimos un grupo numeroso con *Filipino* a la cabeza, Luis *Gordura,* Manolo *Mecalienta,* Antonio *Zamarrita,* Pablo *Chichas,* Juan Luis Marchena,

Fujito *Pio*, y otros, dispuestos a curiosear las novedades fotográficas que llegaban.

El retablo del posado consistía, con pocas variaciones de un año a otro, en un cuadro, pintado sobre una sábana, con una fuente muy romántica y abundantes escalinatas con flores de todo tipo, unos jardines de Versalles a lo cutre y bajo unas nubes hinchadas. Para hacernos la foto nos colocaba delante del cuadro y apretaba al botón que provocaba un fuerte resplandor que nos sorprendía. ¡Oh témpora, oh "moros"¡ que decía aquel ilustradillo cambiando el final del dicho latino.

Pero la mayor atracción de la grey infantil se centraba en un caballo que Manolo, el fotógrafo, colocaba a un lado del telón de fondo y al que deseábamos subirnos todos.

Era un caballo de cartón de gran alzada en relación a nuestra estatura cuyas patas descansaban sobre una tabla provista de ruedas que permitían moverlo. Montura enjaezada y bridas completas nos permitían cabalgar con seguridad dejando volar la imaginación mientras Manolo preparaba aquella complicada cámara para hacer la foto. Preparada la máquina se iniciaban las instrucciones del posado:

— Sube la cabeza, mira hacia aquí; no, solo con la cabeza, no muevas el cuerpo, sube la barbilla. Quieto…. Quieto….Y zas, el fogonazo. Lo peor es que había que bajarse del caballo.

No era tan fácil hacerse la foto. Decían nuestros padres que era muy caro y, por ello, casi siempre había más niños mirando y comentando que subiendo al dichoso caballo.

Cada vez que hablo de Manolo me viene a la memoria la imagen, un tanto difuminada, de la que fue su mujer, María Ángeles. Era esta una moza de las que se decía de "rompe y rasga", guapa y garbosa que llamaba la atención a los que iniciábamos la adolescencia. En aquel entonces era novia de Antonio "*Berenguelo",* pero apareció Manolo y se llevó el gato al agua. Son éstos detalles sin ninguna importancia

pero que no sé por qué extraña razón permanecen en la memoria frente a otros que, quizás más importantes, desaparecen.

Alguien nos sacó de nuestra concentración fotográfica

— Los *helaos*, el carro de los *helaos*

Como el lector habrá adivinado se refería al carrito que albergaba los helados para la venta y que en esos momentos desembocaba en la Plaza desde la Calle León. Era un pequeño carrito con ruedas de radios y un toldo, pintado de blancos y azules, que empujaba Ángel. Era éste un hombre enjuto y fibroso, muy delgado, y casi siempre con un pitillo, generalmente apagado, colgando de los labios. Ejercía sobre algunos de nosotros una atracción especial: había sido legionario y en uno de sus brazos ostentaba un tatuaje con el símbolo de tal cuerpo, algo inaudito para nosotros en aquellos años. Creo recordar que también se dijo que había estado en la División Azul. ¡El no va más para nuestro restringido espíritu aventurero!

Miguel y yo corrimos a su encuentro olvidándonos de Fotos Díaz.

— A ver muchachos, ¿qué queréis?

Teníamos pocas opciones. El domingo de las fiestas nos habían dado una peseta y la estirábamos todo lo que podíamos. Tras los gastos del citado domingo a mí tan solo me quedaba un real, justo para un helado de cucurucho. Los otros, los *de corte*, esos que se cortaban con un cuchillo de un tronco conformado por vainilla y chocolate y que se colocaban entre dos galletas de coco, esos eran carísimos y *para los mayores.*

(Aclaro aquí para las nuevas generaciones que cada peseta (la moneda tipo de entonces) tenía cuatro reales y cada real 25 céntimos. Lo componían dos perras gordas (10 céntimos cada una) y una perra chica (5 céntimos). Al cambio de hoy una peseta serían 0,06 euros y aquel real equivaldría a 0,0015 euros. De haber tenido un euro me habría comprado 666 helados).

— Yo tengo otro, señaló Miguel eufórico refiriéndose al real

— Ángel: dos helaos de a real, dijimos casi al unísono

Con solemnes ademanes Ángel procedió a abrir uno de los dos cubos que conformaban el carrito y con habilidad cargar la cucharilla que después, con un ademán especial, vaciaba en el cucurucho entregándonoslo.

Los niños de aquel entonces teníamos una habilidad especial para alargar la duración del helado. Dejábamos la pequeña cucharilla de plástico que traía incorporada y dábamos chupetones en redondo al cucurucho de galleta de coco evitando que se perdiese ni una sola gota de tan suculento manjar. Lo hacíamos girar enganchando chupetón tras chupetón hasta que solo quedaba lo de dentro, entonces, y tan solo entonces, usábamos la cucharilla aunque había alguno que rompía la estrecha base del cónico cucurucho y succionaba con fruición. La esencia estaba en que el helado durase todo lo posible pues vete tú a saber cuándo podíamos enganchar otro. A lo mejor hasta las próximas fiestas.

Y así Miguel y yo alargamos y alargamos nuestro helado mientras la noche se iba apoderando de la plaza. Como era el lunes de las fiestas podíamos acudir más tarde, pero no mucho, eh.



Día 26 de octubre: los primeros cofrades caminan hacia la iglesia de traje y corbata y con su medallón distintivo

Día 26 de octubre. Berzocana inicia el día espléndido de sol. Tres niños juegan al balón en mangas de camisa. Las campanas repican alegres llamando a los vecinos a la festividad. Hoy se conmemora la aparición de los restos gloriosos de los Santos Fulgencio y Florentina.

Los primeros cofrades caminan hacia la iglesia de traje y corbata y con su medallón distintivo. Estallan los cohetes. Pronto sonarán de nuevo las campanas y se celebrará la procesión y misa conmemorativa. Algunos hemos tenido la suerte de llegar hoy. Al resto, a los de la diáspora laboral, les enviamos un abrazo; de alguna forma hoy están también entre nosotros.

Tras el primer repique, el silencio abraza de nuevo las calles. Tan solo el golpear de los pies de los niños sobre el balón llega a mis oídos. Miro a un lado y otro de la larga calle. Ni un alma. Tan solo Pablo pasea con los brazos a la espalda junto a la puerta de la iglesia. Que distinto todo del alborozo de los días de las fiestas patronales veraniegas cuando en la mañana del domingo, apenas apagado el molesto golpear de los bajos rítmicos golpeando sobre los bafles verbeneros, el tañer de las campanas busca su eco sobre la pared del cancho de la Sábana.

Valentín, el mayordomo de la Cofradía de los Santos, en el atrio de la iglesia, enciende un cigarrillo con el que prender los cohetes. Suenan de nuevo las campanas y Valentín, con parsimonioso ceremonial, coloca el cohete en la anilla de la tabla protectora. Estalla el primero sobre un cielo límpido y los niños dejan el balón para ver subir cada cohete. Las campanas repican de nuevo. Poco a poco se anima la calle. En el atrio comienzan a concentrase los hombres, la mayoría de traje y corbata, otros con chaqueta de fiesta. Unos se sientan en los poyos que conforman el casi semicírculo que encara la entrada principal del templo. Desde algún corrillo se lanzan pullas simpáticas hacia Valentín. Junto a él los cofrades van formando corrillo.

De punta en blanco van llegando las mujeres que entran directamente. Los hombres, unos, los más, se quedan en la entrada; otros entran acompañando a las mujeres. Suena el primer esquilón y los alrededores de la iglesia se animan de colorido, saludos y decires. Del interior llega amortiguada la música del órgano.

Último esquilón. Los hombres comienza a levantarse, las campanas vuelven a sonar. Desde la oscuridad del interior del templo surge hacia el sol brillante de la mañana el amarillo pendón de la Cofradía que porta Valentín escoltado por otros dos cofrades con sus bastones de ceremonia. Se inicia ordenadamente la procesión; otro distintivo notable frente al barullo que domina la de agosto.

Me aposto en la Cruz de Piedra para hacer algunas fotos. Se nota especialmente que los acompañantes son muchísimos menos que en el verano; por contra los cánticos son más acompasados y el caminar más acorde. También es mucho mayor el silencio. Aquellos menos conocedores de la tradición notan que falta el arca con las reliquias, en este día no procesiona aunque el recorrido es el largo.

En la misa, el oficiante, don José Manuel, señala que el día de la Aparición es la fiesta más importante del pueblo, más, dice, que las individuales de San Fulgencio, 16 de enero; Santa Florentina, 14 de

marzo; o las patronales, penúltimo domingo de agosto. Este feligrés no entiende como siendo esto así, precisamente en este día no sale el arca y sí lo hace el día de San Fulgencio y en agosto. La cofradía tendrá sus razones. Digo yo.

Tras la misa, el personal se concentra en la plaza. El que esto escribe se acerca hasta el bar *Balores* (Juanito) exactamente igual que hace cada domingo de las Fiestas. No hay comparación, uno pide su cerveza con total tranquilidad, hay mesa libre y Maribel y yo nos sentamos. *Chori* y mi hermano Miguel me dicen que esta fiesta de la Aparición es "más nuestra, más de la gente del pueblo de toda la vida". Tienen razón y se nota. Pese a todo, las mesas de las terrazas de la plaza se han ocupado, el día llama a ello.

También y casi como es preceptivo, acudimos a comer cerca ya de las cuatro. Al marchar dejamos ya a Pedro solo en su bar de Los Álamos. Echamos en falta a los habituales del verano en estas horas: mi sobrina Elena, su marido Miguel, mi pariente Mera y toda la corropla. Más atrás aún aparecen las imágenes de mis primos Magdalena y su marido, Luis: Encarna y el otro Luis….

La tarde discurre plácida y en silencio. Las calles trasmiten la sensación de que el invierno se acerca. Y esa impresión da mirando tras los cristales.

Cuando el sol declina comienza el movimiento. El personal se acerca al chocolate con churros que se sirve en el Hogar del Pensionista. Es un momento de confraternización ciudadana, de paisanaje, de aunar recuerdos de ayer con el futuro que presentan los más jóvenes, aunque, desgraciadamente, estos son cada vez menos.

Día 26 de octubre. Las sombras de la noche envuelven delicadamente a Berzocana. La historia continúa.

La matanza, fiesta y trabajo

Esta página se abre hoy de nuevo a Fulgencio con un escrito que realizó en enero de 2013. Quiere hacer llegar a los berzocaniegos en particular, y los vecinos de las Villuercas en general, sus remembranzas, sus recuerdos de un tiempo ido. Una prolífica relación de cuanto acontecía en un día de matanza

Esto dice:

"Estando leyendo los artículos de mi hermano Pepe, he visto que no tiene ninguno sobre la matanza, después me he dado cuenta de que él dejó el pueblo a los catorce años para irse a Navalmoral de la Mata, y en contadas veces estuvo en la matanza, y si alguna vez estuvo prefería quedarse en la cama, aunque luego fuera él, con pretexto de estar fuera, al que mi madre le preparara las mejores viandas.

Pero lo que hoy se conoce como una fiesta, hace cincuenta años era una necesidad ya que de ella dependía tener la despensa llena todo el año, de ahí la gran importancia que se la daba, tanto en las casas pobres como en las ricas; solo que éstas tenían hasta cinco o seis cochinos cebados en montaneras de bellotas, mientras aquellas eran de uno solo cebado con el llamado *berbajo* hecho con las sobras y desperdicios de la comida, si es que sobraba algo.

Por los Santos, es decir a primeros de noviembre, ya aparecía en las calles del pueblo la figura de Gaspar, el esportonero, con su chambra por las rodillas, pregonando: ¡Tripa de vaca!, ¡el que no compra no mata! Todavía hoy parece que percibo el mal olor que dejaban las tripas a

su paso. Era este Gaspar un personaje que, según las épocas, vendía distinto y según lo que vendía pregonaba. Por ejemplo, en primavera cambiaba garbanzos crudos por los llamados tostones que eran los mismos garbanzos que el tostaba, y que volvían locos a los chavales. En verano pregonaba: ¡serones, esportones y agüeras! Al llegar el invierno con su haz de tripas al hombro, era el preludio de que el tiempo de la matanza estaba cerca.

Las familias empezaban a ponerse de acuerdo para no coincidir en los días y así poder ayudarse unos a otros de forma que cada uno señalaba una fecha.

Pero la matanza no se hacía en un solo día, requería de todo un ritual que duraba, por lo menos, dos semanas.

Un semana antes del día señalado se empezaba por pelar, picar, y cocer las calabazas; después la carne se metía en un saco y se ponía en el balcón o a la puerta de casa con dos piedra encima lo bastante grandes como para lograr que soltara bien el agua, y todos los días había que remover y estrujar, algunos se subían encima para estrujarla mejor.

Mientras tanto, los otros preparativos seguían su curso. Había que pelar gran cantidad de ajos, macharlos con el mortero o, posteriormente, como los tiempos evolucionaban, con una maquinilla que adelantaba bastante el trabajo.

Y así llegábamos a la víspera del especial día en que había que picar y cocer las berzas y las cebollas, acción ésta de la que siempre se salía llorando, ya que saltaban gotas a los ojos y por mil remedios que inventaban ninguno era eficaz. También había que ir al Ayuntamiento a declarar los cerdos que se iban a matar y las arrobas que pesaban cada uno y pagar un impuesto o seguro por cabeza y arroba, tarea que se encomendaba a los niños mayores de la casa.

Lo que a mí me gustaba más era al anochecer del día antes cuando llegaban mis tres tíos Meras: Fulgencio, Lorenzo y José, hermanos de mi madre, para rebanar las migas. No sé porqué pero es uno de los recuerdos que guardo de ellos en mi memoria con más cariño. Voy

a dar un detalle que pensándolo hoy quizás no tenga la más mínima importancia, pero para ellos, de pobre educación, sí tenía y mucha. Los tres gastaban sombrero, y aunque al entrar en casa de su hermana no se descubrían, si lo hacían cuando mi madre les entregaba un pan a cada uno para empezar la labor, yo, que a pesar de ser pequeño, no me perdía detalle, sentía curiosidad por aquel gesto, y se lo pregunté. Me explicaron que era por respeto al pan porque el pan era de Dios. Terminada la labor se marchaban, no sin antes haberse bebido unos cuantos vasos de vino, que a los tres les gustaba de lo lindo.

Al día siguiente había que madrugar mucho. Recuerdo que el primero en llegar era siempre tío Fulgencio, o *Gaspar* como le llamábamos todos, pues era el mote que le habían puesto de niño. Él era el encargado de hacer las migas, ¡y qué migas! Yo creo que no he comido ni comeré otras mejores que las migas de tío Gaspar.

Según iban llegando, la dueña de la casa les obsequiaba con una copa de aguardiente y se comían las migas acompañadas de aceitunas y de vino, que no podía faltar en este tipo de eventos. Las últimas en llegar eran las mujeres ya que lo primero era cosa de hombres quienes después de comerse las migas, y a veces sin esperar a que se viera, se dirigían todos a la cuadra para sacrificar al cerdo, tarea ésta nada fácil que requería a veces la ayuda de algún vecino para echar el guarro encima del banco y sujetarlo con toda la fuerza mientras uno le clavaba un cuchillo en la garganta. Menos mal que entonces no existían los de la Asociación Protectora de Animales que si no todos habrían ido a la cárcel. Mientras, una de las mujeres recogía la sangre en un recipiente y la batía con un palo hasta que se enfriara para que no se cuajara. Una vez muerto y desangrado el animal, se procedía a *chumarrarcarlo.* Esta operación consistía en encender los matojos, que eran escobas que se cogían en el campo y se secaban en el horno de tía Mena. Se los pasaba por encima al animal, mientras otros raspaban con cuchillos y navajas hasta que no le quedaba ni un solo pelo.

Después se le extraía la lengua para llevarla al veterinario y comprobar si tenía triquinosis, pues en el caso de que así fuera la carne no era apta para el consumo humano. Lejos de esperar al resultado, los hombres continuaban su labor de abrir el guarro y sacarle el vientre, con sumo cuidado de no reventarlo. Era entonces cuando entraban en acción las mujeres, para ir a lavar las tripas al arroyo más cercano, mientras los hombres seguían descuartizando, descarnando o apartando la carne según las directrices del dueño de la casa, ya que cada familia tenía sus propias costumbres. Había que separar el magro de la gordura, luego separar la gordura que iba para cada clase de morcilla.

Voy a dar ahora las clases de cecina de la comarca:

Las morcillas de vientre o de lustre, llamadas también mondongo, estas se hacían con berzas, cebolla, sangre y la gordura que envuelve el vientre.

Las charangas, que se hacían con sangre y cebolla.

Las calabaceras, hechas con calabaza y gordura.

Las patateras, hechas con patatas y gordura.

Los chorizos de huesos, llamados ***malditos***, pues se hacían con las puntas de los huesos tendones y ternillas.

Los chorizos buenos, hechos solamente de magro.

Salchichones o chorizos blancos, hechos con la carne exclusiva de las paletas.

Sin contar lo que se dejaba para el día del *embolsijo,* esto lo contaré más adelante.

Hoy me pregunto cómo de un solo animal podían sacar tanta carne.

Una vez descarnado el guarro y picada la carne, ésta se mezclaba con cada uno de sus componentes; es decir, en la parte correspondiente de patata o calabaza se echaban los guisos, sal, ajo, y sobre todo pimentón el único conservante y colorante que se echaba en cantidad, pimentón de La Vera. Para que todo quedase bien mezclado los hombres lo amasaban en las artesas, unos recipientes de madera de una sola pieza que servían para amasar el pan y llevarlo al horno.

Llegaba la hora de reponer fuerzas y hacer una pausa, era el momento de la *presa*. Se cogía un trozo de magro, se troceaba y se freía en una sartén, cuando estaba a medias de freír se añadía pimiento, tomate y ajo hasta que todo estaba bien frito; después se añadida un buen chorro de vino y se dejaba hervir durante uno minutos.

A probar la presa se invitaba a alguien que por circunstancias especiales no asistía a la matanza y tenía algún apego especial en la familia.

Después se empezaba a llenar y atar las tripas con los distintos preparados, tarea nada fácil y encomendada exclusivamente a las mujeres, las cuales se dividían en dos grupos: las más jóvenes se dedicaban a llenar y las mayores a atar ya que esto era lo más difícil al requerir de un buen pulso y saber apretar la tripa; si esta quedaba floja se estropeaba el embutido, pero si se apretaba demasiado la tripa se rompía; había que procurar también que no quedara ni un gota de aire por lo que no se dejaba de pinchar la tripa con un alfiler puesto en un trozo de corcho, a esta herramienta se la daba el nombre de *pica*.

Mientras, los hombres se dedicaban a otras tareas, como eran revisar los palos para colgar los diversos productos procurando que no estuvieran ni torcidos ni estallados para que con el peso no se pudieran partir. Otros recortaban y ponían en peso los jamones, o cubrían de sal los tocinos y los más jóvenes se turnaban para dar a la manivela de la máquina de llenar las tripas.

Así se llegaba a la hora de la comida que ésta cambiaba según la casa. En todas las matanzas el menú era el mismo: de primero o sopa de *cachuela* que se hacía con sangre e hígado, o el arroz con hígado; de segundo las primeras morcillas de lustre que al estar recién hechas no sabían más que a grasa. El postre era carne de membrillo; no faltaba el café y la copa de anís para las mujeres y coñac para los hombres.

Y así a eso de las cinco o seis de la tarde terminaba para los invitados el día de la matanza. No era así para los dueños de la casa ya que todavía quedaba mucho por hacer.

Al día siguiente había que echar los lomos en el adobo, arrancar las mantecas de la llamada *pellarancas*, que no eran otra cosa que la tela que envuelve los pulmones, la pleura en las personas. Esta grasa era disuelta en un caldero y se la colaba apartando los llamados *chicharrones* que dan nombre a las famosas y ricas *bollas*. La grasa o manteca se echaba en un puchero de barro y así se conservaba para guisar o hacer dulces, por ejemplo los mantecados.

Así, y removiendo los lomos que estaban en adobo, llegábamos al día del *embolsijo,* seis u ocho días después. Consistía en envolver las cabezadas en la piel de la que se habían extraído la manteca, ésta se cosía con aguja e hilo atándolo después con cuerdas, como si fuera un paquete. Mi madre lo llamaba *"gatos encerraos"*.

La caña del lomo se metía en una tripa ancha quedando un chorizo gordo y largo. Como del cerdo no se desperdicia nada, también se utilizaba la vejiga, en ella se metían recortes de los lomos, huesos y tocino. Todo ello venía muy bien en el verano cuando todo se iba acabando.

A pesar de que comíamos tanta grasa, nadie estaba gordo, ni tenía colesterol, incluso nos alegrábamos cuando llegaba el tiempo de las matanzas, ya que al menos durante un mes se olvidaba la rutina del cocido diario que solo tenía un trozo de morcilla de calabaza y un trozo de tocino que a última hora ya sabía a rancio.

Pero la matanza no terminaba aún. Había que estar pendiente de la climatología, ya que el buen tiempo era el frío seco, sin humedad. Cuando el fenómeno de la niebla aparecía y permanecía durante varios días, muchos se echaban a temblar ya que en más de una ocasión se estropeó toda la cecina, y lo que es peor, los valiosos jamones que en muchas casas pobres vendían o se cambiaban por tocino o morcillas.

Hoy nos parece que estamos hablado de siglos atrás, pero no señores, no, esta es la cruda realidad de unos años que recordamos con nostalgia pero con la esperanza de que no se vuelvan a producir.

Los castúos, el pregón festivo de 1969

Hace seis años, en agosto, cuando Paulino Tejero, a la sazón alcalde de Berzocana, me concedió el honor de pregonar las fiestas, mi compadre y amigo Florencio Álvarez me pidió una copia del mismo y me dijo que la uniría a la que ya tenía de cuando fui pregonero la primera vez. Me pilló a contrapié. Por más que lo intentaba no lograba situar ni la fecha en que ello había sucedido, ni mucho menos el pregón.

Tras jubilarme comencé a revolver carpetas no con cientos, sino con miles de recortes de artículos publicados aquí y allá y, entre ellos, encontré el texto del recordado pregón.

Lo había titulado "Los castúos" y fue en 1969, creo siendo alcalde D. Bernardo, veterinario del municipio, ya que Fernando Peralta, primer alcalde democrático entró en 1979 Aquí lo recupero para nostálgicos y curiosos

"LOS CASTUOS"

Porque semos asina, semos pardos
Del coló de la tierra
Los nietos de los machos que otros días
Triunfaron en América
(Chamizo)

Durmiendo un sueño de siglos, Berzocana apoya su cabeza sobre las estribaciones de las Villuercas…

En agosto, como un duendecillo que quiere despertar a la villa de su letargo invernal, voces nuevas aprendidas por sus hijos en las urbes trepidantes dan un nuevo aire a sus calles.

Se acercan las fiestas de esta Noble y Real Villa y sus gentes se preparan para celebrarlas. En la era, las doradas y enceradas mieses se van transformando en el trigo que ha de ser el sostén de la familia… Allá, a lo lejos, el canto bronco y brioso del zagal halla repercusiones de espejuelos en la cercana sierra.

Es el pueblo campesino que trabaja. Son los hombres de esta parda tierra arisca que estrujan con sus manos sus resecas ubres buscando el sazonado fruto. Son los hombres que constituyen la entraña de un pueblo, *¡los castúos!*, los guardianes de lo castizo, los que conservan y defienden la majestad intangible de una estirpe. Los que bajo una áspera corteza, parda como la tierra, guardan el verdadero *miajón,* la esencia, el jugo, el tuétano de una raza.

Así son los hombres de mi tierra, así son los berzocaniegos. Hombres de manos recias y callosas, de manos besadas por el viento en las mañanas, de manos nobles y honradas, de manos campesinas que trabajan.

¡Salve noble tierra! ¡Salve Berzocana!

Aquí, en lo más hondo de sus entrañas, el verdadero *miajón* de los extremeños espera con ansiedad el poder portar sobre sus hombros las reliquias de esos Santos que son faro y luminaria de nuestros campos.

Y en esos días en que ecos broncos resuenan en la campiña; esos días en los que la fraga y piornales de estos campos adquieren relumbres de arco iris; codo con codo con nuestros hermanos, con esos hijos de Berzocana que han tenido que emigrar en busca de fortuna, sabremos dar a nuestras fiestas su máximo esplendor.

Por unos días Berzocana será una pequeña babel en las que se mezclarán los castizos y tan extremeños decires de *jacha, jierro y jacer* con las estilizadas pronunciaciones de la ciudad.

Pero que nadie se avergüence de esa "*h"* aspirada o esa *"d"* final que no suena. Habéis de saber que es siempre la naturaleza la que se impone y que de ella surge todo quieran o no quieran los doctos. Y hemos sido nosotros, los extremeños, los que hemos cambiado nuestro decir buscando dos modalidades divergentes mediante el cambio de letras: la energía y la delicadeza.

¡Berzocaniegos! Que la alegría corra a raudales en nuestras calles, que nuestra fama hospitalaria se vea acrecentada y que, siempre unidos, sepamos hallar el verdadero camino histórico y social que el destino nos tenga reservado.

Porque *semos asina, semos pardos como el coló de la tierra,* pero guardando dentro de nosotros el verdadero "*miajón de los castúos"*.

¡FELICES FIESTAS!

Domingo de Pascua, campanas y procesión dividida

Domingo de Gloria en Berzocana. La "luna de sangre" del Viernes Santo fue dejando sus rojos a lo largo del sábado. El sol se desperezaba desde detrás de los *canchos* rompiendo las neblinas de los valles y sacando reflejos de luz al rocío depositado sobre las hojas de los olivos.

Paseaba desde la Fuente de las Carretas hacia la Concepción por la pista de tierra a la que mis paisanos, con mucha sorna, habían bautizado como la B-30 en alusión a la popular autovía madrileña. Un pájaro lanzaba una y otra vez su pi-pi-pi sin que lograse identificarle. Seguro que de haber venido conmigo mi vecino Juan Pedro lo hubiese hecho con facilidad, al igual que habría identificado a todos y cada uno de los que lanzaban sus cantos y trinos revoleteando entre los olivos, las retamas, las zarzaleras y las escobas florecidas. Juan Pedro me había explicado en una ocasión con pasmosa facilidad como se distinguían las romanzas buenas de las malas y otras varias especies de hierbas, árboles y arbustos y hasta los mejores lugares para buscar espárragos. Ahora lo habría hecho con los pájaros Es triste observar como vamos perdiendo nuestra capacidad de contacto y de reconocimiento de la Naturaleza.

El sol seguía subiendo. Las campanas repicaron en la distancia rodando sus sones monte abajo camino del río o chocando con el Cogorro. Era un sonar monocorde, automatizado. Las tres campanas del pueblo también han perdido las diferentes clases de repiques que

señalaban la solemnidad de la festividad, la importancia del día, la llegada del medio día o el repique con tan solo la pequeña y la gorda de un domingo ordinario, bajo el sabio manejo de generaciones de monaguillos que los conocían a la perfección. Hasta la festividad de San Sebastián tenía un peculiar toque que se hacia tan solo con la campana gorda. Ahora, únicamente el acompasado martillo del reloj golpeando sobre la campana gorda sigue marcando impertérrito el paso del tiempo señalando las horas y las medias.

Apreté el paso. Quería hacer unas fotos de la procesión del Encuentro que tiene lugar en la mañana de cada Domingo de Resurrección. Don José Manuel, el párroco, tenía prisa y aún no habían llegado las manecillas a la hora exacta cuando ya arrancaba el cortejo. Son los inconvenientes de tener que atender en una misma mañana festiva tres parroquias: Logrosán, Berzocana y Solana, todas ellas con sus misas y sus procesiones. Para remate también tenía un bautizo.

Cumpliendo con la costumbre establecida, los hombres emprendieron el recorrido siguiendo al Resucitado por la Calle Santa Florentina mientras que las mujeres, en mucho mayor número que aquellos, lo hacían tras la imagen de la Virgen por la Calle San Fulgencio. No tengo constancia de que haya protestado ninguna feminista por este hecho que seguro que alguna, con ánimo de notoriedad, calificaría de inmediato como "discriminación machista". Hacemos notar aquí que tanto hombres como mujeres lucían su mejores galas dando la importancia que tenía al llamado Domingo de Pascua o de Resurrección.

Ambos grupos habían de encontrarse frente a la fachada del Ayuntamiento. Llegó antes la Virgen, cubierta con su manto negro de luto por la muerte de su hijo. Hubieron de esperar a la llegada de éste. Colocado uno frente a la otra, con un tanto de descoordinación, las mujeres que portaban las andas doblaron las rodillas señalando la reverencia de la madre ante el hijo glorioso resucitado. Antaño, cuando la procesión se desarrollaba con mayor orden y protocolo eclesial, la

primera reverencia se hacia en la distancia, otra cuando ésta mediaba y la última cuando ya estaban enfrente. O a lo peor eran las prisas de don José Manuel.

Tras la reverencia, las mujeres, retiran el manto negro de la imagen de la Virgen que queda cubierta con uno blanco representante de la alegría del reencuentro. El resucitado pasa delante y, ya reagrupada, la procesión inicia el camino de vuelta hacia la iglesia.

La mañana estaba espléndida. Ni una sola nube en el cielo. Terminada la misa, los berzocaniegos, como si obedeciesen una orden no escrita, se dirigieron hacia la Plaza, centro social, vivencial, de ocio, paseo, también de cotilleo, y de alterne de la villa.

Lucía como el domingo de las fiestas de agosto. Mesas llenas y los tres bares que la rodean a rebosar. Saludos, abrazos, interrogatorios sobre hijos, padres y abuelos y mucho preguntar, por los más cotillas, quienes son estos o aquellos que pasan o están en determinada mesa. Hasta las tres de la tarde el ambiente será más que festivo.

Tras la comida, siesta y, para muchos, vuelta al lugar de origen.

Y acudimos a celebrar Santa Lucía en Solana

Otra vez tengo que comenzar la crónica de la misma forma: la mañana estaba espléndida de sol. Pero es que el tiempo está así muy a menudo en estas estribaciones de las Villuercas.

El mediodía anterior, en el bar de Pedro, surgió la idea

—Miguel, mañana es Santa Lucía. ¿Vamos a Solana? Preguntó aquel dirigiéndose a mi hermano Miguel.

—Iremos, contestó éste.

Claro, el 13 de diciembre, Santa Lucía fiesta importante en Solana de Cabañas. Hice unos cálculos. Así por arriba debía de andar por los cincuenta y cinco años que estuve en Santa Lucía. Debía yo de andar entrando en la adolescencia. Fue con mi padre, sacristán en Berzocana, le acompañé a cantar la misa acompañando al sacristán de Solana, Juan, y al entonces párroco don José Álvarez.

Iría yo también a Solana. Y aquí vuelvo al comienzo: el día estaba espléndido de sol. A las once y media, Maribel, mi hermano y yo cogimos el coche. En apenas quince minutos aparcábamos junto a la iglesia a la que comenzaban a llegar los feligreses. Algo no había cambiado. Los solaniegos se presentaban totalmente endomingados luciendo sus mejores galas. No le andaban a la zaga un grupo de berzocaniegos que, como nosotros, acababan de llegar. Don José Manuel, el párroco, tras mostrar su extrañeza de verme por allí, nos llevó a ver la imagen de Santa Lucía. Una pequeña obra de arte napolitano tallada en alabastro de la que se mostraba especialmente orgulloso.

—Es de lo mejorcito que hay en toda la comarca.

A las doce en punto se iniciaba la procesión entre el repique de campanas. Unas ochenta personas acompañaban a la imagen. Y me di cuenta de que sí, de que algo había cambiado. Apenas dos mujeres jóvenes en la procesión. El resto todo personas mayores. El mismo sino que afecta a tantos y tantos pueblos de todas y cada una de las regiones de España. Otra vez, al igual que el día de la Inmaculada en Berzocana, don José Manuel hizo gala de su voz y su resistencia. Comenzó a cantar al arrancar la procesión y no lo dejó hasta que acabó la misa. Como si acabara de salir del seminario.

La procesión recorrió en ida y vuelta la calle que vertebra la villa y alrededor de cuyo eje se alinean las edificaciones. Lateralmente surgen aquí y allá pequeña calles sin apenas recorrido.

He de reconocer que no entré a la celebración de la misa. Paseé la solitaria calle dejándome llevar por los recuerdos de antaño. Muy cerca de la iglesia, a la izquierda, en dirección a la plaza, aún se mantiene en pie un trozo de pared de los antiguos corrales de la Rosa Hidalgo. Allí *"aparcábamos"* burros y caballos cuando íbamos a San Cosme desde Berzocana. Ahora está casi todo construido. Enfrente aún se mantiene, cerrado a cal y canto, el local que servía de sala de baile. Allí nos asomábamos, mozuelos entonces, para curiosear el danzar de las parejas. Pizarrín, el músico, saxo en ristre, bajaba las empinadas y no muy sólidas escaleras del altísimo andamio que hacía las veces de escenario sin dejar de tocar; seguía tocando entre los danzantes entre aplausos de unos y otros, y de nuevo subía las escaleras sin perder sonido ni compás. Todo un espectáculo.

Salían ya los feligreses entre saludos, parabienes y abrazos. El sol seguía luciendo y sobraban abrigos y chaquetones.

Pinchos y vino para todos en la plaza. En el soportal de la que fue casa del cura cuando Solana contaba con párroco estable, se improvisó un mostrador que atendían diligentes y animados unos vecinos.

Chuletas, carne, salchichas…, todo ello a la brasa. Los colocaban sobre una buena rodaja de pan tierno y se ofrecía a los asistentes. Daba igual fueses nativo o forastero. Tú mismo te servías el vino llenando el vaso al gusto. El buen humor no tardó en hacer acto de presencia mientras los comensales improvisaban mesa en el pretil de la fuente central de la plaza.

La cosa se animó con unas rifas realizadas a la vieja usanza. Tira de diez números: un euro. Una botella de vino labrada y llena, con una navaja y un chorizo conformaban el primer premio. Una bandeja de rabos de calabaza, el segundo. Y venga a llenar los vasos. Alguien repartía porciones de un brazo de gitano debidamente troceado. Y seguía corriendo el vino. Bueno, don José Manuel, aceptó los pinchos, pero no probó el vino. Tenía que conducir, argumentaba.

Compartí tertulia con un hijo de Juan, el sacristán que he mencionado al principio. De nuevo recuerdos y anécdotas. El sino de los que peinamos canas abundantes.

Se acercaba el reloj a la una y media cuando emprendimos el camino de regreso. Cincuenta y cinco años después había regresado de nuevo a la fiesta de Santa Lucía, en Solana de Cabañas. Los vecinos seguiría la fiesta por la tarde.

Tío Serafín: Ha dicho mi padre que de usted la luz

— ¡Tío Serafín!, que ha dicho mi padre que de usted la luz

A voz en grito, y desde la puerta de entrada a la casa del citado, un puñado de chavales cumplíamos así el encargo que el padre de uno cualquiera de nosotros nos había dado en la Plaza.

Pero situémonos en el lugar y el momento:

Trascurría la última década de los cincuenta y en Berzocana la luz eléctrica solo funcionaba por la noche. Cuando ya llegaban las primeras sombras, tío Serafín, el electricista encargado de la cuestión lumínica, cerraba la puerta de su domicilio, la primera a la derecha en la Calle Gradillas, esquina a la Calle Nueva o Balcones, y enfrente del comercio de tío Paco, y se dirigía pausadamente hacia el trasformador situado en la Calle Pizarro, al lado de la Fábrica de Harinas desaparecida hace ya años pero cuyo edificio perdura.

Cuando llegaba a la Plaza, donde los chavales corríamos y gritábamos como bandada de vencejos en los inicios del verano, alguien, al verle, gritaba:

— ¡Tío Serafín!

Y la bandada infantil corría hacia el electricista formando tras él un cortejo que le escoltaba hasta el transformador.

Era un hombre enjuto, de facciones secas y pronunciadas y con unas gafas indefinidas, de montura oscura, cabalgando en precario equilibrio sobre su nariz. Una de las patillas estaba sujeta con cinta

aislante Vestía casi siempre una chaqueta azul mahón típica durante muchos años de mecánicos y obreros de la industria y el metal. Su carácter era variable, como el tiempo en primavera, y tan pronto bromeaba con nosotros como nos largaba unas filípicas y broncas de no te menees.

Al llegar a la estrecha puerta del transformador, también muy estrecho, nos colocábamos en semicírculo alrededor y esperábamos expectante el momento decisivo. Consciente de su importancia en aquel momento, tío Serafín alzaba pausadamente la mano y cogía el mango de la llave que habría de obrar el milagro. Era éste negro y movía tres pestañas metálicas. Al bajarlas se incrustaban en otras tantas ranuras con un gran chispazo que nos hacía retroceder un paso instintivamente.

Y se producía el milagro totalmente incomprensible para nosotros en aquel entonces. La bombilla del trasformador se encendía y con ella todas las colocadas en los palos al efecto distribuidos por las calles, que tampoco eran tantos, dicho sea de paso. Era aquello un prodigio al que asistíamos atónitos día sí y día también pese a que la intensidad lumínica no iba mucho más allá de unos metros alrededor del citado palo

Producido el milagro corríamos de nuevo a la Plaza dejando solo a tío Serafín en su viaje de vuelta casa.

Era igual que fuese invierno o verano. Era la falta de luz en la tarde la que marcaba la hora del encendido y también la de nuestra vuelta a casa. Era el reloj que regulaba nuestros juegos de tarde fuese la época que fuese. Digamos a los más jóvenes que entonces se jugaba en la calle, hiciese el frío que hiciese, cascase el sol o lloviznase. Si la lluvia arreciaba allí estaban los portales de la Audiencia (Ayuntamiento) para acogernos. Aunque estábamos en pleno franquismo, los niños de entonces gozábamos de una libertad que los de ahora ni imaginan, ni los padres actuales consentirían en estos días de sobreprotección y

de actividades extraescolares (antes clases particulares y carácter muy excepcional).

Pero cuando se requería la presencia de tío Serafín fuera de su rutina diaria de encendido (al apagado no asistíamos ya que era de mañana) era cuando había partido de fútbol.

Lo de la televisión era entonces algo de lo que ni siquiera habíamos oído hablar y a los transistores aún les quedaban unos años para aparecer. Tan solo había en el pueblo unos tres aparatos de radio que, necesariamente había que enchufar. Y era entonces, en los domingos de partido principalmente, cuando había que avisar a tío Serafín para que adelantase el encendido y los pocos berzocaniegos entonces aficionados pudiesen escuchar los partidos.

— ¡Tío Serafín! ¡Que ha dicho mi padre que de usted la luz!

Hoy es San Lorenzo en Berzocana y en Larna

Hoy es San Lorenzo. No sé por qué extraños mecanismos esta fecha me retrotrae sistemáticamente a Berzocana. Un Berzocana de calores agobiantes, de siega y de trilla, y en la que aún no tenían sitio ni las terrazas, ni los trasnocheos sistemáticos, ni los botellones.

Hoy es San Lorenzo y esta mañana, en mi paseo matutino, he tenido que abrigarme de nuevo. En la pequeña aldea asturiana de montaña en la que me encuentro (Larna) están los caminos embarrados y los prados y el monte encharcados. Tras el paseo de ayer, aún no me han secado del todo las botas veraniegas y notas la humedad en los pies. El sol quiere asomarse entre los montes e intenta romper las nieblas. Algunos rayos lo logran y se filtran entre la abundante y cargada arboleda que cubre en muchos tramos el camino.

Pese a todo, aquí también es hoy San Lorenzo, ecuador del verano y fiesta grande en el Madrid más clásico y verbenero, ese lugar del que han huido mis paisanos de aquí y de allí en busca del asueto veraniego, y que se encamina de festejo en festejo hacia los de La Paloma.

Hoy es San Lorenzo y esta festividad me recuerda siempre a mi tío Lorenzo Mera acudiendo a mi casa de mañana para entregar a su hermana Inés, mi madre, un manojo de orégano (¿era orégano?, aquí duda mi memoria) recogido en el campo antes de que le diese los primeros rayos del sol.

Era mi tío un hombre afable, tranquilón, de decir pausado e impregnado de todas las virtudes del campesino extremeño de aquellos

años. Y como todos ellos lleno de resignación ante la situación del campo, la desidia administrativa y los aconteceres políticos y de abandono de pueblos y aldeas, abandono que aún habría de agravarse más. En aquel entonces, cualquier pequeño detalle extraordinario se valoraba al máximo y así había que ver con que deleite se tomaba mi tío Lorenzo el vaso de vino madrugador con el que mi madre le obsequiaba tras recibir el manojo de hierbas aromáticas. Aunque eso no quitaba que después se tomase otros más con sus hermanos para celebrar debidamente, *y como es debío*, su onomástica

Años atrás, en torno a la festividad de San Lorenzo, la Real Villa se dinamizaba, el ajetreo en los campos estaba al máximo y todo era un continuo ir y venir de hombres y bestias. Por encima de todos los pesares se alegraban las calles y los hogares ante la inminencia de las cosechas fueran éstas más grandes o más pequeñas. Todas eran muy bien recibidas.

Y era también la fecha en que la actividad en los huertos adquiría su máximo dinamismo. Muy de mañana y cada atardecer, burros y mulas con serones y agüaeras cruzaban por unas y otras calles de vuelta de los huertos del Pero, del Mellao, de San Juan…. No eran aquellos huertos de "entretenimiento" de jubilados como ahora, no. Eran verdaderas unidades de producción que llenaban la despensa de los domicilios a corto y medio plazo y permitía vender los excedentes que eran bastantes.

Hoy es San Lorenzo. Esta noche en Berzocana se podrán ver las lágrimas de San Lorenzo, las estrellas fugaces cruzando el cielo de un lado a otro. No hace mucho las vi con mis nietos tumbados en el suelo cerca de la Cruz de los Santos.

Hoy es San Lorenzo, pro no creo que aquí, en Asturias, en el Parque Natural de Fuentes del Narcea, a las puertas de la Reserva de Muniellos, pueda esta noche ver estrella alguna. La niebla será de nuevo el manto húmedo de la noche.

Mi pueblo se ha llenado de gente y cómo definimos a nuestros patronos

¿Qué ha pasado en mi pueblo? En estos días agosteños de largas siestas con sonar de chicharras y sueños de eras y acarreos, sus calles se han llenado de vida y bullicio. Incluso sus noches de gritos y carreras de niños como sucedía en mi niñez.

Han desaparecido de sus plazoletas los silencios invernales y no se escucha el sonar de tantos bastones que retratan vejez en sus calles vacías, ahora ocupadas por cientos de coches. ¿Qué ha pasado?

Sonó el clarín que anunció el abrir de los portones a los días de asueto y holganza y cientos de berzocaniegos de la emigración, sus hijos y sus nietos, acudieron a la real villa de sus orígenes llenándola de vida, de acción, de risas, de cantos, de bullicios, e incluso de fugaces esperanzas de futuro.Y digo fugaces por cuanto en cuando suenen de nuevo los clarines del fin de fiesta, todos volverán al bullicio capitalino y volverán a quedar las calles solitarias, y volverán a sonar los bastones de vejez, y no habrá cantos, ni risas, ni ruidos, y se dejaran de oír los gritos de los niños en los anocheceres. Tan solo permanecerán los gatos dormitando tranquilos en cualquier esquina de una plazoleta al calor de los últimos rayos del verano.

Hemos llegado a la semana festiva por excelencia y se nota en las casas, en las calles, en las gentes y en la animación de las terrazas de los bares de la plaza, punto neurálgico y referencia continua de esta real villa. Incluso es capaz de que en un olivar de las Carretas la tierra

parezca ofrecer vehículos en lugar de aceitunas o el pasto seco típico de la fechas. Son las Fiestas, así con mayúsculas, aunque no tengan grandes programas de actuaciones ni verbenas con orquestas a todo lujo.

Y estos hechos me han llevado a lo que quiero contarles. Veréis, en cualquier lugar del mundo si alguien hace referencia a "los santos" todos entienden que se refiere a la corte celestial que componen junto a los ángeles todos aquellos fieles que han alcanzado ese grado, la santidad, según determinación de la Iglesia Católica. Pero hay una excepción. En Berzocana, si alguien dice "**los Santos**" no se refiere a ese grupo que hemos señalado sino únicamente a dos: Fulgencio y Florentina, cuyas reliquias se guardan en su magnífica iglesia y en honor de los cuales se celebran las fiestas arriba citadas. Así pues, entienda el forastero que si un berzocaniego dice algo así como "esto ha sido gracias a los Santos", independientemente del lugar en que se encuentre, se refiere únicamente a Fulgencio y Florentina.

Pero hay más. La gran mayoría no se limita únicamente a utilizar la expresión "los Santos" sino que dice **"nuestros Santos"** con lo cual determina un sentido inequívoco de posesión ante el foráneo y de complicidad con el paisano si es este el interlocutor. "Nuestros Santos" cierra un campo de posesión de ambas figuras que no admite discusión: Fulgencio y Florentina son los nuestros, únicamente nuestros; del resto de los que componen el santoral hagan la Iglesia y sus fieles lo que mejor les convenga que eso al berzocaniego no le preocupa mucho.

Sentada esta base, mis paisanos, en su mayoría, al posesivo añaden un calificativo y dicen **"nuestros Santos benditos"**. Es aquí donde este escribidor duda y no sabe muy bien qué añade el adjetivo a la santidad. Creo que ha de referirse a su definición como "santo o bienaventurado" viniendo así a resaltar aquella en una especie de dos veces santos, aunque también podría referirse a " persona buena y sencilla" a añadir a la santidad. Estamos pues en "nuestros santos benditos".

Pero hay más. Son muchos los berzocaniegos, especialmente las mujeres, que para referirse a Fulgencio y Florentina utilizan la expresión **"Nuestros Gloriosos Santos Benditos"**, así con mayúsculas para que capten todo el contenido de posesión y orgullo del dicente al referirse a los patronos de la villa.

Y este factor de patronazgo añade el último matiz a esta cadena de expresiones.

Al respecto recuerdo especialmente (uno no sabe nunca el porqué de estas cosas) a tía Pura, gran devota de los citados y a los que se refería muy a menudo. Era ésta una mujer de buena figura, de mucho garbo en al andar y en el decir y, según me contaban los mayores hace ya más de cincuenta años, en su juventud había roto muchos corazones por el contorno. Tocaba un pequeño acordeón de botones tanto en la procesión del Corpus, como ya he escrito en otras ocasiones, como en el ofertorio de ese mismo día, en el de la Aparición (fecha en la que se conmemora el descubrimiento de las reliquias de Fulgencio y Florentina) o el del domingo de las fiestas de agosto. Durante muchos años la acompañaba a la guitarra mi abuelo, Juan Luis Rodríguez, sastre y sacristán de la parroquia. En su repertorio figuraba una jota muy popular en aquel entonces cuya letra decía:

Por tres perras chicas se sube al balcón
se come, se bebe, y se ve la función.
Y el que no las tiene, no sube al balcón,
ni come, ni bebe, ni ve la función.

Aclaremos a los más jóvenes que la moneda conocida como "perra chica" tenía un valor de cinco céntimos de peseta. (Algo así como 0,00030 €) Estaba también la "perra gorda" de mayor tamaño, que valía diez céntimos.

Retomemos el hilo y recuerden: "Los Santos", "Nuestros Santos", "Nuestros Santos Benditos" y "Nuestros Gloriosos Santos Benditos". Pues bien, tía Pura solía a veces referirse a Fulgencio y Florentina como **"Nuestros Gloriosos Santos Benditos nuestros Patronos San Fulgencio y Santa Florentina"**, con lo cual el circulo de definiciones quedaba completamente cerrado sin que ningún concepto definitorio quedara al azar de una falsa interpretación.

Pues a ellos, a Nuestros Gloriosos Santos Benditos, estamos dedicando esta semana. Y el domingo, creyentes y no creyentes, los honraremos sonoramente con cohetes, repiques de campanas, misa y procesión solemnes, canto de las Coplas del Ramo, (en las que se relata la historia de su vida y su aparición), Ofertorio en la plaza, buenas comidas, bullanga y terraceos diurnos y nocturnos.

Eso es lo que está pasando en mi pueblo en estos días y de lo que estoy siendo testigo en primera persona.

Se nos fue don Pedro, el cura que fue de Berzocana

Se nos fue Pedro. La noticia me llegó de improviso y cuando menos esperaba pudiera producirse. Al llegar a casa me lo dijo mi mujer, Maribel.

—Ha llamado tu madre, Pedro ha muerto.

Don Pedro, el que fue cura de Berzocana durante muchos años. Era de mi edad. Un montón de sensaciones y momentos pasaron a toda velocidad por mi mente. Destacaba una en la que, con casulla verde, se encontraba abriendo el arca de los Santos en su antiguo altar encaramado sobre aquellas pesadas escaleras de madera que había que quitar y poner entre dos monaguillos. Cantaba con aquella su voz que le definía sonora y potente. El momento citado lo había utilizado en una película de Super-8 que había rodado allá por los ochenta. De él había sacado también la voz para el montaje en vídeo de lo que fue el Año Jubilar. En su apertura y su clausura estuvo por última vez en Berzocana.

Pero mi conocimiento de Pedro va mucho más allá de su llegada a Berzocana. Le conocí en Navalmoral de la Mata, su pueblo natal, cuando ambos contábamos entre 15 y 18 años.

Ya era huérfano de padre y su madre regentaba una panadería casi enfrente de la iglesia de San Andrés, de la que era párroco don Julio, y en la que, durante muchos años, había sido sacristán mi tío Miguel Rodríguez, hermano de mi abuelo Juan Luis que también lo fue de Berzocana durante muchísimos años.

Por aquel entonces, Pedro era un joven muy tímido sometido a la férrea disciplina de los seminarios de la época, algo que chocaba con las siempre ganas de divertirnos que, entre otros, planteábamos Pepe

Criado, Juan Carlos Rebate, Santiago García y yo mismo. De ahí que nos conociéramos, pero no alternáramos mucho. Su madre tenía mucha amistad con mis tíos Blasa y Deme y de ahí vino su relación con mi familia cuando su madre y él llegaron a Berzocana.

En mi casa, salvo para mí, fue siempre don Pedro, y así le trataba mi madre. Eso no implicaba que le diese alguna que otra regañina por culpa del tabaco. ¡Cómo fumaba! Nunca fue capaz de entender que yo, que llegué casi a tres paquetes diarios, lograse dejarlo. Creo que él nunca se lo propuso seriamente.

—Don Pedro, arrísquese usted un poco que un señor cura no puede ir por ahí hecho un *farraguas*, le decía mi madre cuando en verano llegaba con la camisa fuera del pantalón.

A la hora de entrar a misa apuraba frenéticamente el último cigarro. Si tenía que entrar en la iglesia le dejaba en una de las columnas del pórtico y salía de nuevo a carreras a dar otra chupada. Hasta en la sacristía apuraba las últimas caladas ya completamente revestido para oficiar. Creo que alguna vez estuvo a punto de salir al altar con el cigarrillo en la mano.

A pesar de ser de Navalmoral era un calorías.

Llegaba al bar de Juan Álvarez resoplando, se colocaba bajo el ventilador de aspas, y comenzaba a abanicarse con una servilleta de papel

—Esto no hay quien lo aguante; aseguraba limpiándose el sudor

—El vino don Pedro, el vino que es demasiado bueno. Hay que echarle más gaseosa, se burlaba Juan desde detrás de la barra.

Solo voy a recordar aquí estos buenos momentos como sencillo homenaje. Seguro que todos y cada uno de vosotros recordáis muchos más. Su labor como sacerdote os corresponde juzgarlas a los que la vivisteis más directamente.

Pedro se ha ido y yo tan solo quiero recordar hoy al hombre y al amigo. En el fondo fue un berzocaniego más que como cada uno de ellos, allá donde quiera que fue, llevó siempre a sus Santos Fulgencio y Florentina.

Pedro, amigo, descansa en paz, pero no se te ocurra darle un pitillo a San Fulgencio, él no llegó a conocer el tabaco.

El Corpus cincuenta años después

He acudido este año a mi pueblo
cargado de viejas nostalgias
y he encontrado en sus calles eternas
aires frescos de nueva esperanza.

Han sonado sonoras las eternas campanas,
distantes, distintas, en monótono son,
iguales en todo, tuntún al tontón,
funeral o fiesta siempre el mismo son.

Ya no es el Corpus uno de esos jueves que brillan más que el sol. Como casi todas las festividades ha pasado al fin de semana para facilitar desplazamientos y una mayor implicación del personal, agobiado por la vorágine del día a día y la presión del trabajo.

No obstante, y después de haber pasado alrededor de cincuenta años sin vivir la festividad en Berzocana, este año he podido hacerlo.

Y junto al momento y sus realidades he podido vivir también toda una riada de sensaciones (unas aún presentes y otras que ya se habían perdido en los recovecos de la memoria) en cada calle y en cada esquina, en cada canto y en cada encuentro.

Sale la procesión en desorden de filas y abundancia de besos y saludos. Los estandartes y pendones han perdido su rito eclesial y se colocan en desorden no buscado. Recuerdo, quizás equivocado, un orden que se cumplía siempre a rajatabla: el de los Santos, de la Virgen

y del Señor, cerrando el pendón morado del Santísimo. En las fiestas de los Santos Patronos lo hacía el amarillo de la Pontificia Cofradía. Se nota la falta de un coordinador.

¡No había niños! Quizás fue lo que más me llamó la atención, la ausencia de aquellas largas filas de niñas y niños escoltados por sus maestras y maestros que caminaban en medio de las rectas y ordenadas filas. Cruz de Piedra abajo, en guerrilla, la procesión busca la Plaza Vieja. Y aquí y allá los ya inevitables teléfonos móviles disparan sus cámaras incorporadas una y otra vez.

Siento un vacío. Al final noto la ausencia; aquellas colchas de mil colores, sábanas bordadas, mantones de Manila, alforjas de mil tiras y cubre camas de guardadas dotes de boda que cerraban toda la plaza marcando el camino de la procesión. No están. El espacio está vacío y abierto en su totalidad. El tiempo y la despoblación de la villa se han tragado una tradición más. Igual ocurriría en el resto del camino. Las bocacalles se encuentran abiertas y la mayoría de los balcones y ventanas, como las puertas, cerrados y vacíos.

El primer altar se encuentra junto la llamada Casa de Dios. Pequeño, recogido. Una mujer corre a encender dos velas al acercarse la cruz procesional. Don Juan Miguel, un joven sacerdote con raíces berzocaniegas que sustituye en estos meses al párroco, deposita la custodia con mimo en el pequeño altar. Gritonas, una serie de voces inician el *Tantum ergo Sacraméntum*. El sacerdote hace una seña a dos niñas vestidas de Primera Comunión y éstas arrojan pétalos de rosa a la Custodia. Al terminar, la coge con el Paño de Hombros e imparte la bendición a los asistentes. El rito se iría repitiendo en todos y cada uno de los altares. Al terminar, mis paisanos, la mayoría de mi edad y mayores, comentaban entusiasmados como Juan Miguel había recuperado el hacer procesional del Corpus que llevaba muchos años perdido.

Al entrar en la entonces llamada Calle Nueva, junto a Paulino, con nuestras cámaras, nos adelantamos a la procesión.

No se oye el acordeón de tía Pura, pero sé que de nuevo se ha colocado el altar en su puerta. Hacemos unas fotos con él vacío. Ya lo he contado en otro artículo, así que no me extenderé en ello. En mi interior suenan las notas del Himno Eucarístico del Congreso de Barcelona. Llega la procesión. Frente a mi veo a María Jesús, la hija de tía Pura, a la que se la escapan las lágrimas. Los recuerdos y las nostalgias hacen la lágrima fácil en determinados y emotivos momentos. Entonces, al iniciar el sacerdote la bendición sonaba el Himno Nacional. Curiosamente, ello, junto a la marcha de la familia a Madrid, devino en que el altar dejase de levantarse fruto de los avatares que la transición trajo consigo.

En aquellos primeros años de la democracia todos querían, quizás queríamos, ser los más adelantados, los más demócratas y, sobre todo, los más modernos. No gustó que sonase el Himno Nacional en un acto religioso y la Junta Parroquial pidió a tía Pura que no hiciese sonar las notas de la Marcha Real. Protestó la mujer y alegó que dentro de su casa era libre de tocar lo que quisiese y que nadie se lo podría prohibir. No logró convencerlos y, en la deliberación de la Junta, tan solo contó con el voto de apoyo de Alfonso Hidalgo. Tocó ese año pese el aviso recibido, pero para evitar enfados y problemas en el pueblo lo dejó. Desde entonces, aquel acordeón de botones, al igual que el arpa de Gustavo Adolfo Bécquer duerme "del salón en el ángulo oscuro", aunque no olvidada, ni por su dueña ni por cuantos la oímos sonar en tantos y tantos Ofertorios.

En la plaza, otra sorpresa. Se ha recuperado la imagen del Corazón de Jesús que se utilizaba antaño y que es propiedad del ayuntamiento. En las últimas épocas se colocaba presidiendo el altar una de propiedad privada. Me alegro de que los portales (los soportales de la Audiencia como se decía antes) continúen acogiendo el altar. Conozco más de un lugar en que las corporaciones lo han prohibido por el aquel de separar lo religioso y lo profano.

Esta vez el canto del *Tantum ergo* se convierte en un batiburrillo de tonos y compases. Cada uno canta a su buen entender pero en el convencimiento de ayudar y contribuir a la solemnidad del acto. El sacerdote, con poca voz, poco puede hacer por controlar la situación.

Tantum ergo Sacraméntum,
Venerémur cérnui:
Et antíquum documentum
Novo cedat rítui;
Præstet fides suppleméntum
Sénsuum defectui.

Como si hubiese ocurrido hace dos días, la música de la última parte del himno eucarístico *Pange lingua*, escrito por santo Tomás de Aquino, resuena en mi interior cantado a dos voces por mi padre, Juan Luis, y don José Álvarez, acompañados por las voces de Rosa Hidalgo, Amelia Rubiales y las mozas del coro. Cantan una versión solemne, distinta a la gregoriana más conocida pero que no recuerdo su autoría.

Sigue la procesión por la popular "Calle Honda", (jonda dirían mis paisanos aspirando al máximo la h). Nos adelantamos de nuevo cámara en ristre. Esta vez se nos une Lorenzo, el de tío Agapito, que también hace sus pinitos reporteriles. Bajo la palmera del redondo parterre se muestra coqueto el pequeño altar. Es el altar del que fue mi barrio, en el que nací y en el que pasé mi niñez e inicio de adolescencia. Por un momento dejo de verlo tal y como es y mi mente revive procesiones de ya al menos cinco décadas.

Entre las colchas y mantones que cierran las calles aparecen y desaparecen muchas caras: tía Manuela *Obispa* y su hija Julia; tía Rosa *Capaora* que, por lo bajini, riñe a su hijo *Gorín* que ha dejado mal sujeta una de las colchas y cae dejando al descubierto la cuerda; y tía Sofía la de tío Gerardo. Entre las que cierran la calle Carretas asoman las de

tía Juana y su hermana Flor; tía Teodora, tía Berenguela; tío Metralla y tío Joaquín, *el de la Corralá*; y tía Flor, la de tío *Tostao;* tía Virtudes y tío Juan *Repontigo* ; tía Jerónima y tío Gregorio; y tío Augusto y su mujer; y tía Palmira y sus dos hijas; tía Mena, y mi madre, Inés, que a sus 93 años aún recuerda todo aquello y hasta las coplillas de los años treinta. La bendición, con toda la procesión de rodillas calle abajo, me parece aquí más solemne y en una fracción de segundo la custodia pasa de las manos de Juan Miguel a las de José Manuel, Miguel Ángel, y a las de Pedro; y a las de José Ramón; y a las de don José, y don Matías y Don Delfín. Una historia de pueblo en la sucesión de sus párrocos.

El público se pone en pie y continúa la marcha con el mismo desorden que la inició. Las campanas dejan de sonar.

Luce el sol y las terrazas de la Plaza se llenan. Mi mujer, Maribel, comenta la procesión, una procesión que a pesar de llevar más de cuarenta años viniendo al pueblo no había conocido. En estas fechas no había vacaciones, es ahora al ejercer la jubilación cuando yo recupero vivencias y ella las conoce y vive conmigo.

Acudo al ofertorio ya en la tarde. No tiene nada que ver con el de agosto, ruidoso y multitudinario. Este es más recogido, tanto que en las escaleras que conforman el semicírculo de la plaza hay más huecos libres que ocupados. Suena la jota y el grupo de "Los panderos del Ramo" se luce como siempre.

Valentín lleva el peso y la voz de la subasta de los productos que, en ofrenda, han sido depositados por la mañana en los diferentes altares.

-¡Vamos pujad algo más que los cuartos son para el Santísimo!

Valentín lo dice convencido aunque nosotros esbocemos una sonrisa pensando en para qué necesitará los cuartos el Santísimo.

Con los últimos acordes de guitarras y bandurrias cae la tarde. Una cascada de rojos se extiende por el occidente envolviendo los miles de encinas de las dehesas. Sus reflejos llegan hasta la plaza.

Casi cincuenta años después he vivido de nuevo el Día del Corpus Christi en mi pueblo, en Berzocana.

Y se ha llenado la Sierra
de aire del atardecer
y han volado los vencejos
una y cien veces cien.

Y aquellos sones de antaño
han llegado aquí otra vez
para fundirse en esencias
que son de hoy y de ayer.

Esencias de un pueblo humilde,
pero grande, muy grande en su hacer,
que impronta deja en sus hijos
impronta de hombres de bien.

Berzocana, junio de 2015

Navidades de ayer y hoy

Las fiestas navideñas han sufrido en los últimos años una galopante despersonalización totalmente ajena a las creencias religiosas que la acompañan y sí quizás favorecida por una masiva utilización de los medios de comunicación que propicia Internet. La felicitación navideña es ahora generalista, igualitaria, rasera y despersonalizada. Es para todos igual, sin que siquiera aparezca nombre alguno. Felicitaciones llenas de repeticiones y lugares comunes, huecos y vacíos, reenviados hasta la saciedad. Y sin embargo no hace tantos años que las felicitaciones navideñas eran totalmente personales y entrañables. Yo mismo he conocido la felicitación que mediante la entrega del aguinaldo a los serenos asturianos se hacía en Madrid. O el que se entregaba a los carteros cuando acudían piso por piso a felicitar las Pascuas a las gentes de su barrio de reparto. O como los guardias de tráfico de las grandes ciudades, que dirijan el mismo encaramados en una plataforma, ésta aparecía rodeada de regalos que dejaban allí automovilistas desconocidos, pero agradecidos, de lo que, amén de un trabajo, éstos reconocían como una labor de entrega y cuidado de la sociedad.

Más intimista eran aquellos aguinaldos que demandábamos en mi pueblo, en Berzocana, recorriendo sus calles de puerta en puerta haciendo sonar panderetas, almireces, botellas de anís vacías y zambombas artesanas. Por cierto que para señoras zambombas las de Juan Luis Torres en soportes de corcho. ¡Cómo sonaban!

Desafinábamos de lo lindo con pareados como estos:

-Estas puertas son de pino
y el cerrojo de nogal,
la mocita que está dentro
que nos salga a convidar

Y salían, y nos hacían pasar, y nos convidaban y nos invitaban a cantar.

En otras casas se demandaba el correspondiente permiso gritando desde la puerta:

—*¿Se canta, se reza, o se da con la cabeza?*

Era precaución ante la posibilidad de que hubiese habido alguna defunción en la familia y no se autorizase el canto. Si así había sido se rezaba un padrenuestro. Sí te respondían que *"se da con la cabeza"*, lo mejor era largarse.

También teníamos crítica para quienes no eran espléndidos (en lo que en aquellos años de carencias como tal se entendía) :

-No quiero castañas pochas
ni bellotas con ventanas,
lo que quiero es un chorizo
como desde aquí a Solana.
El que nunca entendí muy bien era aquel que decía:
A esta puerta hemos llegao
cuatrocientos en cuadrilla,
si quieres que nos sentemos
saca cuatrocientas sillas

Aquella Navidad cercana y entrañable se ha venido rompiendo en jirones en los últimos años a la vez que sus fechas pasaban, han pasado, a ser meras jornadas de gasto desmedido en el regalo social, de compromiso o de ostentación más que de sentimiento; el comer y el beber.

Independientemente del espíritu cristiano que los creyentes viven y festejan en estas fechas, es totalmente innegable que la festividad es un rito social integrado en la sociedad occidental de tal forma que incluso marca el cómputo de los años a partir de aquel nacimiento que se produjo en la humilde Belén de Judea. Y así, tanto en la vieja Europa como en América, donde llegó de la mano de conquistadores, colonizadores y emigrantes, la Navidad marca cada año un rito de deseo de paz y buenas intenciones. Que este no sea solo para estas fechas, sino para todo el año y todos los siguientes.

Paz, bien y trabajo para todos**.**

Comilona poética en Balores

De cómo unos quinielistas berzocaniegos lo celebraron con ingenio

Y en el punto que allí estuvieron
con buen criterio acordaron
sentarse mano con mano,
pues mejor que estar de pie
ponerse a comer sentados.
Aunque al momento Paulino
dijo cual si aquello fuese arcano:
Hay algo que me preocupa
y lo pensé bien temprano.
Escuchad bien lo que digo:
Lo que entra por la boca
lo perdemos por el ano.
Obnubilados quedaron
de análisis tan profundo
y al punto que cavilaron
si ello es sano o menos sano,
¡uñas al guarro dijeron!
lanzándose sobre el plato
y olvidándose del ano.
Más Paulino miró aquel
y sin usar el frenillo
dijo a la audiencia muy ufano:

Y digo yo, Miguelillo,
que estas son gambas y gordas
más digamos a los otros
que en vez de gambas son grillos
y así a muchas más tocamos.
Luego echamos un pitillo
y quede el culo en el ano

Orgullosísimo de mi pueblo

Entre los Premios Príncipe de Asturias se falla en el Principado el denominado Premio al Pueblo Ejemplar. Son muchos los que concurren alegando muy diversos y variados motivos. Tan solo uno lo conseguirá.

De existir este galardón en Extremadura yo no lo dudaría ni un solo momento: el premio sería para **Berzocana.** Y no porque conserven su patrimonio y hermosa iglesia con diligencia y esmero; o por su fe en el mantenimiento de las tradiciones sobre la historia de sus Santos Fulgencio y Florentina; o por la limpieza y adorno de sus calles, o por mil causas físicas más que aquí pudiéramos agregar. No. Se lo concedería porque han sabido resucitar y aunar el espíritu vecinal y solidario de la más pura esencia de la convivencia ciudadana, del ser y sentir berzocaniegos. Y lo han hecho con alegría, con espíritu festivo y entrega no exenta por ello de trabajo y sacrificio. Me estoy refiriendo a LOS PANDEROS DEL RAMO y todo lo que el hacer de esta agrupación vecinal conlleva. Creo que todo el pueblo se ve en ella reflejado y representado.

Por su página web sabía de su existencia, pero este verano me he empapado de su verdadera esencia y proyección. Hablando con unos y otros fui conociendo los detalles, la gran cantidad de vecinos de toda clase, sexo, edad y condición que lo forman directamente y del apoyo incondicional del resto. Los Panderos del Ramo son todo Berzocana.

Como un vecino más acudí a la Plaza a ver su actuación. El anfiteatro que la misma conforma estaba lleno a rebosar. La puesta en escena se había cuidado con detalle. Los nervios de los numerosísimos actores, pese a que ésta no era su primera actuación, estaban a flor de piel. Cada casa y cada familia se encontraban de alguna forma allí representadas. Músicos, técnicos, voces, *bailaores y bailaoras,* ayudantes, colaboradores…..

Y comenzó la actuación, y sonaron voces de hombres y mujeres, y bandurrias y guitarras y el teclado dejaron oír sus sones regionales; el batir de la percusión llegaba con fuerza y abajo, en medio del corro que la propia plaza configura, se plasmaba el hermoso combinar de luces, colores de mantos y el revuelo de faldas con la bizarría galante del marcado paso de los hombres.

A un cuadro musical le sucedía otro. Ni un fallo, ni una duda. El paisanaje aplaudía a rabiar entre emocionado y orgulloso. Y a mí, hijo también del pueblo aunque ya con medio siglo fuera del mismo, también me pudo la emoción. Y no la oculté, dejé que me invadiera e inundara hasta convertirse en plena sensación de felicidad. Que rebosara por todos los poros de mi piel como el agua lo hace suavemente al desbordarse del cántaro bajo el caño de la fuente. Y entonces me levanté, y aplaudí hasta que me dolieron las manos. Y fue en aquel momento cuando me sentí orgullosísimo de mi pueblo y de sus gentes, de su trabajo, de su entrega, de su cariño a las tradiciones y de su fe en el futuro.

El dar nombres sería larguísimo y siempre alguien se quedaría fuera inmerecidamente. No voy a darlos, pero sí quiero resaltar un hecho: la existencia de una "madre coraje" en la Asociación. Una madre joven y guapa que, amén de bailar estupendamente, salió acompañada de su pequeña hija. Tenía problemas para desplazarse, pero lo hacía con el grupo de niños y ataviada con el traje típico. Me contaron que su madre había luchado por ella y por conseguir aquello desde el primer

día con verdadera entrega y entusiasmo, sin desfallecer en ningún momento. De la nada había llegado a conseguir lo que se estaba viendo. Y allí estaban, de la mano, plasmando con su gesto y presencia una invitación a la lucha de todos por un futuro mejor.

Desde esta página quisiera centrar en esas dos mujeres, madre e hija, mi más encendido y entusiástico aplauso a todos mis paisanos, a todos los que han conseguido que este verano me sintiera aún más orgulloso de mi condición de berzocaniego. Y que coste que este orgullo me ha llevado, desde hace cerca de cuarenta años, a firmar artículos de prensa y radio como *"Pepe Berzocana"*. Este orgullo se ha quedado pequeño ante el que hoy siento por el hacer de LOS PANDEROS DEL RAMO.

De películas, *filmes* y mozas guapas



Olía a hierba recién segada. Mayo doblaba su ecuador y el sol aumentaba su intensidad empujando a la Naturaleza. Las cosechas apuntaban pujantes y los campos eran toda una explosión de olor y color. El silencio invernal de los caminos y sendas se rompía ahora en un coro de trinos, voces y cantos.

Más arriba de la fuente de las Carretas, un grupo de muchachos, casi todos monaguillos, se hallaban concentrados bajo la pina que,

alzándose junto al camino, se elevaba espléndida y con redondeada copa cual centinela del pueblo.

Esperábamos que las campanas repicasen llamando al rezo del rosario, a la celebración de las Flores como a mayo correspondía en el ritual de la Iglesia Católica. Pese a nuestra "profesión eclesiástica" nos encontrábamos muy tranquilos dado que ese día les correspondían los toques de campanas y esquilones a Lorenzo *Canete* y Elías Rebollo. Hasta que no fuese a sonar el último esquilón no teníamos prisa. Llegado el momento, una rápida carrerea nos llevaría hasta el coro de la iglesia para cumplir nuestra misión en ese día: darle al fuelle para que tío Juan Luis, el sacristán, pudiese tocar el órgano.

Nos capitaneaba Juan *Sopinas*, el tercero en el trío de veteranos junto a los ya citados *Canete* y Elías, que tenía una sorna tremenda y era especialmente dado a tomar el pelo a todo aquel que se pusiese a su alcance, siempre escudado bajo los gruesos cristales de sus gafas.

Estábamos sentados sobre la pared y Vicente *Gordito* que se hallaba trabajando en la finca se acercaba hacia nosotros. Juan nos indicó con soniquete guasón

—Vamos a hacerle que diga "película" ya veréis como no es capaz

No tardamos en darnos cuenta de lo que pretendía. Vicente tenía tartamudez y se atascaba especialmente con algunas determinadas palabras, especialmente las que incluían la letra "p" en su inicio. Llegó hasta la pared y sacando un cigarro del paquete de Celtas que guardaba en el bolsillo de la camisa lo encendió al llegar.

— ¿Qué pasa chavales, no teníais que estar ya en la iglesia? La "p" patinó ligeramente provocando un guiño cómplice de Juan

— Luego, cuando vaya a sonar el segundo esquilón. Estábamos averiguando qué ponen en el cine el domingo. ¿Lo sabes tú?

Sopinas empezaba a desplegar su estrategia mientras nosotros, malvados como chavales de los de entonces, aguardábamos taimados para reírnos y salir corriendo en el momento oportuno.

— No tengo ni idea, a mi no me preocupa lo que pongan

— Pues hay algunas de esas…de esas… ¡como se llamen! que son muy buenas, sobre todo las del Oeste.

Creo que Vicente le vio venir. Era bastante mayor que nosotros y también bromista. Seguro que no era la primera vez que intentaban dársela.

— Claro que sí, las del Oeste y las de cante español son las mejores.

— ¿Las mejores qué? Inquirió raudo Juan

— ¡Coño qué va ser! El *film*; un *film* del oeste es siempre bueno pero los de Juanita Reina e Imperio Argentina también.

Vicente resaltó especialmente lo del *"film"* sonriendo entre el humo que acababa de soltar de una bocanada. (A mí me la vais a dar, debió de pensar)

El toque de campanas llegó nítido hasta nosotros.

—Venga chavales, a las Flores, dijo Vicente apurando el cigarro.

Y entonces Juan *Cotrineja* que también se encasquillaba lo suyo, especialmente cuando se enfadaba, gritó:

— ¡Vi….Vi… Vicente! Vamos a decir pe…pe….pe…. película de una vez pe… pe…pero de corrido para que se fastidien.

La carcajada fue general, incluida la del propio Vicente, lo que motivó que Juan, colorado como un tomate, saliese zumbando como un cohete sin mirar ni una sola vez atrás.

— ¿Así que queríais que lo dijese yo, eh?. Ya estáis zumbando de aquí si no queréis que se los diga a vuestros pa…padres.

La unión de la "p" y la "a" le daba menos problemas pero no impidió se encasquillase levemente. Sonrió y se dio la vuelta.

Tiempo después pude comprobar una y otra vez, especialmente en el bar que regentaba junto con su mujer, Josefa, como evitaba el decir "película", palabra que siempre sustituía por *film*.

— Vicente, ¿qué *film* ponen hoy?,solía decir inevitablemente Isaías Granizo, el sastre, cuando llegaba al bar al anochecer. Siempre encontraba la complicidad de Vicente.

También guardo muy buenos recuerdos de cuando, junto a Ángel Cerro, nos contaban a los más jóvenes las mil y un anécdotas que corrieron en Madrid cuando ambos se encontraban haciendo juntos la mili. Por cierto que fue el primer relaciones públicas que yo conocí. Detrás de la barra estaba siempre la Josefa y Vicente iba y venía entre los clientes con su eterno cigarrillo entre los dedos.

Bajamos unos pocos metros hasta la fuente de las Carretas que abandonaban en ese momento *tío Orejínas y tío Metralla* cada uno de ellos con un botijo en la mano que rezumaban agua fresca.

— ¿Qué? ¿a ver a las mozas a la puerta de la iglesia?, dijo el primero.

Juan *Sopinas* cogió el hilo por la punta *y* nos soltó la pregunta:

— Oye, a ver, ¿por qué puerta entran a la iglesia las mozas más guapas?, ¿por la de las Carretas o por la principal?

— Por la de las Carretas, contesté rápido haciendo honor a mi barrio

— Por la principal, señaló Luis *Gordura*, respaldado por Pablo *Chichas*

En ese momento se unió de nuevo al grupo Juan *Cotrineja* al que ya se le había pasado el enfado de la dichosa "película"

— No, no, no; así no vale, hay que dar nombres y luego ya decidiremos, señaló Juan *Sopinas* advirtiéndonos con el dedo índice extendido

— La Teresa *Obispa* y la Maruja *Chocera*, solté yo de primeras

— La Pepita de don Fernando, dijo Pablo defendiendo la otra opción

— Y la Mari Carmen de don Pedro, añadió Luis

— La hermana de la Palmira, la de la corralá de tío Joaquín Peña, que ahora no me acuerdo como se llama

— La Pili y la Fefa Cuadrado, señaló Juan tomando partido

— La Candela

— No vale por una puerta entran mucha más gente que por la otra

— La Palmira de tío Ramón Gordito

— La Julia *Obispa* y la Nati

— Esas son muy mayores

— La otra Candela, la de tío Paco *el manco*

— La otra Palmira, la de la carretera de Cañamero

— La…… El sonido cantarín del primer esquilón sonaba subiendo por el Cerro de la Viñas arriba.

Dejamos de buscar nombres de chicas y tras tirar una serie de pedradas a los pájaros que por aquellas higueras rondaban seguimos hacia la iglesia. Llegamos justo cuando sonaba el primer esquilón y nos dirigimos hacia el coro. Subiendo las escaleras junto a nosotros lo hacía un montón de mozas, guapas todas, que conformaban el coro.

¡Si nos damos cuenta antes soltamos el doble de nombres!

Un cocido de ida y vuelta

Calentaba el sol de agosto. Las piedras de las calles de Berzocana ardían cuando el reloj de la torre marcaba, grave y solemnes en sus campanadas, las dos de la tarde.

Calle del Arco arriba, mis primos Juan y María Josefa corrían conmigo hacia casa.

— ¡Las dos, son las dos! ¡Van a matarnos!

A la vez que corría, Juan gritaba encasquillándose como en él era habitual cuando se ponía nervioso. Le apodábamos *Cotrineja* porque al decir de su familia, tenía muy mal genio y era igual de *rabioso* que tía Brígida *Cotrina,* una parienta lejana ya vieja en aquel entonces.

María Josefa, *Fefa,* era veraneante. Sí, en aquel entonces, cuando la década de los cincuenta enfilaba su final, se podía decir ya que había veraneantes, muy pocos, pero algunos aparecían de vez en cuando. Su padre era verato y su madre de Berzocana, prima hermana de mi padre y de la madre de Juan. Demetrio y Blasa se llamaban y ambos eran entusiastas del pueblo, quizás él aún más que ella. Vivían en Navalmoral y en cuando llegaban las fiestas de agosto se acercaban unos días a Berzocana.

Los tres estábamos muy unidos (aún lo estamos) y juntos vivíamos nuestros juegos y callejeos en la libertad de los veranos de entonces.

El caso es que en el Rehoyo (con su *h* profundamente aspirada en el decir extremeño) se nos había ido el tiempo de las manos ajenos al calor y sordos a las campanadas del reloj. Ahora tocaba correr.

Y a carreras subimos las escaleras hasta la cocina de la casa de mis abuelos Juan Luis y Encarna, en lo que hoy es calle Santa Florentina, y los tres nos fuimos directos a la tinaja del agua bebiendo atropelladamente de un descascarillado vaso de porcelana que unido a una cuerda colgaba de una de las asas.

— En la mesa tenéis los garbanzos, así que ya podéis sentaros a comer. Nosotros ya hemos terminado

La voz de mi tía Nicolasa, madre de Juan, sonaba a regañina.

— ¡Garbanzos! ¡Yo no quiero garbanzos! Exclamó la Fefa haciendo un mohín y sentándose con brusquedad.

— ¡Ni yo! Dijimos al unísono Juan y yo uniéndonos a la protesta

— ¡Encima con protestas! Haber venido antes.Y mi tía Nicolasa se acercó amenazadora hasta la mesa colocando los platos bien cerquita de cada uno de nosotros

— Pues yo quiero una tortilla, reclamó mi prima dando con la cuchara en la mesa.

Casi sin tiempo para el segundo golpe, la tía se la arrancó de la mano y la puso en la mesa diciendo amenazadora

— ¡Ni tortillas ni tortillos! ¡A comer garbanzos los tres! ¡Y sin dejar ni uno!

Antes de seguir con mi historia permítanme, sobre todos los más jóvenes, que les dé una somera idea de cómo eran aquellos cocidos de los años de mi niñez, allá a mediados de los cincuenta.

Los garbanzos, cultivados en los huertos de los alrededores del pueblo, en el Valle o en la Serranita, eran duros como balines. Daba igual que se les pusiese a remojo toda la noche anterior y que se les agregase bicarbonato en el agua. O que cociesen horas y horas a la lumbre. Ni por esas. Tanto es así que Samuel, el de la Fuente Nueva, y algunos otros como *Sananes,* los utilizaban como proyectiles para el tirador *(tirachinas o gomero*) con peligro de *escalabraura* para el que recibía el golpe en la cabeza.

Como compango o *condumio* los solían acompañar una media morcilla de calabaza y un cachito de tocino para que soltase algo de grasa. Incluso, contaba mi abuela Juana, no sé quién del pueblo utilizaba el cacho de tocino para varios cocidos. No se lo comían hasta que llegaba ya *escurriíto* al último. Si eran varios de familia se daba el trozo mayor al padre y el resto se partía disminuyendo la porción de los mayores a los pequeños

Si no llegaba, la madre solía ser la que quedaba sin ración. Igual ocurría con la morcilla.Y si en los festivos se añadía un cacho de chorizo, éste pasaba a ser casi en su totalidad para el padre "que necesitaba más fuerzas para trabajar". Quizás de aquí venga el dicho de "cuando seas padre, comerás morcilla". Para animar los dichosos garbanzos se agregaba una ramita de hierbabuena. Y ese olor sí que aún lo tengo presente en mi memoria olfativa.

Ya habrá adivinado el lector la poca sustancia que el caldo de su cocción aportaba a la sopa de pan que se ponía de primer plato.

Pues estos eran los garbanzos que teníamos delante de nosotros. De la sopa (que tampoco nos gustaba) ya no había.

— Eso os pasa por llegar tarde, decía mi tía.

Un rato después aún seguían los garbanzos en los platos y nosotros enfurruñados

— ¡¿Así que no queréis, eh?! ¡Pues hale, castigados sin comer! Y os vais al corral que nosotros nos vamos todos a siesta.

No estaba mal. Al menos no nos encerraban en una habitación, o en el *sobrao* en cuyas trojes mi tío Manolo *Portales* (marido de Nicolasa) guardaba los cereales y otros productos del campo.

Y allí nos fuimos encantados los tres, incluso orgullosos de habernos salido con la nuestra dejando en el plato los garbanzos

El corral estaba situado en la *corralá* de enfrente de casa, al fondo ciego de la misma. Era entonces más grande que ahora ya que sobre

parte del mismo se construyó después una casa y en él no había animales, tan solo leña, picón y trastos.

Y precisamente por la acumulación de tanto trasto inservible en su mayoría, no nos costó mucho iniciar juegos de todo tipo y pasar el tiempo encantados. Hasta que llegó la hora de la merienda. La *merendilla* que decíamos.Y volvimos a casa decididos

— Queremos la merendilla, dijimos acercándonos a la mesa

— Sentaros que ahora os la pongo

Y nos sentamos con gran gazuza esperando la llegada de al menos un cacho de pan y morcilla patatera. Ilusos de nosotros. Mi tía llegó y nos colocó delante los platos con los garbanzos de a mediodía. Seguían duros y estaban fríos. Ni los probamos.

— ¿No queréis?. Pues nada, al corral

Iniciamos una serie de protestas y Juan amagó con el inicio de pataleos y volteretas, pero se frenó viendo la mirada de su madre.

— Pues a mí si tienes que darme la merendilla que soy forastera, y estoy de veraneo, argumentó sin mucha convicción la Fefa

— ¡Al corral!

— Cabizbajos enfilamos la corralá sin decir palabra

— ¿Y ahora qué hacemos?

— ¿Jugamos a las misas?

Era esta una solución bastante utilizada entre nosotros pues tanto la Fefa como nosotros éramos nietos de sacristanes; yo incluso también hijo, y la relación con las cosas de la Iglesia era muy fluida y abundante.

Rápidamente creamos el ambiente apropiado. Con dos troncos y una tabla improvisamos un altar no más alto que nuestras rodillas pero perfecto en nuestra imaginación. Con un trapo de color me improvisé una casulla y coloque una tira ancha y rota de manípulo colgando del brazo. Sería el oficiante.

Juan actuaría de monaguillo para lo que se agenció una vieja campanilla que en su día habría colgado del cuello de alguna cabra. La

Fefa colocó una silla un poco alejada del altar y arrodillándose en ella se colocó a la cabeza otro trapo que, aunque viejo y roto, haría estupendamente las veces de velo. Muchos recordareis (y a los otros os lo digo yo ahora) que entonces era obligatorio para las mujeres acudir al templo con la cabeza cubierta, y mi prima cumplía esta norma dando así formalidad al juego.

— *Introibo ad altare Dei,* inicié el oficio persignándome a la vez que lo hacían Juan y Fefa

Y Juan quiso contestar tan rápido que se encasquilló en el *Addddd … Deeeeumm..* hasta que al final completó la respuesta a toda velocidad

— *Ad Deum qui laetificat juventutem meam*

En este tipo de juegos nos transformábamos. Lo hacíamos todo solemne y lento, convencidos de que aquello no era un juego sino una realidad en el tiempo y el espacio.Yo era verdaderamente cura y el corral era un templo con todas las de la ley.

Mi prima, de natural inquieta y un tanto revoltosa, mantenía el tipo de rodillas en aquella vieja silla sin un solo gesto de protesta o cansancio.

Como comprenderá el lector, la misa iba a tirones y eran más los gestos que el oficiar. Saltándonos el credo y otra preces, me puse a alzar una figurada hostia mientas mi primo Juan tocaba sin parar la campanilla y mi prima bajaba la cabeza. No duró más el oficio.

—Ya me duelen las rodillas y tengo hambre, me voy, dijo mi prima tirando el velo y quitando la silla que arrimó contra la pared.

El sol cubría ya de rojo el horizonte cuando decidimos volver a casa.

— Tía ¿podemos cenar ya?, dijo la Fefa tomando de nuevo la iniciativa.

— Claro que sí ahí tenéis los garbanzos.Y nos los puso otra vez sobre la mesa.

Quedamos mudos. Yo creo que hasta se nos escapó alguna lágrima mientras nos mirábamos. Comprendimos que nos quedábamos sin cenar. Metí el dedo en el plato. Los garbanzos estaban helados y duros.

— ¿No queréis? Pues a acostarse sin cenar

Protestamos y refunfuñamos, pero nada. Mi tía Nicolasa se mostraba inflexible. O garbanzos, o garbanzos. Si llega a ser ahora, seguro que se la llevaban detenida sin más por maltrato o vete a saber cuántas historias más en esta época de sobreprotección de los niños. En aquel entonces las cosas eran así.

Tras pasar un rato en silencio y enfadados en la sastrería que mi abuelo tenía en una habitación contigua a la cocina, mi madre, que trabajaba con el abuelo y mi padre, intervino:

— Cuidado que eres dura Nicolasa. Ya han aprendido que hay que comer lo que se pone en la mesa. Dalos algo de cenar.

— Vale, les daré un cacho de pan y morcilla y unas aceitunas, pero mañana para desayunar ¡les pongo los garbanzos! Y las dos se pusieron a reír mientras nosotros salíamos como tiros hacia la cocina.

Ni que decir tiene que la merendilla desapareció en un tris— tras pese a que en la mesa aún seguían los garbanzos.

Al día siguiente yo desayuné en mi casa, en la Calle Carretas, y Juan y la María Josefa donde los abuelos. Quede aquí constancia de aquellos garbanzos de ida y vuelta de los que no sé decir dónde terminaron al final de la aventura.

Pascua Florida, costumbres y el juas

Agregamos aquí otra remembranza berzocaniega que nos llega de la mano de Fulgencio Rodríguez.

Dice así:

Para los que tenemos ya cierta edad, el nombre de Pascuas Floridas nos resulta familiar, ya que era el nombre que daba el catecismo Ripalda a la Pascua de Resurrección, y tenía su razón. La Iglesia da el titulo de Pascua a tres de sus fiestas más importantes: Navidad, Resurrección y Pentecostés. Tras la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, son las tres solemnidades que conservan la octava, ocho días en los cuales las oraciones de la misa o el oficio divino se hacen como el primer día. De ahí viene el dicho: ¡todos los santos tienen su octava". El sobrenombre de `floridas´ que se daba a estas pascuas era por ser al principio de primavera cuando aparecen las flores.

Como ocurre en Navidad, éstas también tenían sus propias costumbres que se han ido perdiendo con el paso de los años y el modernismo. Si en Navidad todo giraba en torno al fuego por el frio y las noches largas del invierno, ahora todo era paseo, campo y alegría,

Algunas de las costumbres de los berzocaniegos se desarrollaban los tres primeros días de la semana de Pascua: el domingo era el día del bollo, el lunes el de la empaná, y el martes el del huevo.

Los días de Semana Santa eran muy duros para la tía Concha, la dulcera, ya que como ella decía. "Yo ni misa ni procesión, solo trabajar

pa que los demás se llenen la barriga con mis dulces". El dulce que ahora tocaba eran los bollos dormidos, o bollo de pascua; lo de dormidos era porque en el proceso de fermentación había que dejarlos en reposo durante seis horas. Como las casas eran pequeñas y había poco espacio, la masa de los bollos, una vez amasada y dado forma y tamaño, se ponían en un tablero largo y se dejaba encima de una cama, arropándolos con las mantas `para que sudaran´, decía mi madre, o sea para que la masa fermentara. Una vez que pasaba el tiempo de fermentación, las mujeres cogían el tablero con los bollos y se lo ponían en la cabeza para llevarlo al horno de tía Mena o de Quico Tarata para cocer. Hoy todavía no me explico cómo podían llevar un tablero de más de un metro de largo lleno de bollos en la cabeza y dos barreños uno debajo de cada brazo, o al cuadril como se decía entonces.

No sé, pero hoy los bollos que hacen en las tahonas no tienen ni comparación con aquellos, la corteza parece papel y si te comes un trozo te entran ardores en el estómago. He hablado con algunas mujeres mayores del tema y todas coinciden en lo mismo: la harina y el horno de leña.

El lunes era el día de *la verea o empaná*; verea o vereda eran menos que camino, se llamaba así a los senderos y atajos que se marcaban a base de pasar por ellos tanto personas como animales, un caminito desviado del camino oficial.

Para ese día, aparte de la tortilla de patatas, lomo, embutidos, y otras viandas, el plato fuerte era la empanada, que nada tiene que ver con las de ahora, ya que se rellenaba la masa de embutidos de cabezada de lomo que al hornearse la grasa penetraba en la masa y quedaba exquisita.

El martes era el día del huevo. Se trataba simplemente de un huevo cocido, que aquella tarde se llevaba en el paseo para merendar. Ahora bien el huevo tenía que ser personificado, es decir que nadie lo llevara igual. Las madres se afanaban procurando todo tipo de inventos para que los huevos salieran cada uno de su color y hasta con el nombre, entre los chavales se hacían disputas y apuestas haber quien llevaba el

huevo más bonito o más gordo, algún espabilado hubo que subió a la torre para coger los huevos de la cigüeñas y así ganar todas las apuestas, menos mal que entonces no existían los ecologistas o defensores de los animales.

Otra costumbre que se perdió y que ninguno de los de mi edad recordamos, pues según mis informaciones se perdió en los años 40 o principios de los 50, era *El JUAS*. El *juas* consistía en un gran muñeco relleno de bálago o paja, que representaba a Judas Iscariote, el que vendió a Cristo por treinta monedas, el *juas* se hacia los días de Semana Santa, y se colgaba en el rollino. Aclaremos a los más jóvenes que el rollino, era el símbolo que daba a las villas el poder de ajusticiar. Era una columna de ladrillos, de dos o tres metros de atura, de la superficie salían cuatro ganchos de hierro rematado por la Cruz católica, se situaba donde ahora está el pegote de la fuente, digo el pegote por que no tiene ni agua.

El Domingo de Resurrección, a las 8 de la mañana, se hacia la procesión del Encuentro, en la que Cristo victorioso se encuentra con su Madre, mientras el monigote que representaba a Judas estaba allí colgado en el rollino, como representación del pecado que Jesucristo había vencido.

Por la tarde del mismo domingo, los mozos montaban al *Juas* en un burro, y después de darle la vuelta al pueblo, ente gritos de alegría tirando de la bota de vino, que no podía faltar, se le llevaban a la era de la Mocara donde se le quemaba.

Como verá el lector, esta tradición perdida de Berzocana es muy parecida a la que se desarrolla en carnavales en Villanueva de la Vera con el nombre del *Pero Palo*, y que es fiesta de interés turístico nacional, si no se hubiese perdido la nuestra, hoy sería un reclamo de turistas.

No sé porqué pero Berzocana ha sido siempre reacio a conservar su propio estilo de vida, no ha sabido o no ha podido conservar sus propias tradiciones y costumbres.

Paseo mañanero agosteño

Son las siete y media de la mañana. Me ha despertado una brisa fresca entrando por la ventana. En la calle, las farolas aún no se han apagado y la claridad se abre paso de la sierra a los encinares mostrando un cielo límpido.

Es curioso que tanto en los atardeceres como amaneceres esa brisa haga acto de presencia invariablemente. Si te acodas en el balcón y cierras los ojos, bien podía parecerte que te hallas cerca del mar. Y mar, al fin y al cabo, fue hace millones de años esta zona en la que nací, al decir de los expertos en estas materias que han definido y configurado el Geoparque de las Villuercas.

Desde la Cruz de Piedra bajo en pendiente hasta la Plaza Vieja aún en silencio. Por un momento la vuelvo a imaginar cómo era hace sesenta años, llena de bullicio y vida, empedrada y rodeada de casas de piedra y tejados bajos y rojizos. Lo que era antes el camino de la Concepción, entrada al pueblo y parte del Camino a Guadalupe desde Trujillo, Garciaz y toda aquella amplia comarca, es ahora amplia pista asfaltada bordeada a tramos por chumberas, olivos, periquitos, algún que otro árbol, e incluso una viña, testigo último de esa parte del municipio que era y es conocida como Cerro de la Viñas. Una serie de nuevas viviendas construidas hace unos pocos años se han incorporado en ella al núcleo urbano. A su altura nos cruzamos con un pequeño grupo de mujeres que vienen "de ver a la Virgen y dar un paseo antes de que empiece el bochorno".

Más adelante, otra mujer descansa jadeante sentada en uno de los bancos. A su lado un perro busca la sombra para tumbarse

— No puedo más Pepe, la fatiga puede conmigo, creo que hoy no paso de aquí.

Le dirijo unas palabras de aliento y sigo mi camino.

La ermita de la Concepción, testigo del devenir histórico de la Real Villa, parece desperezarse entre luces y sombras mañaneras. Suenan esquilas y balidos y un perro ladra enfadado. No corre el agua en la *Trasoná* y me inclino sobre el estrecho brocal recordando mis miedos infantiles. En casa nos tenían puesta *pena de vida* para que no nos acercásemos. Nos repetían una y otra vez que allí se había ahogado un hombre porque se cayó y no pudo salir dada la hondura del pozo y lo vertical y resbaladizo de sus paredes. Ese mismo miedo nos inculcaban para que no fuésemos a bañarnos al Puente *Mojeas* (Mohedas*)* en cuyo charco se había ahogado un tal Pinito que terminó dando nombre al charco.

A la altura de la era de La Mocara el sol comienza ya a picar y tan solo quedan en sombra los canchos de la Sierra. Suena el Ángelus en la torre de la iglesia. Por un momento dudo. Al final decido seguir adelante y bajo la polvorienta pendiente que me lleva a la carretera de Garciaz. Me cruzo con un desconocido que, bastón en mano, pasa ligero.

— Buenos días

— Buenos días

Cada vez son más las personas que no conozco, especialmente jóvenes. La edad y largas ausencias crean olvidos en las relaciones lugareñas o no propician encuentros por el aquel de la incompatibilidad de horarios. De mi generación son ya muchos los que se han quedado en el camino y apenas un puñado los que quedan de las predecesoras. Es la ley inexorable de la vida.

Pesa la cuesta más en los años que en la voluntad. Echo de menos los pinos de Demetrio y me sorprende una larga hilera de botellas de plástico colgadas de los viejos y retorcidos palos que conforman el cierre de una finca. No atino a determinar su función.

Subo resoplando por la calle Gradillas y conformo el circuito del paseo mañanero bebiendo el primer vaso de agua fresca. Pasan los largos y placenteros días de agosto y el calor, fiel a su cita anual, aprieta.

El último cestero: Tío Gregorio *Tostao*

Cada vez quedan menos berzocaniegos que se acuerden del último cestero habido en la Real Villa.

Leyendo como se extinguen los cesteros *(cesteiros)* de la comarca de Cangas del Narcea (Asturias) en la que vivo, me vino a la memoria la imagen del último de Berzocana. Y por ello quiero rendirle desde aquí un especial homenaje. Se trata de tío Gregorio Serrano.

Casado con tía Flor Mena, vivían en la Calle Carretas, casi frente a mi casa, justo en la esquina superior que hacía y hace la calle con el callejón donde vivían tío Augusto y tío Joaquín Peña, a la sazón el más viejo del barrio, y de un genio endemoniado para con los muchachos que, creo que con razón, aseguraba no paraban de dar la lata y correr de un lado a otro.

Era tío Gregorio un hombre menudo, nervioso, ágil y fibroso como los campesinos extremeños de entonces. Tenía unos ojos claros, inquietos y penetrantes, siempre alerta, eran como los de un *mícale (*cernícalo*)* al decir de su amigo tío Felipe. Solía vestir pantalones de pana marrón, con chaqueta del mismo tono, y paño en invierno. Se cubría con una boina negra a la que no dejaba un momento tranquila ya que según hablaba o gesticulaba la movía adelante, atrás, a un lado u otro, o la levantaba levemente para, seguidamente, acoplársela de nuevo. Había quien aseguraba que la posición de la gorra indicaba su estado de ánimo.

Dotado de buen humor, era muy difícil que perdiese la tranquilidad. Era *muy niñero* y siempre tenía un dicho o chascarrillo a punto. Parco en palabras, una de sus habilidades especiales, amén de la de fabricar cestos, era la de trasmitir mensajes a sus amigos con gestos de las manos y muecas. Se me olvidaba señalar que era conocido por el mote de tío *Tostao*

Justo en la esquina de las calles antes citadas había un poyo del que formaba parte una gran piedra amarronada, alisada por el uso y el paso de los años, que posteriormente, con las reformas habidas en la calle desapareció, aunque estoy seguro se halla en algún lugar no muy lejano.

Era el citado poyo, centro de las tertulias veraniegas de los vecinos y eje de los juegos y correrías de la tropada infantil del barrio, entre la que se encontraban los dos hijos de tío *Tostao*, Diego y Felipe. La Micaela, que era la hija mayor, andaba a otros menesteres que la época asignaba a las mujeres alejadas de carreras y golpetazos por calles y esquinas. He de decir que casó con José Luis *Sonrisas* y que sigo conservando con ellos una cariñosa relación

Y allí precisamente desarrollaba su trabajo tío Gregorio, a la vista de todos y rodeado siempre del asombro de los chiquillos que veían, veíamos, con los ojos como platos, como aquellos mimbres se iban moldeando entre sus manos dando formas a cestos y cestas de las más variadas formas y tamaños. Amén de la que poseía en las manos, tenía tío Gregorio otra habilidad especial: la de mantener el cigarro en la boca sin que cayese ni la ceniza. Esta habilidad se la conocí hasta sus últimos días cuando ya era más fácil de mantener pues ya compraba cigarrillos, al contrario de la época de la que hablo en que adquiría *cuarterones* que después liaba.Y estos sí que eran difíciles tanto de tener entre los labios como de que se mantuviesen encendidos.

Los muchachos del barrio adquiríamos especial protagonismo en el trabajo de tío Gregorio cuando llegaban las cargas de mimbres. Con una parsimonia solo entendida en los pueblos, especialmente en

aquel entonces, sin móviles, radios, teles, ni periódicos, tío Gregorio descargaba el burro (a veces dos) y distribuía por el suelo haces de mimbres que clasificaba con arreglo a no sé qué secretos criterios que a nosotros se nos escapaban. Son los mimbres unas ramas flexibles de la familia de los juncos y de un verde brillante.

Y allí comenzaba nuestro trabajo con arreglo a un convenio no escrito ni negociado mediante el cual nosotros ayudábamos a pelar los mimbres y como compensación tío Gregorio nos dejaba quedarnos con las cáscaras. A todos nos había enseñado como efectuar el pelado. A tal efecto, a los más hábiles los dotaba de una especie de tenaza de palo, (un palo corto doblado en su mitad) por entre la cual hacían pasar rápidamente y con fuerza el mimbre haciendo que éste *restallara* y saltase la cáscara verde que el resto de críos nos encargábamos de acabar de pelar apareciendo entonces el mimbre blanco e impoluto. Estas cáscaras o pieles se iban acumulando en el suelo y, una vez acabada la tarea, se efectuaba un reparto de las mismas entre los dos o tres grupos que se formaban.Y si solo había uno, pues todo para uno. Era el pago en especies por nuestro trabajo.

Con estas cáscaras construíamos los *arremeceros*, sogas de gran grosor que, colgadas de los olivos del campo de las Carretas, se convertían en unos estupendos columpios con los cuales no nos rompimos todos, o casi todos, las cabezas porque Dios es bueno, o como decían nuestras madres, nos cuidaban Nuestros Santos Benditos Fulgencio y Florentina. Se hacían gruesas porque éramos (bueno, no todos) unos bárbaros que competíamos en ver quién subía más alto y así asegurábamos que no se rompiesen. En este arte de tejer sogas había verdaderos especialistas como los dos Manolos, *Quiste y Obispo.* Y en el de volar con los *arremeceros* lo eran *Pilón* y Martín *Pardilla,* que eran de los más pequeños.

Tío Gregorio tenía en el barrio un trío de compadres dignos ellos todos de otro artículo: tío Andrés *Orejinas*, tío Quico *Obispo* y tío

Felipe. Sus salidas a la Plaza, especialmente si el día venía festivo, resultaban siempre gloriosas, especialmente la vuelta al barrio y el reencuentro con las consortes.

Y viene aquí a cuento un inciso: si en cualquiera de los bares de su recorrido se les acercaba tío *Curina* enseguida la preparaban. Este hombre (me contaban los de su edad) tenía la costumbre (ahorrativa costumbre) de, amén de su vaso de vino, beberse los que le pillaban cerca o escurrir los otros siempre con el pretexto de que no se había dado cuenta

Dada su parquedad en palabras y su tendencia a los gestos, tío Gregorio daba disimuladamente con el codo a Felipe

— Ehhh. Miiiraaaa. Ehh.Y apuntaba con un movimiento de cabeza hacia tío *Curina* que acaba de birlar el vaso a Felipe

— ¿Que coños quieres Gregorio?. No ves que estoy hablando con Andrés—

—Ehhhh. Mia tuu.Y volvía darle con el codo

Al final Felipe se volvía:

— Curina deja ese vino que está rancio

— ¡Ahhh! Siiii, ranciiiooo. Y Gregorio se echaba la boina hacia atrás y señalando su vaso decía pícaramente—

— Pues ten cuidao, que este sí que está rancio, pue darte una cagalera del copón.

Volvía a darle a la boina y sonriendo con su característica picardía le decía a Andrés Orejina.

—Ya verás. Le da igual. Fíjate

Gregorio se daba la vuelta y entonces, con especial rapidez, tio Curina le vaciaba el vaso

Gregorio se volvía, miraba preocupado su vaso y decía

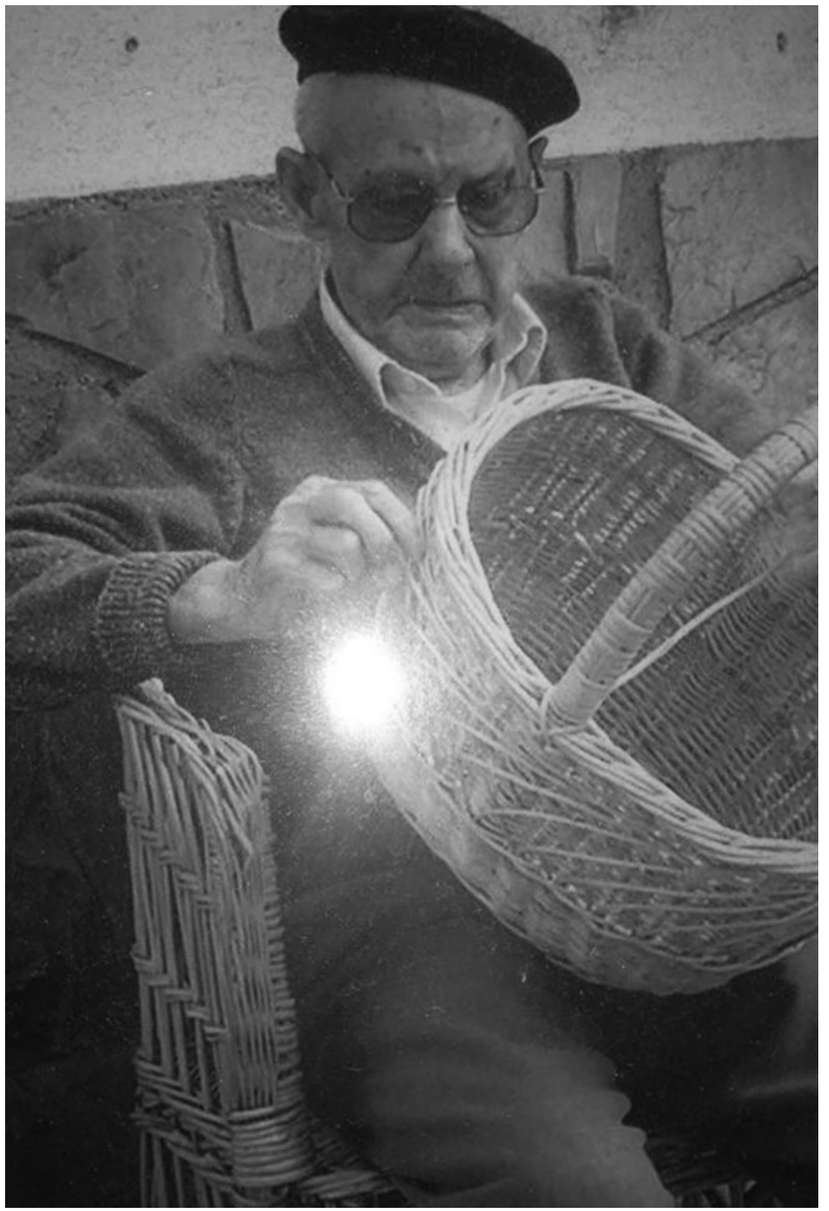
— ¡Pero coño! ¿Qué pasó con mi vaso? ¿Sabes tú algo? Preguntaba con socarronería a Curina

— ¿Yoooo? Te le habrás bebido sin darte cuenta, es que vais mu deprisa.Y eso que decías que estaba rancio

Y Gregorio volvía a golpear con el codo a Felipe

.¡Ehhh! ¡Veesss! ¡Hay que joderse!.

Han ido borrando los años perfiles y la memoria desdibujando momentos, pero hay otros, tan sencillos y entrañables que, desafiando a todas las leyes de la lógica, se instalan en la memoria afectiva y basta cualquier pequeño chispazo para avivar el fuego dormido de las añoranzas cargadas de nostalgias. Por eso, aún hoy cuando paso Carretas arriba en mi paseo veraniego matutino, hay veces que aún me parece ver a tío *Tostao* con sus cestos y oír las voces de la grey infantil jugando a civili, civili, civilicera.



El mes de mayo, el rezo de "las flores" y el control de los paseos

Los que ya hemos entrado en la vejez (me repugna lo de la tercera edad) tenemos una acusada tendencia a la nostalgia y a la recreación de recuerdos, curiosamente, y por suerte, los más positivos y alegres.

Tal me sucede a mí, como muchos de mis seguidores ya habrán podido apreciar. Y vuelvo de nuevo a las andadas dado que, en cuanto mayo abre sus días, me acuden en tropel múltiples vivencias y sentimientos de aquellos años idos. Y más aún si me encuentro en mi pueblo, en Berzocana, tal como ahora me sucede.

Ya he recreado en otro capítulo cómo celebrábamos el mes de mayo a finales de los cincuenta e inicio de los sesenta en la escuela ("Mayo el mes de las flores").

No ha mucho, un joven me aseguraba que lo del Mes de Mayo era un invento de Franco y de los curas de entonces. No hubo manera de convencerle de lo errado de su opinión. Recordaré aquí que el mes de mayo, como mes dedicado a la Virgen María, comenzó a celebrarse allá por el siglo XIII (bastante antes de Franco como apreciarán) durante el reinado de Alfonso X el Sabio, tal como el propio monarca testimonia en sus *Cantigas.* Posteriormente, los pontífices Pío VII y Pío VIII, en el siglo XIX, favorecieron su práctica con la concesión de indulgencia plenaria. Bien es cierto que desde el final de la Guerra Civil hasta el inicio de los setenta gozó de gran predicamento. Y también es cierto

que aún son muchos los lugares, este pueblo incluido, en el que se sigue celebrando aunque apreciamos mucha menos pompa y boato.

Por aquellos años a los que me refiero, los niños y jovencitas más pudientes utilizaban un pequeño devocionario que contenían las oraciones, jaculatorias y letanías que tenían que ofrecerse cada día, concluyendo con algún ejemplo edificante de utilidad para el devoto. El primero de ellos fue publicado en el siglo XVIII por el padre Lolamia.

El acto de "las flores" se celebraba cada atardecer en la iglesia y venía a ser también, amén de religioso, un acto social de reconocida importancia. Especialmente mozas y jovencitas acudían de punta en blanco destacando especialmente la importancia que se daba al velo con que las mujeres de entonces, obligatoriamente, tenían que cubrirse la cabeza para acceder al templo. Los domingos se celebraba más temprano, a eso de las cinco, para dar un poco más de tiempo a los jóvenes para acudir al paseo o al baile.

Tras el rezo del rosario, con los misterios correspondientes a cada día, se iniciaba el rezo, (más bien el recitado) de las letanías. El sacerdote lo iniciaba con *Mater Admirábilis, Mater Salvatore, Virgo Virginum, Mater Salvatori, Virgo fidelis…..,* a lo que los fieles, a coro, respondía cada vez *Ora pro nobis*. La pronunciación del latín dejaba mucho que desear pero el lío solía producirse cuando el sacerdote cambiaba la cadencia de la cantinela y el público tenía que cambiar la respuesta. No eran pocos los que tardaban en darse cuenta del cambio y continuaban impertérritos con su *Ora pro nobis.*

— Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi.

— *Parce nobis, Dómine.*

— Ora pro nobis Sancta Dei Génetrix.

Ut digni efficiámur promissiónibus Christi.

Pero indudablemente, los momentos más alegres y entusiastas llegaban, al igual que sucedía en las escuelas, cuando se iniciaban los cánticos preceptivos de la fecha; desde el *"Venid y vamos todos con Flores a*

María" del inicio, y creado especialmente para la ocasión, pasando por el entusiástico "*Toma Virgen pura nuestros corazones".*

Ya al final, después de todos los rezos, el sacerdote se iba al centro del altar revestido con capa pluvial y con gran solemnidad, especialmente don José Álvarez, entonaba en un tono más alto del habitual, generalmente en La

— *Saaaa..allll…veeee*

Bajando un tono,(a Sol) el órgano que hacía sonar mi padre, Juan Luís Rodríguez, arrancaba arropando su voz:

— *Salve Regina, Mater miserecordiae, vita dulcedo, et spes nostra, salve.*

Y aquí sí que se vapuleaba al latín de manera inmisericorde, sobre todo al llegar a … *Eia, ergo, advocata nostra, illos tuos* ….. Unos así lo hacían y otros tantos cambiaban el orden y se iban a la siguiente estrofa: *Et Jesum, benedictum fructum ventris tui,* **…***con* **e**l consiguiente follón y enredo de frases y palabras entrecruzadas. Lo que era consustancial a los propios cantos, para todos los asistentes, era el gritar y el arrastrar las sílabas hasta casi romperlas.

A la salida, los hombres, que no solían ser muchos, lo hacían rápidamente y en tropel, al igual que los jóvenes que, en el atrio, se colocaban estratégicamente para ver salir a las mozas. Éstas lo hacían siempre en grupos, muy animados y parlanchines y, conscientes de ser miradas, retrasaban la marcha, abundando en cuchicheos y miradas furtivas, rápidas y disimuladas, a los grupos de mozos. No hay que olvidar en aquellos años, el acercamiento entre jóvenes de distinto sexo era en muchos casos difícil, y más aún en un pueblo (como en tantos otros) donde todos eran vigilantes en pro de *la moral y las buenas costumbres***.** Tanto es así que D. Delfín Martín Recio, un párroco típico de aquellos años, y con un autoritarismo y genio de mil demonios, estableció el límite de los paseos vespertinos que en mayo se iniciaban en *El peral de la mozas***,** un poco más allá del cruce de Solana, y hay de aquel, o aquella, que propasase tales límites geográficos que venía a ser

también los de la decencia y el espíritu religioso, especialmente en las doncellas. Incluso el acercamiento de unos a otros era especialmente controlado por don Delfín, algo que, posteriormente, siguió ejerciendo, aunque en menor medida, el que fue coadjutor con don José, don Matías Alonso Hurtado.

Creo que con esta descripción y la ya efectuada en el capítulo antes citado, los más jóvenes podrán hacerse una idea de cómo se vivían en Berzocana los meses de mayo y a los no tan jóvenes recordarlo.

Pero después de todo he de reconocer que aquellos niños y jóvenes éramos felices. Y sin tele, ni móviles ni Internet.

"Papá, ha muerto tu amigo Fujito Pío".

La llamada de teléfono me llegó de mañana cuando mayo se vestía de flores y colores, justo cuando me sentaba frente al ordenador para efectuar una primera aproximación a la prensa del día. Quedé con la mente prácticamente en blanco. Es probable que el cerebro rechazase la noticia. Tardé en hacerme a la idea mirando, sin ver, la pantalla.

Como una ráfaga pasó por ella la última vez que le vi y que hablamos, en el pueblo, bromeando sin cesar como siempre; o el año pasado en San Isidro.

Pero fue solo una ráfaga. Mi mente, en su libre albedrío, se perdió en el tiempo y me vi en la preadolescencia corriendo de La Corte a las Carretas con *Pío*, Manolo *Obispo*, Pablo *Chicha*, Marchena, Manolo *Quiste,* Diego *Tostao, Pilón* y otros tantos del barrio con nuestra cortas calzonas y las rodillas llenas de heridas, *matauras* en el decir del pueblo.

Entonces las Carretas, donde ahora se levanta el Cuartel de la Guardia Civil, era un descampado utilizado tanto para jugar como para que cada cual hiciese allí sus necesidades, menores y mayores, dado que a los cuartos de baño aún les quedaban unos cuantos años para llegar.

En la noches de verano, corríamos como posesos de la Plazoleta de la Cortes hacia la fuente de las Carretas, las Peñas, la Cruz de Piedra o, sin control ninguno, por las diversas calles del barrio jugando a *Civilicera*, al escondite, a la guerra o simplemente a correr por correr y gritar por gritar; todo ello bajo la atenta mirada de los vecinos que tertuliaban en corros sentados en poyos o sillas.

Las circunstancias nos separaron cuando ya la mocedad aparecía en el horizonte, pero nunca perdimos la relación ni la amistad. Cada vez que nos encontrábamos en el pueblo nos metíamos miserablemente con Marchena

— Pepe, decía Fujito, ten cuidado con Marchena que está a agua y se pone insoportable.

Y Marchena entraba a la broma, y tomábamos nuestro vino, y charlábamos, y recordábamos nuestras aventuras escolares y de niños que crecieron en la calles de Berzocana sin tantas ataduras ni proteccionismos como los de hoy.

— Pepe, ¿te acuerdas de cuando íbamos con tío Serafín a dar la luz?

Y de nuevo bromas entre unos y otros. Y así cada verano.

Es ese Pío el que vino a mi mente y al que recordé y quiero recordar.

Y una cosa trajo la otra, y me le imaginé llegando allá donde cada uno tiene reservado su lugar en la eternidad y bromeando con otros amigos comunes que se fueron antes que él. Allí encontraría a Juan *Chítala*, que nos dejó muy joven, a otro vecino y compañero de barrio, Martín *Pardilla*. A *Parrala*, a Juan Pedro *Varenes,* a *Coleto*, que nos dejó no hace muchas fechas…

Cada vez vamos quedando menos de aquella generación. De otros sabemos muy poco, ni siquiera si están vivos o muertos. El tiempo y las distancias trabajan el olvido, pero nunca logran borrar los sentimientos de los recuerdos de la amistad y la niñez. Amigo Fujito, amigo *Pío:* por medio de este escrito, allá donde estés, recibe un abrazo de todos cuantos fuimos tus amigos y compañeros. Sé que ellos firman aquí conmigo. ¡Ah! Y no te creas que te vas a librar de mí y de Marchena así por las buenas. En cuando lleguemos te pediremos explicaciones por marcharte sin despedirte, aunque eso sí, te pagaremos el vino. Hasta siempre AMIGO.

La matraca y otros casos semanasanteros

"Matraca*: Instrumento de madera compuesto de un madero y una o más aldabas o mazos que, al sacudirlo, produce un ruido desapacible"*

Se iba a iniciar la misa de Jueves Santo. Una tropada de monaguillos comenzó a distribuirse por lugares estratégicos de la gran iglesia berzocaniega. Del desarrollo de esta misa y sus avatares litúrgicos y monaguilleros ya damos cumplida cuenta en el artículo "Jueves Santo" que se incluye en este libro.

Recordaremos que de los citados monaguillos tres se iban a la torre para repicar las campana; uno o dos al esquilón, en el coro, de donde salía la soga que ascendía hasta la torre; otros tres al fuelle del órgano y cuatro, revestidos y provistos de campanillas de diversos calibres y sonidos, al altar; uno (generalmente Pablo) a la puerta de la sacristía y otros en el primer banco, el más cercano a la escaleras del altar mayor. Estos también estaban provistos de campanillas. Todos menos uno que portaba la matraca.

La matraca de Berzocana estaba ya impregnada de la pátina de los años y del humo de las velas. Ennegrecida, con golpes, con las aldabas un tanto torcidas…

La grande contaba con tres de ellas: una más grande por una cara y dos pequeñas por la otra. Había otra más pequeña que solo tenía una por cada lado. En la misa del Jueves a la que nos referimos, la matraca

la portaban o bien Lorenzo *Canete* o Elías Rebollo, dos de los monaguillos más mayores y, por ello, con derecho a algunos privilegios.

Cuando el párroco iniciaba el *Gloria in excelsis Dei* todos los monagos le dábamos con fuerza a las campanillas, campanas, esquilón y fuelles hasta el final del cántico. Jesús acababa de morir y tras el escándalo, el silencio se apoderaba del pueblo. Incluso se tapaban las imágenes de todos los altares y se vaciaban las pilas de agua bendita.

Pero los oficios religiosos continuaban y los toques de aviso a los fieles habían de continuar. Y era aquí donde la matraca adquiría su especial protagonismo. Los ya citados *Canete* y Elías cogían la matraca y el resto de la tropa *monaguilleril* les rodeábamos en tropel caminando al son que ellos marcaban a la espera de que, en un momento de benevolencia, nos permitiesen darle a la dichosa matraca.

Aproximadamente una hora antes de la hora prevista para el inicio de los oficios religiosos se iniciaba el recorrido partiendo de la Cruz de Piedra hacia la Plaza Vieja para continuar por la Calle Nazareno hacia la Altura. A partir de ahí, el callejeo se diversificaba por unas u otras calles, pero siempre yendo a dar a la Plaza desde la cual también se iniciaban otra serie de recorridos alternativos.

— Traca-tracatraca, tracatraca-tra

Le dábamos a la matraca cual si nos fuese la vida en ello. Cada uno queríamos ser el que más fuerte y más rítmicamente hacía sonar el dicho artilugio. *Canete* y Elías corregían postura y nos enseñaban distintos ritmos de golpeteo. Aquello era todo un jubileo más de fiesta que del luto y recogimiento que, al decir del cura, a aquella época correspondía.

Ahora me viene a la mente el chascarrillo del sevillano aquel que un Viernes Santo, en plena *Madrugá* gritó

— ¡Viva Pilatos!

Como quiere que le reprendieron por ello, se volvió sorprendido

— ¡Pero quillo! ¿Tú has pensado que haríamos ahora si Pilatos no llega a condenar a Jesús? Pues nos hubiera jodido *toa* la Semana Santa, ¡Viva Pilatos!

Pues algo así nos pasaba a nosotros con la matraca. ¡Vaya disgusto si no condenan a Jesús y nos quitan la Semana Santa y el silencio de las campanas!

— Tracatraca-tracatraca-tracatraca-traca-tra

El cortejo continuó su ruta Calle Honda arriba para seguir por Carretas y Cortes, salir de nuevo a la Cruz de Piedra completando el recorrido. En los cruces y plazoletas nos parábamos algo más para que los vecinos nos oyesen bien. Pero algo debía de tener el toqueteo por cuanto eran muchas las vecinas que dejando sus quehaceres salían a saludarnos y pedirnos, con gran regocijo, que le diésemos a la matraca. Lo que yo os dije. ¡Viva Pilatos!

Una vez de vuelta a la iglesia se aparcaba la matraca y cada uno nos reintegrábamos a nuestras labores o juegos. Unos quince minutos antes de iniciarse el Oficio religioso, uno de los monaguillos mayores subía a la torre y desde cada campanario daba un toque fuerte y breve con la matraca hacia cada una de las partes del pueblo. Era el toque que correspondía al ordinario esquilón de aviso.

Había otras matracas. Pero no tenían, digamos, ese carácter "religioso" de la aquí descrita. Consistían en una pequeña tabla rectangular a la que por una de sus partes se dotaba de una especie de mango. A ella se unían otras dos algo más pequeñas, una por cada lado, unidas y sujetas por un alambre o unas pequeñas bisagras si el artista que las confeccionaba era más *apañao* o curioso. Al agitar el artilugio, las tablas golpeaban unas contra otras formando un gran escándalo y un ruido, insoportable, al decir de los mayores, y la mar de divertido para nosotros. Yo tuve una que me hizo mi vecino, tío Quico *"Metralla"*. Con ellas en la mano recorríamos el pueblo dando "la matraca" a todos los vecinos. Queda pues aquí claro de dónde viene lo de "dar la matraca".

Yo no lo conocí, pero mi madre me contaba que el Viernes Santo se efectuaba el llamado "Oficio de Tinieblas! Coligo que serían los oficios religiosos correspondientes a la liturgia de citado día, que entonces se celebraban de noche. En un momento de su desarrollo, y siguiendo el tiempo que marcaba la matraca oficial, la grey infantil y juvenil desenfundaba sus matracas y formaban tal escándalo "que no quedaba ni un solo demonio en las cercanías".

Pero tal era el escándalo y jolgorio que se formaba que la autoridad eclesiástica acabó suprimiendo "las tinieblas" para disgusto de los más jóvenes y descanso del resto de la feligresía.

Entrados ya en esta Semana Santa de 2018, traigo a esta página esta remembranza para recuerdos de unos, quizás ya los menos, y conocimiento de la pequeña historia de su pueblo, o del pueblo de sus padres y abuelos, para los más. Espero contar con su aprobación.

Un día de la Aparición muy especial

El sol gateaba lentamente los canchos de la sierra avistando ya en la lejanía con sus aún débiles rayos las ondulaciones de las dehesas goteadas de encinas brillantes del rocío de la mañana.

La villa se desperezaba silenciosa en silencios otoñales adivinando ya en el fresco matinal su soledad cuasi invernal. Pronto aparece Pablo con el que cambio las primeras impresiones del día.

— ¡Hoy tengo mucho trabajo!

Y se marcha con paso ligero hacia el atrio abriendo de par en par las puertas de la iglesia. No tardan en sonar las campanas llamando a fiesta. Hoy es 26 de octubre, día de la Aparición. Todos mis paisanos lo saben, pero aclaro al resto de mis seguidores que se conmemora la aparición de las reliquias de los santos hermanos Fulgencio y Florentina en 1.223. Desde entonces son patronos de Berzocana.

Suenan cohetes y las calles comienzan a animarse. Llegan a la iglesia los primeros cofrades, trajeados y luciendo al cuello la medalla acreditativa de su condición colgando de un cordón amarillo. Entran y salen en la iglesia preparándolo todo. Vuelven a sonar las campanas y estallan más cohetes. Se lanzan de dos en dos, con muchas precauciones, escondiéndose el tirador tras la tabla en la que los coloca. No puedo por menos que esbozar una sonrisa pensando lo que gozarían los cangueses, con mi hijo incluido, (amantes y forofos todos ellos de la pólvora y expertos en tirarlos a mano) si viesen esta escena.

Van llegando los fieles. Abundan los trajes y corbatas en ellos y las galas de domingo gordo en ellas. Repican de nuevo las campanas y

sale la procesión. Abre la misma el estandarte distintivo de la Cofradía de los Santos al que escolta un cofrade con su bastón. Es curioso, y ya me he hecho eco de ello en más ocasiones, que en este día, quizás el de más significación religiosa e histórica, no salga en procesión el arca con las Reliquias. Tan solo lo hacen dos relicarios con los cráneos de Fulgencio y Florentina, y otro con el plegadísimo velo de la santa.

Luce un sol espléndido y ha llegado mucha gente de fin de semana tanto de Madrid como de pueblos cercanos. La iglesia se llena.

Comienza la misa. Me alegra mucho haber parado en mi pueblo camino de Asturias. En esta misa se despide don José Manuel que en tal día como hoy, cuarenta y nueve años atrás, tomaba posesión de la parroquia de la que fue responsable durante dos periodos con unos años de intermedio en los que solo ejerció en Logrosán. En la misma se presenta también el nuevo párroco, don Antonio, de origen pacense, de Manchita concretamente. Resulta emotivo, hay emociones y nostalgias. Y otro detalle: suenan entre las grandes columnas y bóvedas nervadas de la gran iglesia gótica berzocaniega, bandurrias, laudes y guitarras. Es la misa extremeña interpretada por un grupo que ha llegado del Centro Extremeño de Pozuelo de Alarcón. Un detalle más que alegra mi parada. Nunca había oído esta misa y estos instrumentos sonar en la iglesia de mi pueblo. También me dejé contagiar de la emoción del momento.

Hablan José Manuel y Antonio. Y otro Antonio en nombre de la parroquia. Y se entrega una placa conmemorativa a José Manuel. Y suenan los aplausos.

Y allá vamos todos en ordenadas filas a besar las reliquias de los Santos, a "tocarnos a los Santos" como aquí decimos. Y el sacerdote con uno de los huesos largos que se hallan envueltos en unos torneados relicarios de plata toca al devoto en la frente, se lo da besar y toca de nuevo en la frente.

— Que por los méritos de los Santos Fulgencio y Florentina se te concedan la salud y la paz

Y poco a poco entre murmullos y saludos, la iglesia se va vaciando. Acaban los festejos religiosos y comienzan los profanos.

Calienta el sol. Las terrazas de la Plaza se llenan. No hay una silla libre. Suena de nuevo la música extremeña. Los berzocaniegos saben dar a las fiestas un aire muy especial cuando se concentran en la Plaza. Y todos son uno, y uno son todos. Berzocana, sus gentes y sus Santos. Santos a los que honran y veneran especialmente aunque no crean ni ejerzan como católicos.

El viernes comenzaron ya unas jornadas sobre Arqueología que han sido muy seguidas, comentadas y aplaudidas. Las abrió un descendiente de berzocaniega, Francisco Baltar. El sábado, otro berzocaniego, Lorenzo Mera, habló sobre los torques de Berzocana, charla a la que asistí con especial cariño. Sé que ustedes lo entenderán en cuando se fijen en el apellido. En total fueron cinco las conferencias

Demos aquí el mérito a la alcaldesa y su equipo con Miguel Urbina a la cabeza.

Y si el viernes hubo chocolate con churros, el sábado tuvimos comida popular ofrecida por la Cofradía de los Santos y que compartimos todos en la Plaza. Por la noche degustamos rabos de calabaza y una queimada que preparó Urbina. Ello después de presenciar la actuación del grupo de teatro Mostejo, de Cañamero y escuchar al grupo de Neo-Folk "Amor de Madre". Una voz maravillosa que no encontró en el marco de la Plaza (con su bullicio incontrolado) el mejor sitio para una música más intimista y recogida llena de matices y cargada de ayeres. Su marco ha de ser más recogido y personal.

A más abundancia, el día resultó aún más completo por cuanto lo pasé en gran parte en compañía de una familia a la que tengo un especial cariño. Son de Navalmoral de la Mata, y ella, María Josefa, con la que compartí muchos momentos de mi niñez junto a nuestro

también primo, Juan Pastor, es hija de mis tíos Blasa y Demetrio; aquella hija de Berzocana y él un enamorado radical del pueblo y sus gentes y al que debimos de haber hecho "hijo adoptivo". A su marido Andrés, le conocí allá en mis años mozos, y acudieron con su hija María de los Ángeles, su marido, Valentín, y dos de sus nietos con los que pasé un buen rato.

Como les dije al principio, un gran día de la Aparición.

El Acebo y Guadalupe

Han bajado notablemente las temperaturas. Orbaya y el polvo se ha asentado en los caminos. Silencio en las aldeas y en las desiertas calles de la villa canguesa. 17 grados. Silencio también en las de Berzocana. Luce el sol y apunta el calor. 26 grados. Las técnicas actuales te permiten estar y contar lo que sucede en varios lugares estando presente tan solo en uno.

Día de Extremadura, Día de Asturias. Pese a laicidad proclamada dos advocaciones de la Virgen como fondo de la festividad: la del Acebo y la de Guadalupe. La festividad religiosa copa las llegadas a los respectivos santuarios. Romeros de todo tipo suben al Acebo o caminan a Guadalupe. Los vehículos han sustituido a caballerías y andarines. No obstante aún son muchos los que caminan en cumplimiento de alguna promesa o simplemente por placer.

Se hacen esperar los del Acebo. La niebla siembra dudas. ¿Cómo estará arriba?. Sin continuidad, enfila la cuesta de la Avenida del Acebo algún que otro vehículo. Pasa algún joven impetuoso mochila al hombro y chubasquero. No se asustan las mujeres y con Loly a la cabeza emprenden la subida con paraguas y chubasquero

No pasan romeros por Berzocana. El camino se encuentra vacío. Si pasan algunos lo harán en vehículos y ni siquiera entrarán en el pueblo. Lo harán por la circunvalación. Creo que ha pasado algún caballista. Y el pedregal conocido como "El melonar de los frailes", allá en plenas Villuercas, no será hoy hollado. Los muchachos de Berzocana

no podrán ya tirar cáscaras de sandía a los peregrinos ni gritarles aquellos de "*Barrenaos con el culo cagao que vais a Guadalupe a besar el culo a los frailes"*

Son muchos los jinetes que se concentran en Cañamero para iniciar allí, unidos, el último tramo del camino. Proceden de las tierras altas de Badajoz, de la comarca de Trujillo, Zorita y de otros lugares. Lucen jinetes y caballerías.

Prima el camino y la visita al Monasterio en Guadalupe. Las meriendas y la música en el Acebo. Tradiciones, costumbres y ánimos de fiestas con algún toque religioso unen hoy ambos lugares: El Acebo y Guadalupe.

Los últimos pastores de Berzocana. Amalio "Zoconino"

Los párpados me pesaban. Una placidez sedante inundaba mi duermevela matinal. Me arrebujé con el cobertor. Me sentía a gusto. Un olor penetrante de café recién hecho y humo me envolvía en una plácida sensación de bienestar. Notaba una especial dureza en la cama pero ello no impedía el dulce y lento desperezarse del despertar.

Envueltas en los olores me llegaban las voces apagadas de mi tío Amalio y mi primo Quico.

— Las *parías* las dejamos junto al *cercao* y a las *horras* y el resto las subes arriba, junto a la cuerda. La "*h"* sonaba con la honda aspiración extremeña.

Quico no contestó de momento. Al cabo de un rato dijo:

— Vale. Ahora iremos Matías y yo a dar de comer a los perros, queda algo de *salvao* en la lata. Luego levantamos las *estalanqueras* y subimos con las ovejas. Las cabras habrá que llevarlas a otro sitio.

Quico era de mi edad. En aquel entonces debíamos de andar por los once o doce años. Matías tenía dos menos. Los tres estaban sentados en *corchos* alrededor de un fuego chispeante que se encontraba en el medio del chozo. Por fin abrí los ojos. En aquel momento mi tío Amalio encendía un cigarro con un palo llameante que había retirado del fuego y acercaba lentamente a un cigarro grueso que acababa de liar. No hacía aún mucho tiempo que había dejado el pedernal, eslabón y yesca. Ahora utilizaba un mechero de mecha a cuya pequeña

rueda dentada golpeaba con precisión para que rascase sobre la piedra soltando la chispa

Era aquel un tabaco fuerte, de olor penetrante, que se compraba en *cuarterones* y después se liaba a mano. Los libritos que traían el papel adecuado eran de la marca Bambú. Es curioso como permanecen determinados olores en la memoria del tiempo.

No recuerdo exactamente dónde estábamos, quizás en El Brete, una finca situada en el término municipal de Berzocana en la que Amalio Domínguez, conocido como Amalio *Zoconino,* ejercía de pastor. O quizás en el Campillo, también en el mismo municipio. Con él vivía su mujer, Soledad Mera, tía Sole, la hermana menor de mi madre. Tenían tres hermanos: Fulgencio, Lorenzo y José (los Meras) y otra hermana, Florentina, muerta hacía ya muchos años.

Amalio era un hombre inquieto, rápido de reflejos y movimientos. Flaco, nudoso, con manos como sarmientos, cara hirsuta y ojos chispeantes. Siempre se movía con prisas, con actos de rápidos reflejos. Daba la impresión que quería comerse el tiempo, o quizás andarlo. Su hablar se correspondía con las características descritas. Sus palabras eran rápidas, concisas, nerviosas y de un profundo acento extremeño. Todo en él era acción y dinamismo.

Antes de continuar adelante, permitidme que, sobre todo de cara a los más jóvenes, les describa como eran aquellos chozos

Era, ante todo, una construcción de bajo coste. Porqueros, carboneros, pastores, guardas y hombres precisados a vivir en el campo incluso de forma temporal lo venían utilizado como vivienda ocasional, pero a veces, como ocurría entonces, eran muchos los pastores que convertían estas viviendas en espacios permanentes de ocupación. Mas no todos los chozos extremeños eran iguales. Su tipología dependía de los materiales con que estaban hechos, así como de la técnica utilizada para su construcción.

En el que en aquel entonces me encontraba podía considerarse de los más primitivos. Estaba formado por grandes ramas curvas de encina, llamadas *pernás*, con las que se forma una estructura desde el suelo. Después se cruzaban varas más finas que se colocaban horizontalmente. Una vez hecha la estructura, como si fuese una jaula, se le ponía la escoba atándola a la estructura de palos. Al tener tanta pendiente y un tomo vegetal de más o menos cuarenta centímetros, el agua no penetraba dentro.

Su interior era sencillo. Una especie de bancada o escaño construido con troncos de encina rodeaba casi todo el perímetro y se utilizaban tanto para sentarse como para dormir. Las escobas actuaban de colchón aunque también se utilizaban algunos colchones de lana, de la no apta para la venta, que determinaban todo un lujo. En el centro se colocaba el fuego, *la lumbre,* con una base de gruesos troncos de encina que se mantenían siempre ardiendo. Junto a ellos el inevitable puchero para el café y unas *estrébedes* (trébedes*)*

Según cuentan los pastores más antiguos, unas de las épocas de más trabajo para ellos era *la paridera.* Suponía un enorme desgaste para los pastores y contaban algunos que era tal el trabajo que cada semana suponía "apretar un ojal más en el cinto". Una vez pasada ocurría todo al revés.

Después, de cara al verano, venía al esquilo. Duraba solo una semana pero de nuevo apretaba el trabajo de lo lindo. Y eso que la labor de esquilar las ovejas no la hacían generalmente los pastores. Correspondía el trabajo a cuadrillas de *esquilaores* que recorrían los diferentes rebaños de la comarca haciendo este trabajo. Entonces se hacía todo a tijera, las máquinas aún tardarían unos años en llegar. Los pastores debían de llevar las ovejas a los corrales del esquilo, guardar las que tienen por la finca, preparar comida para los esquiladores, atar las ovejas y recoger la lana que luego compraban los borregueros.

Pero volvamos con tío Amalio. Cuenta mi hermano Fulgencio que cuando llegaba la matanza todos los hermanos Mera acudían contentos a ayudar al *cuñao* Amalio. Para ellos, amén del necesario trabajo, era un día de fiesta en que corría el vino y el buen humor.

Llegado el momento de comenzar a despiezar el cerdo, los Meras se daban con el codo unos a otros, se conchababan, levantaban una pieza de carne en alto y preguntaban:

— Amalio ¿qué hacemos con esto?

Generalmente Amalio se encontraba en otros menesteres como amasando los chorizos y morcillas, preparando los palos para colgarlos o ayudando a las mujeres en la organización. Entonces sin tan siquiera volverse a ver que pieza le indicaban y deduciendo que se trataría de desechos, contestaba rutinariamente:

— Eso, ¡tirarlo!

Repetían la jugada una y otra vez entre risas.

Mi tia Sole, le regañaba:

— Pero Amalio, ¿tas tonto? ¿Cómo van a tirar eso?

— Toma José, ¡tíralo!, señalaba tío Gaspar que en realidad se llamaba Fulgencio.

Una de las veces, tío Lorenzo, el más serio, pero quizás el más socarrón, levantó un jamón en alto:

— Amalio ¿Qué hacemos con esto?

— ¡Tirarlo, coño, tirarlo!, y no deis tanta lata.

La risa y el jolgorio de todos fueron notables. Hasta de tío Amalio que al final terminaba riendo con ellos las continuas bromas. Todos pararon en sus quehaceres y bebieron juntos

— ¡Ay Amalio!, si es que eres un inocentón, siempre terminan tomándote el pelo, parece mentira que aún no conozcas a mis hermanos, le decía su mujer.

— Bueno, bueno, venga, que hay mucho que hacer.

Suele contarse que entre los pobres hay más hijos porque el hacerlo es la diversión más barata. Mis tíos Amalio y Sole cumplieron la tradición y repartiéndolos por diversos lugares. Fueron naciendo en fincas distintas donde sus padres iban desarrollando el pastoreo.

No pasó, pero pudo pasar en más de una ocasión, lo que nuestro paisano, el poeta Luis Chamizo narró en "La nacencia". La mujer estaba a punto de parir y el pastor hubo de emprender rápido camino hacia el pueblo para que "la partera" pudiese atender el nacimiento. No hubo tiempo. Junto "*a un arroyo de agua clara"* se produjo el nacimiento y allí, en aquel agua, el pastor lavó a su hijo que *"tié que ser campusino, tié que ser de los nuestros, que por algo nació baj´una encina del camino nuevo"*.

En el límite de que ello ocurriese se encontraron en alguna ocasión Amalio y Sole. Puede que me confunda pero creo que Quico, Matías y Pili nacieron en la época de "El Brete"; en "El Campillo" puede que fueran Matilde, Juana y Sole; y Consuelo, la más pequeña en Las Gargáligas (ya en la provincia de Badajoz). Por cierto ya estaba crecidita cuando acudió por primera vez al pueblo.

Amén de estas fincas citadas, Amalio y Sole trabajaron también en "La Hoya", Hernándonez" y "La Dehesa".

Cuando se hallaban en "Las Gargáligas" sucedió lo que continuación les narro:

Había anochecido y Amalio se encontraba inquieto. Le faltaban unas cabras y el acostarse sin saber su paradero no iba con su natural hacer. Tras un rato de removerse inquieto en el asiento se levantó raudo, se puso de nuevo los zahones (aspírese la h) y salió a la noche. La luna, en creciente, daba la luz necesaria para moverse en el campo quien a ello está acostumbrado.

Estaba convencido que los animales tendrían que hallarse en un jaral no muy lejano en el que seguramente se habían internado despistándose. Hacia allí se dirigió metiéndose en el mismo a la vez que

con los labios emitía los característicos sonidos con que se llama a las cabras.

De pronto, justo bajo su nariz apareció el cañón de un fusil y tras él una cara amenazante medio difuminada entre las jaras y la noche.

— ¡Alto ahí! ¿Qué está haciendo por aquí a estas horas?

— Las cabras, las cabras, atinó a balbucear Amalio que prácticamente se había quedado paralizado por la sorpresa primero y por el miedo después.

— Pues ahora mismo vuelves por dónde has venido y te olvidas de todo esto. Tú no has visto nada ni te has encontrado con nadie. Ni palabra o volvemos y acabamos contigo y con toda tu familia; amenazó el hombre que poco a poco fue bajando el fusil.

— ¡Largo!

Amalio, tenso como cuerda de violín y con los nervios a punto de romperse como cántaro sobre roca, giró y emprendió la carrera.

No recuerda en absoluto cómo ni cuánto tardó en llegar a casa. Cayó por una fuerte pendiente y rompió un brazo. Llegó a casa, lívido y descompuesto. Era tanta la tensión que ni siquiera notaba el dolor del brazo. Ése llegó bastante después.

— Amalio, ¿qué paso?, inquirían su mujer y sus hijos.

— Caí, no sé como pero caí, era lo único que repetía una y otra vez Amalio.

Los años pasaron uno tras otro, los tiempos fueron cambiando al igual que las costumbres y los trabajos. La emigración se llevó, como sucedió con tantos otros, a los hijos de Amalio y Soledad. Ésta murió joven. Se fue dulcemente y en silencio al igual que había hecho toda su vida

— Amalio, ¿pero todavía no conoces a mis hermanos?. ¿No ves que siempre están de bromas en la matanza?.

Fue entonces, cuando Amalio ya había marchado a Madrid con sus hijos, al volver un verano al pueblo cuando, sentados en la mesa

camilla, en la cocina de mi casa, Amalio contó a mi madre, Inés, lo sucedido en Las Gargáligas. No sabemos si llegó a contárselo siquiera a su mujer o a alguno de sus hijos.

Todo apunta a que Amalio, en su búsqueda nocturna de las cabras, se había dado de bruces con una partida del *maquis*, ya entonces a caballo entre la resistencia a Franco y bandolerismo, que aún operaba por aquella zona.

Mi tío Amalio murió en Madrid, muy lejos de las dehesas en las que había vivido y a las que había amado con trabajo y callado sufrimiento. Estoy seguro que en sus últimos momentos no vio los grandes edificios que le rodeaban, ni le llegaba el bullicio chillón y agrio de vehículos y sirenas. Estoy seguro de que Amalio se fue oyendo el susurrar del viento de otoño entre las encinas extremeñas y el balar lejano, cada vez más lejano, de las ovejas, de sus ovejas

Estaba en el chozo donde un olor penetrante de café recién hecho y humo envolvía todo en una plácida sensación de bienestar. Amalio se quedó definitivamente dormido.

Las últimas procesiones dieron paso al vacío

Ayer terminaban las últimas procesiones. Las aconfesionales, esas en las que los cuerpos se desplazan apiñados en los coches entre niños gritones y bártulos de todo tipo. Cual penitentes disciplinados enringlan filas tendentes casi siempre a confluir en Madrid. Estaciones penitenciales y de agobio que arrancan en cientos de pueblos y acaban en el cabreo capitalino.

Al igual que la Navidad, la Semana Santa camina lentamente a la pérdida de su sentido originario religioso en aras del consumismo, el ocio, el viaje, y los momentos que pomposamente, repiten acá y acullá, como "cargar pilas". No quiere esto decir que no pervivan momentos de fé y religiosidad en muchos de los actos que se celebran. En otros, caminan de la mano religiosidad, tradiciones y descanso en armoniosa (según casos y lugares) combinación.

Han vuelto ya todas las imágenes a sus iglesias de procedencia. Las prisas y el agobio cotidiano han vuelto a enseñorearse de las ciudades cual si estos días no hubiesen existido, cual si nada hubiese pasado. La diaria y monótona rutina ha vuelto a las cuasi vacías calles de los pueblos que rumian sus silencios de apertura primaveral cual si el invierno se negase a abandonarlas. Tan solo el aumento en el canto de los pájaros y el color de alguna flor en una ventana señalan que hay más horas de luz, que no de sol y calor, reacios aún a hacer acto de presencia.

Han terminado todas las procesiones. Llueve en esta mañana silenciosa, oscura e invernal. No hay ya sequía en las dehesas ni en las fincas de labor. Están llenas las charcas y corren ríos, regatos y regueras. "Tiene que volver a llover, es mucha la sequía acumulada". La sabia voz del hombre del campo precisa las necesidades del mismo, Ahora puede llover sin que los capitalinos se enfaden. Algún día entenderán que el que haga "mal tiempo" no tiene nada que ver con que llueva en Semana Santa, puede ser también "mal tiempo" el que los calores se desaten en estas fechas o por el tan deseado puente de mayo.

Han vuelto los agobios a la ciudad y a los grandes pueblos. Los niños cargan de nuevo con sus inhumanas mochilas, la mayoría de las veces llenas de peso y vacías de saber. Son los más remolones a la hora de abandonar la aldea. Saben que en sus calles y caminos, en sus fuentes y regatos, dejan la libertad de unos días, incluso el derecho a ensuciarse o llenar la mesita de noche de piedras y palos. Y aquí el lector pensará, y con razón, que hay padres que ni en el pueblo dejan a los niños ser niños.

Avanza lluviosa la mañana. La sierra se encuentra oculta por la niebla. Tras la procesión "del encuentro" del Domingo de Pascua en que hombres y mujeres procesionan por separado para unirse en la Plaza y volver juntos a la iglesia, la campana del reloj marca perezosa el lento trascurrir del día.

Duerme el pueblo sueños del ayer con preocupaciones del mañana, quizás un mañana vacío en el que ni siquiera se procesione el Viernes Santo.

Un pregón de sentimientos y nostalgias (Fiestas 2016)

Acababan de sonar las once de la noche en el reloj de la iglesia. La tarde había transcurrido plácida y soleada y una ligera brisa soplaba de la sierra llenando el anochecer de una fresca placidez.

Las terrazas ya estaban llenas. Poco a poco se llenaban también las escaleras y los más jóvenes tomaban el centro de la plaza distribuyéndose en un ordenado desorden por la misma. Bolsas y más bolsas de plástico. Botellas y más botellas. Y hasta carritos llenos de bebida. Un grupo extendió una moqueta por el suelo para asegurarse comodidad. Un autocar dejó otra ola de jóvenes cañameranos. Y llegaron más de Logrosán. Y quizás de otros lugares. Y muchas chicas jóvenes, casi todas clónicas en el vestir y el estar. Los chicos bastante más heterogéneos.

Como suele suceder en "esta ilustre villa" todo va siempre con retraso. El pregón, anunciado para las once comenzó ya más cerca de las doce que de la hora anunciada. Y fue tras un breve saluda de la alcaldesa y la presentación del pregonero de este año**: Francisco Escobar Olivas**, maestro y escritor, amén de berzocaniego convencido y ejerciente.

Fue el suyo un pregón sentido, vivencial, lleno de recuerdos y nostalgias de su niñez y su adolescencia por las calles de Berzocana. Y de sentido homenaje para muchos que compartieron con él vida, ilusiones, correrías y travesuras. Permitidme, dijo, " …..en forma de homenaje un recuerdo hoy ineludible para mi madre que sé que esta noche

me mira orgullosa desde esas escaleras…".Y uno, instintivamente, volvió la vista y sí, allí estaba la Gregorina sonriente y orgullosa.

Y también "un saludo vivo a las columnas sabias y perpetuas de aquellos a los que debemos tanto: nuestro Párroco, Don José Manuel Rubio, nuestros eternos maestros Don Florencio y Doña Felisa….".

Y a sus amigos José Luis, *Peseta*, Antonio *Bonilla*, Miguel Ángel *Trincao*, Pedro María, Martín… "…. "Os canta el joven que cogió la Doaldi como muchos de vosotros para seguir un camino lejano que por suerte tiene cambo de sentido y vuelve siempre a las Villuercas…… os relata el hombre que ansía ver Agosto asomar tras el Cogorro para estar como todos los años, en las Fiestas de mi Pueblo".

Y toma el pregón un giro reivindicativo y poético: "Construyamos pues estalanqueras con flores de jara para dejar afuera los malos momentos vividos este año y no permitamos que los zarzales ahoguen nuestros hoy festivos sentimientos. Llenemos los zaguanes de costales de pan de abrazos….Y apilemos también artesas con colmo repletas de besos para nuestros abuelos.".

Acabó Paco con los preceptivos vivas a Los Santos y al pueblo entre los aplausos de los presentes, incluidos los de los forasteros y locales que ya habían iniciado el botellón festivo, y de cuantos, con su pregón, reconstruimos en esa noche festiva unos tiempos idos que permanecerán por siempre en la memoria individual y colectiva de un pueblo.

Gracias, pregonero.

Aquellos días de radio en común y auge de los eriales

Cuando esta mañana mi emisora de cabecera recordaba que hoy se celebra el Día de la Radio, y como a buen setentón corresponde, un montón de vivencias acudieron a mi mente.

Iniciaba la década de los cincuenta su último tramo. Cuando junio comenzaba a abrirse, los vecinos de la calle Carretas, allá en mi Berzocana natal, comenzaban a salir al fresco. Provistos de su correspondiente silla se concentraban en diversos y tradicionales lugares que se repetían así mismo en cada barrio. Los más cercanos a mi casa lo hacían junto a la puerta de *tío Tostao,* donde un poyo de piedra servía de aglutinante y facilitaba asiento a los más puntuales.

Allí acudían tío Miguel *Portales*; su cuñado *Orejinas,* sus mujeres; tío Gregorio, *el molinero;* tía Juana *Parrá;* tio *Metralla* y su mujer; el propio tío *Tostao* y su mujer, tía Flor Mena; tío Joaquín, que debía de ser de los más viejos; tío Augusto y su mujer; tía Virtudes y su marido, Juan *Repóntigo;* tía Berenguela… y así todos los vecinos.

Llegadas las diez de la noche, me mandaban conectar la radio que previamente ya había colocado mi madre en la ventana de la salita de cara a la calle. Era el único aparato en todo el barrio y, fíjense, aún lo tengo en mi poder.

Era esa la hora de ***El Parte***, pues así se llamaba el informativo que emitía Radio Nacional y al que estaban obligados a conectarse todas las emisoras del país que por entonces no eran muchas. En nuestro

caso daba igual pues solo se oía la citada RNE. Se llamaba así, El Parte, a la emisión de noticias debido a que durante los años de la contienda civil, el espacio informativo por antonomasia era, precisamente, *el parte de guerra*. Aún hay personas en las zonas rurales que así lo siguen llamando: el Parte

— Aquí Radio Nacional de España. Son las diez de la noche. Su excelencia el Jefe del Estado, Francisco Franco…. Comenzaban día tras día tras una musiquilla militarizada que aún puedo tararear como tantos de mi generación, o anteriores o posteriores

Los vecinos atendían a las noticias no sin que ello evitase los comentarios sobre la marcha. Comentario positivos, pues a ver quién era el guapo que allí, en público, se atrevía a llevar la contraria a su excelencia el Jefe del Estado.

En los informativos existía una censura (la Ley de Prensa así lo establecía), o lo que es lo mismo, las radios no podían programar nada que el poder político no quisiera. Los censores se ocupaban de revisar los guiones para que nada indebido se les escapara, al tiempo que las radios comerciales, las privadas, estaban obligadas a conectar siempre con Radio Nacional de España.

Sin embargo, lo que mejor recordamos la chavalería de entonces era el final.

Tras el toque de un cornetín de órdenes sonaba la voz impostada del locutor:

— Aquí Radio Nacional de España, ¡Viva Franco! ¡Arriba España! Y comenzaba a sonar el Himno Nacional que entonces nadie se atrevía a pitar

Fueron estos años la época dorada de los seriales, cuyo éxito radicó en las complicadas tramas que, día tras día, al final de cada capítulo, dejaban al oyente a la expectativa. Iban dirigidos no solo a las mujeres, sino a todos los sectores de la sociedad. Ya unos años más tarde, iniciados los sesenta, recuerdo cómo iba por las calles cobrando las letras a

aquellos vecinos que habían comprado a plazos y a lo que me mandaba mi padre, a la sazón corresponsal del Banco Español de Crédito en el pueblo. Ya había bastantes más aparatos de radio y, en mi recorrido, iba escuchando seriales como "Ama Rosa" o "Lucecita", seguidos en masa por los vecinos y que conllevaban que los que no tenían radio fuesen a aquellas otras casas que disponían del aparato. Detrás de mí lo siguió viviendo igual mi hermano Miguel.

Los seriales abarcaron todos los géneros y describían situaciones que poco o nada tenían que ver con el día a día del país, recreando una realidad a la medida de la dictadura. Los guionistas eran una pieza importante de ese engranaje, siendo el hombre más popular Guillermo Sautier Casaseca, que fue el rey del melodrama por la citada "Ama Rosa", una importante serie con gran repercusión en los oyentes y que fue llevada al teatro y al cine. El folletín iba dirigido a todas las amas de casa, pero la comedia costumbrista buscaba la complicidad de toda la familia, siendo su máximo exponente 'Matilde, Perico y Periquín', creado por Eduardo Vásquez.

El oeste americano también llegó a la radio con los seriales 'El Coyote' y 'Dos hombres buenos', del autor José Mallorquí.

Permítame el lector que hoy, Día de la Radio, les traiga estas añoranzas infantiles. ¡Quién me iba a decir entonces que iba a terminar trabajando en la misma!

Romería de San Isidro y cerezas viajeras en 2014

Nada más cruzar "la *puente Moh.ea*" (Puente Mohedas) divisé a los primeros romeros tras los alambres de cierre de la *Desa* (Dehesa). Me extrañó puesto que la ermita estaba un poco más arriba, en la colina. Viajábamos mi mujer y yo con mi *cuñao* Tomás y mi hermana Inés María a la romería de San Isidro. Habían transcurrido unos cuarenta y tres años desde que acudí por última vez a la misma. Entonces se celebraba en el Alto de Solana donde se ubicaba la ermita, hoy abandonada, y donde tuvo su origen la fiesta de la mano de la Hermandad de Labradores y Ganaderos, su presidente Librado, y su secretario, Juan Luis Rodríguez.

En aquel entonces, en un viejo seiscientos de tercera o cuarta mano, ¡vaya usted a saber!, viajamos desde Madrid seis personas (tres parejas de novios) por aquellas carreteras, sus caravanas, el cruce de Talavera y la pista de tierra que desde la general, donde ahora está La Ventilla, te llevaba a Berzocana esquivando piedras, baches, ovejas, y dando múltiples saltos. Y todo para estar la tarde del sábado e iniciar la vuelta el domingo. Unas seis horas para ir y otras tantas para volver. La otra opción era hacer el viaje por los Guadarranques, lo cual también tenía su tela. Toda una odisea tan solo explicable por la juventud de la que entonces disfrutábamos.

Ahora han cambiado muchos las cosas y el viaje Madrid-Berzocana es tan solo un placentero paseo.

En esta ocasión yo llegaba desde Asturias. Siempre había dicho que en cuanto me jubilase acudiría a la romería de San Isidro. Por unas

u otras causas todo se fue retrasando hasta que, con la jubilación de Maribel, mi mujer, se hizo posible. Y allí estábamos. No en "la pradera" pero sí en una gran explanada presidida por la ermita y con el campo exhibiendo primavera por todos sus poros.

Los romeros se distribuían de una forma muy especial. De una forma, intuí, que venía a definir la especial relación de vida de las familias agricultoras y ganaderas extremeñas y las dehesas: bajo cada encina, a su sombra, se distribuía una familia completa. De esta forma, el campo se abría en todas direcciones adornando cada tronco, cada copa, de un singular e insólito colorido.

Allí, bajo una de ellas, nos colocamos nosotros. Mi hermana, su marido Tomás, su hermana Mari, Pepe, Juan Luis, Juan y toda la familia del Puerto. Un poco más allá, bajo otra encina, mis sobrinos Elena y Míguel, junto con sus hijos y sus amigos, también habían montado su mesa. Detrás lo habían hecho Lorenzo y Nati, la de tía Jerónima, con sus hijos y nietos. Más abajo, un numeroso grupo de jóvenes, que ya había hecho la preceptiva vigilia nocturna al Santo, habían montado su particular discoteca y se lo pasaban en grande. Exhibían un rótulo, anteriormente colocado en una entrada a la finca, unos kilómetros más arriba, en las que con letras rojas podía leerse: "Peligro, reses bravas". Y allí lo habían colocado, en la encina, quizás sin percatarse de lo fácil que se lo ponían a quienes quisieran lanzarles dardos o puyas dado el volumen de su música.

Más arriba se instalaron Diego y la Ventura con sus hijos y nietos, y Pedro, el del bar, con su familia y numerosos amigos. Y allende la ermita *Chori* y los suyos; y aún más allá José *Salero,* cual patriarca bíblico, presidía con solemnidad la mesa familiar. Y al final, mi amigo Fujito *Pío*, inaccesible al desaliento y luchador nato y animoso contra todo lo que pretende minar su salud, sentaba sus reales de romero isidril.

Y así se distribuía el personal en círculos concéntricos que partían de la ermita: una encina, una familia, un grupo.

Estábamos tan distraídos que no nos percatamos que ya había finalizado el acto religioso que, a falta de cura, dirigió Antonio *Mosquito,* y se había iniciado la procesión alrededor de la ermita. Llegamos justo cuando ya entraba la imagen. Problema de la falta de campana, aunque me contaron que hacía tiempo se había hecho una puja para entrar al santo a su ermita cuya recaudación iba destinada a adquirir una campana. Quizás la estén fabricando, no me sean ustedes mal pensados.

Tumbados en unas cómodas sillas llevadas allí al efecto, tomamos unas cervezas frías mientras el personal se lo pasaba en grande en la tómbola que había instalado la Asociación de Mujeres y en la que todo número tenía premio. Te tocaban las cosas más insólitas y los cachivaches más insospechados, todo ello entre risas, puyas y un gran sentido del humor, sentido del que mis paisanos saben hacer especial gala. Y allí estaba para demostrarlo con hechos, tocado con un sobrero *pah.ero* (de paja), de los de antes, mi vecino José Luis *Sotana.*

También es el campo de San Isidro, en la *Desa,* buen lugar para celebrar un cumpleaños. Y así lo entendieron Sergio y sus amigos que cantaron el "Cumpleaños feliz", apagaron las velas y colgaron la piñata de una encina entre el jolgorio de grandes y mayores. Sergio, el cumpleañero, no tardó en colocar una portería que le habían regalado y organizar un original partido de fútbol bajo los ramajes.

Poco a poco las mesas comenzaron a llenarse de las más variadas viandas. Sería más que prolijo el enumerarlas aunque solo fuese en parte. Si lo que salía de una cesta estaba riquísimo, lo de la fiambrera de más allá no le iba a la zaga. Uno no daba abasto ni siquiera a probar lo allí presentado: las Bodas de Camacho, narradas por Cervantes en El Quijote, quedaron allí empequeñecidas.

Sí he de hacer aquí especial mención a unos torreznos riquísimos, crujientes, sabrosos, llenos de recuerdos de campos y matanzas, que la mujer de Juan Luis, Manoli, puso sobre la mesa para especial deleite de quien esto escribe y de su mujer. Todos coincidieron en destacar la especial habilidad de la cocinera para conservarlos y darlos su punto

exacto en la fritura. Aquellos torreznos eran un excelso y silencioso homenaje tanto al cerdo como a las encinas que nos daban sombra y le habían proporcionado su sustento.

Pero aún nos guardaba Juan Luis Torres una sorpresa. Puso sobre la mesa una caja de cerezas gloriosas, rojas como un atardecer en los encinares envuelto en múltiples matices, gordas, pletóricas. Una vez en la boca rompían en un arpegio de sabrosos sabores que inundaban el paladar y aún repartían matices especiales garganta abajo. Eran las primeras cerezas del Puerto, un canto gastronómico a este especial fruto y un canto al trabajo bien hecho de los hombres y mujeres que consiguen esta alta calidad y con quienes tuve el placer de compartir mesa y mantel. Las primeras cerezas de Las Villuercas.

Por eso de la dependencia de las nuevas tecnologías, a mi mujer no se le ocurrió otra cosa que mandar a mi hijo una foto de la caja de cerezas. Su respuesta fue inmediata. Nos llamó de todo y señaló su especial envidia. A la hora de partir, Juan Luis y Pepe me entregaron una caja del rojo fruto.

— Que no se diga que tu hijo va a estar hoy cabreado o va a pasar ganas de cerezas. Toma.

Al día siguiente las cerezas viajaron a Sevilla donde recibieron el oportuno homenaje de los destinatarios y aún hubo algunas que llegaron con el firmante hasta Conil de la Frontera donde se dio buena cuenta de ellas.

Decían que había menos gente que otros años y quizás así fuese. Lo que no podíamos prever ni mis paisanos ni yo es que la vida y la muerte tienen sus especiales parámetros marcados y en ellos no cabe alteración alguna.

Nunca pude pensar que tantos años esperando para ir a San Isidro habría de hacerlo en tales circunstancias pero ello me permitió asistir al entierro de mi amigo Fulgencio Hidalgo por la mañana y al de mi vecina Teresa por la tarde. Descansen en paz.

Mas como la vida sigue, nos vemos el próximo año en San Isidro

Ayer no fue un buen día

12-01-2017

Transcurría monótona la mañana. Tras echar un vistazo al periódico iniciaba la redacción de un artículo sobre los peligros que acechan en la AS-15, en Asturias, para enviarlo a la radio, cuando el aviso de mensaje sonó en mi teléfono. No hice demasiado caso. Hay mañanas en que se pone muy pesado. Un rato después abrí el móvil. Era un mensaje escueto y rotundo de mi hermano fechado en Berzocana: "*El primo Quico ha muerto, le entierran aquí mañana a las dos. También ha muerto en Canarias Mari Carmen Mejías, no sé qué día la traen*".

Tardé un momento en reaccionar. Cerré el móvil y me asomé a la ventana. El día estaba gris y frío. Poco a poco, en mi interior se fue llenando de luz y de sol. Mi mente viajaba en el tiempo y en el espacio volviendo a mis años de adolescente. Retazos de aquel entonces se entremezclaban como fogonazos incontrolados. Quico Domínguez Mera y Mari Carmen Mejías Rivas se nos habían ido y con ellos se nos iba también un trozo de nuestro ayer. Meses arriba o abajo éramos prácticamente de la misma edad.

Vi a mi primo Quico, zurrón al hombro, andar ligero bajo las encinas silbando y gritando a las ovejas para mantener el orden del rebaño. Tres o cuatro cabras se acercaron a él sumisas. Les premió con un poco de sal sacada del zurrón. Las pequeñas vivencias se agolpaban. Mis ratos con él y mi tío Amalio en el chozo, junto al fuego. Sus charlas sobre el ganado. El despertar entre el humo y el olor fuerte del café recién hecho, sus vivencias en unas y otras fincas, sus venidas al pueblo…

Aunque se fue a Madrid con toda la familia creo que Quico, al igual que le ocurrió a su padre, se fue tan solo en cuerpo, su espíritu permaneció siempre libre y sin ataduras en los campos extremeños. También creo que en las noches de insomnio y ruidos se aislaba pastoreando por laderas y cañadas y llamando a cada oveja por su nombre. Estoy seguro que, entonces, una sonrisa se dibujaba en su boca y se quedaba profundamente dormido.

En los últimos años, la enfermedad, y creo que también la tristeza por los campos, brisas, el ruido del agua en la tierra o el calor del sol en los secarrales, que había perdido con su marcha a Madrid, le llevo a irse encerrando en sí mismo. Caminaba ensimismado tras su hermana Pili a la que no dejaba ni a sol ni a sombra y en la que se refugiaba.

Seguro que estará ya en las praderas eternas junto a su padre y ambos, con el zurrón repleto de sal, reirán felices caminando tras el ganado o preparando unas migas con torreznos bajo la atenta mirada de su madre.

Al mismo tiempo que su imagen se diluía iba apareciendo la de Mari Carmen Mejías. Era hija de Don Pedro, el maestro, y de Ana Rivas, que eran mis padrinos.

Al decir de Jesús *Balaguera,* también de nuestra edad, y que todos los veranos acudía la villa a casa de tía Brígida *Cotrina*; ella, la Pepita de Don Fernando (algo más mayor), y la Tere *Obispa* eran, con mucho, las más guapas del pueblo. Y debía de ser verdad porque todos los muchachos andábamos siempre alrededor de ellas como moscones zumbando en las tardes de agosto.

No hace mucho cayó en mis manos una foto de un grupo de mozas de por aquel entonces en la que aparecía con un vestido blanco muy vaporoso y con una sonrisa encantadora.

También la veo con sus amigas en la carretera, entre el Rehoyo y el Peral de las Mozas, en una tarde de domingo de esas que el sol llenaba de rojos al ponerse por la dehesa incendiando las encinas y los tejados

del pueblo. Por allí andábamos también nosotros; el citado *Balaguera,* Juan *Chítala, Luis Gordura,* Genio *el del cabo* y su hermano; Rafa *el de Don Lorencito,* Pablo *Chichas* Marchena, Fujito…

Y el párroco, Don Delfín, subiendo y bajando la carretera velando por las buenas costumbres, la separación de chicos y chicas, y recordando que el Peral era el punto máximo al que se podía llegar en el paseo vespertino.

Se deslizan por la mente brochazos de momentos vividos por las calles de Berzocana y, curiosamente, todos se sitúan en tardes de verano o primavera. Los invernales se han diluido como el azúcar en el agua. O quizás algo haya tenido que ver en ello la risa sonora de Mari Carmen o su picardía al bromear con unos y otros sabiendo muy bien que era admirada.

Tiempo después la vi alguna vez en Madrid. Estaba como siempre. Después se iría a Canarias y tan solo hablé con ella algún que otro verano, en Berzocana, cuando yo iba a visitar a sus padres.

Desde Canarias volverá Mari Carmen a su pueblo de niñez y adolescencia, de veranos largos o visitas cortas determinadas luego por las obligaciones. Volverá a pasear por la carretera de Cañamero, hasta el Peral de la Mozas, y se sentará en su ya casi inexistente piedra para hacerse una nueva foto.

Y así la seguiremos viendo los que con ella vivimos unos tiempos en los que la calle y la libertad pueblerina forjaron amistades que trasciende más allá de la propia vida física.

Quico Domínguez Mera y Mari Carmen Mejías Rivas se nos han ido y con ellos se nos ha ido también un trozo de nuestro ayer

De Madrid a Berzocana: Anises de alterne, Navidad y el "cuesco" de *Canarias*

— Ponme una copa de anís La Asturiana

La petición, efectuada por un paisano de mediana edad con voz resuelta, me hizo levantar la mirada del periódico que leía sentado en mi lugar habitual, junto a los amplios ventanales del bar El Molinón en Cangas del Narcea. Las manecillas del reloj del local estaban a punto de alcanzar las tres de la tarde.

Y es que, seguro que al igual que le ocurre a muchos de mis lectores, oír pedir una copa de anís en el bar se había convertido ya en algo obsoleto, en algo perdido en el almacén de la memoria. Y si me apuran hasta de coñac, aunque este licor es algo más normal (que no habitual) a determinadas horas.

Tras la primera impresión, me llamó la atención que pidiese en concreto La Asturiana, algo que hizo que la camarera tuviese que revolver en los estantes superiores del mostrador para encontrar la botella. Eso confirmó que no era ni mucho menos habitual que los clientes fuesen dados al anís.

Cerré La Nueva España, y dejé que mis recuerdos volasen hasta un bar de la glorieta del Puente de Vallecas, cuyo nombre no recuerdo, en que el que desembocábamos desde Méndez Álvaro una vez terminada nuestra jornada laboral en Isodel Sprecher (fábrica de aparamenta

eléctrica) hacia las cinco de la tarde, dependiendo este momento de las horas extraordinaria que hacíamos.

Allá alternábamos con copas, copas clásicas, no lo que ahora llaman copas y que son cubalibres o *gintonic* que generalmente se sirven en vaso largo o ancho y no en copa.

Alfonso Yuste, Joaquín Cortés y Francisco Gamo, mis compañeros de trabajo y alterne solían pedir coñac,Veterano o Soberano, y yo bien coñac 103, bien sol y sombra (para los más jóvenes: mezcla de coñac y anís). De vez en cuando Yuste daba la nota y pedía anís. Pero había un problema: a él le gustaba el anís Machaquito y, aunque al parecer en Córdoba, de donde era originario al igual que Cortés, lo seguía habiendo, a Madrid ya no llegaba, y esto indignaba a mi compañero, poeta gongoriano en sus ratos libres y profundo admirador de Lorca y Hernández. Había sido comisario político en la guerra y luego estuvo condenado en la construcción del Valle de los Caídos, hechos de lo que no le gustaba hablar. Tenía buena pluma y escribir era su pasión.

Entonces, y a medida que pasaban las horas y todos nos animábamos, comenzaba a pedir y a comparar:

— Chaval, ponme Las Cadenas

Degustaba, paladeaba y mostraba su desacuerdo.

— Esta que sea del Mono

Y volvía a degustar y disentir.

— Nada que no, que no llegan al Machaquito

— Vamos a probar con La Asturiana.

Y vuelta a repetir el ritual

Y se ponía drástico: una de Cazalla, una de Chinchón…

— Esto mejora algo, argüía paladeando

Ni qué decir tiene que cuando llegaba el anochecer, la cosa estaba ya más que cargadita. Claro que no éramos los únicos. El alternar con copas era la normalidad en aquellos años (década de sesenta) al salir del trabajo y tras haber comido en los comedores de las propias

empresas. Grandes empresas en la que la Calle Méndez Álvaro era entonces pródiga.

La mañana de Navidad en Berzocana

La otra remembranza al respecto del anís me llega de Berzocana, mi pueblo natal, y debió de ocurrir allá en los inicios de los sesenta.

Era el día de Navidad. Mi primo Juan *Cotrineja* y yo habíamos asistido, en calidad de monaguillos (bajo el mandato y vigilancia de mi abuelo Juan Luis, sacristán y organista), a la Misa del Alba, la Primera Misa que allí decíamos.

Como teníamos tiempo hasta la hora de proceder a los toques de llamada para la misa mayor, nos llegamos hasta la Plaza, eje de la vida del pueblo, y en la que los mozos que habían celebrado como *es debío* la Nochebuena, aún cantaban y alternaban.

Era la típica mañana invernal extremeña. Lucía el sol y los campos estaban cubiertos de una fina capa blanca. El aire expirado por unos y otros se trasformaba en un vaho acuoso que marcaba mejor que el termómetro lo frío de la mañana pese al sol que acariciaba los tejados y las copas desnudas de los álamos de la citada Plaza.

De pronto todo comenzó a agitarse. Los mozos corrían de aquí para allá. Unos cuantos llegaron corriendo desde la carretera de Cañamero

— ¡*Canarias!,* ¡*Canarias* se ha puesto malísimo!

Algunos emprendieron camino hacia la bocana de la carretera. Y hacia allí corrimos Juan y yo adelantando a todos.

En el Rehoyo, un grupo de mozos rodeaban a *Canarias* que tiritaba de frío. Más que tiritar eran como convulsiones. Le arropaban con unas y otras chaquetas pero no había nada que hacer.

— Hay que llevarle a casa rápidamente

— No. Mejor que le vea don Aurelio el médico que vive más cerca

— Uno de los mozos, *Tarra*, sentenció: "Tiene un peo de anís de tres pares de cojones"

— Y en ello estuvieron de acuerdo Juan *Quinceño,* José Justo, y otros mozos veteranos allí presentes

— Pero un cuesco mu cojonúo, apostilló José Justo

— Estuvimos alternando hasta hace poco en la cocina de Sena y no paró de *pimplar*, pese a que le advertimos unas cuantas veces

En estas se hallaban cuando, de repente, *Canarias* se levantó, salió disparado carretera arriba gritando y quitándose chaqueta y camisa. Y ya cuando la emprendía con el cinturón para bajarse los pantalones, los mozos le dieron caza y procedieron rápidamente a inmovilizarlo y taparlo. Ya les he dicho que la mañana estaba un rato fría.

Un par de minutos después, *Canarias* tiritaba de nuevo *transiíto* de frío, según explicaba Pedro *Ramono*, que junto a *Pacorro* y Pepe Merino habían acudido a ver qué pasaba.

Poco a poco, entre unos y otros lograron ir controlando la situación, acercar a *Canarias* hacia la Plaza y así llevarlo hasta su casa, en la llamada Casa de Dios, más allá de la Plaza Vieja, donde vivía.

Y aquel día me enteré de primera mano de que lo ocurrido a *Canarias* eran los síntomas de una borrachera de anís (fuera de la marca que fuera): pasar en cuestión de segundos de tiritar de frío a sudar como un condenado y, en otro segundo más, al contrario.

Por cierto que nunca logré averiguar el origen del mote: *Canarias.* Tenía mucho más claro el de su hermano; *Patata Frita*, surgido de sus gustos culinarios.

En Berzocana, su pueblo y el mío, se nos ha muerto don Florencio

A las faldas de las Villuercas, en Berzocana, su pueblo y el mío, se nos ha muerto Florencio.

Estaba la tarde tormentosa. Ráfagas de agua azotaban el pueblo en idas y venidas, de los tejados a las esquinas, y de la Plaza a los barrios. Relampagueaba el cielo y los rayos zigzagueaban tras el Cogorro y entre las encinas, allá al oeste, donde algún rayo de sol luchaba con las nubes negras.

La iglesia– catedral berzocaniega se encontraba a reventar, *atimbote,* que dirían mis paisanos traduciendo a su aire el *tente bonete.*

Estaba oscuro. La electricidad había abandonado el pueblo asustada por los rayos. El aleteo de cientos de abanicos surgía en la penumbra eclesial luchando contra un bochorno pegajoso.

En el medio, bajo el presbiterio, el ataúd con los restos de Florencio, de don Florencio, recibía el homenaje y el cariño de los suyos.

Las tres puertas del templo, abiertas de par en par, acogían bajo sus arcos y atrios a cuantos no podían entrar. Desde allí no se veía el interior, tan solo cabezas y más cabezas y el reflejo de las velas del altar pálidamente parpadeantes sobre alguno de los muros. Un rayo iluminó de rojizos el Cancho de la Sábana.

— Fue un pequeño gran hombre

La voz del oficiante llegaba apagada por la falta de megafonía. Conocía bien a Florencio y a toda su familia. Y así fue desgranando nombres y vicisitudes.

— Fue un pequeño gran hombre

Lo repitió unas cuantas veces y al final arrancó el aplauso espontáneo de los asistentes.

Confieso que no seguí el oficio religioso con la atención debida. Atrás, en la puerta oeste, la que da a la Cruz de Piedra, de pie, miraba sin ver. Por mi mente pasaban raudos fogonazos de un ayer ya lejano pleno de buenos momentos vividos junto a Floro.

Y mientras el cuerpo dejaba caer su peso contra la pared, la mente volaba sin control al pasado…

Debía de ser a principios del verano. Estábamos en el bar de tío Bernardino, el padre de Floro; al fondo, justo en la puerta que daba paso al patio interior y a la cocina y del que partía una escalera a las habitaciones superiores

— Floro, creo que es la hora de hacer penitencia, apuntó serio y circunspecto José María Tovar.

Sin mediar palabra, Floro desapareció patio adelante. Al momento regresó con la sotana y el bonete puestos, ropajes que aún conservaba de su larga época de seminarista

— Un momento. Le detuvo su primo Nino (el del Parador, también exseminarista) cuando se disponía a entrar en el bar. Entró en la cocina y salió doblando un mandil con colores verdes que colocó en el cuello de Floro a modo de estola.

— Ahora

Y entonces Floro juntó las manos, elevó los ojos al cielo cual si en éxtasis místico se encontrase, bajó el escalón, y abriendo los brazos en cruz se arrancó con buena voz…

— *Te Deum laudamus*……..

— *Te Dominum confitemur*…. Nos unimos rápidamente al canto Nino, Juan Hidalgo y yo, mientras Amando y el otro Nino (su también primo, el de tío Diego) se ponían respetuosamente en pie.

Éramos más en el grupo, pero no recuerdo ahora ni sus caras ni sus nombres. Todos de pie alrededor de Floro. También había otros dos o tres hombres en la barra mirándonos atónitos. Creo que estaban mi padre, tío Gregorio *Tostao* y Julián, el de tío Florián.

Desde la puerta de la cocina nos llegaba la regañina de la madre de Floro y la risa de su hermana Anita.

No duró mucho el canto.

— Sentaos hermanos, nos dijo el *padre* Florencio

Y así hicimos. Tovar, un sorna de mucho cuidado, me daba golpes disimulados.

— Dile que el sermón de la castidad, ¡venga, díselo! Y se reía pícaro achinando los ojos tras los gruesos cristales de sus gafas.

Pero Floro ya se había embalado y predicaba cuan ducho fraile dominico en esas lides.

— ¡Oh hermanos! ¡Qué gran santo fue San Francisco!

Era un sermón que repetía cada vez que se daban esas circunstancias y que provocaba enormes carcajadas entre nosotros pese a que lo conocíamos y sabíamos muchas de sus frases

— *¡Benedicat vos omnipotens Deus…. Pater, et filius…..*

Y Amando, cruzando los brazos y tremendamente serio, se arrodillaba deprisa, mientras tiraba del brazo a Nino y a Tovar para que hiciesen lo mismo. Terminamos todos de rodillas recibiendo la bendición, mientras en la barra, tío *Tostao* hacía lo mismo mientras se quitaba la boina y se persignaba

La ceremonia solía terminar entre risas, carcajadas y repeticiones de momentos.

Florencio y Nino doblaban cuidadosamente las vestimentas seculares para proceder a su guardado para una nueva ocasión, ocasión que siempre surgía en alguna fiesta.

— Padre nuestro que estás en los cielos…..

La potente voz de don José Manuel, el párroco, me trajo de nuevo a la realidad. Algunas personas salían del templo en busca de una bocanada de aire fresco, otras rozando el mareo. El bochorno aumentaba en el interior. Fuera continuaban los truenos y rayos pero la tormenta parecía remitir. La electricidad continuaba ausente.

Floro había sentido siempre muy dentro la Fe y el mundo eclesial. Estuvo a punto de cantar misa…. pero…..

— Las faldas, amigo; repetía por lo bajini, como queriendo que nadie se enterase. Si no fuese por eso yo sería cura… o canónigo.. ¡Vete tú saber!

Nunca perdió ese afán por las cosas religiosas y ello le llevó a estar siempre muy relacionado con las cosas de la Iglesia, con la Cofradía de los Santos, con los Caballeros de la Virgen de Guadalupe… y con todos aquellos actos y solemnidades que con ella tuvieran relación. Con eso y con cuantos movimientos locales apareciesen o necesitasen de un impulso.

De resaltar su labor como maestro han dado buena cuenta sus antiguos alumnos muchos de los cuales acudieron al sepelio desde muy diversos lugares y tras muchos, muchos años, sin haber pisado el pueblo en el que crecieron.

Me acordé de su hijo José Ramón cuya muerte prematura tanto afectó a Floro y a su mujer, Pilar

Era el día del bautizo. Acabábamos de llegar de la iglesia. Un grupo nos hallábamos en la calle, frente a la puerta de la casa de Floro (justo enfrente de donde ahora vive Fulgencio Oviedo), quizás esperando el inicio del preceptivo convite.

Floro asomó la cabeza en el balcón

— ¡Que salude!…..¡que salude!…… empezamos a gritar los invitados

No se hizo esperar mucho. Para asombro de todos apareció con el neófito en brazos y, alzándolo a la altura de su cabeza gritó:

— ¡Berzocaniegos! ¡Aquí lo tenéis! ¡El heredero! ¡José Ramón Álvarez Cuadrado, de Borbón, Parma, Dos Sicilias, Berzocana tres y Cañamero cuatro! ¡Viva el heredero!

— ¡Viva!, gritamos todos con entusiasmo y grandes risas mientras Floro se retiraba con toda solemnidad como al momento correspondía.

Posteriormente nacería Luis Miguel al que tuve el gran honor de apadrinar. Tanto para él como para José Ramón fui siempre "Padrino Búfalo", tal como López Vázquez en "La Gran familia!

Pese a su edad, José Manuel, el párroco, a capela, entonaba con una voz digna de cualquier tenor un himno de despedida.

Una larga fila se formó en el lateral izquierdo de la iglesia para ir pasando junto al féretro y dar el pésame a la familia junto a él situada. Poco a poco, la iglesia se vaciaba y comenzaba a formarse el cortejo fúnebre. Silencio. Ni siquiera sonaba el doblar de las campanas, mudas ante la falta de electricidad. Habíamos tanteado la posibilidad de subir a la torre y hacerlo a mano, como antiguamente, pero nos disuadieron. Las escaleras estaban totalmente impracticables por los acumulados excrementos de palomas.

La tormenta se retiraba y tan solo se adivinaba tras la sierra algún que otro resplandor lejano. Llegaba el féretro al final de la Plaza y aún había gente incorporándose al mismo en el atrio de la iglesia.

En medio de un dolido y respetuosos silencio, dábamos nuestro último adiós a Floro. Tan solo se oían las paletadas del albañil lanzando el cemento sobre los ladrillos que sellaban la tumba.

— ¡Hombre Floro, bienvenido!

San Fulgencio, rodeado por unos sonrientes San Leandro y San Isidoro, alargaba a Floro una sotana y un bonete

— ¡Venga! Queremos oír el sermón de San Francisco.

La tarde se apagaba lenta y cenicienta. Rumiando silencios y apagando añoranzas volvimos a casa.

A las faldas de las Villuercas, en Berzocana, su pueblo y el mío, se nos ha muerto Florencio.

Y no se fue la luz

27 de agosto. El trueno rompió la anochecida. Y el agua se abalanzó a cantarazos sobre la villa. A caballo de ráfagas de aire se adentraba en los callejones silbando enfurecida o formaba torbellinos y tolvaneras que asustaban a los desprevenidos viandantes.

Los chiquillos corrían gritando como posesos más pendientes de mojarse que de ponerse a cubierto. El agua les azotaba y el viento les empujaba de un lugar a otro. Eran los menos los que optaban por refugiarse en la casa más cercana.

La Plaza se despejó en segundos y los clientes se apretujaban en los bares optando los más jóvenes por la Audiencia. Apareció el granizo y el estruendo se hizo aún mayor al golpear fuerte contra tejados y techos de vehículos. Los canalones se vieron desbordados y algunas calles se convirtieron en ríos. Una pausa, reubicación del personal, y vuelta a empezar de nuevo. Agua, granizo y viento

Esta mañana se apreciaban las consecuencias. Pablo recogía las tejas que habían volado del tejado de la iglesia y en otros lugares se retiraban ramajes y hojas. Muchas macetas habías quedado destrozadas. En el camino de la Concepción, dos árboles habían sido abatidos y otros perdidos muchas de sus ramas. Algunas naves habían perdido también parte de su techumbre de uralita.

Pero no se fue la luz, algo que a los de mi generación llamó poderosamente la atención. Era algo que sucedía habitualmente en cuanto sonaba un trueno. Tan solo la tele acusó algunos pequeños cortes para enfado de los madridistas que presenciaban el partido de su equipo.

La corriente eléctrica no falló en ningún momento y no pude por menos de acordarme de tío Serafín, el electricista, un ídolo para los chavales de entonces.

De la docta discusión habida en el Bar de Pedro sobre quién cagaba más

Pues miren por dónde hoy he caído en lo escatológico. Y es que la cosa se las trae. Por ello he decidido, como tantas veces, mandar el lenguaje políticamente correcto al lugar de donde nunca debió de haber salido y llamar a las cosas por su nombre.

¿Qué si lo que voy a contaros sucedió de verdad? Pues no estoy seguro, pero suceder pudo suceder tal y como lo describo, especialmente conociendo a los personajes que esos sí que existen.

Mirad: cuando muchos políticos hacen lo mismo sin saberlo, tres berzocaniegos plantearon a un cuarto esta especial pregunta:

— A ver Miguel ¿Cuál de los tres cagamos más?

Imagino la cara de sorpresa, no de Miguel, sino del lector, ante tamaña interrogación. Y digo no de Miguel por que él, que conocía sobradamente al personal, captó al instante donde debía buscar para salir de tal atolladero intestinal.

— Pues menuda tontería. ¿Y esa ocurrencia ahora? Bastante se yo cual de los tres es el que más caga, les dijo Miguel con una pícara sonrisa y adivinando lo que ocurría.

Aquí he de decir al lector que los acodados en la barra del bar de Berzocana donde se planteó tamaña controversia eran Lorenzo *Cagón*, Julián *Cagueto* y tío *Cagalera*.

Miguel apuntó que quizás habría que agregar al grupo al berzocaniego conocido como *Cagá de gato*, pero no se aceptó porque, al decir de los presentes, no se podía comparar

— Un gato no caga ná de ná, una mierdecina que casi ni se ve, dijeron

— Para dilucidar esta difícil cuestión, argumentó Miguel en tono solemne, vamos a tener que mirar en el diccionario qué quieren decir vuestros apodos.

— A ver Pedro (dijo dirigiéndose al dueño del bar) danos el diccionario que tienen tus muchachas para ir a la escuela.

— Pero mira que sois liantes, apuntó Pedro mirando en la cartera de una de sus hijas. *¡Tomai murguistas, que sois unos murguistas*! decía mientras alargaba el diccionario Sopena a Miguel.

Éste tomó el libro y comenzó a buscar. A ver "c", cable, cacarear, cagarruta, esta también podía valer y creo que hay por ahí un tío *Cagarruta*; aquí está; **cagón**: que descarga el vientre muchas veces; dícese de las personas medrosas y cobardes.

— Lorenzo, ¿tu de cual eres, de lo primero o de lo segundo?

— ¡Coño Miguel¡, de lo primero, de cagar, ¿de cual voy a ser si no?.

— Vale. Ahora vamos a cagueto que debe estar por aquí cerca. Aquí no dice nada de cagar. **Cagueta**: persona que es para poco y sin espíritu.

— Pero tu busca cagueto, que yo no soy cagueta sino cagueto, con o, dijo Julián entre risas.

— Pues aquí no viene cagueto, solo cagueta. ¿Qué hacemos?

— Digo yo que eso quiere decir que cagueto es uno que se caga patas abajo en cuando le dicen algo que eso también es ser un cagueta. ¿O no? preguntó Julián cargándose de razón.

— Vale. Ahora busquemos cagalera que está aquí mismo. A ver, **cagalera**: diarrea ligera.

— Nada de ligera, dijo el afectado. Yo soy cagalera en condiciones, nada de "ligera cagalera", cagalera de las de *toa la vía,* como el río del Pero cuando hay tormenta de esas largas, igual, igual.

— Pues eso dice el libro gordo de Petete, terminó Miguel cerrando el diccionario.

— Yo creo Miguel, que debemos de ir los tres a la Callejina, ahí abajo, donde se iba a cagar antes cuando no había váteres, y ponernos los tres a la tarea. Pedro y tú venís de testigos, sentenció Julián cargando el decir de aldeana socarronería.

— No amigo, no. Pedro no va a veros cagar ni de coña. ¡Pues *no te joe* ahora éstos! Y si hace falta a pesarlo para ver quién gana ¿no?. *¡Tais avíaos!*

— Yo creo que vamos a dejarlo en un empate hasta que dispongamos de un sistema que nos lo aclare, dijo Miguel pensativo.

Desde el otro extremo de la barra, la voz de tío Gregorio *Tostao* que había permanecido callado con una pícara sonrisa bajo su boina sentenció:

— Digo yo que lo mejor es que se lo preguntéis al Papa de Roma. ¿No dicen que no se equivoca nunca por la cosa esa del Espíritu Santo?. Pues eso, el dirá cual de los tres es el que más caga y asunto *arreglao.*

La risa y los aplausos pusieron fin a tan docta discusión. Se lo preguntarían al Santo Padre de Roma.

Los quintos de 1952 llegan a la jubilación

1952 fue un año bisiesto que comenzó en martes según el calendario gregoriano. Y en Berzocana al menos trajo buena cosecha, aunque allá por aquellos años se comenzaba a salir de los denominados del hambre, y aun cuando ésta no había desaparecido del todo, sí pone fin este año a la depresión de los cuarenta recuperándose en 1951 y 1952 los índices del PIB y PIB per cápita, respectivamente, de 1935. No obstante, la recuperación de los niveles de bienestar fue más tardía, como consecuencia de la apuesta del Régimen por la industria pesada, a costa del abandono de la agricultura y las industrias de consumo.

Pues ahora, sesenta y cinco años después, llegada ya (más o menos) la edad de jubilación, aquellos bebés del 52 decidieron celebrarlo por todo lo alto. Debidamente ataviados para la ocasión se lanzaron a la calle y con toro simulado y música no dudaron en posar para la posteridad a la puerta de la iglesia. Y, como los tiempos han cambiado muchísimo, no solo participaron los quintos, sino también las quintas que, si me apuras, eran más.

Recordar para los más curiosos que, amén de Francisco Franco Bahamonde, Jefe del Estado, mandaban entonces: el almirante Luis Carrero Blanco, ministro de la Presidencia; el general Eduardo González— Gallarza, ministro del Aire; Rafael Cavestani, de Agricultura; Alberto Martín— Artajo, de Exteriores; Manuel Arburúa, de Comercio; Ruiz Giménez, de Educación; el teniente general Martín Muñoz Grandes, del Ejercito; Blas Pérez González, de Gobernación; Francisco Gómez de Llano, de Hacienda; Joaquín Planell Riera

(militar) de Industria; Gabriel Arias Salgado, de Información y Turismo, Antonio Iturmendi, de Justicia y el almirante Salvador Moreno de Marina; siendo el del Trabajo José Antonio Girón de Velasco y el Secretario General del Movimiento Raimundo Fernández Cuesta

Algunos ministros, como Cavestany, Arburúa y Gómez de Llano, más o menos críticos con la política autárquica existente, eran partidarios de introducir reformas de signo liberalizador. Los españoles, víctimas de tantas penalidades, empezaron a manifestar abiertamente su malestar, desencadenándose las primeras huelgas y protestas. También comenzaron a expresarse opiniones, dentro del propio Régimen, favorables a un cambio de rumbo.

Pero los cambios vinieron impulsados, fundamentalmente, desde el exterior, desde Estados Unidos, la gran potencia dominante en el mundo occidental. El estallido de la guerra fría, la caída de China en manos del Partido Comunista, la fabricación de la bomba atómica por la URSS y la guerra de Corea impulsaron el proceso de acercamiento hacia España. La ayuda americana, vital para el Régimen, tuvo, sin embargo, limitaciones cuantitativas y cualitativas; fue condicionada; exigió importantes contrapartidas y se mantuvo en un ámbito estrictamente bilateral.

Todo esto les traía al pairo a los quintos que, como es de razón, no se acuerdan absolutamente de nada e incluso, me temo, siguen en la misma línea. Lo que sí hicieron, a más no poder, fue comer, beber, cantar, recordar anécdotas y sucedidos e incluso acordarse de los que faltaban.

¡Se me olvidaba! Inés Mera, mi madre, a la que los quintos, conocedores de sus aficiones taurinas, tuvieron la deferencia de acercarle el toro hasta su puerta y a decirle que eran los quintos del 52…

— ¡Huyy! pues yo soy de la misma quinta, así que me voy con vosotros

— Pero tía, que son del 52, le dijo la Sole

— Pues qué pena, total tampoco es tanto, yo soy del 22 (1922)

Y entre cánticos y música los quintos se alejaron riendo.

Volvió a pasar: Miguel González *Esquelina*

Volvió a pasar. Andaba la mañana por las doce y media cuando me llegó desde Berzocana un escueto mensaje de mi hermano Miguel: Miguel *Esquilina* ha muerto.

Sorpresa, estupor. ¿Cómo era posible? No me había comentado nada de encontrarse mal. Poco después, otro mensaje, en este caso de mi hija Belén, confirmaba:

— Tu amigo Miguel González ha muerto

Y se fue así, deprisa y corriendo, como si tuviese urgencia. De haber vivido nuestro común amigo Juan Hidalgo seguro que hubiese efectuado algún comentario de esta guisa:

— No te preocupes. Seguro que algún rojo tiene problemas laborales allá arriba y ha ido a defenderlo. Volverá en cuando acabe.

Juan solía decirme;

— Oye Pepe, tenemos de todo. ¡Hasta un amigo rojo! Y se reía divertido

Ahora volverán a estar juntos recordando aventuras infantiles y juveniles conjuntas. Y también las que vivieron posteriormente en Madrid. Seguro que sí, pero Miguel: ¿quién me achuchará ahora a mí para que escriba sobre Berzocana cuando tardo mucho en hacerlo?. Tú siempre estabas atento e impaciente

— *Lutrera*, vago; que llevas casi un mes sin escribir nada. ¡Espabila!

Miguel, el abogado berzocaniego de CCOO. Ya me dio un buen susto allá el 24 de enero de 1977 cuando el atentado contra los abogados laboralistas de Atocha en el que cinco de ellos murieron.

— Han matado a un grupo de abogados laboralistas en un despacho de Atocha, en Madrid.

La alarma saltó en mi mente: abogado laboralista de primera línea y en Madrid. ¿*Esquelina?* Esperé impaciente y preocupado la llegada del periódico al día siguiente y repasé en tensión la lista de asesinados. Miguel no estaba.

Juan *Chítala, Parrala,* Fujito, *Coleto,* Varenes… y ahora Miguel. Ya casi tengo más amigos para allá que para acá. O al menos van igualando.

Iba a escribir el obituario a Miguel, pero me acordé de que ya el 25 de agosto de 2016 había escrito alguna aventurilla de los dos. Para aquellos que quieran recordarle con una sonrisa, como yo hago, busque en este libro el artículo que reza **Foto Díaz y un helado en las fiestas.**

Hasta siempre *Esquelina*

Migas de fusión en la Corralá de Sotana

Cocineros habrá capaces de cualquier fusión, deconstrucción, fiolización u otra acción capaz de modernizar o hacer ver que se moderniza; *habralos* que decía aquel, pero a fe que ninguno me sorprenderá como lo hizo José Luis *Sotana* en mi pueblo este verano. Por cierto que también me hizo ver que es el único que queda con sotana incorporada siempre pues hasta los curas han renunciado a ella.

Es José Luis un paisano grande, fuerte y signado por el trabajo, los vientos y soles de Extremadura. Pese a sus quizás 90 kilos largos de peso, nunca ha dejado de ser un niño grande y sencillote de esos que, pese a lo ancho y largo de su cuerpo, aún encuentra su corazón dificultades para caber en el mismo. Socarrón en el decir diario es capaz de sacar punta a cualquier situación haciendo reír al personal. Ni siquiera es el campesino típico extremeño negro de soles, no. Sus pecas y tonos rojizos le acercan más a un *vaqueiro* asturiano de las brañas que a un personaje *castúo* de Gabriel y Galán, aunque en su ser lo sea de cuerpo y alma.

Pero vamos con la historia. Ha no muchos años que Paco Zanfaño, gijonés (de los del *culo mollao*, que dicen los asturianos) y residente en Aranda de Duero, decidió invitar a los vecinos del barrio de la abuela de su mujer (vía por la que adquirió su entusiasmo por el pueblo) a unas sidras, algo prácticamente desconocido por estos lares. Ni que decir tiene que la prueba, con escanciado incluido, resultó todo un

éxito y a la misma se fueron incorporando, amén de los vecinos amigos de unos y otros, cuantos parientes por allí pasaban dando al anual acontecimiento un nuevo y festivos aire.

Con el discurrir del tiempo, José Luis decidió que era el momento de dar compañía a la sidra y agregar al acto unas migas *solemnes* que pusiesen base al peculiar líquido asturiano del que se declaró entusiasta admirador. El caso es que aquello aumentaba y la primigenia caja de sidra comenzó a quedarse corta. Nuria, la pizpireta berzocaniega bodeguera en la Mancha, solucionó de inmediato la situación agregando a la sidra y migas unas botellas de sus mejores vinos. Aquello llevaba muy buen camino y la cosa se animaba con la bendición de Valentín, el hombre más completo de la real villa, capaz de presidir la Pontificia Cofradía de los Santos, bailar cuantas jotas fuese menester, subastar lo que al caso viniese en los ofertorios, dar forma a rejas, arreglar una avería o echar una mano donde faltase.

Sentadas ya migas, sidra y vino, y como quiera que los devotos y devotas aumentaban, también comenzaron a aumentar con ellos las viandas que se incorporaban a la mesa entre las que fueron pioneras las conformadas por pimientos fritos y torreznos. Y fue con éstos con los que comenzó la modernización de la cocina, pues José Luis decidió que habían de llamarse *filetes ibéricos* por el aquel de que, como en política, en la cocina también se lleva lo de alargar los nombres, vaciarlos de contenido y que el personal, a poder ser, no se entere de qué va la fiesta pero que considere todo muy moderno y muy progre.

Las migas *de la Corralá de Sotana* contaban también con la presencia de la alcaldesa, Nines Díaz, no por el hecho de serlo sino por ser vecina de la misma Corralá, amén de amiga de todas las mozas que allí concurrían. Quizás por el aquel de considerar que por su cargo sabría lo que es el mando se la encargó controlar al vocinglero y más que inquieto personal infantil al que congregó en su cocina y sujetó a base de *pizzas* pues todos ellos, criados ya como miembros de la

tercera generación de emigrantes, no eran partidarios en absoluto de migas ni torreznos.

Señalemos aquí que fue este el momento en que el personal decidió felicitar a Nines por haber alcanzado un nuevo mandato en las últimas elecciones y también por su nuevo cargo de diputada provincial. Ellas, las chicas, la hicieron posar en grupo con la medalla acreditativa del cargo. Entre ellas se encontraba Marisol, una berzocaniega de adopción que llegó al pueblo hace unos años con una amiga y decidió acogerse a la vecindad veraniega con declarado entusiasmo.

Pero volvamos a la mesa. Fue este agosto cuando José Luis decidió que era ya el momento de incorporar las distintas culturas culinarias de los asistentes y crear una migas de *fusión*. Dicho y hecho. Como primer y esencial paso en su preparación, a las migas en lugar de rociarlas con agua comenzó a rociarlas con sidra con lo que la fusión entre Asturias y Extremadura quedó sellada. Se pasó luego a la mesa. A las migas regadas con sidra, los torreznos y pimientos, se agregó la tortilla a la berzocaniega; cecina de León aportada por Susana nacida en aquel reino; vino de pitarra de Cañamero, diversos vinos blancos y tintos de la Mancha y como postre *Sotana* agregó queso fresco y miel procedente todo de su finca de Las Caballerías. La *fusión* se había logrado.

Corolario: Visto el transcurrir de la fiesta, Paco hubo de aumentar la provisión de sidra

Y en estas que llega Lorenzo

Se agotaba plácida la tarde en relajante lectura cuando unos fuertes golpes en la puerta me volvieron a la realidad.

— ¡Vaa!, ¡¡vaa!!!

Las rodillas se mostraron torpes a la hora de enderezar las piernas e imprimirlas el necesario impulso que me llevase a la puerta

— ¡Vaaa!

Llegué cojeando justo cuando se repetían los golpes. Un gran manojo de espárragos se coló por la puerta entreabierta cual si tuviesen vida propia y hubiesen llamado ellos. Luego apareció la mano que los sostenía y detrás la figura de mi vecino Lorenzo.

— ¡Toma! Los espárragos que te prometí cuando hiciste la foto de los del año pasado.

Lorenzo se sostenía sobre sus muletas. Con los espárragos en una mano, sujetando su peso en una muleta, hubo de utilizar la otra como improvisado aldabón para llamar.

Mas no traía un solo y gran manojo, sino dos.

— ¿Dónde vas?, ¿qué quieres que haga yo con tanto espárrago?

— Te los llevas p´allá alante y los vas gastando

No pude por menos de sonreír ampliamente. Habían caído grandes chaparrones y la tarea de coger los espárragos no debía de haber sido fácil para un hombre cojo, con dolores, y con el pie hinchado a simple vista. En estas condiciones los espárragos alcanzaban su máximo valor pese a haber contado con la ayuda de su hijo Mario.

Reconozco que soy un inútil para estos menesteres, ya sea coger espárragos o romanzas, por citar dos productos de temporada. Entre tantas hierbas y hojas no logro, no ya encontrar los citados productos, sino tan siquiera reconocerlos. Por eso admiro a los que con gran facilidad, e incluso pasándolo en grande, cuelan la mano entre zarzales y los sacan con gran limpieza tras descubrirlos incluso a distancia.

Y me causa regocijo el ver como "los especialistas" en estas lides *esparragueriles*, ya sean hombres o mujeres, se pican unos con otros al evaluar el tiempo, la cantidad y la calidad de los manojos cobrados en cada salida.

Gracias Lorenzo; espero que puedas seguir yendo a espárragos muchos años ya sin muletas, pero cuidado, tu hijo aprieta y tu mujer dice que es mejor que tú en esa labor.

Los güevos de tía Caridad

No sé cuánto tiempo ha trascurrido. Mucho. En aquel entonces, las calles de Berzocana estaban empedradas y el sonar de los cascos de las caballerías al golpear las piedras era un sonido familiar y más que habitual. Junto a casi todas las casas había un corral o una cuadra donde los animales pasaban la noche o donde descansaban cuando las actividades del campo entraban en época de lentitud, como ocurría cuando el viento frío soplaba de la Sierra y el personal se refugiaba junto al fuego de leña a la vera del puchero del café y con las sartenes de asar las castañas o hacer las migas a mano.

No era este el tiempo de mi relato por cuanto el sol calentaba de lo lindo, se habían levantado las eras y el trigo nuevo dormía ya en los trojes (*las atrojes* en nuestro decir).

Berzocana se hallaba en fiestas y en aquellos años de penurias éstas eran un motivo de gran satisfacción por cuanto permitían trasnochar, bailar y cantar, y alternar de bar en bar acudiendo a comer "tan solo si había tiempo" como bien decían mis tíos "Los Meras", hermanos de mi madre. Entiéndase el alterne como tomar vino tras vino si eras mayor y disponías de algo de dinerillo o con gaseosa si aún no habías entrado en quintas. Podía suceder que el domingo grande alguien se permitiese el lujo de tomar una cerveza después de misa y procesión o invitar a ella a la mujer, aunque no solía ser lo más habitual

Los *"peos"* (borracheras en su estado inicial) eran pues algo habitual por cuanto a lo largo del año eran pocos los vinos que podían beberse y por tanto "el cuerpo no estaba habituado a ello y por eso

se emborrachaba la gente, no por beber mucho". Al menos así se lo explicaba el menor de los Meras, José, a su madre, mi abuela Juana, a la que eso sí, siempre acudían a visitar en cuadrilla cuando se enzarzaban en estos menesteres que, infaliblemente, se repetían cada año en las fiestas de agosto y en Nochebuena.

Y en esas andábamos aquel último domingo de agosto, que era la fecha en que entonces se celebraban las fiestas libres aún de la presión que después ejercerían los "veraneantes" para adelantarlas al penúltimo domingo y así ajustarlas a su mejor calendario de viajes vacacionales.

No sé cómo terminé en aquella aventura, ni siquiera sé si era el lunes o el martes de la fiesta. También debía de ser uno de los primeros veranos en que acudía al pueblo tras mis días en Navalmoral y a punto de marcharme a Madrid a cumplir la mili como voluntario. El caso es que hallándome en la Plaza, en eso no han cambiado muchos las cosas, pasaron en cuadrilla mis tíos los Mera: Fulgencio (al que todos llamaban *Gaspar*), Lorenzo y José, a los que en esta ocasión acompañaba su primo Antonio *Paturro* que creo era el más joven de todos. Me acerqué a saludarlos.

— ¡Coño Pepe!, ¿ya tendrás edad para tomar un vaso con nosotros, no? preguntó *Gaspar*

— Sí hombre, sí, para eso siempre se tiene edad, anda vamos, argumentó lanzado tío José, el más inquieto de todos ellos, a la vez que me agarraba del brazo y me incorporaba al grupo.

Entramos en el bar de Demetrio. Había ambiente y corrían los vinos y las bromas

— ¿Qué van a tomar los Meras, vaso o peseteros? (Así llamaban a los grandes dado que su valor era de una peseta). Demetrio solo preguntaba por el envase, el contenido lo daba por seguro

— Grandes para nosotros y pequeño para el sobrino, que está empezando y mejor será que no tengamos lío alguno con nuestra hermana, aseguró tío *Gaspar,* refiriéndose a mi madre.

Pidieron dos o tres rondas a la vez que bromeaban y contaban ciento y una aventuras de la trilla, de la siega, del pastoreo, de los toros en la plaza y de cómo acotaban un trozo de la misma para, con troncos y tablones, levantar un buen tablao en el que después llevar a sus novias y hermanas a ver de cerca las vacas que traían desde La Nava y un toro, o dos si el año venía bueno. Y todos sin excepción fumaban un cigarro y otro tras liarlo con pausa previamente.

— ¿Iremos a ver tío Diego, no?, preguntó *Paturro* aun sabiendo la respuesta

Y hacia allá procesionamos sin prisa parando con unos y otros grupos que, al igual que nosotros, efectuaban el recorrido completo de tabernas a la sazón bastantes más que ahora.

De nuevo se sucedieron las rondas y hasta algún tímido intento de entonar "La Medallona", pero el canto no era lo suyo.

Volvimos hacia la Plaza por la calle Pizarro y bajamos por Colón donde se ubicaban otros dos bares frente a frente. Uno de ellos lo regentaba creo que *Velaero*, y el otro tío Florián en aquellos años y luego Felipe *Polla,* cuñao *de Velaero,* aunque puede que no coincidan fechas y nombres por cuanto cambiaron de dueños en alguna que otra ocasión. Sálvense pues los patronímicos, que al cuento no vienen, y que conste su existencia y nuestras paradas en los mismos. Volvimos a la Plaza.

— ¿No pensareis que hagamos el feo a tía *Turura*?, preguntó tío Lorenzo.

Y sin un solo comentario hacia allí nos dirigimos *Graillas* arriba cuando ya el reloj de la torre había dado las tres del mediodía.

— ¿Ónde van los Mera en cuadrilla? ¿A segar a las Gargáligas?

Tío Juan *Portales,* sentado en el poyo corrido que miraba a la plaza, nos saludó así con grandes voces y aspavientos, algo muy típico de él y que heredaron algunos de sus hijos, como mi tío Manolo, que también heredó el *Portales* como todos sus hermanos.

— No tío Juan, es que hemos adelantado la vendimia y vamos a empezar aquí mismo sin necesidad de ir hasta el Cerro de las Viñas

Tío Lorenzo tenía un hablar pausado, solemne, más que de campesino extremeño de prior de Guadalupe ejerciendo en novena de septiembre. De haberse puesto a ello en algún carnaval hasta podría haberse hecho pasar por el Papa de Roma, ese de la "Pelegrina" que ellos cantaban en Nochebuena.

Cumplidas la rondas pertinentes y tras dar una serie de consejos sobre el arte de cortar el pelo a Simón, peluquero de profesión, que allí vaciaba vaso tras vaso, hicieron convenio (como en el villancico del charco de vino) de acercarse a saludar a Sena ya que en esas fechas "no se puede hacer de menos a nadie, no señor".

Yo notaba ya que algo no iba bien e intentaba aguantar el tipo como si fuese un consumado bebedor y el vino no me afectase, aunque me animó el que *Paturro* me confesase que él se encontraba ya "un poco pintón".

En el bar de Sena sí rompimos ya la barrera del no atrevimiento y, aunque no pudimos con "La Medallona","La Tani", ni con ninguna otra de las de *"Paquito la Zambra*" que empezaba tío José, sí cantamos la de la *"Pelegrina*", aunque con cortes y saltos de adelante atrás y de atrás adelante según el que en cada momento cogía la batuta de la dirección de tan improvisado y desafinado coro.

Sirvió ello para que tío Lorenzo contase otras cuantas aventuras del tal "*Paquito la Zambra",* comediante y cantante que acudía por el pueblo, actuaba en el salón de tío Salero, y cuyo representante en Berzocana era tío Antonio *Abolús, Abalús o Abolú* , pues de esas y más formas he oído llamar a un peculiar personaje vecino de todos ellos cuando aún estaban solteros.

No mucho más allá se encontraba el bar de tío Emilino y claro, no le íbamos a hacer el feo en tan señaladas fechas, en el argumentar de los Meras. Allí llegábamos cuando el reloj de la torre buscaba ya

"la media pa las cinco". Puede que para entonces ya comenzase yo a ver dos botellas en el mostrador cuando realmente solo había una.

— Oye Gaspar, dijo tío Lorenzo. Vista la hora que es ¿por qué no vamos a ver si la cuñá Caridad, nos hace unos huevos fritos con unos cachinos de chorizo?

— No es mala idea, no, dijeron casi al unísono *Paturro* y tío José.

— A última hora, y pa por si acaso, podemos llevar el vino de aquí, precisó Lorenzo, pensando quizás que con el calor podría apretar la sed aunque el recorrido era corto.

— No hombre no, vino no; tengo yo allí media arroba de pitarra, aclaró tío *Gaspar*

— ¡Pues andando que para luego es tarde!

Apuramos los vasos y nos encaminamos decididos hacia la Altura en cuya corralá vivía tío Gaspar.

Pasamos la puerta del corralón y dejando a la izquierda las cuadras nos dirigimos hacia las escaleras que daban acceso a la primera planta donde se hallaba la cocina y la casa en sí.

— ¡Caridad! ¡Aquí te traigo a estos que dicen que ya va siendo hora de comer y que si nos preparas unos huevos fritos.

Desde arriba, como si llegase rodando por los escalones de la escalera, tronó la voz de tía Caridad:

— ¡Pa güevos estoy yo! ¡Si queréis güevos os freís los vuestros!

Tío *Gaspar* cerró los ojos, arrugó la frente, e hizo un gesto significativo con el brazo de arriba a abajo a la vez que *Paturro* encogía su menudo cuerpo y aguantaba la risa con exagerados ademanes de manos y pies:

— ¡Joder Pepe!, si entre el vino y el calor yo los tengo ya casi cocíos, y mira ahora lo que dice tu tía. ¡Vámonos echando leches!

— ¡Coño cuñá! No te pongas así que ya te ayudo yo!, señaló tío Lorenzo completamente serio y sin mover un solo músculo

Para cuando quiso volver a contestar tía Caridad ya estábamos todos arriba y en la cocina.

—Ya os podéis ir todos a tomar por culo de aquí que no hay güevo ninguno. Donde os han dado el vino que os den los güevos.

Tío *Gaspar* ya había dado con la damajuana del vino y estaba llenando unos vasos

— ¡Lo que me faltaba! ¡Y bien colmaditos, si¡. ¡Písalo un poco pa que entre más!

Como quiera que la mano ya no estaba muy firme se derramó algo de vino

— ¡Quítate! ¡Quítate de ahí que ni eso sabes hacer!, dijo la tía quitando vaso y botella a su marido.

Y tía Caridad se puso a llenar los vasos sin dejar por ello de protestar y repetir una y mil veces que todos los Mera eran iguales, que cuando olían el vino ya no había forma con ellos.

—Y ahora hasta traen al sobrino. ¿Será pa que vaya aprendiendo, ¿no?

— Digo yo, Antonio, que me parece que de los güevos ná de ná; la cuñá no está pa la mano, señaló tío Lorenzo mientras golpeaba con el meñique la polisa del cigarro e intentaba que se soltase un trozo de papel semiquemado que de él colgaba.

En ese momento Antonio me hizo una seña y comenzó a levantarse del corcho en el que se había sentado.

Salí tras él disimuladamente.

— ¿Dónde vamos?

— A por lo güevos que yo se onde está el *nial*

Bajamos decididos y Antonio se dirigió hacia la cuadra. Nos metimos entre las mulas que allí tenía tío Fulgencio hasta alcanzar el pesebre detrás del cual se hallaba el *nial*. Bueno, los *niales*, pues la gallinas se hallaban por diversos lugares. Los recorrimos todos y creo recordar que encontramos una media docena de huevos con los que volvimos ufanos a la cocina.

Nada más entrar a tío Gaspar se le quedó la cara lívida. Dió la impresión de que los efectos del vino se habían evaporado como por ensalmo.

—Ya hay güevos, dijo Antonio mientras los soltábamos encima de la mesa.

Tía Caridad, que se encontraba limpiando se quedó con trapo y plato en el aire

— ¡Matao, os podrían haber matao!

Tío Gaspar repetía esta frase una y otra vez. Antonio y yo nos mirábamos totalmente desconcertados. Ni idea de que iba aquello

— ¿Pero ha pasao algo?, acertó a decir finalmente *Paturro*

— ¿Pasar?..... Las mulas…. Las mulas os podrían haber matado a los dos. Y movía la cabeza de un lado a otro.

Tía Caridad repetía una y otra vez:

— ¡Dios míos, Dios mío! El vino; esto son cosas del vino

Al final, tío Lorenzo, pidió calma y, con su habitual cachaza, explicó:

— Esas mulas son *mu* falsas, falsas como la mala monea y malas; más malas que Satanás. No consienten que nadie se acerque a ellas, tan solo mi hermano Fulgencio y eso con mucho tiento. Muerden y cocean a todo aquello que se mueva a su alrededor. Y claro, Fulgencio no entiende que vosotros pasaseis entre ellas, cogieseis los güevos y volvieseis con ellos tan tranquilos.

Antonio y yo nos miramos sin saber aún a qué carta quedarnos. Las mulas no habían hecho ni siquiera un movimiento y eso que Antonio pasó la mano por el lomo de una acariciándola al pasar. Entramos y salimos hablando y bromeando con total tranquilidad.

— ¡Nuestros Santos!, ¡eso ha sido cosa de nuestros Santos!, remató convencida tía Caridad.

Y entonces tío Lorenzo remató:

— Está claro que hay animales que son mucho más inteligentes que las personas. Esas mulas son unas hijas de la gran puta, pero se

dieron cuenta de cómo iban estos dos y los perdonaron, no iban a jodernos el día.

Levantó el vaso que tenía en la mano y lo vació de un trago. En ese momento se rompió la tensión y estallamos en risas a la vez que tía Caridad, esta vez sin reñir nada, nos los llenaba de nuevo.

Y aquí he de dejar esta historia inconclusa por cuanto no recuerdo si al final tía Caridad nos hizo o no los huevos con el *cachín* de chorizo. Cuando vea a Antonio *Paturro* se lo pregunto, quizás él se acuerde.

De Cangas a Berzocana. Visitas y sucedidos

Noviembre de 2018. Sonó el consabido pí–pí y abrí el WhatsApp. En la foto, la concejala de festejos del ayuntamiento cangués, Begoña Cueto, aparecía sentada delante del órgano de Berzocana con las manos en el teclado de marfil que tantas y tantas veces habían acariciado mi padre y mi abuelo.

Andaba Begoña por las Villuercas en funciones propias de su cargo y se acercó a Berzocana. Rápidamente me envió unas fotos preguntando: ¿Conoces esto?. Me hizo especial ilusión; de alguna forma se había tendido un puente entre mis dos pueblos, Cangas y Berzocana.

Primero se llegaron hasta Berzocana los cangueses Mario Gómez y María Jesús, después Jose Avello y Mari Luz; y ahora Begoña. Espero que la lista siga aumentando.

Las prisas no son buenas consejeras, dice el saber popular. Y a fe que el dicho es cierto. Tal le ocurrió al plumilla al redactar la foto y su pie titulada "De Cangas a Berzocana" (arriba reproducido) aprovechando la foto de la visita efectuada por la concejal canguesa Begoña Cueto que he citado en la entradilla. Y así en el relato de los cangueses que por Berzocana se habían dejado ver citaba a **Mario Gómez y María Jesús**, y a **Jose Avello y Mariluz**.

En el tintero quedaron **Higinio Guerrero,** que un verano allá por los ochenta apareció por allí de improviso con su mujer y sus hijos, y después Ángel Vázquez ***(Camión***) con **Marichu** y su hija **Eloísa**, que se acercaron desde Salamanca. También lo hizo su hijo **Mario** que, ejerciendo de veterinario de saneamiento en la cercana Logrosán, no dejó de aprovechar la ocasión de dejarse ver por la villa villuercana visitando a mi madre y mi hermano.

Y ya que en ello estamos recordaré dos anécdotas al respecto.

Avello llamó la atención de mis paisanos por su peculiar configuración física: alto, delgado, zanquilargudo, de un andar inclinado hacia adelante y con una gran miopía que, en aquel entonces, le obligaba a llevar unas gruesas gafas.

— ¡Pero que hombre más feo y más mal hecho!, le soltó **Fulgencio Oviedo** sin tapujo alguno

— ¿Y cómo coños se las habrá arreglado para engañar a una mujer tan guapa y tan bien hecha y casarse con ella?, remató rotundo.

El cangués, dado su peculiar carácter, entró rápido al trapo y alternó a manta extendida los dos o tres días que allí se quedó. Le llamaban especialmente la atención los precios, muy bajos en relación a Cangas entonces inmersa en la gran eclosión minera

— ¡Jefe, ponga una ronda para todos!, pedía fanfarrón en el bar de Lagares, en la Plaza.

Seríamos unos siete u ocho y tan solo yo bebía cerveza. Habré de señalar aquí que en aquel entonces en Berzocana un vino constaba 15 pesetas (0,09 €) y una cerveza 25 pesetas (0,15 €) al cambio de la moneda actual.

Sin dejar de bromear, braceando de un lado a otro del bar y condo aventuras y sucedidos que habíamos perpetrado juntos pidió la cuenta, dejando nada menos que 1.000 pesetas en la barra. Cogió la vuelta y la miró.

— Jefe esto está mal, invité a todos.

Pedro Lagares contó de nuevo

— No, fíjese usted. Los vinos y la cerveza, que es más cara, suman esto.

— Repáselo otra vez, dijo Avello que andaba planteando un juego a Oviedo.

Pedro, mosqueado, vino disimuladamente a donde yo estaba

— Mira Pepe que tu amigo se empeña en que la cuenta está mal. Le he cobrado todo y está bien. Creo que él piensa que es mucho, que le engaño, pero es que ha invitado a todos

Me eché a reír y pronto se deshizo el entuerto. Pedro creía que la protesta era por el mucho precio de la ronda y Avello se encabezonó en que tenía que ser mucho más ya que "he invitado a todo el bar". Tenía en la mente los precios de Cangas que como mínimo septuplicaban a los berzocaniegos. Aclarada la situación, y para estar todos de acuerdo Avello, dejando de nuevo la vuelta en el mostrador, sentenció dirigiéndose a Pedro: "Pónganos dos o tres rondas más hasta que iguale el vuelto". Y seguidamente se empeñó en que cantásemos, aunque fuese una de Cangas.

De repente Oviedo se volvió hacia Avello:

— Mire usted, jefe, usted será muy alto, pero aquí en mi pueblo, cualquier mozalbete mide dos pañuelos, pero nadie, ni usted siquiera, llega a los tres. Y le apuesto lo que quiera, desafió Oviedo vaso en mano.

— ¡Apostado!, contestó Avello, que medía 1,87, entusiasmado

— Ante la general expectación, Oviedo colocó a Avello derecho y con la espalda contra la pared. Sacó el pañuelo, lo cogió de esquina a esquina y midió:

— ¡Uno!, ¡¡Dos! Yyyyy… un poco más de medio…¡no llega a tres! Apuesta ganada.

Tanto Avello como yo miramos incrédulos. ¡No llegaba a los tres! Medimos de nuevo y nada, dos y medio más o menos. Yo, dos pañuelos y un pelín.

Ni que decir tiene que aquello terminó en grandes risas, bromas de todo tipo y rondas y más rondas. Pese al tiempo trascurrido, mi amigo Avello aún recuerda todo esto que aquí les describo, e incluso más detalles, con total nitidez. Y otro tanto le ocurre a Oviedo que siempre que vuelvo al pueblo me lo comenta.

Merendillas y sabores recordados

Fue a través de la vista. Paseaba junto al Duero, río arriba, por la señorial Aranda, cuando pasaron unos niños junto a mí. Uno de ellos llevaba en la mano un pedazo de pan blanco y un grueso trozo de dulce de membrillo de color oscuro, mucho más que el convencional de las tiendas

De lo visual, instintivamente, se despertó el sentido del gusto y con ello pasé a la niñez y a Berzocana. Suele decirse que el gusto es la mejor memoria que tenemos y que es capaz de llevarnos a momentos vividos que otros sentidos son incapaces de traer a la memoria. Tiene también la especial capacidad de activar la citada memoria en varias direcciones con mayor intensidad que cualquier otro sentido.

Sea por ello u otras causas que se me escapan, el caso es que me vi por la calle Carretas de Berzocana comiendo un buen trozo de pan sobre el que, con el dedo gordo que poco a poco se colaba en el mismo, sujetaba un buen trozo de dulce de membrillo del que mordía con fruición. Más pequeño era el muerdo dado al pan cual si no quisiera que el paladar perdiese el sabor peculiar del dulce.

Venía aquel membrillo en unas cajas de hojalata dentro de las cuales se partía digamos que "a cuchillo alzado" en trozos gordos, o *"canchúos"* que dirían mis paisanos extremeños. Aún guardo un recuerdo claro de aquellas cajas azules o verdes y con dibujos de fuertes colores en la que venía presentado el dulce, en las que se conservaba y en las que, incluso, llegaba a crear una ligera capa de moho ya que aquel manjar se estiraba en el tiempo todo lo posible. No era cosa de

comerse todo de una tacada, ni siquiera en una quincena. No estaban entonces los tiempos para florituras culinarias.

Qué deliciosas aquellas merendillas despachadas a carreras bajo las lluvias de invierno o con los calores veraniegos cuando aún no existía (gracias a Dios) la sobreprotección paterna y uno podía comer y correr, incluso dar patadas a un balón, sin temor a reprimenda alguna ni a consejos de cualquier tipo llegados de ciento y un organismos o vecinas adictas a consultorios médicos o seudomédicos .

Y precisamente con la merendilla está también directamente relacionado el siguiente sabor: el de la morcilla de patata**.** Y se centran el recuerdo y el sabor que acude a la boca con una especial salivilla en un momento concreto en el espacio y el tiempo.

En mi casa de la calle Carretas se estaban efectuando obras de adecuación y yo, como a mi edad correspondía, andaba por allí estorbando e incordiando. Era media tarde y mi abuela Juana se presentó en las salita, lugar en el que en ese momento estaban los albañiles, con un plato grande en el que destaca un plan blanco y una morcilla de patata. Puede que también hubiese un trozo de chorizo, pero eso ya no lo puedo afirmar con solvencia. No era el chorizo algo abundante que se prodigase en las meriendas. En la otra mano portaba una botella de vino de pitarra. Era una de aquellas botellas de entramados en el cristal que en su origen primario guardaban el anís de "Las cadenas" y que utilizábamos en Nochebuena como instrumento musical más que ruidoso.

Tío Gabriel y su hijo, también Gabriel, pues tal eran los albañiles, soltaron martillos y paletas, se sacudieron las manos, las limpiaron un poco sobre los pantalones y, sentándose como buenamente pudieron, se pusieron manos a la obra iniciando la merienda con un saboreado vaso de vino. Como era lógico, las marcas de cemento, cal, arena y otros, aparecieron más que visibles en el vaso. Tío Gabriel cortó un

gran trozo de pan y se lo dio a su hijo, partió otro para sí y me miró dubitativo

— ¿Qué… quieres un cacho?

— Bueno, pero se lo voy a preguntar a mi abuela. Salí disparado y no tarde en volver

— Dice mi abuela que sí

Tío Gabriel partió el pan y un buen trozo de morcilla a la que incluso quitó la piel

— Siéntate ahí y estate quieto un rato, me dijo con la seriedad que le era inherente

Cogí la merendilla y me senté en unas losas apiladas con la que habrían de enlosar el suelo.

Mordí la morcilla.Y ese momento concreto es el que perdura aunque hayan pasado más de sesenta años.

La morcilla, con las huellas del cemento y el polvillo de la estancia derivado de la propia obra, había tomado un sabor más que especial y que es el que aún perdura. Ese mismo sabor impregnó el pan conformando todo un momento especial gastronómico, tan especial que aún actúa como si acabase de ocurrir haciéndome salivar.

Y vamos a por el último sabor: el tostón

Como el avispado lector ya habrá deducido, no nos referimos aquí al tostón como aburrimiento, cansancio, cantinela, disgusto, enfado, enojo, fastidio, hastío, incomodidad, lata, latazo, molestia, monserga, perorata, pesadez, tabarra u otros sinónimos. Ni tampoco a algo demasiad tostado o un cochinillo asado, no. Nos referimos a una tostada del pan de siempre irregularmente cortada y empapada en aceite nuevo.

Hacía frío. Luis *Guarrino*, Fujito, Marchena y creo también que Pablo *Chichas,* entre otros, andábamos corriendo de una puerta a otra en la Plaza Vieja.

Por encima de la casa de tío Cuacos, en una cuadra al lado de la casa de *Las Penachas,* se encontraban pisando aceitunas y preparando el

aceite nuevo. Algunos de los que por allí jugábamos debía de ser hijo, sobrino o lo que fuere de ellos ya que en un momento determinado nos llamaron y allá que fuimos todos a *goler* qué pasaba.

Pese a lo reducido del recinto había mucha actividad y un ligero calorcillo, algo esto que agradecimos, aunque nos acercamos a una lumbre situada en el centro. Colocábamos las manos cerca de las llamas y nos frotábamos con entusiasmo una con la otra. Alguien cortó unas rebanadas grandes de pan y clavándolas en unas varas de taramas comenzó a colocarlas junto a las brasas del suelo para que se tostasen.

Una vez que estaban todas tostadas, aquel hombre, cuyo nombre ni cara recuerdo, cogía el palo con el pan y sin más lo introducía en la tinaja donde estaba el aceite nuevo que salía de la prensa. Con las mismas lo sacaba y chorreando aceite por todas partes nos daba uno a cada uno a la vez que nos mandaba a jugar a la calle.

Fácilmente adivinará el lector el estado de las manos de cada uno de nosotros intentando morder el pan, más que caliente, colocado en la punta del palo y chorreando aceite. Ni la ropa se libraba de algún que otro aceitoso chorretón que, inevitablemente, terminaría en regañina.

Aquel tostón era delicioso, el pan tostado y caliente, el aceite fresco y natural sin refinamiento ni aditivo alguno, llenaban la boca de una explosión de sabor que es la que aún perdura (como en este momento) no solo en mi boca, sino en todo yo.

Membrillo, morcilla y tostón. Tres sabores de mi niñez (y quizás también de la de muchos de mis lectores) que aún perduran y son capaces de trasladarte en el tiempo despertando recuerdos que nunca se perderán.

Un San Fulgencio distinto

16 de enero. Hoy es San Fulgencio. Cuando abría la mañana, los rayos del sol luchaban tibiamente para romper el frío. Por el cordal de la dehesa, unos nubarrones se resistían a alejarse. Poco a poco, el sol fue cubriendo los campos e invadió, aunque sin fuerza, las calles del pueblo…

Entré en la cocina. El sillón vacío junto a la mesa camilla me recordó que hoy es un San Fulgencio distinto. La mesa, que durante muchos años había sido la prolongación del cuerpo de mi madre, era ahora la de un sillón vacío en la realidad, pero ocupado aún por la memoria reciente.

Suenan las campanas apercibiendo a los fieles de que se acerca el momento de procesionar a los Santos. Baja mi hermano Miguel del piso de arriba. Y oigo otra vez aquella voz:

— ¡Miguel! ¿Dónde vas con esa camisa?. Ya estás cambiándote ahora mismo.

Miguel, que está ya más cerca de los setenta que de los sesenta, hace un tibio gesto de protesta

— ¡Pues usted me dirá que hago!

— Ven acá y atiende, ¡zarrapastroso, que eres un zarrapastroso!.. ¡Vamos que querer salir así el día de San Fulgencio!.. ¡Este muchacho!..... Mira: subes arriba y en el armario, en el cajón de abajo, a la izquierda, hay una camisa azul, en la parte de arriba hay una percha y un pantalón…

Y así dio una tras otra todas las órdenes oportunas de lo que Miguel debía hacer para salir a la calle en un día como hoy. Controlado todo hasta el último detalle. Y así lo venía haciendo con él desde hace setenta años. En los últimos, desde el sillón que vino a convertirse en una especie de trono desde el que controlaba a toda la familia, incluido mi hermano Fulgencio, fuera hace ya cerca de cuarenta años, y que aún recibía instrucciones telefónicas de lo que debía o no debía hacer; eso sí, siempre con humor y socarronería.

Marca el reloj las once. Suenan las campanas y estallan los cohetes.

Comienzan a pasar los primeros fieles camino de la iglesia. De nuevo el recuerdo de mi madre llena la cocina, y el salón. No me siento apenado. Quizás nostálgico. Camino de los 96, Inés había vivido largamente su vida. Y lo hizo al igual que todas aquellas mujeres que se forjaron en la posguerra en años de hambres y fríos. Mujeres duras de cuerpo y espíritu que fueron el sostén y ánima de las familias que llevaron a España del hambre a la prosperidad.

Y así actuaron desde su juventud hasta el final

— ¡José!, ¡no seas vago!, ¡levántate! Tus hermanos ya se han ido y las bestias están preparadas. ¡José! ¡He dicho que te levantes!

Así se dirigía a su hermano, muerto hace ya tiempo, la noche antes de fallecer. El espíritu del trabajo aún seguía con férrea presencia en su mente.

Suenan de nuevo las campanas y estallan cercanos los cohetes. El pendón de los Santos aparece bajo el arco de salida de la iglesia…

— Pueees gozáiiis taaaantos faaavores deee la Maaajestad Diviiina…

Se oyen los cánticos de las mujeres acercándose. Me parece raro que la procesión comience en la Calle Santa Florentina. Había muy poca gente y así lo decidió el párroco. Pasan las imágenes y llega el Arca con las reliquias. Y entonces sí. En ese momento me pueden los recuerdos y las lágrimas acuden a los ojos. Pero no son de pena; creo que son lágrimas de dulzura y sentimiento. Mi madre fue siempre una

mujer de una Fe profunda y en ella murió. Creo que eso es siempre una ventaja. El cortejo religioso es un retrato del pueblo. No veo jóvenes, ni niños. Ya sé que hay escuela, pero los echo de menos. Las mujeres portan también a San Fulgencio, algo que tradicionalmente venían haciendo los hombres. Estos caminan todos en grupo tras el Arca. Son pocos, todos mayores, con achaques, de andar inclinado hacia adelante.

Torno a la cocina y vuelvo oír a mi madre dándome instrucciones para que el cocinado sea sabroso y "como Dios manda". Miro hacia el sillón y no puedo evitar una sonrisa de complicidad. Siempre bromeé mucho con ella. Era una mujer de un humor envidiable que le duró prácticamente hasta el último suspiro. Ya sin fuerzas para hablar aún sonreía a los *dicharachos* y decires que yo le soltaba.

— ¿Has visto que poca gente en la procesión?, le dije mentalmente

Y adivinaba su respuesta

— Es que vamos. ¿A quién se le ocurre poner San Fulgencio un día de trabajo?.. Mira que tengo años y nunca vi nada igual. La gente está perdiendo la fe y todo, les da igual so que arre.

Vuelvo a sonreír. Acaba la procesión y se oyen los cánticos de don José Manuel. Echo en falta la música del órgano a la entrada del Arca tras una desangelada subasta con apenas una docena de vecino presentes. Hace ya veinte años que las manos de mi padre dejaron de acariciar las teclas del órgano que prácticamente permanece mudo desde entonces.

Acaba la misa. Mis paisanos charlan en grupo y, poco a poco, se van dispersando, la mayoría camino de la Plaza.

Disimuladamente cojo el mantel y me dispongo a extenderlo en la mesa. Jocosa y con retintín suena la voz de mi madre:

— ¡Ay amigo!.. Esas prisas ya me las conozco yo. No hace falta que corras que la Plaza está en su sitio. Anda, ponme en la mesa los cubiertos y los platos que ya los iré yo colocando. Y vete corriendo no se vaya a acabar la cerveza.

Repito los movimientos cual si ella siguiera vigilante en el sillón. Más de pronto me doy cuenta de que estoy solo en la cocina. Y otra vez quieren salir las lágrimas. Un nuevo sucedido de bromas y risas borra pronto del recuerdo el momento de congoja.

Maribel y yo bajamos a la Plaza. En el centro, los cofrades se afanan en preparar carne para una comida comunitaria. Apenas hay gente alrededor. Es inevitable la comparación con las colas que se forman en las fiestas veraniegas cuando las migas. Luce un sol espléndido. Cuento ocho mesas ocupadas en las terrazas.

Hay otras dos en el Rincón de María y otra donde Pedro. No hay ambiente festivo. Así y todo aguantamos hasta las tres y media.

— ¡Vámonos que verás madre!; me parece oír en la mente la voz de mi hermano Miguel que se asoma a la puerta una y otra vez mirando el reloj. Yo sé que no le preocupa la hora de la comida, sino la siesta.

Ya no estará allí para regañarnos por nuestras tardanzas ni para calcular los vinos que mi hermano se habría bebido. Su cuerpo no ocupa el espacio del sillón, pero su espíritu y su humor permanecerán para siempre entre nosotros.

Y este verano, cuando hijos, nietos y bisnietos, nos juntemos en casa, volveremos a bromear con ella y, el domingo de las Fiestas, mi sobrino Marcos acudirá una y otra vez a la nevera a "robarle" las cerveza entre risas y bromas de toda la familia reunida en la cocina tras la misa.

Hoy es San Fulgencio. Un San Fulgencio distinto de otros. Un San Fulgencio con un hueco importante. El único que ha salido ganando es el Santo. Seguro que allá arriba, donde mi madre estaba completamente segura de que iba a reunirse con él y con Santa Florentina, los tres estarán riéndose a mandíbula batiente, con sus historias, cuentos, anécdotas y sucedidos de sus 95 años viviendo en Berzocana. Y siempre junto a la iglesia. Primero en la puerta norte, luego en la sur, y siempre dentro, viviendo su fe en Dios y venerando la Reliquias de sus Santos.

Hoy es San Fulgencio. Un San Fulgencio distinto.

El baile de tía Anita

— ¡Que viene! ¡Que viene don Delfín!

Alguien dio el aviso desde la puerta. Tío Quico *"el cojo"* lo lanzó hacia dentro del local y, como si de una sola persona se tratase, las muchas parejas que danzaban en la pista estiraron los brazos marcando claramente que entre hombre y mujer "corría el aire" como las normas de la época, tanto civiles como eclesiásticas, mandaban.

Efectivamente. Desde la Plaza, la alta y proporcionada figura de don Delfín, el párroco, avanzaba dejando que los vuelos del manteo jugasen con el aire abriéndose y cerrándose en su decidido avance.

Su fama le precedía. Era un hombre orgulloso, autoritario y pagado de sí mismo. Se creía, y así actuaba, como si fuese el amo del pueblo. Y a fe que lo era. En aquellos años, el cura y el cabo de la Guardia Civil hacían y deshacían a su antojo en cualquier pueblo de España. Tan solo recuerdo de una ocasión en que don Bernardo, el entonces Alcalde y Jefe Local del Movimiento, paró los pies a un cabo "chuleta y arrogante" que paseaba de aquí para allá desafiante golpeándose la pernera del pantalón con una rama de olivo y que quiso imponerse al mismo cuando aquel, con un grupo de amigos, festejaban el lunes de las Fiestas. Le puso en su sito y le tuvo de guardia a la puerta del bar de tío Diego hasta que ellos salieron.

El párroco dejaba pequeño al citado cabo. En artículo aparte hemos explicado como controlaba los paseos de los jóvenes y delimitaba los espacios y las distancias en que todos y cada uno habían de moverse a lo largo de la carretera de Cañamero en las tardes de los domingos.

Ahora caminaba decidido hacia el salón de baile. Comprobaría si el personal cumplía adecuadamente las normas. Si así no lo consideraba era capaz de cerrar el local. Ya lo había hecho en alguna ocasión según me contaron.

Estaba situado el salón del baile, en la Calle Balcones, o Calle Nueva, en un local que luego habría de ser casa de Juan Hidalgo y en la actualidad lo es de Tejero. En la parte trasera tenía un amplísima terraza y seguidamente terrenos que bajaban paralelos a la Calle Gradillas, que aún existen como entonces y así se puede apreciar según subes por la citada calle. Según entrabas, a la izquierda, tenía un pequeño local pomposamente denominado *ambigú,* al que se accedía subiendo un escalón, y que siempre estaba a rebosar. Tenía una puerta con portón que daba al salón. Cerrada por abajo, la parte superior estaba siempre abierta y permitía a los fisgones un directo control de lo que dentro sucedía.

Era éste territorio de aquellos a los que el baile nada les decía, pero que domingo tras domingo acudían en busca de fiesta, echar unos vinos, y pasarlo bien. Por allí andaba los aquí tantas veces citados *Pacorro*, Isaías, Pepe Merino, *Tarra*, *Quinceño*, el *Pintapinta,* Agustín *Erreuirri,* Rafael *Popó, Colorín,* Antonio *Berenguelo, Maruso,*Antonio *La Picarona* ….

Con buen tiempo este *ambigú* se abría también en la terraza trasera con gran éxito pues, al contrario de lo que sucedía en el antes citado, a éste acudían también a alternar y sentarse a sus mesas, las mozas.

La otra puerta, doble y también con portón, tras bajar un escalón, daba directamente a la sala y en ella se colocaban tía Anita primero, y tío Quico después, para vender las entradas y dar paso a la clientela regulando sus entradas y salidas

Tía Anita era mujer muy cordial, entrada en carnes, viuda y que por aquel entonces se había casado en segundas nupcias con tío Quico *el cojo*, así llamado por tener esta minusvalía. Tenía un hijo de su primer matrimonio, Fulgencio, al que todos llamaban *Fujo el del Baile.*

Fujo estudió solfeo con mi padre, y de ahí venía la amistad entre las familias; amistad que me permitió entrar siempre gratis en el baile y, sobre todo, subir al tablao a tocar la batería. Precisamente por ello podía entrar incluso antes de tener la edad exigida ya que, si alguien preguntaba, tía Anita siempre explicaba convincente:

— Pepe está aprendiendo a tocar el *yamba*, él no baila, solo aprende. Y la verdad es que no era yo precisamente de los más bailaores

Habré de señalar que la batería como tal no la conocíamos; lo que entonces se tocaba era el yamba peculiar y berzocaniega pronunciación de la expresión inglesa *jazz band* con la que entonces se denominaba al conjunto de lo que luego habría de ser la batería que, como tal, constaba entonces de la caja, bombo con baqueta al pie, platillo, una caja china y lo que más éxito tenía: un *campanillo,* un cencerro de mediano tamaño.

— ¡Daniel, dale más al campanillo!, gritaban los mozos cuando el pasodoble se aceleraba. Los danzarines brincaban girando cual peonzas y querían más ritmo y más ruido.

Daniel era uno de los mellizos de la Plaza Vieja. Aunque los dos tocaban la batería, éste es del que más me acuerdo. No era tampoco muy bailador por lo que me tiraba las horas muertas esperando a que se decidiese a bajar a bailar y me dejase algún que otro rato los palillos.

Fujo era un entusiasta de la música. Muchos domingos terminaba con el labio inferior hinchado de tanto soplar. Descansaba muy de tarde en tarde y en esos momentos bajaba al *ambigú* a charlar con unos y otros y tomar con ellos unos vinos

Le estoy viendo. Sujeto el saxo con la mano izquierda, con una bayeta amarilla sobre la pierna derecha, miraba la partitura sujeta en un atril que se *descuaringaba* a cada momento y marcando el ritmo golpeándose con la derecha en el muslo cantaba:

— Sol, sol, la, mi, fafa, sol siresol… Ésta la voy a cambiar de compás así será más rápida. ¡Qué se cansen coño! Y comenzaba a soplar disfrutando a más no poder.

En ocasiones la cosa iba aún más allá y tras terminar el baile salía de ronda con los mozos parándose a tocar delante de las casas de una u otra moza según aquellos le indicasen y en función de los intereses de cada uno por ésta o aquella. Para saber quién era el que rondaba, los mozos llamaban a voces al interesado para que dentro se enterasen. Así las cosas Fujo podían empezar a tocar a las cinco de la tarde y dejarlo a las cinco de la mañana.¡ Que gratos recuerdos guardo de él y de su música!

Don Delfín llegó a la puerta del baile y entró al ambigú

— Buenas tardes a todos

— Buenas tardes don Delfín, contestaron los parroquianos no sé si respetuosos o acobardados

— Creo que ese portón estaría mejor cerrado, dijo señalando el que a la sala daba.

Uno de los mozos lo cerró inmediatamente. Salió el cura y se dirigió a la puerta de acceso. Tío Quico le abrió la puerta obsequioso y prevenido.

— ¿Quiere usted pasar?

Bajó el escalón y sin cortarse un pelo comenzó a fisgar cuanto allí sucedía midiendo mentalmente las distancias entre hombre/mujer y la posición de la mano del mozo en la espalda de la mujer. Si algún caso consideraba que si aquella se hallaba en posición más baja de la permitida, más cerca de las posaderas que de los hombros, el osado sería inmediatamente llamado al orden al igual que la consentidora. No le costará mucho al lector deducir los improperios que con sordina, disimulados y amortizados, se cruzaban entre parejas, bailaran éstas o no, y entre unos y otros.

Esta vez no debió ver el párroco anomalía pecadora alguna por cuando pasados unos cinco minutos se marchó por donde había

venido. La distancia entre los cuerpos de muchas parejas disminuyó entonces ostensiblemente.

Juan *Chitala* y yo nos asomamos un tanto cohibidos al *ambigú*. Nos llamó Isaías

— Pepe, ¿queréis un vino?, que ya vais siendo mozos

— Yo quiero una zarzaparrilla, dijo Juan sonriente, convencido y siempre con sus originales salidas.

— ¿Cómo que una zarzaparrilla? Esos son to putas guarrerías. Un vino p´acá y que la mitad sea sifón, dictaminó Isaías, efectuado el pedido.

Se oyó algarabía en la pista de baile y nos asomamos al portón.

— ¡Fujo: "El gato montés"!, demandaron desde la pista

— ¡Mejor Suspiros de España!, gritó el de más allá

— Un fox— tros, apuntó el que había logrado la pareja deseada y quería una pieza lenta

— ¡No, no!, "La ovejita Lucera", gritó otro

Habían parado los danzantes y se preparaban para una nueva vuelta. Los mozos, salvo los que se hallaban en el *ambigú,* se concentraban en un corro en el medio de la pista. Desde allí ojeaban a las féminas buscando con quién bailar. Las mujeres se hallaban alrededor de la pista, cerca de algunos bancos sin respaldo que contra las paredes se hallaban o sentadas en los mismos. Hacían lo mismo que los mozos pero con mucho más disimulo.

El conseguir bailar con una moza determinada era todo un juego de estrategia. Tenías que encontrar otro mozo que accediese a bailar con la compañera de la que tú deseabas. Para ello habían de coincidir los gustos y que tu acompañante y la de ella entrasen al juego

Una vez que encontrabas, o casi obligabas, a algún amigo a que te acompañase, los dos juntos se dirigían a la pareja que estaba bailando intentando colocarse adecuadamente para coincidir con quien

querías, algo que hacían tanto ellos como ellas. Entonces el más interesado se dirigía a la pareja.

— ¿Bailáis?

Las mozas nunca contestaban. Si no se separaban, no había nada que hacer. Si lo hacían, ellas, al igual que ellos, giraban con picardía para coincidir con aquel o aquella que interesaba. Deducirá el lector que eran muchas las veces en que cada uno terminaba bailando justo con la o el que no quería hacerlo. Pero éramos unos caballeros. Otras veces la que te interesaba accedía pero la compañera repetía una y otra vez:

— ¡Que yo con ese no bailo!

Y todo se fastidiaba. Al corro a esperar una vuelta nueva y a comenzar otra vez con las maniobras de aproximación. Sépase que la invitación a bailar no se hacía nunca antes de que la pieza se iniciase y las mozas se pusiesen a bailar, de ahí la complicación. Tan solo se hacía antes si había una moza sola (cosa harto improbable) o tres amigas, ya que dos no se ponían a bailar por no dejar sola a la otra. En este caso sí podías sacar a bailar a cualquiera de las tres: una bailaba contigo y las otras dos salían a pista.

Con las parejas más o menos formalizadas, la cosa era distinta. Ellas formaban un corro aparte. Recuerdo que había uno que estaba siempre cerca de las escaleras de acceso al tablao, ellos se agrupaban en otro cercano. En cuando sonaban los primeros compases de la pieza, ellos y ellas se acercaban sin más y comenzaban la danza. Y así una y otra vez.

En los descansos, tío Quico se colocaba tras la barra del bar y comenzaba un original sorteo del que los de mi generación y otras anteriores todavía hablan con guasa. Era tiempos difíciles y había que sacar *parné* de donde fuese. El premio era un conejo de campo.

Repartía entre los clientes una a una cartas que sacaba de una baraja y que vendía no sé si a dos reales o una peseta. Una vez vendidas todas, cogía otro mazo de cartas, las barajaba y las mostraba al público

— Corta tú; corta tú; y tú y tú; aquí sin trampa ni cartón, repetía dirigiéndose a unos y otros

— A ver. Y daba la vuelta a una carta sacada del mazo

— La sota de bastos, ¡nada!

— El cinco de oros, ¡nada de nada!

— El tres de espadas, ¡nada de nada de nada!

— ¡Hombre ¡mira tú por dónde. El As de Oros. Le ha tocado a mi primo Vicente, de lo cual yo me alegro mucho.

— ¿Pero cómo pue ser eso tío Quico?, decía *La Picarona* poco convencido de la legalidad de aquel sorteo

— Pué ser porque pué ser. Y aquí no hay trampa alguna. Vicente, primo, toma el conejo. Y se formaba unas algarabías festivas de protestas, reconvenciones, y expresiones de todo calibre, entre vaso y vaso.

En otras ocasiones, cuando se imponía el bailar por bailar y pasarlo en grande, mozos y mozas buscaban a aquel o aquella con quien mejor se compenetraban y se lanzaban a la pista como locos.

¡Fujo: "Las islas Canarias"!

— ¡No "España cañí"!

— Mejor "La campanera"

Y se arrancaba Fujo a toda pastilla para terminar cantando todos los danzantes: "Quien te ha pintado esas ojeras, color de lirio real…"

La pista era un torbellino. *Cabalito*, la Anita de tía Ramona, Juan Pedro Tejero, Ramón *Gallardo,* la Petra (que después casaría con Cabalito), la María Ángeles, la Rita *Cachila,* Canete….

Los "artistas" copaban la pista. El baile se animaba. Todas las miradas se concentraban en aquella. Y entonces Fujo se venía arriba. Y comenzaba un vals. Y lo iba acelerando. Y se ponía de pie en el tablao. Y el batería le daba a la caja china y al campanillo repicando y redoblando fuerte. Y giraban y giraban las parejas convirtiendo la pista en un torbellino de colores y revuelos de faldas. Y sin parar Fujo iniciaba un vals corrido. Lo que mis paisanos traducían como un *vascorrío.* Y allí era ella. Poco a poco cada pareja necesitaba más pista. Y se empujaban

unos a otros para encontrar hueco a sus giros y piruetas, a sus cruzados. Y todos terminaban dándose golpes con los culos entre grandes risas y aspavientos. Es cuando, al decir de entonces, y creo que también de ahora, el *vascorrío* se convertía en un *culeao.*

Y he de hacer aquí un inciso para señalar que los mejores *culeaos* los vi en la calle de mis abuelos paternos, en el número de la actual calle San Fulgencio. En las fiestas, en cuando llegaban por allí los músicos, no más allá de un saxo y una caja, quizás también una trompeta de cuando en cuando; mi tío Deme, que acudía desde Navalmoral a las mismas, berzocaniego consorte convencido, salía raudo de casa gritando a la vecina

— ¡Teresa!,¡ Teresa! ¡Sal p´afuera que vamos a bailar un buen *culeao*!

Y salía Teresa gritando sonriente

— El *joío p´ol culo* éste, pero que *culeao* ni qué coño. ¡Anda ven p´acá!

Y comenzaban a bailar a todo trapo embistiendo con la trasera a cuantas otras parejas del vecindario se iban incorporando. Aquello venía a constituirse en la verdadera esencia del baile, era lo único que se buscaba. Ni que decir tiene que la diversión estaba completamente asegurada entre gritos, decires y dicharachos.

En cuando anochecía, el baile comenzaba a flojear. Los horarios eran estrictos tanto en los locales públicos como en los hogares, especialmente para las mujeres. Llegaba el momento de llevar a las mozas a casa. Unos mozos y otros se ofrecían a llevar a éstas o aquellas. Ellas salían en grupo. Sola no se marchaba ninguna; si eran dos siempre aparecía un acompañante y si no se le requería al pariente o al más conocido.

Si no había ronda los mozos comenzaban un recorrido por los muchos bares existentes entonces.

El próximo domingo el baile de tía Anita abriría de nuevo sus puertas y Fujo volvería a darlo todo y yo seguiría esperando mi momento para darle también al campanillo mientras *Chítala* se toma su zarzaparrilla.

Mañana de Reyes de hoy y de ayer

Las primeras luces de la mañana rompían el vaho de los cristales colándose en la habitación. Fuera, el termómetro marcaba tres grados bajo cero. Como un torrente desbordado que hubiese roto de repente su presa de contención, mis dos nietos, Irene y Javier, irrumpieron gritando

— ¡Han venido! ¡Ya han venido!

— ¿Pero quién demonios ha venido?

— ¡Los Reyes, han venido los Reyes! ¡Venga levantaros rápido que hay que bajar!

Con el pijama medio caído y las legañas colgando hubimos de seguirlos a trompicones.

Un año más, la mañana de Reyes se abría esplendorosa a las ilusiones y realidades infantiles y…, seamos honestos, también a las de muchos mayores, especialmente si se es abuelo.

Todo había comenzado la tarde anterior. La cabalgata recorrió las calles arandinas con doce carrozas. En algunas de ellas se acumulaban paquetes de todo tamaño y color. Cada niño intentaba adivinar cuál de ellos era el suyo, Había caras de susto, de asombro, de incredulidad, incluso de preocupación. Ojos abiertos como platos. Padres y abuelos señalaban detalles y cazaban caramelos. La tarde de Reyes se llenaba de esa inocencia que crea la única mentira justificada de la historia de la humanidad. Esos Reyes que vienen llegando a España allá desde el siglo XII (no fue una idea de Franco como he llegado a oír a algún ilustrado de nueva hornada) y que han configurado todo un mundo de sensaciones y vivencias generación tras generación, independientemente de las creencias de cada cual. Recuerde el lector

que la primera obra de teatro que se escribió en lengua romance fue precisamente el Auto de los Reyes Magos, no otra. Pese a todas las *politiquerías* que han buscado su desprestigio en los últimos años, la sociedad sigue "creyendo" en unos magos capaces de estar aquí y allí al mismo tiempo.

Precisamente por eso, a la vez que desfilaban por Aranda llegaban también a mi pueblo, allá en las estribaciones de las Villuercas extremeñas. Los pastores se calentaban a la lumbre encendida en la plaza. José tiraba del ronzal del burro en el que montaba la Virgen María. Fueron de puerta en puerta buscando posada y, al no hallarla, hubieron de quedarse en un chozo cerca de los pastores. Y allí nació el niño. Y los pastores fueron a adorarle. Y sonaron los villancicos de siempre. Y seguidamente llegaron los magos siguiendo a la estrella. Y los niños de Berzocana, como los de Aranda aunque muchísimos menos en número, también mostraron caras de asombro, de susto o de incredulidad. Sí, eran los Reyes. Habían venido.

Pero volvamos a la mañana del día seis. Mis nietos y otros tantos nietos de pueblos y ciudades rompen con impaciencia envoltorios de colores que los pajes y ayudantes de los Reyes habían tardado mucho más tiempo en colocar. Y brillan los ojos de sorpresa. Y aplauden unos o se quedan medio petrificado otros con el regalo sorpresa en las manos.

Y los padres le dan una y otra vez a la máquina de fotos del móvil inmortalizando el momento. No hay apenas tiempo de desayunar, ni de quitarse el pijama. Todo es un atropellado hacer y deshacer. Un experimentar nuevo cada minuto, o quizás menos.

Luce ya el sol en todo su esplendor aunque apenas suben los termómetros. Avanza la mañana de Reyes y la tensión comienza a soltarse mientras el gozo aumenta.

Con una sonrisa en los labios, el abuelo se coloca la bufanda y los guantes y, con una sonrisa de oreja a oreja sale en busca de la prensa.

Y los Reyes seguirán llegando cada seis de enero mientras haya niños en el mundo.

14 de abril de 2020. Martes de Pascua

Llevo treinta y dos días enclaustrado, como el resto de los españoles, cumpliendo la impuesta cuarentena que nos ha traído el mal encontrado Coronavirus. Durante todos ellos vengo escribiendo diariamente un artículo para mi página del blog "De acebo y jara" y una crónica para la emisora local de Onda Cero. "Diario de un enclaustrado" se titulan uno y otra. Otra de mis obligaciones consiste en efectuar largos paseos pasillo arriba y abajo haciéndome a la idea de que los hago por estos y otros caminos de allá y acullá.

Día de Verea en tropel. Y hoy me la ha vuelto a jugar el largo pasillo de estos paseos de enclaustrado. De un salto, al doblar para dirigirme al salón e iniciar la vuelta, me he encontrado de pronto en la Plaza de Berzocana, junto a la Audiencia.

Es día de Verea. Está de sol y de primavera avanzada. Llenan el espacio olores sentidos, y otros adivinados, mientras la muchachada va y viene como aparentando hacer pero sin hacer absolutamente nada. Se bromea y se grita sin venir a cuento. Más allá, hacia la puerta de doña Inés, la Viuda, otro grupo integrado por jóvenes ya bastante más talludos que nosotros se interpelan a gritos por no sé qué problemas surgidos con una damajuana de vino.

Por allí andaban Ramón *Gordito*, Pedro *Ramono*, Pepe el de tío Diego, Juan Pedro Tejero, *Currando,* Alfonso *Velaero* y Nicanor *Sopinas* entre otros. También se dejaban oír las mozas.

He llegado a la plaza con Juan Luis *Canelo* que lleva del ronzal el burro que le ha dejado su padre, tío Juan Pedro, para la ocasión, y en el que cabalgaremos ambos. Vivían enfrente de la casa de mis abuelos en la cual después también viviríamos nosotros. Frente a mi impaciencia, Juan Luís aprieta con parsimonia la cincha del aparejo y comprueba la jáquima en todos sus extremos. Parece que ya entonces él había descubierto el eslogan de Tráfico "la seguridad ante todo". Lo hace con gran cachaza, con la misma que emplea para todo, sea para trabajar o para jugar. Es lento hasta en el hablar. Aún sigue igual. Su madre, tía Teresa, de genio inquieto y decir atropellado y rápido le increpaba para que espabilase.

— ¡*Canelón!*, que eres un *canelón*, le decía en referencia a su apodo de *Canelo* heredado de sus mayores por línea paterna. Lo que no se es explicarles a qué hacía referencia concreta el tal apodo; a mí el sustantivo solo me lleva a la referencia de un color.

Y dado que canelo es un color marrón claro con un tono rojo, como la canela, quizá hiciese el apodo referencia al color del pelo que en su día pudo tener algún antepasado suyo. Tía Teresa hacía su particular interpretación y venía a tenerlo como un calificativo despectivo que definía la pasmosa tranquilidad de Juan Luis.

Cuando llegamos ya estaba allí su primo Luis *Guarrino,* bastante más inquieto, que preparaba un burro que tiraba a blanco y que también le había dejado su padre, *tío Pepón*, que por allí se encontraba dando las últimas instrucciones y reconvenciones tanto a Luis como al que cuadraba. Era hermano de tía Teresa y claro, el carácter venía a ser muy igual.

Otro tan parco en el decir o más aún que Juan Luis era Julián *Gondina* que llegó con una mula *mu falsa* según criterio del dueño y debido a lo cual procuraba que el resto de la tropada no nos acercásemos mucho a ella. Creo que Julián se entendía con ella por gestos. No ha cambiado mucho al respecto y es hoy el día en el que cuando nos

vemos en el pueblo me cuesta dios y ayuda sacarle una frase entera. Lo suyo es como mucho sujeto, verbo y predicado; nada de copulativas y menos aún de subordinadas.

El grupo iba en aumento y venía a definir un conglomerado de caracteres y personalidades que se complementaban y aunaban viniendo a confluir en una amistad que en muchos casos aún perdura. Y acaparando la atención de todo el mocerío masculino en ciernes andaban por allí la Teresa *Obispa* y la Maruja *Chocera* que, vecinas de las Carretas y La Corte respectivamente, lucían su palmito adecuadamente preparado para la ocasión. Y no piensen en pantalones más o menos apretados, en aquel entonces casi ni nosotros los teníamos, nos bastaban unas calzonas más o menos decentes.

Y zascandileando de grupillo en grupeto andaba Juan *Chítala* con sus eternas bromas y gestos buscando "un transporte cómodo y rápido que no se mueva mucho". Tras bromear con unos y otros comprobando los tales "vehículos" decidió que iría con *Guarrino* aunque este prefería que montase con él una de las chavalas que también venían a la Verea.

Rechazó el ofrecimiento de Manolo *Mecalienta* que aseguraba que más tranquila que su burra no había caballería alguna en el pueblo. Con *Mecalienta* estaban su hermana y el hijo del cabrero del pueblo, de los que era vecino, pero siento no recordar su nombre.

Aquello aumentaba y aspirantes a mozos y mozas nos sentíamos importantes y alborotábamos galleando pretendiendo hacernos notar de uno u otro modo. Pronto quedamos todos un tanto empequeñecidos cuando llegó Juan *Sopinas,* caballero en caballo tordo con montura y todo. Así cualquiera.

Por la calle Nueva aparecieron Tomasa, la de la Plaza Vieja, Fefa Cuadrado y la Rosa *Cachila* acompañadas de una media docena de chavales de aquellos barrios. El grupo no cesaba de aumentar.

Se originó un pequeño revuelo. Miguel *Esquilina* y Antonio *Zamarrita* discutían acaloradamente por cuanto el primero aseguraba que *Zamarrita* le había dado un golpe en la fardela en que llevaba la merienda y le había roto el huevo cocido. Para comerlo le daba igual, pero había quedado muy lucido y bonito después de que su madre se lo hubiese cocido "mezclando dos clases de cebolla distintas". *Esquelina* quería haberlo mostrado orgulloso cuando llegase el momento. No llegó el agua al rio y terminaron bromeando con el doble sentido sobre lo que significaba romper un huevo o rompérselo.

Habrán de saber mis más jóvenes lectores que aunque aquello era una excursión, las mochilas de diseño, coca— colas, botellitas con agua, sillitas, gorras para el sol, galletas, bebidas isotónicas y demás zarandangas actuales brillaban por su ausencia.

No recuerdo especialmente que día de Pascua era y que menú correspondía en consecuencia, pero podemos convenir que en aquellas pequeñas tarteras, bolsas de trapo, y zurrones de todas las formas, no faltaban ni el bollo de Pascua ni el huevo de colores cocido con cebollas. Algunos burros llevaban alforjas y en ellas se iban depositando los bultos, tal cual ocurre ahora con los maleteros de los autobuses en las excursiones. Las empanadas eran ya otra cosa dado que aún opositábamos a mayores y tal manjar era de un rango superior al que aún no teníamos acceso. Sí abundaban las morcillas de patata o calabaza y el queso. Chorizo, poco. Bueno, el muy bandido de *Chítala* llevaba chocolate. Al menos media libra. Al final entre *Esquelina,* Rafa el de tío Lorencito y él se lo zamparon.

La Carmencita *Curina,* con su vocecita un tanto atiplada, se acercó hasta nosotros; quería enseñarnos lo bien que le habían quedado los huevos cocidos. Nos explicó que tras cocerlos con cebolla como era preceptivo los había acabado de decorar pintándolos con su propia mano. La verdad es que no la hicimos mucho caso, tanto es así

que se dirigió a otro grupo. Con los años terminó ingresando en un convento.

Jesús *Balaguera,* que era más del verano que de estas fechas primaverales y que vivía donde tía Brígida *Cotrina,* andaba todo el rato al retortero de Mari Carmen Mejías que, en compañía de la Rosa *Sopinas,* se reían con algo que las contaban Geni y Paco, hijos del cabo de la Guardia Civil. A ellos se incorporó Antonio Huete, hijo del secretario del Ayuntamiento. Arrancó el grupo que se encontraba al otro lado de la plaza y nosotros seguíamos aún en continuo ir y venir, dar vueltas sin sentido, gritar y picar a unos y otros. Julián *Barrigaldo* se incorporó tirando del ronzal de una mula muy tranquila, creo que de puro vieja.

De la Calle Honda emergieron Pedrín, el de La Corte, que venía un poco como a tomar el mando de la expedición, C*anete,* Manolo *Quiste* y su hermana Rosalía, Luis Gordura, Maruja y Palmira, de la Corralá de las Carretas, Daniel *Comunes* y su hermana Catalina, *Chelines*, el del Guarda Montes, Amalio, el que vivía en casa de tía Narcisa, que era hermano de Amando, *Filipino,* siempre enfurrruñao, Constante que, pese a su cojera, se empeñaba en encabezar el grupo, y al menos otros tres o cuatro.

Por la calle Velarde apareció por fin el grupo que faltaba para completar la partida. A la cabeza, la Candela de tío Paco *el Manco*, seguida por la Palmira *Gordita,* Fujito *Pio,* Pepe Tejero, Diego Tostao y su hermana Micaela, *Curina,*(que era hermano de Carmen), Sebastián y otros tres o cuatro. Cerraban Marchena y la Irene que entonces ni siquiera intuían que terminarían casándose y peleando en los veranos con unas cuantas nietas. Detrás del grupo apareció llamándolos Sandalio Merino que llevaba de la mano a su hermana Maribel que, aunque almorranera (de Logrosán) era de nuestra edad y pasaba largas temporadas en Berzocana en casa de la abuela Trini.

Casi al lado nuestro, David *Paterno, Jarilla* y Lorenzo *Coleto* charlaban animadamente con *Parrala* que sujetaba por la jáquima al burro con el que cientos de veces, sino miles, subió a la Sierra o sus cercanía a por jaras para mantener el horno de pan que regentaba su madre. Hasta *Tarra* se acercó para traer el burro a su hermano Pablo *Chichas,* compañero inseparable, que trataba de evitar a la Pili *Polina* que quería mangonearlo todo y deseaba que llevase en el burro a su hermana Fefa, que era más pequeña, cosa con la que Pablo no estaba muy de acuerdo. También apareció por allí la hermana de la Visi, la de la Fábrica, que creo que se llamaba Toñi; ambas eran de Guadalupe.

Sentado en el rollino, enfadado consigo mismo y con el mundo, Paco *Pilón* no quería saber nada de nada. ¡A saber que mosca le había picado!

Los que disponían de caballería empezaron a montar. La Carmen *Grilla,* la Adela y la Magdalena *Orejinas* se acercaron a meter en nuestras alforjas sus merenderas y se fueron gritando a los que llegaban.

En ese momento *Esquelina* y *Chítala* se acercaron sigilosamente para susurrarnos a Pablo y a mí que la Juana *Salera* había traído una botella de vino y una gaseosa grande que la había dado su padre que tenía un bar junto a la iglesia; que a la hora de comer había que sentarse cerca de ella "a ver si nos toca algo". No pude luego comprobar si ello era o no verdad.

Habían sonado ya las diez en el reloj de la iglesia cuando nos pusimos en marcha por la carreta de Logrosán. Al pasar por el pilón se produjeron los inevitables chapoteos y salpicaduras de unos hacia otros, principalmente de los chicos a las chicas.

Y allá vamos todos en tropel y desordenados carretera abajo, unos en burro, otros a pie y otros andando tal y como el momento y la tradición requerían, levantando polvo y voces, incordiando los unos a los otros y los otros a los unos sin distinción alguna de sexo y con gran algarabía. Y así fuimos hasta la última revuelta desde dónde dejamos la

carretera metiéndonos por un camino de pronunciada pendiente que bajaba hasta el río y que luego subiría de nuevo dejándonos junto a las casas del Prao Sordo, lugar escogido para nuestra Verea, aunque no tengo ni idea de quien lo decidió.

Ahora me pregunto cómo era posible organizar tal barullo para ir a pasar el día a unos muy poquitos kilómetros de casa. Pero era lo que entonces teníamos, era la oportunidad de juntarnos todos y de pasarlo bien, sobre todo las chicas, entonces muy, pero que muy controladas, en casa. Y por ello lo aprovechábamos a tope.

Desmontaron unos, se sentaron o tumbaron otros en el suelo ya pleno de verdes y se formaron unos cuantos de corros según afinidades. *Y en ese momento choque con la pared del pasillo, y ello puso fin a mis ensoñaciones de antaño.*

De lo que ocurrió a lo largo del día y en la vuelta les daré cuenta en otra ocasión. Ahora haría este relato demasiado largo y yo necesitaría reanudar de nuevo mi paseo de enclaustrado.

Verea. Vereda: Camino estrecho que se ha formado por el paso de personas y animales.

Las vacas de La Nava, la capea y Barrizales

Era sábado y el sol calentaba como a días de canícula corresponde. Agosto enfilaba su última semana y ya se habían levantado las eras en el Rehoyo, la Corcha, la Mocara y otras. Pero no era un sábado cualquiera: era la mañana del sábado de las Fiestas.

Los mozos se hallaban cerrando la plaza con carros, vigas, troncos y grandes palos que iban de las ruedas de uno a las del otro o se cruzaban de una y otra forma para cerrar bocacalles allí donde los carros no llegaban. Con aquellos se creaban "tablaos", plataformas con tablones que servía para colocar las sillas y a los que se invitaba a novias, amigos o familiares, y especialmente a la gente mayor.

Los muchachos correteábamos de la embocadura de una calle a la de otra ganándonos alguna que otra bronca de los mozos en nuestro afán de colaborar moviendo algún palo de uno a otro lugar.

— ¿Vamos a ver a las vacas a los cercaos?

Daniel *Chelines* lanzó la propuesta con gran algarabía y muchos "vamos" entre los reunidos.

Y allá va la grey infantil a gritos y carreras enfilando la carretera de Logrosán para después atajar por la callejita que bordeando la cerca de tío *Sopinas* llevaba de nuevo a la carretera, por donde ahora se hallan las piscinas, acortando toda la vuelta por la Corcha y los Morales. Chelines, su hermano, Manolo *Obispo*, Paco *Pilón, Sananes* y Samuel se pusieron al frente como buenos conocedores del terreno. Detrás

el resto, por lo menos diez, entre los que se encontraban Antonio *Zamarrita,* Manolo *Mecalientas*. Pedro *Tarata,* Marchena, Fujito *Pio,* Luis *Guarrino*….

Nada más pasar el puente del río de los Molinos nos desviamos a la derecha, saltamos unas paredes entre zarzaleras, y la emprendimos cerca arriba entre rastrojos de pajas resecas y duras que nos producían raspones en las piernas desnudas.

Manolo *Obispo* pidió silencio para que tío Severo, el responsable del ganado no nos oyese y nos lanzase alguna pedrada, pues era un verdadero experto con la honda. Contaban, y lo había demostrado en más de una ocasión, incluso en las capeas de la Plaza ,que donde ponía el ojo ponía la piedra.

Las vacas que se hallaban en los *cercaos* para ser toreadas pastaban en La Nava y eran propiedad de "la Viuda", pues así conocíamos a Doña Inés que con sus dos hijas solteras (Maruja y Loli), que entonces moceaban pero sin salir ni alternar, vivían en la gran casa de la Plaza, abajo, frente al Ayuntamiento, y que aún se conserva exactamente igual que en aquel entonces

Pronto divisamos las vacas, pastaban hacia el medio del *cercao,* pero en principio no vimos a tío Severo.

— Allí, debajo de la encina. Está con otro hombre, dijo alguien bajando la voz.

Nos agachamos detrás de la pared y estirábamos el cuello para ver las vacas que estaban a bastante distancia.

— ¡Cuidao! Que una está mirando p´acá y tiene pinta de ser de las más bravas.

Efectivamente. Una vaca negra y grandota comenzó a andar lentamente en nuestra dirección. Quedamos inmóviles. En nuestro miedo nos pareció que venía a carreras. Ni pestañeábamos mirando fijamente aquel bicho. Detrás de ella comenzaron a moverse otras. Y todas en nuestra dirección.

— *¡Jumo!*, gritó alguien

Y salimos disparados sin mirar siguiera donde pisábamos. Nos parecía que la vaca negra nos venía pisando los talones. En un plis— plas nos vimos de nuevo en el puente resoplando y haciendo aspavientos.

— ¡La puta que la parió! A esa no hay quien la toree esta tarde.

Contentos y explicándonos los unos a los otros lo que cada cual había visto o lo que había sentido, todo ello con grandes exageraciones, volvimos a la plaza con el sol apretando fuerte sobre nuestras cabezas. A llegar, el reloj daba las dos de la tarde. Salimos a carreras cada uno para su casa donde contamos con todo lujo de detalles nuestra aventura.

En la hora de la siesta, cuando menos peligro había, las vacas eran conducidas a los corrales de la Plaza. En principio los corrales de encierro estaban en el lugar que ahora ocupa la Casa del Médico y, tras construir ésta, cerrando la calle entre la citada y la de la Viuda

Felipe Rodríguez, Miguel *Esquelina,* Juan *Chítala* y yo llegamos a la Plaza entusiasmados. Por primera vez nos dejaban salir a la plaza a torear, a la capea. Eso sí, nos dejaron bien claro que solo a las vacas y de lejos. Había que recogerse a barrera en cuando saliese el toro. No les dije lo de la vaca negra para no desanimarlos.

El ambiente era animadísimo. Por todas y cada una de las calles que en la misma confluyen (creo que nueve pues una, como he señalado, se cerraba para configurar los toriles) acudían gentes de toda clase y condición, y con muchas mujeres portando sillas que colocaban en uno u otro lugar, bien en los tablaos, bien debajo de los carros, o en cualquier otro que permitiese ver los toros lo mejor posible y sin peligro. Para permitir este flujo en cada calle se dejaba un hueco de paso que instantes antes de iniciarse el festejo se cerraba con palos al efecto preparados.

— ¡A los toros! ¡Vamos a los toros!, se decían unos a otros camino de la plaza silla o corcho en mano

Y aunque suene cruel ahora, en aquel entonces no lo era, los más jóvenes y algunas mujeres aguerridas que se colocaban en primera línea de las barreras, portaban picas, unas varas a las que se les incorporaba una punta de hierro afilada en uno de los extremos y que se utilizaban para asustar al toro, que le doliese, y se alejase de la barrera cuando contra ella se lanzaba. Ello no impidió que en algunas ocasiones vaca o toro la echasen abajo y se fugasen por cualquiera de las calles. Sucedía pocas veces, pero era todo un espectacular jolgorio para todos aquellos que se encontraban lejos del lugar de la acción.

Se acercaba el momento. La plaza quedó completamente cerrada y los mozos iban de un lado a otro de la misma buscando el mejor acomodo junto a las barreras para poder saltar las mismas si venían mal dadas. El ambiente era de fiesta y colorido. La genta hablaba a voces y gritaba, se saludaban de una a otra parte. Novias y madres no paraban de aconsejar

— No te arrimes que este año son muy bravas

— No te separes de la barrera

Y los mozos se estiraban galleando dispuestos a demostrar su valor a cuantas mozas en la plaza se hallaban distribuidas. Algunos procuraban colocarse en el sector en que se hallaba aquella muchacha que más le interesaba. Había que impresionarla. Los más atrevidos llevaban un trapo rojo o un trozo de manta vieja que pretendían utilizar como capote.

Nosotros cuatro nos colocamos junto a la ventana de la derecha de la puerta, según se mira al edificio y tras la que se encontraban, alrededor de una mesa camilla situada junto a la misma, doña Inés y sus hijas.

— Felipe, agarraos bien a los barrotes de arriba y no los soltéis en todo el rato así, pisando la traviesa bajera, subiréis mejor si viene la vaca.

Felipe era nieto de doña Inés y de ahí el privilegio de poder estar en uno de los mejorares sitios de toda la plaza.

— ¡Que sale, que sale!

Creció el bullicio en todo el recinto y una vaca irrumpió a carreras en el mismo azuzada por tío Severo que llegó hasta el medio de aquel honda en mano.

La vaca corría bordeando las barreras y motivando que los mozos se impulsasen arriba de las mismas provocando un sincronizado movimiento más o menos circular. Hacia arriba cuando la vaca se acercaba y hacia abajo cuando pasaba. Se hallaba aún la vaca en la parte cimera de la plaza cuando nosotros estábamos ya encaramados en lo más alto de la ventana.

Pasó corriendo sin tan siquiera mirarnos hasta que se aculó en la parte de arriba, hacia la calle del Arco, donde los mozos la citaban e incluso algún osado la tiraba del rabo intentando iniciara de nuevo la carrera.

La res dio unos pasos hacia el centro y eso nos bastó a nosotros para encaramarnos de nuevo en los barrotes.

— Pero que valientes; nos dijo Loli creo que con toda la sorna del mundo.

Pasado un rato de arranques y paradas, gritos, y algún ¡ay! que otro si la vaca se acercaba demasiado a un mozo o embestía contra los palos de la barrera, cuando entraban en funcionamiento las picas; tío Severo y un ayudante procedieron a encerrar la vaca y dar suelta a la siguiente. Esto se repetía una y otra vez y la gente disfrutaba de lo lindo.

Cogimos confianza y nos separamos poco más de un metro de la ventana

— ¡Cuidao Pepe que está mirando p´acá! *Chítala* me tiraba de la camisa hacia atrás previniendo.

La vaca, debía de ser ya la cuarta o la quinta, se encontraba en el medio de la plaza mirando acá o allá según de dónde venían los gritos o las citas. Dio un par de pasos en nuestra dirección y saltamos como centellas a la ventana. Ya arriba miramos atrás: la vaca ni se había

movido. Esto provocaba una y otras vez las risas en las tías de Felipe. La verdad es que mucha sangre torera no teníamos

Andábamos ya capeando a la última antes de la salida del toro (en realidad año tras año un novillo resabiado), cuando un murmullo se extendió por la plaza. La gente se levantaba y miraba interesada hacia atrás como buscando algo. El ruedo había dejado de interesar. El murmullo crecía.

De pronto un nombre corrió por todas las barreras

— ¡Barrizales, está ahí Barrizales!

Y en ese momento un mozo espigado saltó a la plaza corriendo hacia la vaca, golpeándola en su grupa y haciendo que le siguiese a la carrera. Estallaron los aplausos.

Pero cuando el susodicho iniciaba otra carrera, un guardia civil, de tricornio y mosquetón en bandolera, hizo acto de presencia junto a la barrera. Y luego otro. Desde algún que otro sitio de éstas comenzaron a salir silbidos hacia ellos pese a que entonces un guardia civil era toda una autoridad a la que no se podía ni rechistar

En el Berzocana de esa época todos habíamos oído hablar de Barrizales, aunque los más pequeños sabíamos poco sobre él, más bien invenciones aumentadas o fabuladas. Era un ladronzuelo de poca monta, no mala persona, que vivía, las veces que estaba en el pueblo, con su hermana Sofía y su marido Gerardo, en la Calle Carretas, junto a la iglesia, en una casa con portalón.

Creo que ni siquiera llegó a la delincuencia. Efectuaba pequeños hurtos aquí y allá, era un indisciplinado que vivía su vida alegremente, simpático y dicharachero, que supo camelarse a todos sus paisanos que siempre le avisaban cuando se hallaba cerca la Guardia Civil, empeñada en encerrarlo a toda costa.

Desaparecía durante temporadas y volvía a aparecer de improviso. En tiempos de pocos entretenimientos, sin radio, ni mucho menos teles, las idas y venidas de Barrizales venían a constituirse en todo un

acontecimiento social. Y en las fiestas de agosto siempre aparecía, de ahí que la Guardia Civil estuviese alerta y el paisanaje expectante.

Entre aplausos y gritos, Barrizales efectuó aún algunas carreras por la plaza hasta que saltó la barrera y volvió a desaparecer como había venido. Y casi todos los años esto se repetía. Un buen día Barrizales desapareció y, yo al menos, no volví a saber nada de él. Para los más pequeños era una especie de héroe aventurero al que imaginábamos mil y una aventuras.

Solo faltaba ya por salir el toro. En realidad en estos años a los que me refiero había dos toros: el del pueblo y el de los Santos, Uno se pagaba por suscripción popular y el otro lo compraba la Cofradía de los Santos. Años después solo se mercaba uno que se pagaba entre todos.

Era el momento en que algunos mozos se retiraban del ruedo y se acogían a seguro cabalgando a horcajadas sobre los palos. Desde los soportales de la Audiencia un grupo de mozos irrumpió a carreras en el ruedo portando un muñeco vestido de ropa vieja, con sombrero, y relleno de paja seca. Era el "juas", muñeco que representaba el mal y se colocaba en medio de la plaza para que el toro lo destrozase. Arreciaron los aplausos.

Nos encaramamos en la ventana antes de que saliese el bicho. Era un novillo que dejó limpias las barreras efectuando un barrido por las mismas que no dejó un solo mozo en la plaza. Le citaban desde lejos y la mayoría corrían como locos en cuando el toro se movía en su dirección, aumentaban los gritos y las puyas a los "toreros".

De pronto, el novillo se fijó en el "juas". Se quedó quieto mirándolo fijamente en la distancia y comenzó a escarbar. Arrancó con brío enfilando al "juas". Los gritos y chillidos inundaron todo. Tal parecía que el muñeco iba a comenzar a sangrar por los cuatro costados. Quedó destrozado en un momento mientras el autor del desaguisado seguía su carrera

De pronto, un movimiento pendular del público. Todos intentaban poder ver bien la Audiencia, los soportales del Ayuntamiento en los que el toro se había metido persiguiendo a un mozo. (Recuerdo a los más jóvenes que aún faltaban años para adecuar la plaza y construir las actuales escaleras).

Rompió la puerta que daba acceso al interior y se introdujo en el mismo.

En el edificio, arriba, en el balcón, autoridades y familiares estaban viendo el festejo. El toro intentó subir las escaleras y ello llevó el pánico a los de arriba y el regocijo a los de abajo y los repartidos en las barreras.

Comenzaba a marcharse el sol y llegaba el momento de dar muerte al morlaco. Un par de mozos provistos de una soga iban de acá para allá intentando lacearlo. Los otros lo citaban del lado contrario para distraerlo. Aquello se hacía ya largo y aburrido para algunos. Otros, ya en las barreras ya en el ruedo, seguían aún como si fuese el comienzo.

Anochecía ya en la plaza cuando lograron echar el bicho al suelo y darlo muerte allí mismo con un cuchillo de matarife. Ahorraré al lector los detalles.

La plaza comenzó a desalojarse no sin estruendo, gritos y comentarios de todo tipo mientras anochecía por completo. No tardaría en encenderse el incipiente alumbrado público. Los portillos en las barreras se abrieron para dejar el paso libre.

Ufanos, nos fuimos hacia el centro de la plaza no sin cerciorarnos de que el toro estaba muerto y bien muerto.

De la importancia de aquel momento da fe el hecho de que después de al menos sesenta años, aún lo recuerde con toda nitidez.

Viernes Santo en el pasillo de un enclaustrado

10 de abril de 2020. Hoy es Viernes Santo. Corre la mañana de mi enclaustramiento y, paseando por el pasillo, me ensimismo en mis cosas. Viernes Santo. Corre la mente en dirección contraria a la vida y se detiene en la Berzocana de hace ya muchos años. No hago el cálculo, pero desde mis setenta y cuatro años se ve aquello muy lejano. En blanco y negro, como lo eran aquellos tiempos de penurias de los que en nuestra niñez y adolescencia no éramos conscientes. Para nosotros (al igual que para los niños de ahora) lo único que nos interesaba era bajar a la Plaza y correr por las calles del barrio jugando al escondite a *civilicera* o a lo que menester hubiese. Aunque fuese el andar a pedradas por las Carretas y La Corte unos, por la Duche otros, por la Plaza Vieja los de allí y más allá los del Mentiero (Mentidero), o los de la Fuente Nueva en el otro extremo.

Estaba la mañana primaveral y de sol. Saliendo de unas de sus calles llegaban a la Plaza las hermanas Rosa Juliana y Magdalena. Venían vestidas de fiesta pero en luto riguroso y se tocaban con unos velos más grandes de lo habitual, entre velo y mantilla, como a la festividad del día correspondía. Por otra calle lo hizo tío Samueleque *Rabieta* endomingado y con corbata negra. Se le unió tio Eugenio *Palrapoco*, cuyo apodo le definía. En el otro extremo, allá por la Pedrilla, tío Faustino *Portales* se encontraba con Simón, el día tía *Turura o Tururura,* según el hablante. No sé si le convenció o no para a ir a los Oficios del día.

Amelia Rubiales y Rosa Hidalgo salían de la casa de ésta en el inicio de la ahora llamada calle de Santa Florentina. Un poco más arriba se les unieron la madre de Florencio y su hija Anita. Todas ellas de riguroso luto y con los velos de los días grandes recién planchados.

Y así fueron confluyendo hacia la iglesia los vecinos. Los monaguillos hacían sonar desde la torre la matraca en los últimos toques de aviso. La iglesia se llenó. No había sitio en los bancos y muchos hombres se agolpaban bajo el coro. Eran pocos los bancos a ellos destinados ya que habitualmente eran muchos menos que las mujeres los que acudían habitualmente al templo. Pero hoy era Viernes Santo; había que cumplir.

Eran muchos los que remoloneaban a la hora de entrar. Habían andado a los vinos de mediodía (eso no estaba prohibido) y después le habían dado fuerte al potaje de romanzas y bacalao y la somnolencia era más fuerte que la devoción, incluso en el aquel entonces, la imposición.

Salivo con el recuerdo. Prevalece el del comino aunque no le anda a la zaga el de las romanzas. Aunque yo también tengo hoy potaje estoy seguro que echaré mucho de menos ese sabor. Las espinacas del supermercado no definen ni potencian el potaje de vigilia como las añoradas romanzas. Continúo mi ir y venir en el momento pero perdido en los ayeres.

Sería muy prolijo describir todo el acto religioso lleno de solemnidad y liturgia pero que conservo en mi memoria. Estaban los altares tapados y las pilas sin agua bendita. El día había estado espléndido y algunas mujeres hacían bailar sus abanicos que en su conjunto emitían un sonido característico. Había un runrún de fondo que terminó justo en el momento en que el sacerdote, en esos años don José Álvarez, al que ya hemos hecho aquí bastantes referencias, salió de la sacristía con capa pluvial, bonete, y seguido de al menos cuatro monaguillos todos revestidos.

Portaba con gran solemnidad la hermosa y valiosa Cruz Procesional tapada con un paño morado. Los Oficios, en su inicio, no se realizaban en el altar sino en la nave lateral derecha, junto al altar de San Antonio, y hacia allá se dirigió Don José seguido de su corte monaguilleril y del sacristán, Juan Luis, que ya tenía todo preparado y listo. Como era Viernes Santo no había de preocuparse del órgano y por eso estaba abajo en lugar de en el coro, su hábitat natural.

Poco a poco, parsimoniosamente como al párroco gustaba, se fue desarrollando el rito del día. Oraciones y cánticos en latín, lectura de la Pasión, (larga y monótona) … más oraciones… Los hombres se removían inquietos en sus asientos; las mujeres aceleraban el ir y venir de los abanicos y el sacristán se vio obligado a llamar al orden a los monagos en más de una ocasión. Por fin llegó el especial momento: la exaltación y adoración de la Santa Cruz.

Don José pareció ralentizar sus movimientos. Tomó la cruz cubierta y se la puso a la altura del pecho. Y allí venía ella. Era el momento esperado. Hombres y mujeres se pusieron de pie. "Eeecce lignuuum cruuucis, innnn quooooo saaaaluus muuundiii peeepeeeendit", entonó solemnemente creo recordar que en Fa. Sacristán y fieles contestaron, "Veeenite adoreemus". Y en ese momento descubrió el brazo izquierdo. Subió la cruz a la altura de los hombros y entonó de nuevo ahora en Sol: ·"Eeecceee lignuuum cruuuciis…" Al contestar los fieles descubrió el brazo derecho. En ese momento parecía entrar en éxtasis, subió la cruz por encima de la cabeza mirándola fijamente y, con mayor solemnidad si cabe, se arrancó en La: "Eeecceee lignuuuum cruuucis, innn quooo saaaluus muuundiii peeepeeendit" ("He aquí el madero de la cruz en el cual pendía el salvador del mundo).

Y alargando las vocales hasta el infinito contestó la feligresía: "Veeeniiiiteeee aadoreeemuuuus "

Colocó Don José la cruz en su base, se relajó el personal, y la ceremonia continuó hacia su final.

También llegaba yo al fin de mi paseo virtual. Regresé a la realidad del día y del enclaustramiento. Todo era silencio en la calle ayuna del ir y venir de las gentes. En Cangas del Narcea y en Berzocana, como en todos los lugares de España y otros muchos del mundo, el coronavirus nos estaba haciendo vivir una Semana Santa distinta, menos viajera, menos alegre, menos vacacional, pero quizás más cercana al espíritu que hace ya tantísimos años la dio vida y forma.

La nochebuena del pastor

Revolviendo entre viejos papeles, como a todo buen jubilado corresponde, he encontrado este trabajo fechado en Madrid en diciembre de 1967. En la introducción señalaba que está dirigido a los pastores y labradores de Extremadura como sincera felicitación navideña. Ya casi no quedan ni unos ni otros. Pero como sé que a muchos berzocaniegos, con Paco Sánchez Herrera a la cabeza, le gustará, lo copio aquí de nuevo con toda su carga de nostalgias

Y agrego años después

Una vez más el Niño Dios nace simbólicamente para todos. Para el pobre y para el rico, el niño y el anciano, el blanco y el negro. Y nace también para los labradores y pastores de nuestra amada Extremadura. Para esos sufridos hombres que, de sol a sol, soportan con estoicismo, digno de sus antecesores Pizarro y Cortés, los fríos de diciembre y los calores de julio. A ellos, con mi más sincera admiración y respeto, van dirigidos estos versos en los que, estoy seguro, todos los cacereños expresan conmigo su más cordial felicitación navideña para todos.

Gastados picachos de mi tierra
cuna de toscos pastores
poneos vuestro velo blanco
que la Nochebuena viene.

Rumia el antiguo rabel
romances de lobos pardos
y pandero y almirez,
con sus bordes desgastados,
acompañan con sus sones
a las manos del anciano.
Resonar de la guitarra
ahumada,
compañera del zurrón,
del cayado.
Pastores de la alquería
que caminan al poblado…
Voces de bronce sonoro
cabalgan en viento helado
Nochebuena campesina
preñada de tradiciones.
Pastores y zagalillas,
castañuelas y rabeles.
Misa del Gallo en la aldea
con albas de cielo abierto.
Villancicos para el Niño
nacido en un portal viejo…
Allá lejos, en los montes,
la luna se hace romero.
Nochebuena del pastor
en los campos extremeños;
corazones que se abren
a la dicha de los vientos.
Vibra una voz varonil
que va cantando a los lejos:
Paz en la tierra a los hombres
y gloria a Dios en los cielos.